

TEMAS SOCIALES  
N° 34



UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

TEMAS SOCIALES  
N° 34

René Pereira Morató  
Director-IDIS

Número especial  
La historia intelectual en Bolivia

Homenaje a  
Salvador Romero Pittari

CARRERA DE SOCIOLOGÍA  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS  
"MAURICIO LEFEBVRE"  
IDIS

TEMAS SOCIALES N° 34  
UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
CARRERA DE SOCIOLOGÍA  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS  
"MAURICIO LEFEBVRE"  
IDIS  
Av. Villazón N° 1995  
2° Piso Edificio René Zavaleta Mercado  
Teléfono: 2440388  
E-mail: idis@umsa.bo  
La Paz - Bolivia

Director de la Carrera de Sociología: M. Sc. Eduardo Paz Rada  
Director IDIS: M. Sc. René Pereira Morató  
Coordinación general: M. Sc. René Pereira Morató  
Responsable de la edición: Lic. Juan Marcelo Columba Fernández  
Diseño y diagramación: Edgar D. Pomar Crespo  
Impresión:

Portada: Biblioteca y colección de relojes de Salvador Romero Pittari, La Paz, 2013.

Selección de Textos sobre Historia Intelectual: Luis Claros Terán  
Digitalización de textos: Arturo Gutiérrez Ríos  
Las imágenes de portada e interiores pertenecen al archivo fotográfico de la familia de Salvador Romero Pittari. Temas Sociales expresa su especial agradecimiento a Florencia Ballivián de Romero por la sustantiva colaboración brindada a lo largo de la edición del presente número.

#### COMITÉ EDITORIAL

Silvia de Alarcón  
Eduardo Paz Rada  
Felix Patzi Paco  
Silvia Rivera Cusicanqui  
Rolando Sánchez  
Constantino Tancara

#### COMISIÓN ACADÉMICA

Raúl España Cuellar  
Roberto Linares Góngora  
Fidel Rojas Álvarez  
Norma Wendy Ríos

Febrero, 2014

D.L. 4-3-72-10 P.O.

Las opiniones presentadas en este texto son responsabilidad exclusiva de los autores  
Impreso en Bolivia - Printed in Bolivia

# Índice

<b>Presentación</b>	9
<b>Parte I</b>	
<b>El nacimiento del intelectual en Bolivia</b>	
<i>El Surgimiento de los intelectuales en Bolivia</i>	13
<i>Alcides Arguedas visto por Salvador Romero</i>	
H. C. F. Mansilla	
<b>Parte II</b>	
<b>Selección de textos de Salvador Romero Pittari sobre historia intelectual</b>	
<i>Pueblo y cultura en el Siglo XIX</i>	27
<i>La visión histórica de Cortés</i>	37
<i>El latín en la literatura boliviana finisecular</i>	47
<i>Los debates finiseculares por la sociología académica en Bolivia</i>	55
<i>Metodología de los Últimos días coloniales en el Alto Perú</i>	67
<i>Los enredos con la historia de Bautista Saavedra</i>	75
<i>Las aristócratas y las de medio pelo en Alcides Arguedas</i>	87
<i>Nietzsche en Bolivia</i>	95
<i>Schopenhauer en los Andes</i>	111
<i>Debates sobre la democracia</i>	147
<i>La Sociología: Una visión actual</i>	165
<i>Notas sobre el paradigma sociológico de A. Touraine</i>	175

## Parte III

### Contribuciones a la historia intelectual boliviana

*El juego de las influencias, recepciones y sensibilidades*

199

*La contribución de Salvador Romero Pittari a la historia  
intelectual en Bolivia*

Luis Claros

# Presentación

*Temas Sociales* se enorgullece en presentar un conjunto de trabajos de Salvador Romero Pittari para dar a conocer a la comunidad académica el pensamiento social de este importante investigador que hizo cuantiosos aportes a la sociología boliviana y al pensamiento social. Se trata de una selección de lo que hemos considerado la mejor producción y los mejores trabajos sobre sociología, cultura e historia del destacado pensador boliviano. De esta manera, el *Instituto de Investigaciones Sociológicas “Mauricio Lefebvre”* (IDIS - Sociología) rinde un profundo homenaje al sociólogo y al docente universitario, formador de tantas generaciones.

Habiendo tenido el privilegio de ser alumno suyo, debo destacar que en sus clases se debatía fuertemente la polémica entre el objetivismo –muy ligado a la influencia positivista– y el subjetivismo. No obstante se notaba la gran influencia que tenía en él la sociología clásica de Weber, Parsons y Merton. A él le debo haberme adentrado en dos líneas contemporáneas del pensamiento social: Alain Touraine, y Berger y Luckman. Fue realmente enriquecedor haber tenido como profesor a Salvador, porque nos presentaba un pensamiento alternativo a la escuela marxista que en esos tiempos dominaba casi hegemónicamente las aulas de la Carrera. Asimismo, destaco de su persona el gran sentido crítico, su conocimiento enciclopédico y su gran aporte a la historia del pensamiento sociológico.

Deseo agradecer a todas las personas que contribuyeron a la publicación del presente número: a la señora Florencia Ballivián, esposa de Salvador Romero Pittari, porque sin su inestimable colaboración, no se hubiera

podido recopilar tan importante material que hoy se presenta; de la misma manera, al señor Luis Claros por la selección de textos y al señor Marcelo Columba por la edición de la revista; igualmente, al señor Arturo Gutiérrez, responsable del Centro de Información y Documentación (CID) del IDIS, quien se encargó de digitalizar esta recopilación; de la misma forma, al señor Edgar. D. Pomar por su contribución en el diseño gráfico de la revista y al señor H.C.F. Mancilla por obsequiarnos un ensayo inédito en el que muestra la notable capacidad crítica de Salvador.

**M.Cs. René Pereira Morató**  
**Director**  
**Instituto de Investigaciones Sociológicas**  
**“Mauricio Lefebvre”**  
**IDIS - Sociología**

# Parte I

## El nacimiento del intelectual en Bolivia



De izquierda a derecha H.C.F Mansilla, Lydia Gueiler Tejada y Salvador Romero.  
Fotografía publicada en el periódico Los Tiempos de Cochabamba, 10 de noviembre de 2013.



# El surgimiento de los intelectuales en Bolivia

Alcides Arguedas visto por Salvador Romero

H. C. F. Mansilla<sup>1</sup>

En la disciplina poco estudiada hasta ahora de la historia boliviana de las ideas y mentalidades, Salvador Romero Pittari ha realizado importantes aportes de carácter original<sup>2</sup>. Basado en datos documentales todavía desconocidos y en la interpretación de libros y artículos ya olvidados, Romero ha reunido una serie de testimonios muy interesantes acerca del proceso de la creación intelectual. Mediante sus escritos nos podemos informar sobre los libros publicados en Bolivia a comienzos del siglo XX, los hábitos de lectura en las ciudades, el tiraje de los periódicos y diarios, las prácticas de las editoriales locales, las ventas de las librerías y también sobre las políticas seguidas por las grandes casas editoriales de España y Francia, que influyeron notablemente sobre la formación de los intelectuales latinoamericanos. Estos fenómenos constituyen el sustrato

---

1 Doctor en filosofía, Magister en ciencias políticas y Escritor boliviano.

2 Salvador Romero Pittari, *La recepción académica de la sociología en Bolivia*, La Paz, Facultad de Ciencias Sociales – UMSA, 1997; Salvador Romero Pittari, *Las Claudinas. Libros y sensibilidades a principios de siglo en Bolivia*, La Paz, Caraspas, 1998; Salvador Romero Pittari, *El nacimiento del intelectual en Bolivia*, La Paz, Caraspas, 2009.

que posibilita el surgimiento de un grupo más o menos compacto de literatos, pensadores y orientadores de la opinión pública, grupo numéricamente muy pequeño, pero de una considerable influencia sobre una sociedad que transitaba del orden tradicional localista a la modernidad de corte universal<sup>3</sup>.

Como afirmó nuestro autor, su obra sobre los intelectuales no es primordialmente un análisis de las ideas de los personajes mencionados – aunque hay varios acápites críticos muy bien logrados referidos sobre todo a la obra de Alcides Arguedas– sino una reconstrucción de la manera de actuar de los intelectuales, una recreación de los vínculos que se establecieron entre ellos y de las relaciones que este grupo mantuvo con la sociedad. Romero explora también cómo se acogió social y culturalmente a estos escritores en el país y cuáles nexos preservaron estos últimos con los centros culturales del exterior. Entre los aspectos centrales de esta temática se pueden mencionar las siguientes interrogantes: ¿Cómo percibió la sociedad boliviana a sus primeros intelectuales? ¿Cuáles fueron los vínculos cambiantes entre autores y lectores? ¿Cuál fue el involucramiento político de los intelectuales? ¿Cómo se configuró el escenario institucional donde actuaron estos pensadores? Es útil recordar que en Bolivia se crearon muy tempranamente cátedras de sociología: a principios del siglo XX. Hay que señalar que aun hoy existen muy pocas investigaciones sobre el fenómeno de la recepción social y cultural que se ha dado a los intelectuales y a sus obras en este país.

El gran mérito de Salvador Romero es haber reconstruido la formación del primer grupo de intelectuales en la historia boliviana que se reconocieron específicamente como tales, es decir, como escritores o académicos que intervienen en los debates públicos, apoyados en su prestigio e inclinados a emitir un mensaje de ética social o histórica. El intelectual que asume conscientemente su papel de especialista en el manejo de símbolos culturales, ejerce un rol importante y especializado, y mantiene una relación permanente pero inestable con sus pares y con los destina-

---

3 Cfr. entre otros: José Joaquín Brunner, *Intelectuales y democracia. América Latina, cultura y modernidad*, México, Grijalbo, 1992; Jorge Larraín Ibáñez, *Modernidad, razón e identidad en América Latina*, Santiago de Chile: Andrés Bello 1996.

rios de sus reflexiones<sup>4</sup>. A causa de estos factores se puede aseverar que se trata de una función históricamente novedosa, que sólo puede darse en un medio urbano que ya posee ciertos elementos de modernidad y que ha superado la tradicionalidad del mundo rural. Es por ello que los intelectuales propiamente dichos aparecieron en Bolivia juntos con la difusión de otros elementos del ámbito moderno, como los ferrocarriles, el telégrafo, los periódicos y la expansión de los sectores con instrucción formal. El aumento espectacular de mujeres lectoras y los cambios en el rol tradicional del género femenino incidieron en la formación y el crecimiento de los grupos académicos y literarios. Por otra parte, los intelectuales desplazan a los antiguos polígrafos y publicistas que tenían roles más difusos y que no poseían una consciencia clara de su función específica.

El término “intelectual” es un neologismo que se usa en el sentido actual desde fines del siglo XIX, creado probablemente por el ambiente político-cultural francés, y denota un individuo que ejerce un magisterio moral de carácter más o menos público y cuya autoridad reside en la combinación de conocimientos, más o menos sólidos sobre el campo social, con una facultad de análisis que permite esclarecer una situación generalmente compleja, cuya comprensión para el gran público es dificultada por las estrategias de encubrimiento que utilizan habitualmente los detentadores del poder político y religioso<sup>5</sup>. Este último punto era muy importante en la constelación boliviana de hace un siglo, cuando la Iglesia Católica poseía aun una especie de monopolio en los campos culturales y educativos.

Podemos intuir de manera relativamente fácil qué es un intelectual, pero definirlo conceptualmente representa una tarea mucho más difícil. La categoría “intelectual” puede abarcar a los especialistas técnico-organizacionales de la administración pública, de la economía y de la gestión en general, a los analistas de coyuntura política, los futurólogos y los plani-

---

4 Salvador Romero Pittari, *El nacimiento...*, Óp. Cit., nota 1, Págs. 13-24.

5 *Ibíd.*, Págs. 14-15. Cfr. también los interesantes estudios de Freddy Zárate, “Las voces del pasado y los oídos del presente” en *Página Siete*, La Paz, 25 de diciembre de 2011, suplemento Ideas, Vol. II, N° 83, Pág. 12; Freddy Zárate, “Sobrio elogio a la ensayística boliviana” en *La Patria*, Oruro, 19 de febrero de 2012, suplemento El Duende, Vol. XX, N° 489, Págs. 4-5.

ficadores, a los profesores de enseñanza terciaria y a los periodistas y empleados más destacados de los medios masivos de comunicación<sup>6</sup>. Pero, como dijo Salvador Romero refiriéndose al “Círculo de París”, habitualmente se designa con ese término de un modo más restringido a los productores “independientes” de valores espirituales, a los creadores de sentido que aprovechan los conocimientos más avanzados de la comunidad cultural internacional en general y de las ciencias sociales en particular<sup>7</sup>.

Aquí se percibe ya una de las ambivalencias más importante que se puede detectar entre nuestros intelectuales y que se manifiesta en el caso de Alcides Arguedas: el anhelo de autonomía de pensamiento y creación genuina, por un lado, y la adopción de ideas, teorías y orientaciones provenientes de los países más adelantados del Norte, por otro. De todas maneras se puede afirmar que los intelectuales han constituido una de las vías más notables y eficaces para transmitir y aclimatar en América Latina las normativas originadas en Europa Occidental, normativas luego popularizadas por los medios masivos de comunicación y el sistema escolar. En Bolivia ha existido desde el siglo XIX una rica tradición consagrada a la vieja pregunta por el destino y la vocación de esta nación, tradición encarnada por nuestros grandes ensayistas e historiadores que se han dedicado a cuestiones devenidas clásicas, como la identidad colectiva de nuestra sociedad, los modelos adecuados de ordenamiento social, los vínculos complejos con los países altamente desarrollados y el futuro de la región. Estas indagaciones, que comenzaron con Manuel José Cortés y Gabriel René Moreno, han sido frecuentemente arduas y hasta dolorosas y han conformado algunas de las porciones más notables y controvertidas de la cultura boliviana y latinoamericana<sup>8</sup>. Los autores del ensayo político-histórico personificaron hasta aproximadamente 1960 al tipo humano-profesional

---

6 Cfr. entre otros: Nicola Miller, “In the Shadow of the State: Intellectuals and the Quest for National Identity” en *Twentieth-Century Spanish America*, New York - London, Verso, 1999; Wilhelm Hofmeister y H. C. F. Mansilla (comps.), *Intelectuales y política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico*, Rosario, Homo sapiens - Konrad Adenauer Stiftung, 2003.

7 Salvador Romero Pittari, *El nacimiento...*, Óp. Cit., nota 1, Pág. 14.

8 Cfr. Josep M. Barnadas, *Gabriel René Moreno (1836-1908). Drama y gloria de un boliviano*, La Paz, Altiplano, 1988; Juan Albarracín Millán, *Orígenes del pensamiento social contemporáneo de Bolivia*, La Paz, Universo, 1976.

percibido como el intelectual por antonomasia. Alcides Arguedas, además de historiador y novelista, era ensayista. El ensayo, género difícil de ser clasificado, pero abierto y exploratorio, permite un enfoque multidisciplinario de las temáticas tratadas, evitando los extremos de la erudición y del diletantismo. Participa tanto del aura estética superior que posee la literatura como del prestigio contemporáneo que brindan las ciencias sociales. Y este fue probablemente el designio íntimo de Arguedas. Durante mucho tiempo el ensayo latinoamericano representó la porción más creativa y conocida del quehacer intelectual en América Latina; uno de sus temas centrales (y más fructíferos) ha sido el vínculo ambiguo y complejo entre las pretensiones teóricas de las élites modernizantes y los modestos resultados de la praxis política cotidiana.

La evolución y las funciones de los intelectuales han sido muy diversas según la época, de modo que los enunciados generales acerca de este grupo social tropiezan a menudo con obstáculos infranqueables. En Bolivia hay que consignar que, desde un comienzo, tuvo lugar una valoración ambigua y hasta despectiva del papel de los intelectuales, sobre todo a causa de su autoconsciencia crítica, siempre mal vista y peor interpretada. Pese a todo, nuestros intelectuales han sido los productores privilegiados de sentido, aunque no influyeran decisivamente sobre la ética colectiva y se contentaran frecuentemente con funciones especializadas en el terreno académico y universitario.

Desde más o menos 1960 las sociedades latinoamericanas experimentan lenta pero seguramente un acercamiento evolutivo de su mundo cultural a los parámetros correspondientes de América del Norte. Los clásicos *hommes de lettres* –creadores de obras, expositores de cátedra, críticos y divulgadores en una persona– tienden a ser desplazados por profesionales universitarios cada vez más especializados y sin el brillo de los grandes generalistas del pasado. Esta tendencia afecta de igual modo a los intelectuales de inclinaciones izquierdistas y revolucionarias. A esto se debe probablemente el decreciente interés público por pensadores como Alcides Arguedas y Fernando Diez de Medina.

Para el caso boliviano, Romero localizó el nacimiento de los intelectuales como grupo profesional diferenciado en los comienzos del siglo XX, en la época de la Revolución Federal, cuando el liberalismo económico y político se unió a fuertes tendencias laicas, a un marcado cosmopoli-

tismo cultural y a un fuerte impulso modernizador. No hay duda, además, de la influencia que irradiaron la civilización francesa y el llamado asunto Dreyfuss sobre la formación de intelectuales críticos en toda América Latina. Estos últimos adoptaron como propia la inclinación hacia un magisterio ético que defendía los derechos humanos, propugnaba una dimensión filosófica en el debate de dilemas públicos, criticaba las instituciones tradicionales como la Iglesia y la familia, y postulaba una modernización radical de la sociedad respectiva.

El primer núcleo permanente de intelectuales bolivianos podría ser visto en aquellas personalidades que residieron en París a comienzos del siglo XX, donde se congregó una pléyade de pensadores latinoamericanos de gran renombre, los que tuvieron posteriormente una relevancia considerable en su respectivo país. La participación boliviana en el llamado “Círculo de París” fue notable y de alta calidad; entre sus integrantes descollaron Alcides Arguedas, Armando Chirveches, Alberto Gutiérrez y muchos otros<sup>9</sup>. La intención de este grupo, de ideales racionalistas, liberal-democráticos y modernizadores, puede ser descrita como una pedagogía socio-histórica de gran escala: se postulaba la conformación de una élite ilustrada, abierta al mundo moderno y al desarrollo paradigmático de Europa Occidental. Se quería alcanzar una aristocracia de talentos, definida primordialmente por la voluntad de servir a la sociedad. Esta élite de la cultura debía ser mejorada permanentemente por la competencia y la crítica internas. Esta minoría selecta tendría además la importante función de contrarrestar los instintos, los prejuicios y las pulsiones de una masa poco educada y proclive a sucumbir ante la seducción irracional de caudillos carismáticos. En todos estos intelectuales se nota una impronta individualista, que rechaza las tendencias colectivistas y poco diferenciadas de las grandes masas, las que son vistas como la dilatada base popular de las dictaduras y tiranías tan usuales en aquella época. Con respecto a este primer grupo de intelectuales bolivianos se puede mencionar positivamente su carácter bastante amplio, el reconocimiento internacional de que gozaron por la calidad de su producción y la fecha temprana de su formación<sup>10</sup>.

---

9 Salvador Romero Pittari, *El nacimiento...*, Óp. Cit., nota 1, Págs. 47-51.

10 Sobre esta temática y con referencia a Alcides Arguedas, Cfr. Alberto Crespo Rodas, *Tiempo contado*, La Paz, Juventud, 1989, Págs. 60-66.

La cristalización de este primer grupo de intelectuales es seguida por Salvador Romero a partir del *Diario* de Alcides Arguedas, documento literario de gran longitud, escrito entre 1900 y 1945, cuya importancia radica en lo siguiente. Arguedas fue probablemente el primer boliviano que se percibió a sí mismo como un intelectual en el sentido profesional del término. Analizó en extensión y profundidad sus móviles internos, sus prejuicios e ilusiones, sus temores y preferencias, sus muchos errores y sus pocos aciertos, todo ello con un claro sentido autocrítico. Definió tempranamente al intelectual como el ser humano “consciente, libre por el pensamiento, soñador, enamorado de un alto ideal de justicia y ventura universales, abnegado y algo ingenuo [...] porque cree en la dignidad humana”<sup>11</sup>. Este *Diario* ha sido publicado sólo en fragmentos de calidad dispar y Salvador Romero, que tuvo acceso a la totalidad del documento, ha podido rastrear en él no sólo la evolución de Arguedas, sino de una buena parte de la intelectualidad boliviana a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Romero resaltó el hecho de que la mayoría de los intelectuales hicieron gala de una posición independiente y crítica, unida a un fuerte impulso moral, que los llevó a defender, aunque sea en la mera retórica, una línea de pensamiento y acción congruente con el humanismo universal y con el Estado de derecho, una tendencia en general contraria al dogmatismo político y religioso, a los prejuicios colectivos y a las tradiciones irracionales<sup>12</sup>.

De los intelectuales estudiados por Romero, Alcides Arguedas es sin duda el más interesante y el que dejó la mayor cantidad de testimonios autocríticos sobre su persona y obra. En cuanto novelista se lo puede considerar como el fundador del indigenismo literario a escala continental. Como pensador fue el más sistemático y radical, sobre todo en la discusión de las tradiciones culturales políticas y de las mentalidades concomitantes. El señaló que los factores de la mentalidad colectiva pueden mantenerse activos durante periodos muy largos, y entonces determinan en alguna medida, difícil de precisar, lo que se llama la identidad social; al-

---

11 Alcides Arguedas, *Diario*, inscripción del 27 de septiembre de 1907, versión completa inédita hasta hoy, citado en Salvador Romero, *Ibíd.*, Pág. 19.

12 Cfr. la importante obra de Juan Albarracín Millán, *Alcides Arguedas: la conciencia crítica de una época*, La Paz, Universo, 1979.

gunos de ellos, como el autoritarismo, impiden una convivencia razonable de los bolivianos y su ingreso pleno a la tan anhelada modernización. Igual que Arguedas y para evitar un malentendido insisto aquí en el carácter histórico (es decir: pasajero) de los fenómenos mencionados, pues todo estudio de identidades nacionales y temas afines puede caer en un determinismo culturalista, el cual presupone que toda evolución estaría motivada y delimitada por los factores propios de los periodos precedentes y que los actores sociales carecerían de la facultad de desarrollar estrategias propias y fijar preferencias basadas en la elección consciente, como lo expresó Salvador Romero en un importante ensayo de 1987<sup>13</sup>.

Pero también aquí es indispensable mencionar los aspectos irrecuperables de la teoría arguediana. El mismo Alcides Arguedas contribuyó a una versión muy cercana de la esencialista al atribuir al paisaje, al clima y a la escasez de recursos una función determinante, inmovible y eterna en la conformación del carácter de los indígenas bolivianos y de otros grupos étnico-culturales. En su concepción, los factores geográficos y climatológicos constituyen una especie de variable independiente, que fija *a priori* los rumbos del pensar y del sentir y las pautas de comportamiento, cuya modificación resulta entonces extremadamente difícil. A los habitantes del Altiplano, por ejemplo, Arguedas les achaca “dureza de carácter”, “aridez de sentimientos”, “absoluta ausencia de afecciones estéticas”, “una concepción siniestramente pesimista de la vida”<sup>14</sup>, lo que entonces y ahora resulta ser una evidente falsedad. Estas opiniones no son rescatables. Pero Arguedas realizó al mismo tiempo una crítica implacable de la contraparte dominante, es decir de los conquistadores españoles y sus descendientes, de sus prácticas y metas; ante su brutalidad, codicia e ignorancia, los indígenas, según Arguedas, desarrollaron una estrategia de supervivencia, “una formidable arma de defensa”<sup>15</sup>, que abarcaría todas

---

13 Salvador Romero Pittari, “Cultura política y concertación social” en René A. Mayorga (comp.), *Democracia a la deriva. Dilemas de la participación y concertación asocial en Bolivia*, La Paz, CLACSO - CERES, 1987, Pág. 162.

14 Alcides Arguedas, *Pueblo enfermo. Contribución a la psicología de los pueblos hispanoamericanos* [1909 + 1937] en: Alcides Arguedas, *Obras completas* (compilación de Luis Alberto Sánchez), México, Aguilar, 1959, Vol. I, Pág. 415.

15 Arguedas, *Ibíd.*, Pág. 429.

las formas no violentas de resistencia a un modelo civilizatorio considerado como foráneo e invasor.

Arguedas y los intelectuales de su generación percibían los males de la patria en la contextura sociocultural y en los comportamientos anti-éticos de los gobernantes y los partidos, y no tanto en las condiciones socio-económicas que se arrastraban de larga data. Esto, que puede parecer equivocado y anacrónico, adquiere hoy una cierta eficacia explicativa ante el fracaso de una masa gigantesca de teorías economicistas, institucionalistas y afines que han demostrado su incapacidad para comprender (e incluso describir) la cultura política y las pautas recurrentes de comportamiento de la población. Arguedas fue sin duda original al haber estudiado lo que ahora se denominan las mentalidades colectivas, los valores de orientación y las normativas preconscientes de grandes segmentos sociales. Pese a errores de observación e interpretación, influidos por motivos raciales<sup>16</sup>, Arguedas logró confeccionar un espejo crítico para retratar a la sociedad boliviana y, muy especialmente, a su clase política y a sus grupos con vehementes ansias de ascenso social. La veracidad de su descripción a este respecto y su tesis de que los males nacionales no provienen de factores externos o agentes foráneos, siguen perturbando hoy como en el primer día a los lectores de su obra. Como señaló acertadamente Salvador Romero, “Arguedas supo representar en la forma más acabada y vigorosa” las ideas prevalecientes en la primera mitad del siglo XX. La actualidad de temas y preocupaciones arguedianas queda patente “cuando el derrumbe moral corroe las bases mismas de la convivencia, cuando la frustración del ciudadano le lleva a preguntarse sobre la viabilidad del proyecto Bolivia”<sup>17</sup>.

---

16 Para una crítica de Arguedas, Cfr. Brooke Larson, “Indios redimidos, cholos barbarizados: imaginando la modernidad neocolonial boliviana (1900-1910)” en Dora Cajías et al. (comps.), *Visiones de fin de siglo. Bolivia y América Latina en el siglo XX*, La Paz, IFEA - Coordinadora de Historia, 2001, Pág. 36; Mariano Baptista Gumucio (comp.), *Alcides Arguedas. Juicios bolivianos sobre el autor de “Pueblo enfermo”*, La Paz, Amigos del Libro, 1979; *Signo. Cuadernos Bolivianos de Cultura*, La Paz, N° 39-40, mayo-diciembre de 1993 (número monográfico dedicado a Arguedas).

17 Salvador Romero Pittari, “Tocqueville y Arguedas” en *Presencia*, suplemento Presencia Literaria, 4 de julio de 1982.

En un excelente ensayo Romero trazó un equilibrado retrato intelectual de Arguedas, llegando a la conclusión de que su concepción central era más psicológica que biológica, más moralizante que científica. Como dijo Romero, la obra de Arguedas no debería ser juzgada únicamente a causa de las apreciaciones de este autor sobre el mestizaje, que, por otra parte, modificó en sus últimos años, sino por la voluntad manifiesta de Arguedas “de sacudir las prácticas que preservaban la antimodernidad, el oscurantismo, los abusos y las arbitrariedades del poder”<sup>18</sup>.

Alcides Arguedas y su generación llamaron la atención en torno a la falta de memoria histórica de los bolivianos, que a menudo cometen el mismo error o eligen a políticos desacreditados por experiencias anteriores. El país ha cambiado mucho desde entonces, pero algunos aspectos de esta Bolivia profunda han permanecido relativamente incólumes: el desprecio por la cultura genuina, la literatura y los libros, el desdén por los esfuerzos científicos y teóricos, la indiferencia hacia los derechos de terceros, la admiración por la fortuna rápida, la envidia por la prosperidad ajena, la productividad laboral substancialmente baja, la celebración de la negligencia y la indisciplina y, como lo expresaba Arguedas, hasta la “innata tendencia a mentir y a engañar, porque [...] estas son condiciones indispensables para alcanzar éxito en todo negocio”<sup>19</sup>.

Finalmente hay que señalar que la apreciación pública con respecto a Alcides Arguedas ha estado fuertemente influida por corrientes y modas ideológico-políticas. Los mismos intelectuales y escritores que anteriormente alababan a este autor y hasta lo defendían, pasaban a la censura más áspera si las tendencias del día así lo prescribían, como lo ha demostrado Freddy Zárate en un estudio bien documentado<sup>20</sup>.

No existe aun para el caso boliviano una historia más o menos completa y confiable de los intelectuales, sobre todo una de su vinculación con la política. Los libros de Salvador Romero Pittari son un buen comienzo en esta dirección. Se han publicado algunos esbozos sobre la historia de

---

18 Salvador Romero Pittari, “Alcides Arguedas: entre el pesimismo y la esperanza”, en *Presencia*, suplemento Presencia Literaria, 14 de octubre de 1979.

19 Alcides Arguedas, *Pueblo...*, Óp. Cit., nota 13, Vol. I, Pág. 483.

20 Freddy Zárate, *La visión chueca sobre Alcides Arguedas*, documento inédito, La Paz, 2013 (incluye una amplia literatura sobre la temática).

las ideas en el país, pero aun falta una sociología política diferenciada de los intelectuales, que examine sus motivaciones profundas, sus genuinos valores de orientación y sus pautas recurrentes de comportamiento práctico-público. Existen algunas obras interesantes que analizan fragmentos de la historia de las ideas, cuya calidad va aumentando claramente con los años, y ellas nos ayudan a reconstruir una temática de gran relevancia para comprender la esfera política del Nuevo Mundo.



# Parte II

## Selección de textos de Salvador Romero Pittari sobre historia intelectual



Salvador Romero Pittari desempeñado funciones como Vicerrector de la Universidad Católica Boliviana, La Paz, 1977.



# Pueblo y cultura en el Siglo XIX<sup>1</sup>

La considerable folletería polémica y apologética desarrollada en el país durante el Siglo XIX justificaría un examen más atento, vinculado a los datos de la producción material y a las luchas socio-políticas que, de alguna manera, dicha folletería intentó comprender, justificar o encubrir, en lugar de ver en ella sólo una copia alienante de ideas generadas en el extranjero, fruto de otros temores y otras esperanzas, distintas a las nuestras o, como diría A. Arguedas, refiriéndose al ensayo objeto de estas líneas: “saturados de todas las nimiedades, de todas las ineptias engendradas en el cerebro de los letrados criollos de América y en especial del Alto Perú, por los discursos y teorías de los oradores de la revolución francesa”<sup>2</sup>.

Tal examen ayudaría a descubrir el papel de algunos conceptos presentes en la política boliviana del siglo pasado, antes que como componentes de una teoría acabada, como soporte de representaciones destinadas a guiar la acción, cuya influencia se deja aún ver en el debate actual.

La importancia de la tarea sobrepasa las posibilidades de un ensayo individual como el que aquí se presenta dedicado a *La doctrina del pueblo*. Pequeño opúsculo publicado por Don Casimiro Corral en 1869, durante un exilio en Lima y reimpresso en La Paz en 1871<sup>3</sup>. El lector no encon-

---

1 Manuscrito cedido por gentileza de la familia de Salvador Romero Pittari para la presente edición (N. del E.).

2 A. Arguedas, *Los Caudillos Bárbaros*, Barcelona, 1929, Pág. 259.

3 C. Corral, *La Doctrina del Pueblo*, Imprenta Paceaña, 1871.

trará en las líneas que siguen ni una historia detallada de su vida, tampoco de su obra y mucho menos de las ideologías decimonónicas. Se quiere revelar una temática que dio sentido no sólo a las preocupaciones de un político, sino a la de muchos de sus contemporáneos y que ha permanecido como una de las obsesiones del pensamiento boliviano.

Casimiro Corral nació en La Paz en 1830<sup>4</sup>, hijo de una humilde familia dedicada al comercio de velas, de donde provino el apodo despectivo del velero aplicado por sus enemigos políticos, al cual C. Corral no fue indiferente, pero del que trató de aprovecharse en sus campañas proselitistas, reclamando para sí, como hijo del pueblo, el privilegio de manifestar sus cualidades e interpretar sus aspiraciones<sup>5</sup>. Efectuó estudios de derecho y se inició en la vida pública como Secretario de la Prefectura en La Paz durante la revolución de 1857 contra Córdova, de allí pasó a la Secretaría del Consejo de Estado, bajo el gobierno de J. M. Linares. Adhirió al partido septembrista, llamado rojo después de la caída del Dictador, donde afirmó los fundamentos de un liberalismo del que no se separó jamás. Adversario de los autores del golpe de Estado que depuso a J. M. Linares, C. Corral no se conformó con ejercer la oposición en la prensa y en la tribuna, sino que pasó a los hechos tomando parte en la revolución de 1862 contra H. M. Achá que fue desbaratada en los campos de San Juan. A partir de ese momento comenzó una larga carrera de activista político que desplegó, como señala J. Sanjinés, en el terreno de la polémica, de las discusiones periodísticas o en los campos de batalla<sup>6</sup>.

C. Corral reconoció en sus escritos la inferioridad e insuficiencia de las vías de hecho frente a los mecanismos legales para conseguir el bienestar de la sociedad, pues toda insurrección acaba por tener consecuencias funestas, no queridas por sus autores<sup>7</sup>. Afirmación que no le impidió participar por lo menos en seis revoluciones, especialmente contra Mel-

---

4 G. Francovich se aparta de los otros biógrafos de C. Corral, señalando como fecha de nacimiento el año 1825. Cfr. *La Filosofía en Bolivia*, Ed. Juventud, La Paz, 1966, Pág.172.

5 C. Arguedas. Óp. Cit. Pág. 259.

6 J. Sanjinés, *Apuntes para la Historia de Bolivia*, bajo la Administración del General A. Morales, Impr. El Comercio, La Paz, 1898, Pág. 22.

7 C. Corral. Óp. Cit. Pág. 7.

garejo, a cuyo derrocamiento contribuyó en gran medida. Durante este gobierno tuvo la debilidad de acoger favorablemente una propuesta para ejercer los cargos primero, de Vocal de la Corte Superior de Justicia en La Paz y después de Ministro Plenipotenciario de Bolivia en el Ecuador, empleos que desempeñó por corto tiempo. Sin embargo, tal colaboración le hizo perder mucho prestigio y no fue ajena a su derrota electoral frente a A. Ballivián.

El revolucionario no desdeñó los altos cargos públicos. A. Morales le encargó la Secretaría General del Estado y más tarde el Ministerio de Relaciones Exteriores, portafolio que conservó hasta fines de noviembre de 1872 en que dimitió “por la actitud hostil de A. Morales contra las instituciones”<sup>8</sup>. T. Frías le devolvió el Ministerio. Varias veces diplomático, candidato a la Presidencia de la República por el partido llamado civilista, terció en las elecciones de 1873 frente a A. Ballivián, ocupando el segundo lugar. En 1892, postuló a la primera Vicepresidencia, como compañero de fórmula de don G. Pacheco, nuevamente los resultados le fueron adversos. Canciller de la Universidad de La Paz, falleció en 1895.

La *Doctrina del pueblo* no fue la obra de un pensador académico dedicado, en la tranquilidad del claustro, a reflexionar sobre la sociedad, sino la de un político que buscó con sus escritos educar y enseñar, y no exclusivamente reclutar partidarios. ¿No fue acaso con este objetivo que durante la dictadura de J. M. Morales, C. Corral publicó *El Artesano*? La intención pedagógica permaneció en forma explícita en el ensayo mencionado, escrito para traducir en principios de fácil comprensión para el pueblo el alcance de la democracia. La obra logró una difusión amplia, teniendo en cuenta el reducido ambiente intelectual de la época, prueba de este interés fueron las dos impresiones efectuadas en el corto tiempo de dos años. Su influencia inspiró algunos de los temas de la revolución federal de Andrés Ibáñez, aunque el caudillo cruceño fue mucho más allá de las proposiciones liberales, respetuosas de la propiedad privada del político paceño.

C. Corral despertó oposiciones, curiosamente entre los hombres de Iglesia que le reprocharon, en despecho de su cristianismo abiertamente proclamado, sus ideas favorables a la revolución francesa y a la tolerancia

---

8 N. Aranzaes, *Diccionario del Departamento de La Paz*, Ed. La Prensa, La Paz, 1915, Pág. 228.

religiosa<sup>9</sup>. La polémica prosiguió después de su muerte. Así A. Arguedas enjuició la *Doctrina del pueblo* como la obra de un “teórico iluso y obtuso que sabía escribir regularmente”. Por su parte, G. Francovich en un ensayo consagrado a examinar la influencia del *Libro del Pueblo* del Abate R. Lamennais en la *Doctrina del pueblo*, vio en éste último la creación de un verdadero pensador y escritor no exenta de originalidad, pues si el modelo fue abiertamente socialista, C. Corral defendió un franco liberalismo<sup>10</sup>.

Sin duda muchas de sus páginas constituyen, quizás, un ejemplo de una oratoria altisonante y con ideas algo laxas, frecuente en el discurso político del siglo pasado, pero de ninguna manera pueden ser tomadas como expresión de una fraseología hueca, retórica elaborada con el fin de justificar los devaneos políticos de su autor, que no fue un demagogo dispuesto a “servirse de la multitud ignorante y vagabunda que se agita en las perturbaciones sociales” para provecho propio. Su discurso se dirigió a instruir al pueblo formando “ciudadanos libres que sepan cumplir sus verdaderas obligaciones, a la vez que defienden sus derechos”. Y si algunos momentos, el nombre de acción pareció obrar guiado sólo por las pasiones, en otros el político, el doctrinario, dio muestras de actuar orientado por las exigencias de una ética de la convicción, menos atenta a los resultados que a la vigencia de los principios. Su alejamiento del presidente A. Morales, cuando éste se apartó del respeto a las instituciones, o su sometimiento público a la voluntad nacional y al imperio de la ley, después de la victoria electoral de A. Ballivián, apuntan en el sentido de la moral que M. Weber llamó una combinación de la responsabilidad y de la convicción. C. Corral comprendió, sin embargo, que participar en política implica siempre intervenir en las luchas por el poder y la influencia, de donde surgen imposiciones que a veces ejercen violencia sobre las creencias profundas del hombre.

La *Doctrina del pueblo* apareció en un momento de profunda crisis política, social y aún moral para el país, sometido a la aleatoriedad de los caprichos del tirano que parecía gobernar mejor el genio profundo del pueblo, que en el orden institucional. Su autor sostuvo, a diferencia de otros pensadores de la época, que tal estado de cosas no se debía ni a la raza, ni a la geografía, tampoco al destino, sino a la ignorancia de los hombres

---

9 Un resumen aparece en G. Francovich, Óp. Cit. Pág. 177.

10 G. Francovich. Óp. Cit. Pág. 173.

que les convertía en víctimas fáciles del déspota o del demagogo, de allí su proclamada vocación pedagógica.

La *Doctrina del pueblo*, constituye una síntesis entre el liberalismo, la herencia de los ideales de la revolución francesa y un catolicismo inspirado, como ha mostrado G. Francovich, en la obra del Abate Lamennais. Ensayo de reconciliación entre el espíritu tradicional y el nuevo, entre el advenimiento de Jesucristo y las revoluciones mundanas, en especial la de 1789, que aquel acontecimiento anticipó y sirvió como punto de partida. En este conjunto predominó, de manera general, el temperamento conservador, optimista, seguro del triunfo de la razón, de la ciencia y la humanidad de su autor, para quien los obstáculos al progreso del pueblo, no surgen de la división de clases en una sociedad concreta, sino de la ignorancia, la tiranía, la intolerancia. Visión indisociable de la carrera de C. Corral, salido de los rangos más humildes de la sociedad, para elevarse por su esfuerzo, a las posiciones de mayor consideración. En esta movilidad ascendente, que tiende a desestimar las barreras del estatus y privilegio, se encuentra una de las claves para la comprensión del pensamiento contenido en la *Doctrina del pueblo*.

Un aspecto poco examinado de la síntesis corraliana, cuya originalidad especialmente filosófica fue sin duda reducida, es el de su papel ideológico en la sociedad de la época. El ocaso del régimen de terror impuesto por M. Melgarejo, permitió entrever la oportunidad de la democracia y colocó al civilismo político, a los privilegiados no tradicionalistas, en la necesidad de buscar mecanismos de control social diferentes a los puramente represivos, propios de la tiranía. La *Doctrina del pueblo* respondió en parte al requerimiento, mostrando una imagen de la sociedad en la cual los sectores populares y en particular los artesanos, una de las fuerzas integrantes del juego del poder en un país pre-industrial, con una enorme masa campesina excluida de toda participación política, encontraban el reconocimiento de sus derechos ciudadanos, encuadrados en los principios de la religión y la ley, la libertad en el orden de las instituciones, y una disciplina para sus aspiraciones que no ponía en tela de juicio la legitimidad de quienes por su “saber, virtud y trabajo” estaban llamados a ejercer el gobierno democrático<sup>11</sup>, con la ventaja adicional de no imponer a éstos obligaciones muy específicas.

---

11 C. Corral. Óp. Cit. Pág. 23.

La imagen de República democrática que concibe C. Corral es la unitaria, de tinte jacobino, en la cual la división de soberanía en pequeñas naciones sólo puede debilitar el todo, como sucede en el Estado Federal. Pero el peligro no radica exclusivamente allí, también proviene de la heterogeneidad de razas y tradiciones. Si C. Corral descuidó la importancia de los antagonismos de clases, fue sensible al potencial enfrentamiento de razas. Su República expresó el ideal jacobino de formar un solo pueblo, una sola nación, con una soberanía indivisible, ideal manifiesto en el frecuente recurso a la metáfora del cuerpo social que por su naturaleza debe ser único y homogéneo, pues el poder y progreso de un país “depende de la unidad y uniformidad de los elementos que concurren a mantener la vida y animación del cuerpo social. Esos elementos son las leyes, la población, idioma, costumbre, etc.”<sup>12</sup>. Fue necesario esperar la Revolución Nacional para que este anhelo plasme en una política que hoy se encuentra en el centro del debate nacional, para algunos insuficiente por su timidez, para otros, por su pretensión de uniformar la sociedad, responsable del subdesarrollo de grupos étnicos y regiones.

C. Corral no confundió, sin embargo, la idea política de la soberanía única con la noción administrativa de descentralización. En ésta y en la autonomía municipal vio un freno efectivo contra el despotismo, un instrumento para impulsar la prosperidad de las regiones y un medio para desarrollar una administración responsable en el plano local. El valor de tales planteamientos no ha perdido actualidad.

La convicción en la soberanía del pueblo se acompañó de una creencia púdica en la virtud de la democracia para eliminar “las distinciones de casta y las jerarquías de privilegios”, para conseguir la armonía y concordia entre los hombres. En la concepción del pueblo se excluyó toda referencia a la división de clases, a la oposición entre dominantes y dominados, para retener exclusivamente la coincidencia de objetivos, la voluntad de ejercer actos de soberanía, es decir al “conjunto de ciudadanos que tienen vínculos indisolubles en la sociedad en que viven, cuyos intereses están ligados ya por el trabajo, ya por las virtudes que poseen, ya por los sacrificios y servicios que rinden a la asociación”<sup>13</sup>. Semejantes ciudada-

---

12 Ibid., Pág. 89.

13 C. Corral. Óp. Cit. Pág. 27.

nos sólo pueden anhelar el orden y el progreso del país. La revolución es un recurso extremo contra el tirano que de ninguna manera puede confundirse con los devaneos de un populacho puesto al servicio de intereses particulares o de sus propias pasiones.

El concepto pueblo, confundido con el de nación formado por la coincidencia de intereses de las distintas clases prefiguró el tema esencial al nacionalismo revolucionario de la alianza de clases campesinas, obreras, medias y aún burguesas para someter los intereses extranjeros a los del país. Nacionalismo que en palabra de C. Montenegro tuvo la virtud de confundir y agrupar todas la fuerzas, las energías sin distinguir condiciones ni posiciones. En ambas posiciones el pueblo se erige en el autor de las transformaciones aunque sus enemigos, en 1871 y 1952, sin duda, no son los mismos.

Para C. Corral el reconocimiento del pueblo soberano desembocó en la conciliación de lo permanente y el cambio, ya revelado según él en la doctrina evangélica que preserva y revoluciona la humanidad desde el advenimiento de Cristo. En la sociedad, estas fuerzas se expresan, por una parte, en la necesidad de conservar la soberanía, la sociabilidad y la disciplina de los hombres, mediante leyes que sólo el pueblo puede dar. Principio resumido en máxima de filiación jacobina, destacada por la obra examinada, de que sólo existe libertad allí donde impera la ley<sup>14</sup> y, por otra parte, en la exigencia de progreso, pues la sociedad está llamada a removerse o desaparecer<sup>15</sup> para lo cual requiere del impulso de una fuerza unificada que no es sino el pueblo, políticamente organizado en la República democrática, a fin de superar las trabas puestas por la ignorancia, el despotismo, los prejuicios en la marcha ascendente de la sociedad.

Nuevamente se dibuja en esta concepción de la República activa, popular, soporte del progreso, la doctrina del Estado Revolucionario de 1952, en lucha contra las fuerzas antinacionales por impulsar el desarrollo y conformar la nación soberana.

El liberalismo de C. Corral no contradice su concepción del pueblo soberano y legislador, pues los adversarios de éste no son los de una cla-

---

14 Sobre este tema véase G. Mairet, "Pueblo y Nación" en F. Chatelet. *Les ideologies*. E. Marabout, Verviers, Belgique, 1978. Pág. 51.

15 C. Corral. *Óp. Cit*, pg. 20.

se propia de la sociedad boliviana, sino comunes a la humanidad, de allí el tono voluntariamente abstracto de *La Doctrina del Pueblo*. De esta forma, el ámbito donde se ejerce el liberalismo: la propiedad absoluta, la libertad de producción y transferencia de bienes no interfiere con el campo de la intervención del pueblo-nación, fijado por la naturaleza de sus adversarios. Se hace evidente la diferencia con el Estado del 52, de una esencia democrática parecida a la República de C. Corral, pero que definió un enemigo interno ligado al interés extranjero responsable del estancamiento de las fuerzas productivas del país, razón por la cual su acción social fue de contenido más revolucionario y su participación en la economía de una amplitud antes nunca vista.

Pero, sostendrán algunos: ¿Cómo se puede relacionar una obra especulativa donde apenas se hace referencia a la realidad con ideologías actuales preocupadas por descubrir las contradicciones concretas de la sociedad, definir sus enemigos, proponer una alternativa de cambio? Se dirá que se abusa de la interpretación. Quizá. No se negará, sin embargo, que la *Doctrina del pueblo*, junto a su vocación pedagógica, tuvo un propósito ideológico. Verdadera arma contra los adversarios del pueblo, los tiranos de toda laya, que no por innominados carecen de nombre y apellido, a quienes además de quitarles legitimidad excluida de la historia, condenándolos a la futilidad, pues la marcha ascendente del progreso se puede estorbar, pero no detener<sup>16</sup>.

El conjunto ideológico formado por el pueblo y la República democrática, puede compararse, usando las palabras de G. Mairet, “con un espejo mágico que cuando se lo interroga expresa siempre la verdad de una política”<sup>17</sup>, la naturaleza popular de la República, que es democrática o no es República, la Sociedad se ve así conducida a esta alternativa; o bien, los hombres viven en la ignorancia, la opresión, la injusticia del despotismo o se encuentran libres, iguales, abiertos a la verdad y la razón en la democracia. A largo plazo el resultado está definido: “Se aproxima indudablemente el imperio de la justicia”<sup>18</sup>, porque todos los días pierde terreno la

---

16 C. Corral. Óp. Cit. Pág. 2.

17 G. Mairet, Óp. Cit. Pág. 51. La frase del texto hace una paráfrasis de la de G. Mairet, traducida por el autor.

18 C. Corral. Óp. Cit. Pág. 3.

tiranía moral y material. Mas la pugna continúa; la alternativa exige lucha de los hombres, firmeza de la ley, difusión de la enseñanza. Los adversarios del pueblo cambian, pero la exigencia para éste de combatirlos permanece tanto más que no se actúa para un pueblo sino para toda la raza humana. Pese a todos los ingredientes nacionales, el ensayo de C. Corral no dejó en gran medida de mostrar un cosmopolitismo común a muchos liberales de la época que aspiraban a lograr la libertad y la fraternidad de la humanidad.

En las ideas de la *Doctrina del pueblo*, sin duda, no originales ni definitivas, se han formado representaciones globales y gestos colectivos recurrentes en el pensamiento político boliviano, transmitidos antes que por la influencia directa de la obra examinada, por la penetración de los conceptos del pueblo y República en el sentido de C. Corral. En la Cultura política, en especial de las clases medias.



# La visión histórica de Cortés<sup>1</sup>

## Visión de la Historia

El *Ensayo sobre la Historia de Bolivia* de Manuel José Cortés, nos pone en contacto con una de las primeras obras sobre historia escritas en el país, después de su independencia. La riqueza de contenido de esos ensayos, superan la estrecha atribución de “memorialista” con la que nuestros autores de historias de la literatura nacional, acostumbran referirse a Cortés.

La obra fue publicada en la imprenta Beeche de Sucre en 1861, respondiendo a un claro fin: justificar la independencia de Bolivia, nacida de una necesidad de superación, habiendo llegado las colonias a un cierto grado de desarrollo, “un deseo innato de progreso” debía llevarlas a buscar su autodeterminación.

Es en función de este principio que se debe comprender el ensayo sobre la historia de Manuel José Cortés, obra en la que nos presenta una breve aunque reveladora visión de su concepción histórica. No queremos decir con ello, que en el autor del ensayo, se encuentra una filosofía de la historia desarrollada sistemáticamente, no, apenas una rudimentaria intuición de que el suceder histórico tiene un sentido, una unidad. “Así, en medio de la variedad de los acontecimientos, se manifiesta la unidad de

---

1 Publicado en *Logos*, No. 4, La Paz, Universidad Mayor de San Andrés - Facultad de Filosofía y Letras, 1968 (N. del E.).

los designios de la Providencia”<sup>2</sup>. Es pues, claro el pensamiento de Cortés: toda la multiplicidad de acontecimientos que conforman la realidad histórica, están dotados de unidad. La historia de Bolivia, que aparentemente se nos presenta tan desordenada, no es una excepción, ella también obedece a una ley, que en la concepción de nuestro historiador es la ley del progreso dictada por la Providencia: “La ley del progreso está escrita por el dedo de Dios en la inteligencia y el corazón del hombre”<sup>3</sup>. Razonar en esta forma es entender la Historia como algo pleno de sentido, de significación y no como un mero producto de la casualidad, del azar.

La suposición de que existe una ley dictada por la divinidad, que la podemos conocer, es la que nos hace comprensible el transcurrir de la historia. El *Ensayo sobre la historia de Bolivia* desarrolla pues, aunque no en forma completamente científica, el pensamiento histórico de Cortés, cuyas influencias más próximas en su gestación las encontremos en los enciclopedistas, a quienes se les debe atribuir ese espíritu optimista que palpita en toda la obra.

El hombre sujeto de la historia, es el que imprime en las múltiples esferas de su quehacer el impulso hacia el progreso; esto es sólo posible porque el hombre goza de libertad. Es necesario armonizar estos dos supuestos que se encuentran en la visión histórica de Manuel José Cortés: la libertad humana y el Providencialismo Divino que da la ley de progreso. Únicamente aquel obrar que el hombre ejecuta libre y voluntariamente hace historia: “Sólo los pueblos que, sin experimentar comprensión alguna, se encaminan a la perfección política o social merecen lugar en los anales del género humano”<sup>4</sup>. De aquí se infiere, que por ser el hombre libre y estar dotado de razón, es capaz de escoger entre las diversas posibilidades la más conveniente para conducirlo a su perfectibilidad.

La marcha de aquellos acontecimientos políticos, sociales, militares, etc., que se conocen con el nombre de historia, no son sino el resultado de la conexión entre la voluntad libre que aspira a realizar fines y la razón que decide y elige entre la multiplicidad de circunstancias.

---

2 Manuel José Cortés, *Ensayo sobre la Historia de Bolivia*, Sucre, Beeche, 1861, Pág. 1.

3 Cortés, *Op. Cit.* Pág. 94.

4 *Ibíd.*, Pág. 1.

La historia es en cada una de sus fases un desenvolvimiento del progreso. El hombre, que innatamente desea la superación, merced a sus facultades superiores, conjunciona su aspiración con su obrar. Es en esta articulación que se explica el pensamiento de Cortés.

La historia es una marcha que, aunque a veces aparenta estar extraviada, no deja de ser ascendente. Estrictamente hablando, jamás puede haber regresión que no sea simultáneamente preparación de nuevas realizaciones y por tanto superación: “Parece que los hechos históricos por lo mismo que son el resultado de la voluntad y las pasiones humanas, no pueden dirigirse a un punto fijo, ni tener objeto determinado. Es cierto no obstante, que muchos de los acontecimientos históricos, a pesar de tener su origen en el libre albedrío, están sujetos a una ley constante y ceden en beneficio de la humanidad. Ni puede ser de otra manera, puesto que si hay hechos que provienen de las pasiones, los hay también que nacen de la razón y de los intereses bien entendidos del género humano”<sup>5</sup>. He aquí, una condensación de la visión histórica de Cortés: la actividad humana no es sólo el resultado de pasiones inferiores, ni tampoco es el impulso ancestral el que gobierna los países y hace la historia, sino más bien ésta transcurre gobernada por una ley de progreso y guiada por la razón.

De acuerdo con Cortés, para que un hecho dado merezca ser considerado por la historia es necesario que provenga del obrar libre y racional: “Sólo con la libertad hacen los pueblos suyo el elogio o el vituperio, y cargan con la responsabilidad de sus acciones”<sup>6</sup>. Y de allí también su conocida frase “la esclavitud no tiene historia”. Es fundándose en este punto de vista, que elimina de sus ensayos la parte referente a la dominación española. Finot supone que este es un procedimiento para disimular la omisión en que incurría, “con lo que demostraba no ser un investigador y confirmaba que en su tiempo aún no se había iniciado en Bolivia la verdadera disciplina científica con mira a la creación de la historia nacional”<sup>7</sup>. Creo más bien, que esta omisión responde a su concepción histórica: sólo aquellos hechos humanos que se fundan en la libertad trascienden en la

---

5 Ibíd.

6 Ibíd.

7 Enrique Finot, *Historia de la Literatura Boliviana*, 2º Ed., 1955, Pág. 210.

historia. El criterio es tal vez limitado, pero muy de acuerdo a su manera de concebir la historia que, como apunté, en no pocos aspectos se halla influenciada por la filosofía de la Ilustración y el Racionalismo.

Pero queda todavía un aspecto que considerar en el pensamiento de Cortés, una objeción que él mismo plantea: “Si Dios ha querido que el hombre aspire a la perfección ¿por qué no dar a la voluntad humana toda la eficacia necesaria para que llegue de una vez al término anhelado? Esta observación que parece muy grave, queda destruida con el más ligero examen. El bien no sería meritorio si no fuera el resultado de la actividad laboriosa del hombre: conseguirlo desdeñando los halagos de las pasiones, y venciendo los obstáculos que se oponen a su realización, ensalza a la humanidad, y aumenta el precio de sus obras”<sup>8</sup>.

El ensayo, es pues, una síntesis de los principales sucesos históricos, desarrollado no en forma desorganizada, sino más bien, como la lucha de una nación, dirigida necesariamente a su perfección y libertad. Cada hecho histórico es como un eslabón en la cadena del progreso, muchas veces desorientado en su rumbo, pues “está en los designios de la Providencia que la libertad no se adquiere sino al precio de rudos combates”, pero que a la postre terminará siempre engarzando en el plan divino de progreso.

El trabajo concluye con capítulos dedicados a la instrucción, literatura, legislación, costumbres. Es Cortés uno de los primeros autores que en Bolivia cultiva la crítica literaria y es así mismo, por su Ensayo titulado *Bosquejo sobre los Progresos de Hispano-América* uno de los iniciadores de los trabajos socio-filosóficos en el país.

## **El ensayo sobre la historia de Bolivia**

Nos referimos, ahora, al *Ensayo sobre la Historia de Bolivia* en sí. Trabajo que ha recibido de nuestros críticos diversos juicios. Para Fernando Díez de Medina, Cortés es un simple memorialista, muy discutido por su parcialidad.

Mons. De los Santos Taborga dice de nuestro autor, que escribió un ensayo, que ni ese título merece<sup>9</sup>. Finot en su *Estudio de la Literatura Bo-*

---

8 Cortés, Óp. Cit., Pág. 2.

9 Citado por L. Paz en el prólogo de los *Estudios Históricos* de Mons. Taborga.

*liviana* comenta la obra expresando que: “Ha sido juzgada como trabajo meritorio y bien documentado aunque desgraciadamente comienza por el período de la lucha por la independencia, sin consignar los necesarios antecedentes sobre los orígenes de la nacionalidad”. En general se le ha hecho poca justicia a Cortés; su estudio superando muchos problemas del ambiente social y cultural, sobre todo de su época, es documentado, aunque incompleto y ello se debe, a su peculiar modo de juzgar la historia. El Ensayo constituye una especie de mensaje de optimismo para aquellos que desesperaban de la independencia.

Cortés se propone ser imparcial, más no indiferente: “Exigir del historiador la indiferencia, sería querer no solo que se hiciese cómplice de las iniquidades sino que deje de ser hombre”. Expone los diversos sucesos que relata con bastante serenidad. Ni los españoles, ni los gobiernos republicanos, aún el de Belzu, son objeto de juicios apasionados, aunque en muchos aspectos la obra no es sino el reflejo de la opinión dominante en la época de la cual le resultó muy difícil apartarse. Pero esto no nos lleva a creer como a Diez de Medina, que el autor del Ensayo se “halle más cerca de la crónica personal que del estudio orgánicamente planteado”, puesto que como vimos, en el Ensayo existe una verdadera concepción de la historia, aunque tal vez simplista y elemental.

El trabajo empieza, como más tarde lo harán muchos de nuestros escritores influenciados por Taine, con un estudio del medio geográfico. El capítulo segundo, ya es estrictamente histórico, se refiere a la gesta libertaria. Realiza su autor un análisis de los motivos que impulsaron a la .revolución emancipadora y señala como una de las causas fundamentales: “Las ideas difundidas en América”, en especial el Contrato Social, el Acta de la Independencia de los Estados Unidos, la Declaración de los Derechos del Hombre dada en Francia, sin descuidar por esto otros motivos como la injusticia de la Conquista, la impolítica desigualdad que se estableció entre españoles y americanos, las trabas al comercio, etc. Mas en opinión de Cortés, no tiene importancia alguna la situación política de la metrópoli. La independencia no tiene con la invasión napoleónica a España relación alguna de causa-efecto, sino solamente una mera sucesión temporal.

Es apretada la síntesis en que narra los principales hechos de la epopeya libertaria. Va desde el “Grito de la Independencia que murió sin eco” de Alonso de Ibáñez hasta la Asamblea Nacional de 1825. Al tratar

los acontecimientos de Chuquisaca y La Paz no les da la importancia que merecen, tal vez por falta de documentación adecuada o, quizá, por un deseo de simplificar la narración.

Un aspecto importante que no ha sido debidamente estudiado en el país, es el que se refiere a la ideología política imperante en el Alto Perú durante la Independencia. Manuel José Cortés en este sentido tampoco es una excepción, sin embargo, el lector perspicaz podrá darse cuenta, que si bien nuestro historiador no lo dice explícitamente, es porque no existió en el Alto Perú una ideología uniforme. Cortés cree que los iniciadores intelectuales de los movimientos de Chuquisaca y La Paz, conocían plenamente su objetivo, el de separar América de España, algunos en forma más decidida que otros: “Más audaz que sus compañeros el joven Montegudo, prefería los métodos directos; escribió el diálogo de Atahualpa y Fernando VII, que avivó el ansia de independencia”; pero que este pensamiento no era el único, se puede apreciar en otros acápites de la misma obra: “Aunque en el Alto Perú más que en las otras posesiones españolas era pronunciado el deseo de sacudir la dominación de la Metrópoli, una parte de la población era adicta al sistema establecido; así es que los directores de la revolución, precisados por las circunstancias obraron con cierta especie de hipocresía tanto para adormecer a las autoridades como para tener tiempo de propagar sus ideas y mover a la generalidad de la población”<sup>10</sup>. En otra parte expresa: “La prensa de Buenos Aires y Lima hacía viva impresión en los ánimos. Ya no era sola la independencia el pensamiento dominante, sino se quería también el establecimiento de gobiernos regulares. Crecía la revolución en las ideas: los espíritus se convencían más y más de la necesidad de la independencia, como condición de mejora. Por medio de las publicaciones periódicas llegó a ser convencimiento lo que antes no era más que instinto en la generalidad de las poblaciones”<sup>11</sup>. En conclusión, podemos apreciar que en la revolución emancipadora, sobre todo en los primeros años, no hubo un pensamiento político único.

Continuando con su estudio, Cortés destaca el hecho de que si bien el elemento indígena nutrió los ejércitos patriotas fueron, sobretodo, crio-

---

10 Cortés, Óp. Cit., Pág. 28.

11 Ibíd., Pág. 83.

llos y mestizos las fuerzas vivificantes de la independencia. “Una gran porción de la población indígena del Alto Perú tomó parte en la contienda; pero eran los hijos de los españoles los que la dirigían”<sup>12</sup>.

Para Cortés la independencia es un hecho necesario que respondía a una exigencia de progreso. La sacrificada lucha llevada a cabo para obtenerla justifica la existencia de Bolivia “como nación soberana, libre e independiente de todas las naciones del antiguo y nuevo mundo”. Pero este hecho, no era suficiente, también es necesario gobernarse y el sistema representativo en la forma que se lo adoptó: incompleto y con una escasa preparación de las ex-colonias para recibirlo, condujo al país a la anarquía. “El gran remedio de males que nos aquejan, lo mismo que la gran esperanza para el porvenir, consiste en aceptar francamente y en toda su plenitud los principios del sistema representativo, que hasta hoy no se han puesto en práctica más que a medias”<sup>13</sup>.

Bolivia, cree Cortés, se hallaba atravesando un período de crisis. La quiebra de las instituciones coloniales y la adopción de nuevas formas, que no habían llegado a excluir el viejo orden, creaba en la sociedad un ambiente de desorganización. El *Ensayo sobre la Historia de Bolivia* no es la única obra escrita para tratar de comprender y superar una época de crisis. Nuestro historiador analiza el conjunto de causas que desembocó en esa época, tan extrañamente paradójica, tiempo de desesperanza y esperanza. Trabajo nacido de una necesidad, responde plenamente a ella, mostrando que tanto la independencia como la república, a pesar de su inestabilidad, de sus etapas despotismo y arbitrariedad, fueron hechos indispensables en la marcha del progreso.

Complementa el cuadro histórico un ligero análisis de los gobiernos republicanos hasta la caída de Córdoba. Merece destacarse el juicio sobre el gobierno del Mariscal Don Andrés de Santa Cruz. En general, él no es desfavorable a la persona del Mariscal, más no puede decirse otro tanto de la Confederación. Sobre este punto, Cortés no parece sino reflejar la opinión de su época, la que por falta de una perspectiva histórica fue contraria a la Confederación. “La gloria de nuestras armas no podía compensar la pérdida de nuestra nacionalidad. Bolivia, que conoció que no sólo

---

12 Ibid., Pág. 94.

13 Ibid., Pág. 231.

se prodigaba inútilmente la sangre de sus hijos, sino que se quería someterla a la condición de una provincia peruana, se levantó en masa con el nuevo gobierno que se trataba de imponerle”<sup>14</sup>. Estos juicios, no son sino la exteriorización de la falta de comprensión de una época, que dominada por estrechos criterios, perdió la verdadera proyección de los acontecimientos.

Mas en otras páginas Cortés, se muestra como un historiador que también es capaz de valorar los hechos y darles el significado que realmente tienen. La batalla de Ingavi, no fue otro hecho de armas más, fue la consolidación de la independencia, de Bolivia que en esta forma quedó definitivamente sellada: “Con la victoria de Ingavi dejó de ser un problema la independencia de la República”<sup>15</sup>.

El gobierno de Belzu, es sin duda juzgado con mucha severidad. Fernando Diez de Medina en su *Literatura Boliviana*, al hablar del ensayo nos dice: “Hay un crítico que opina que su libro (El Ensayo) contribuyó a derribar el gobierno demagógico de Belzu”. Hecho del todo imposible, porque la primera edición del trabajo que examinamos se publicó en 1861 y la transmisión legal del mando en beneficio de Córdoba la realizó Belzu el 15 de agosto de 1855. Cortés al juzgar la administración de Belzu, mantiene difícilmente la serenidad de sus juicios. Es indudable que para un historiador resulta problemático guardar la objetividad de sus juicios al describir acontecimientos en los que él mismo ha tomado parte. Generalmente en estos casos se tiende a proyectar sentimientos ajenos al hecho mismo que se examina, deformándose la verdad histórica. Pero ni por este motivo se puede tildar al ensayo de Cortés de obra parcial, más bien en general, nuestro historiador, se mantiene dentro de su intención de juzgar la historia con imparcialidad, más no con indiferencia.

Los últimos capítulos se refieren a la instrucción, literatura, legislación y costumbres, que dan un panorama completo, aunque sintético, de la cultura boliviana a mediados del siglo pasado. Cortés es uno de los que primero se aventura en el campo de la crítica literaria, posiblemente Gabriel René Moreno es el único que le precede con algunos estudios.

---

14 Ibid., Pág. 158.

15 Ibid., Pág. 178.

Al examinar la situación de nuestra literatura da a esta palabra un significado tan amplio, que prácticamente comprende todas las ciencias a excepción de las exactas. Señala como rasgo característico de las letras bolivianas el sentimiento de libertad que inspira a nuestros literatos. Destaca también la influencia del romanticismo: “Conociendo poco los más de nuestros poetas a los clásicos, y teniendo a la vista sólo las producciones de la escuela romántica francesa, no tienen esa templanza que refrena los arranques exagerados: por eso su entusiasmo raya a veces en delirio”<sup>16</sup>. Cortés al igual que Vaca Guzmán, lamenta el abandono de lo nacional como tema inspirador de nuestras letras. Sin embargo, tal afirmación no es del todo exacta, ya que nuestras primeras novelas tienen como fondo ambientes nacionales.

El estado embrionario de nuestras letras es explicado por Cortés, no como generalmente se hace, afirmando que son las convulsiones sociales las que impiden el desarrollo de la literatura. Cortés nos dice que la historia atestigua que las producciones de más valía han nacido del seno de las agitaciones civiles y encuentra más bien que el verdadero motivo es la falta de dedicación en nuestros literatos.

Muchos de los nombres citados por el autor del ensayo, han desaparecido del panorama de la literatura nacional, tal vez por falta de méritos para perdurar, o quizás, injustamente olvidados, así por ejemplo: S. Lora autor del drama histórico *La Paz Libertada*; los poetas Ricardo Condarco y Gerardo Alvarez; el primer economista boliviano autor de los *Principios de Economía Política Aplicados al Estado Actual y Circunstancias de Bolivia* que apareció en 1945, Julián Prudencio; Trifón Medinacelli autor de trabajos diversos sobre economía, finanzas, política, etc.

Don José Matías Carrasco a quién se debe la descripción sinóptica de Moxos, Venegas autor de un ensayo sobre las revoluciones y muchos otros dedicados a trabajos de jurisprudencia, filosofía, que, en esa época despertaban alguna curiosidad, porque en Bolivia jamás ha habido un interés real por la literatura. La mayoría de las realizaciones de nuestros intelectuales caen en el vacío hasta que la indiferencia unida al tiempo, termina por borrar toda huella de ellos y de sus inquietudes.

---

16 Ibid., Pág. 238.

Con referencia a la literatura jurídica se encuentran en el ensayo interesantes datos sobre aquel período heroico de nuestras leyes, y de los hombres que con su esfuerzo lucharon por encaminar el país hacia el orden y la justicia. El capítulo final dedicado a las costumbres, es un verdadero trabajo sociológico que contiene un compendio informativo sobre la sociedad boliviana de la primera mitad del siglo pasado. Cortés es uno de los iniciadores de los estudios sociales en Bolivia, escasamente algunos años más tarde a la aparición de la Sociología en Europa, como disciplina sistemática gracias al pensamiento positivista de Comte.

# El latín en la literatura boliviana finisecular<sup>1</sup>

En los albores del siglo XIX, Fichte en sus *Discursos a la Nación Alemana* justificaba el nacionalismo germano y su vocación mundial, antes que por las características de la raza, por la fuerza del idioma, pues el alemán —a diferencia de las lenguas neolatinas, en las cuales la transparencia, la presencia de sus orígenes se había debilitado, bastardeado, como consecuencia del esfuerzo de los pueblos migrantes por hablar el bajo latín, antes que una lengua pura— guardó la claridad y la pureza de sus raíces. De allí se desprendía la necesidad para los hablantes del castellano, francés, italiano o portugués de no cortar sus vínculos con el idioma troncal, a fin de preservar el sentido original de las palabras que de otra manera se tornan opacas para los usuarios.

En nuestro caso, ya antes del inicio de la República, se advertían las tendencias de la educación superior a proporcionar una enseñanza estereotipada del latín, en la cual el aprendizaje de algunos textos clásicos de Ovidio, Virgilio y Horacio no lograba compensar la ausencia de la composición y la gramática, como sucedía en los países europeos. La situación no mejoró con las reformas introducidas por el orden republicano, ni siquiera con la fundación de la Universidad de San Andrés, que hizo del la-

---

1 Publicado en *Classica Boliviana, Actas del Primer Encuentro Boliviano de Estudios Clásicos*, La Paz, Universidad Nuestra Señora de La Paz - Unión Latina - Embajada de España, 1999 (N. del E.).

tín un requisito para entrar a su facultad de filosofía, así como de la explicación de autores latinos, que era parte del programa de los cursos de teología. Poco a poco, el latín quedó reducido a la formación de sacerdotes y dejó de formar parte del equipaje obligatorio de los intelectuales. En la facultad de filosofía, uno de sus bastiones, por lo menos en La Paz, fue suprimido con el Estatuto Universitario de Melgarejo<sup>2</sup>.

En 1874, una disposición del Consejo de Instrucción de La Paz determinó que la enseñanza del latín sea voluntaria en la educación secundaria, sustituido por el francés, idioma vivo y más instrumental. Sin embargo, la demanda por la lengua latina no desapareció, como se evidencia por la lectura de anuncios comerciales de la prensa de la época, donde se ofrecían cursos de latín en varios establecimientos para alumnos que no deseen alejarse de “la lengua madre”<sup>3</sup>.

En Santa Cruz, hasta mediados del siglo XIX, a decir de N. Antelo, se enseñaba en esa ciudad cuatro cosas: a bailar, el latín, el amor y la historia natural. Además del Colegio de Ciencias, con sus seis años de asignaturas, cada una bien enlatinada, había cuatro estudios de esa lengua a cargo de padres que, en el uso andaluz, se los llamaba *paé*. Con uno de ellos estudió Antelo sus complementos latinos a la sombra de árboles que apenas protegían del intenso calor.

A pesar de todo, Antelo juzgaba que era poco latín para la población blanca cercana a las 40.000 personas en el Cercado y sus proximidades, inclinada por raza naturalmente hacia ese idioma<sup>4</sup>.

La importancia del latín en esa región se mide también por las anécdotas populares donde se hace alusión a él. Así el famoso caudillo de la independencia, llamado cariñosamente por la plebe el “Colorao Mercao”, en el momento de su agonía pidió que le saquen de allí a dos collas: el prefecto y el deán de la Catedral, ambos cochabambinos, y que se le deje morir recitando sus latines. Se trata de valoraciones positivas y negativas que han constituido parte de la trama de las relaciones entre Santa Cruz y el interior. “Partes grandes”, como se conocía a Antelo por una respuesta sa-

---

2 R. Salinas, *Historia de La Universidad Mayor de San Andrés*, 1967.

3 E. de Col Céspedes, *Añejías publicitarias de La Paz*, 1997.

4 Gabriel René-Moreno, *N. Antelo*, 1960.

bia acerca de la lengua del Lacio, dada a uno de sus profesores, nunca quedó corto de latín. Hasta el fin de sus días era capaz de traducir poesía latina, aunque de manera aproximativa. Pero como muchos hombres de su generación en todo el país, poco a poco, se dejó seducir por el genio francés. Se inició en Voltaire, dando un giro a su vida, que lo llevó a dejar su tierra natal por los horizontes más amplios de Buenos Aires<sup>5</sup>.

La novela nacional de la época retrata asimismo el progresivo cambio del latín al francés como lengua culta. *Juan de La Rosa* de N. Aguirre, publicada en 1885, pero ambientada en los años de la independencia, deja entrever esa lucha de lenguas por apoderarse del mundo culto y los actores que la encarnan. Si bien el latín tuvo difusión más amplia en algunos sectores sociales, los personajes recurren con frecuencia en sus diálogos a frases y citas latinas. Ciertamente, se trata de letrados mundanos o religiosos, mas su público parece conocer, en alguna medida, el sentido de las referencias. Por otra parte, el latín sirve para tipificar el nivel cultural de los protagonistas de la obra. El patriota padre Justo cita a menudo a poetas latinos o lanza sentencias, proverbios en esa lengua. Pero también lo maneja el Lic. Burgulla de “físico risible”, aunque compensado por su dominio de Horacio, poeta al cual hace referencias no exentas de vanidad, en toda ocasión, hasta hacer perder su latín a los propios clérigos.

*Juan de la Rosa* muestra, igualmente, el recurso al latín para tipificar instituciones, como el matrimonio o situaciones jurídicas. Mientras el quechua, otra lengua entre los personajes, de uso corriente entre los de arriba y los de abajo, se empleaba casi siempre para referirse a aspectos de la vida cotidiana, en los cuales no faltaba la inspiración poética. El francés, a su vez, ganaba espacio, a pesar de los decires de una piadosa dama que lo consideraba la lengua del Anticristo, ya que la utilizaba el impío general Castelli para blasfemar, no contento con hacer su entrada triunfal en La Paz en los días de Semana Santa, convertidos, por su soberbia de librepensador, en bailables. El hecho no alteró la serenidad del padre Justo, quien jamás dudó del pronto castigo del ofensor, convencido que como Aníbal *in Capue*, había que dejarlo enervarse en las delicias pues: “*Quos Deus vult perdere primo dementat*”.

---

5 Gabriel René-Moreno, Óp. Cit.

¿Pero cómo no destacar la importancia que adquiriría el francés, cuando el legado del padre Justo a Juanito se componía de una traducción completa del *Contrato Social* de Rosseau, de una miscelánea de obras de Montesquieu, de Raynal y la *Enciclopedia*. Aunque también se hallaban en el lote, escritos de Monteagudo, Michel, Alcérreca, Carrasco, Orihuela, igualmente penetrados por el espíritu revolucionario.

*Su Excelencia y Su Ilustrísima* de S. Vaca Guzmán (1889) abunda en diálogos latinos, aunque, sin duda, su pretensión de novela histórica que evoca sucesos de fines del siglo XVI, justifica el recurso, sin poner en duda el conocimiento del latín de su autor, reconocido intelectual del siglo XIX.

Un ensayo de J.R. Gutiérrez de 1871 sobre el Diógenes boliviano, el cruceño José María Bozo, *doctor in utroque* de la Universidad San Francisco Xavier, confirma la presencia del latín entre los intelectuales del país, por lo menos hasta las últimas décadas de 1800. Allí son corrientes las fórmulas legales latinas, acreditando el nivel cultural superior del biografiado y del ensayista. Empero tampoco faltan las referencias a los autores franceses.

La novela de la siguiente centuria, en despecho de la nostalgia expresada por sus autores por los valores fuertes de la vieja Castilla, sigue moldes y temas franceses. Los intelectuales modernistas que pueblan esas obras exhiben su calidad de tales con citas de los pensadores franceses con las cuales atacan el orden tradicional. La ficción moderna se pasa de los poetas latinos. Otros son los héroes del siglo: Baudelaire, Musset, Verlaine, Herrera y Reissig, Espronceda. Ahora hasta las oraciones se hacen en francés, así como décadas atrás se rezaban los latines. Aún en los sermones se cede a la moda. El padre Sierra, personaje de *La Casa Solariega*, afecto a los fieles del gran mundo, pronuncia sus homilias con una rebuscada combinación de algo de paganismo, otro poco de perversidad moderna y algo de catolicismo. El todo revestido de buen gusto exportado por París. Todavía el joven Raúl Salinas de *Aguas Estancadas*, de D. Canelas (1911) en su graduación de abogado recibe el discurso de un colega rico en referencias a Grecia y Roma, pero más imbuido aún de evolucionismo sociológico de corte francés. Este idioma, taloneado por el inglés, que comienza a despuntar, sirve en esas obras para caracterizar personajes de ficción y de la realidad que se mueven en el ámbito de la alta cultura. El latín aparece allí reducido a estereotipados principios jurídicos, al algún título de poesía culta: *Aeternum Vale, Hoc Signum* de *Castalia Bárbara* o de ensayos de

F. Tamayo, admirador de Horacio, pero cada vez más postergado en su tarea de vivificar el castellano y el pensamiento en general.

La aguda observación de Fichte cobra toda su importancia y aunque el latín ahora ha desaparecido prácticamente de toda la formación superior en el país, su vuelta no es un inútil adorno en un mundo donde reina la eficiencia y la premura, sino una necesidad para devolver la transparencia a las ideas y a la palabra, con lo cual ganarían, además del castellano, las otras lenguas nacionales que también han recibido en nuestra sociedad la influencia del idioma del Lacio.





Salvador Romero Pittari en calidad de Presidente de la Cátedra del Idioma español, Paris, 1991.



# Los debates finiseculares por la sociología académica en Bolivia<sup>1</sup>

La derrota del Pacífico sacudió profundamente al país. La certeza dolorosa de sentirse sin ningún atenuante del lado perdedor y la consiguiente pérdida del Litoral, que cortó el acceso soberano al mar, produjo en los bolivianos un estado de ánimo frustrado, dolido, crítico, pero a la vez deseoso de transformaciones, de superar los errores del pasado, notorio en las generaciones que nacieron alrededor de 1879, año del conflicto con Chile. Esta actitud de la juventud la volcó hacia el estudio serio de la historia, la geografía, la cultura y la sociedad. Hallaron en las ciencias ganadas al positivismo, entre ellas la sociología, la pedagogía, la historia y la geografía, un medio de alcanzar conocimiento de los hechos, y encontraron igualmente los instrumentos para descifrarlos<sup>2</sup>.

Sin embargo, la difusión e incorporación académica de estas disciplinas, en especial de la sociología no se realizó sin problemas. Tuvieron serios adversarios entre los conservadores que ya habían hecho suyos los planteamientos de M. Baptista, Presidente de la República (1892-1896), gran orador y polemista, de combatir el materialismo, la filosofía positivista de los jóvenes liberales, en defensa de la religión, la moral, la familia y las buenas costumbres.

---

1 Manuscrito cedido por gentileza de la familia de Salvador Romero Pittari para la presente edición (N. del E.)

2 R. Bastide, “La sociología en América Latina. Vista de Conjunto” en G. Gurvitch y W. Moore, *Sociología del siglo XX*, 2º ed., Barcelona, El Ateneo, 1965, Págs. 116-135.

En un largo artículo Baptista atacó a la empresa jacobina en Bolivia, que no era otra cosa que la ideología del liberalismo. Puso en el mismo cajón el ateísmo, las ciencias positivas, la destrucción de la moral, corroída por los planteamientos deterministas opuestos al libre albedrío. Allí el autor lamenta los tristes atentados y sucesos que sacudieron el mundo finisecular y dice acerca de los jóvenes responsables de los hechos que asesinan y mueren buscando el escenario, pavoneándose que no podían manifestarse de otro modo porque se les ha enseñado que no hay nada por encima del hombre. Nadie los refrena, al contrario, los maestros materialistas los impulsan y los guían por esos caminos<sup>3</sup>. En sus lecciones de Derecho Público sostuvo que “El postulado del positivismo es análogo al de la ciencia atea”, hacen del hombre y la sociedad seres autónomos, soberanos, a la vez “artífices y obra”, “regla y regulador”. Parece, pues, que la fórmula: vivir la vida en toda su intensidad (que según el autor seducía a la juventud) se redujera al juego y al desenvolvimiento exclusivo de las facultades humanas, sin leyes superiores y sin destino final<sup>4</sup>. De esta manera no hay criterio claro para la educación. Se puede enseñar todo el error, el mal e inclusive al ateísmo. Tal sería el riesgo mayor de las nuevas ideas.

Monseñor M. de los Santos Taborga, Arzobispo de La Plata, fue otro formidable enemigo del positivismo y de la sociología, que lo encarnaba. Escribió numerosos artículos, reunidos en un libro<sup>5</sup> donde llamaba a la reflexión de los padres, las familias y la juventud acerca de los peligros que esa posición acarrea. Monseñor Taborga fue un buen conocedor de la filosofía, en especial de la tomista. Hábil escritor fundamentó contra el pensamiento de A. Comte, iniciador de la corriente positivista y responsable del bautizo oficial de la sociología, a veces con mucha pertinencia, como cuando ponía de manifiesto los límites de la inducción generalizada en detrimento de la teoría de índole esencialmente deductiva. A veces forzando la posición del adversario, sobre todo en el momento en que en sus artículos extendía los fundamentos de la filosofía comtiana, al conjun-

---

3 M. Baptista, “La empresa jacobina en Bolivia” en M. Baptista, *La cuestión social. Obras Completas*, La Paz, Editorial Renacimiento, 1932, Tomo III, Pág. 390.

4 M. Baptista, “Lecciones de derecho público” en M. Baptista, *Óp. Cit.*, Pág. 133.

5 M. de los Santos Taborga, *El Positivismo, sus errores y falsas doctrinas*. Sucre, Imp. La Capital, 1906.

to de autores de esa tendencia. Una buena parte de las concepciones originales de Comte ya habían sido modificadas por los discípulos. E. Littré, en su famoso diccionario (1874) definió sobriamente el positivismo: “Que se apoya en los hechos, en la experiencia, en las nociones a posteriori en oposición a lo que se sustenta en nociones a priori. O todavía por aquello que se opone a lo que emana de la imaginación o de lo ideal”. En la polémica empujó la crítica hasta caer en argumentos *ad hominem*<sup>6</sup>, referidos a la persona de Comte.

Su vigoroso ataque apuntó principalmente a la exclusión del campo de la ciencia, hecha por el positivismo, de las primeras causas y del fin último del orden físico y humano, es decir, del origen del mundo, de la sociedad y del drama de la redención, el meollo de la teología cristiana. El desconocimiento de la Razón Divina, preocupación compartida por Baptista, que ordena el cosmos y al hombre convierte todo lo que sucede en algo fortuito, casual, “resultado necesario de causas ciegas”<sup>7</sup>. El rechazo de la trascendencia, que se manifestaba allí concentraba la inquietud de los conservadores. Taborga consideró tal suposición como disparatada, contraria al sentimiento más común de las sociedades, por eso la doctrina del creador oficial de la sociología era inaceptable.

Criticó asimismo lo que juzgó era una negación del libre albedrío. Si “las más altas facultades del hombre no son más que funciones cerebrales; el alma no es más que un conjunto de las funciones del cerebro y de la médula espinal”, entonces, la libertad humana no existe proclamaba el Arzobispo de la Plata. La misma idea deshumanizadora la encontró en otros miembros de la escuela como H. Taine, quien ejerció una enorme influencia el pensamiento boliviano de fines del siglo XIX. Una afirmación de aquel en sentido que “Nuestro espíritu es una máquina construida matemáticamente como un reloj”, desató sus iras, consagrándole muchas páginas de su obra a refutarlo.

Baptista, por su lado, le achacaba a Taine la responsabilidad de la difusión de los planteamientos izquierdistas en el país, afuera y aunque sentía una enorme antipatía por el historiador y ensayista compartía con él

---

6 Ibid., Pág.72 y ss.

7 Ibid., Pág. 48.

un desprecio por la sociología, donde se cobijaba una visión jacobina del hombre y la sociedad.

A. Arguedas al igual que otros jóvenes liberales reunidos en el grupo denominado “Palabras Libres” fue uno de los seguidores de Taine. Baptista lamentó que por el carácter mediterráneo de nuestros pueblos, las novedades venidas de Europa se aceptaban sin el suficiente debate ni consideración como sucedió con el autor de *Historia de la Literatura Inglesa*. Lo mejor de los jóvenes se dejaba conquistar por las ideas radicales de las principales figuras del positivismo. El pecado mayor de aquellos era tomar de cada voltereta intelectual de los franceses “una copia inmediata y atropellada”<sup>8</sup>. Se refirió a ellos con el neologismo de intelectuales “novadores” al que daba la misma carga despreciativa que los conservadores franceses cuando aludían con el término a los partidarios de Dreyfus.

Baptista y Taborga no podían concebir una libertad asentada sobre los presupuestos del naturalismo de corte determinista y menos que con ellos se pudiese construir una moral.

El Materialismo, común a los positivistas, corta, más bien, la posibilidad de fundar una ciencia de la sociedad, tampoco permite una moral como pretendían los partidarios de tal filosofía. “Admiraos de esta moral tan sabia y de esta doctrina profunda... que distingue al hombre de su caballo o de su perro... porque al hombre no le falta abstracción... La moral misma no tendrá otra regla a seguir que las inclinaciones e instintos”<sup>9</sup>. Solo la Iglesia podrá detener semejantes desatinos, concluía Taborga.

El error del positivismo, para sus oponentes, ha sido proponerse destruir toda filosofía, toda metafísica y teología, sustituirse a la religión, que nunca lo conseguirá. Sin embargo, los argumentos no quitaron el empeño de sus promotores de conquistar a la sociedad para las ciencias modernas en construcción, tildadas de irreligiosas, naturalistas, peligro que se cierne sobre las mentes de la juventud. Por eso no se puede tolerar que “quienes han renegado de Dios y abjurado de toda religión, se erijan en maestros de las relaciones que deben existir entre la Iglesia y el Estado”<sup>10</sup>. Menos

---

8 M. Baptista, “Novadores” en M. Baptista, Óp. Cit., Pág. 405.

9 M. de los Santos Taborga, Óp. Cit., Págs. 125-126.

10 Ibíd., Pág. 138

todavía que se conviertan en directores intelectuales de los jóvenes bolivianos<sup>11</sup>. La punta de lanza de la conjura contra la Iglesia, contra la moral es la sociología, disciplina que corona el edificio de las ciencias concebido por A. Comte y que, por esa entonces, los liberales querían convertir en una cátedra universitaria. A través de ella, opinaban sus adversarios, se instruiría a las nuevas generaciones en el determinismo que elimina la responsabilidad en los actos de los hombres, atribuidos a las fuerzas externas que los producen ¿Acaso la libertad no es la capacidad de obrar por motivos propios? Motivos que la razón discierne y elige, pudiendo acatar la ley o romperla<sup>12</sup>.

Los representantes del conservadurismo no estuvieron desacertados en su crítica, pues la sociología como la presentaron Comte y algunos autores de la época se inclinaba exageradamente, en la explicación social, hacia la raza y la geografía, como factores determinantes del comportamiento humano.

Los diferentes equívocos e inconsistencias, las confusiones epistemológicas de la doctrina de Comte se resumían, según los conservadores, en tres amenazas mayores que insistentemente denunciaron a la vez que intentaron frenar su difusión, preocupados por los eventuales efectos en la convivencia social. La primera, la separación entre El estado y la Iglesia que tal posición acarrearba. La segunda, la enseñanza laica propugnada por el liberalismo de cuidado por el contenido de las disciplinas que se transmitirán, fuera de contradecir los derechos de los padres en la formación de sus hijos y que se traduciría, por último, en el debilitamiento, si no en la destrucción de la familia, célula básica de la sociedad y de sus valores. Dejarlos pasar significaría la ruina de la República.

La polémica en torno a la enseñanza de la sociología en las aulas universitarias que surgió a fines del siglo XIX resume las posiciones que enfrentaban a los conservadores y los liberales. Esta fue la primera vez que se manifestó en la política, en la educación una oposición doctrinaria que dividió a las elites y clases medias, pero también señaló cortes horizontales entre las generaciones.

---

11 *Ibíd.*

12 *Cfr. M. de los Santos Taborga, Óp. Cit.*

La democracia pudo haberse robustecido con la querrela de la sociología, para darle una denominación sintética, si ella hubiese sido encauzada y resuelta a través de los mecanismos institucionales. Pero, no. Los conservadores cerraron filas cortando el paso a los liberales por la vía eleccionaria, quienes no encontraron otro camino que la revolución. Una vez en el poder siguieron la misma política excluyente que sus predecesores, resultaron igualmente poco tolerantes con la oposición, si bien no todos los intelectuales del liberalismo aceptaron el pragmatismo en el ejercicio del gobierno.

Conviene notar que el liberalismo, el anticlericalismo, el cientificismo y el naturalismo no eran nuevos en Bolivia ni se reducían a los partidarios de la filosofía de Comte. Bolívar y Sucre fueron liberales convencidos y llevaron un ataque frontal contra la Iglesia y las órdenes religiosas cuyos conventos fueron transformados en cuarteles, el combate se dio igualmente en el campo educativo, antes reservado casi exclusivamente a la Iglesia.

El mariscal Sucre durante su gobierno impuso como texto de lectura obligatorio en la enseñanza superior la obra de Destutt de Tracy, *La Ideología*, que era un ensayo sobre el origen de las ideas alejado de todo espiritualismo e idealismo. Allí se intentó examinar el aporte de las ciencias naturales para la comprensión de las ideas, por eso consideró la ideología, ciencia general de las ideas, curiosamente, como una parte de la zoología. Tácitamente tomó posición por las tendencias naturalistas, en contraposición a la metafísica y a la teología cristiana.

El texto inició su carrera en el Primer Imperio. Inicialmente Napoleón vio con buenos ojos el libro de Destutt de Tracy, pero luego halló que los ideólogos se contaban entre sus enemigos y habló de ellos de manera despectiva, favoreciendo el uso negativo del término, entendido como un conocimiento deformado de la realidad, debido a los intereses que intervienen en ese acto. La concepción negativa que Napoleón inició predominó en no pocas interpretaciones de la ideología que han durado<sup>13</sup>.

La obra de Tracy con un marcado tinte liberal chocó con las concepciones católicas del país, sin descuidar que el texto no fue un modelo de

---

13 A. Naess, "Historia del término ideología desde Destutt de Tracy hasta Karl Marx" en I. L. Horowitz, *Historia y elementos de la sociología del conocimiento*, Buenos Aires, EUDEBA, 1964, Tomo I, Pág. 23 y ss.

claridad. Pronto cayó en desuso. Probablemente pocos intelectuales de la primera camada conocieron de primera mano el libro, su formación básica se relacionó más con Comte y su posteridad, con el liberalismo inglés de J. S. Mill, autores a los que tuvieron fácil acceso por las traducciones de casa editoriales españolas. El movimiento intelectual y político liberal alcanzó una amplitud que los intentos primerizos de los Libertadores no tuvieron jamás.

Los jóvenes liberales educados en las corrientes novadoras, convencidos de la utilidad de la sociología, aunque pocos, la practicaron en su versión completamente determinista, tejieron con ellas la trama ideológica del liberalismo y de su política. No en vano autores como Arguedas, Tamayo, Saavedra, los Finot, confiaron en la sociología, la pedagogía para proponer una política que buscaba transformar la sociedad y el hombre boliviano. El determinismo, que afloró en algunos de sus escritos, enfrentó sus anhelos de cambio, que mitigó considerablemente el juego de las causas naturales. Qué hubiese sido de ellos si aceptaban que todo estuviese determinado de antemano. Cómo luchar por algo distinto si todos los juegos estaban hechos desde siempre por la geografía y la raza, aunque tampoco dejaron de invocarlas en sus ensayos y debates.

La generación intelectual nacida después del conflicto con Chile intentaba por medio de la razón, de las ciencias superar la moral hipócrita, estrecha, dogmática de los pueblos y ciudades del país, el oscurantismo de un clero tradicionalista, las tradiciones sociales obsoletas. En política defendía la libertad, tomada como una legítima expansión de las actividades encaminadas al progreso, la soberanía del pueblo, el sufragio popular consciente, depurado, sin manipulaciones, la instrucción elemental obligatoria y gratuita, la libertad de palabra, prensa, asociación<sup>14</sup>. Aunque una vez en el poder se mostró gradualista en las reformas, condicionadas a la educación de las masas. Asimismo, miró con temor el ascenso del cholaje, “la subversión de rangos” favorecida por la Revolución Federal.

El arraigo de la ciencia positiva en la academia, entre los intelectuales produjo un importante desarrollo en distintas disciplinas. G. R. Moreno, quien a menudo fue atacado por positivista, que en su caso sólo significó la búsqueda un respaldo en el documento a sus afirmaciones, influyó

---

14 Cfr. B. Saavedra, *La democracia en nuestra historia*, La Paz, Gonzales y Medina, 1921.

a través de sus obras en las siguientes generaciones, cambiando el estilo de hacer historia. Alcides Arguedas, Alberto Gutiérrez, Alcibíades Guzmán, Enrique Finot, Casto Rojas, se consideran de alguna manera discípulos suyos y quisieron hacer una obra distinta a la de los memorialistas del pasado.

Apareció un interés por la geografía que se tradujo en múltiples expediciones para conocer el territorio nacional y la creación, en las principales ciudades, de sociedades de estudios geográficos que publicaron revistas, varias de ellas aun circulan hoy día.

La pedagogía, considerada ya no más como una disciplina especulativa, comenzó a realizar estudios empíricos sobre el niño boliviano que fueron impulsados por la misión educativa belga, llegada al país con los gobiernos liberales. Varios intelectuales participaron en torno al debate de la educación especialmente indígena que se dio en esos años.

La sociología, símbolo del esfuerzo para rejuvenecer la atrasada universidad boliviana, alrededor de la cual polemizaron tradicionalistas e innovadores, todavía no había adquirido el sentido banal que ahora se le da de ciencia de la sociedad. El proyecto de Comte, cuyos discípulos alivianarían de muchas de las pesadas cargas metafísicas que lo lastraron en sus inicios, ofrecía una cuádruple orientación: práctica, moral, reformadora y política<sup>15</sup> que los intelectuales locales quisieron difundir en las universidades. Los resultados quedaron por debajo de los ideales.

En los años finales del régimen conservador, se trató de introducir la cátedra de sociología en el programa oficial de los estudios de derecho, pero el proyecto no prosperó por la oposición de las autoridades de gobierno. La Revolución Federal, conducida por los liberales, hizo propicia la recepción académica de la disciplina.

En 1902 en la Universidad Mayor de San Andrés se estableció la primera cátedra a cargo de Daniel Sánchez Bustamante, al año siguiente se inauguró la enseñanza de sociología en Cochabamba, donde desde 1900 el profesor Ismael Vásquez ofrecía un curso libre Noción de Sociología. Sucre, a partir de 1904, contó con una cátedra dictada por José María Urdininea, un seguidor de H. Spencer<sup>16</sup>.

---

15 Cfr. B. Lacroix, *Durkheim et le politique*, Paris, Presses de la Fondation Nationale de Sciences Politiques, 1981.

16 S. Romero Pittari, *La recepción académica de la sociología en Bolivia*, La Paz, Facultad de Ciencias Sociales - UMSA, 1997, Pág. 18.

Un año después de su designación, Sánchez Bustamante escribió un pequeño manual de sociología destinado al uso de sus estudiantes, que se encuentra entre los primeros textos del género escritos en América Latina y España<sup>17</sup>. Ahí dio las razones que justificaban la introducción de la materia en la carrera de derecho: “La enseñanza de las ciencias políticas y jurídicas estando bien cimentada en la ciencia social producirá una juventud discreta en sus juicios, serena ante las alucinaciones pasajeras y emociones partidistas y enemiga de todo prejuicio y toda mentira”<sup>18</sup>. Opinó, como buen positivista, que la cultura de la disciplina contribuiría a forjar hombres de Estado dotados de una formación técnica, “en cierto modo ingenieros de la sociedad”, abiertos a los hechos y honrados.

En verdad, la aparición de la sociología académica no produjo los nefastos efectos anticipados por los conservadores, tampoco llenó las expectativas de sus promotores. Sin embargo, es un hecho interesante en la historia de la ideas y de la política en el país. La novedad del acontecimiento aparece claramente si se recuerda que en Francia, uno de los países donde la disciplina se formó y se desarrolló, la primera cátedra dedicada exclusivamente a la enseñanza de la sociología, regentada por Emile Durkheim, reconocido entre los fundadores de la ciencia social como el sociólogo más completo, se estableció en 1913. Y en Alemania, otro centro de creación de la ciencia sociológica, Max Weber desempeñó el primer curso de sociología en la universidad en 1917. En Estados Unidos la enseñanza de esta ciencia, con un fuerte contenido pragmático, se implantó en varias universidades en la década de 1890. Eugenio M. de Hostos dictó en la Escuela Normal de la República Dominicana, probablemente, el primer curso de sociología del continente (1883). Argentina tuvo una cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires en 1898 entregada a A. Dellepiane cuya enseñanza se apartó del positivismo dominante en la época. Su texto de enseñanza antecedió al del boliviano. México adoptó oficialmente un curso universitario sobre la materia el mismo año que Bolivia lo hizo. Los demás países latinoamericanos tardaron más en introducir la disciplina en sus universidades. Sin embargo, en muchos lugares hubo enseñanza de la disciplina en centros, escuelas destinadas a públicos

---

17 D. Sánchez Bustamante, *Principios de sociología*, La Paz, Imp. Artística, 1903.

18 *Ibíd.*, Pág. 43.

obreros, populares sin un carácter oficial. La sociología nació extramuros universitarios; Comte, Marx, Spencer no fueron profesores ni escribieron manuales pero formaron gente por medio de cursos informales y escritos.

A pesar del patronazgo liberal, no deja de sorprender la porosidad de la sociedad boliviana para aceptar innovaciones, en este caso, en el campo de las ideas e instituciones. La sociología no fue una ilustración única. Otros ejemplos se hallan en la temprana legislación codificada, en la ley del matrimonio civil, del divorcio, más tarde la reforma agraria y, hoy, es de nuevo el primer Estado de América Latina en establecer un régimen autonómico. Algunas innovaciones tuvieron efectos positivos, otras dejan hasta ahora serias interrogantes sobre su aplicación.

No hay una respuesta única ni final a la apertura del país hacia las innovaciones. Tal vez una primera explicación se halla en la ausencia de tradiciones intelectuales propias que, a su vez refleja, la debilidad de los productores de ideologías entre los grupos dominantes y de los mismos grupos, carentes de hegemonía para imponer sus sistemas interpretativos de la realidad. Tampoco lograron conformar una clase homogénea, en sentido marxista, socialmente legitimada. Desde la constitución de la República el criollismo aparece dividido, segmentado, siguiendo líneas regionales. Los múltiples golpes de Estado, la actividad minera que, como ruleta, enriquece y empobrece, la precariedad de las comunicaciones, la estrechez del mercado interno son algunas de las razones de los continuos cambios en las élites del país, que incapaces de apoyarse en la tradición, en la sangre o en el poder económico buscan las novedades para respaldar la pretensión de gobernar, como señaló Baptista. De ahí los trepidantes cambios en las políticas públicas. No se trata aquí de hipótesis acabadas, terminadas sino de hallazgos iniciales de investigaciones sobre el comportamiento de los intelectuales, muchos de los cuales accedieron a importantes posiciones públicas.

Las ciencias positivas y la sociología fueron acogidas por grupos en ascenso político, con ellas justificaron sus aspiraciones políticas, abriendo primero un espacio de debate público sobre los valores y principios de la organización de la sociedad donde la disciplina apareció como el estándar visible de la polémica. Luego se buscó convertirla en práctica educativa, elaborando manuales de investigación que tardaron en materializarse. Varios libros y artículos de la época reflejan su influencia.

El país agobiado, descorazonado por los efectos de la Guerra del Pacífico, amenazado en sus fronteras por los vecinos, encontró la fuerza que necesitaba para recuperarse en unos jóvenes rebeldes, unidos a la corriente liberal, aunque poco inclinados a sacrificar sus ideas por los intereses partidarios que alentaron una introspección de la sociedad con instrumentos teóricos diferentes a los del pasado, impulsando el conocimiento de la historia, la geografía y la cultura patrias. Abogaron también por las libertades en especial de pensamiento y expresión, eje articulador de sus planteamientos. No esquivaron las polémicas con sus adversarios ideológicos, defensores del orden tradicional. No fueron los únicos ni en el Continente ni en Europa con esos propósitos. Como ellos en otras partes la juventud se comprometió por las libertades. De allí tomaron sus modelos. Los jóvenes liberales impulsaron la modernidad, que modificó muchos patrones de comportamiento. Estudiaron los distintos componentes sociales de Bolivia, tratando de señalar sus fortalezas y debilidades. Ahí mezclaron ciencia y prejuicios, pero creyeron que aún los grupos más desaventajados, incluso biológicamente, según ellos, podrían superarse con apoyo de las políticas estatales, en particular la educación. Hoy día la posmodernidad plantea otros problemas, otras utopías. Sin embargo ¿Por qué no reconocer a esos personajes que creyeron en la razón, en la ciencia, en la enseñanza, el aporte de esperanza, de futuro y de transformaciones que dieron a Bolivia? La suya no fue una historia perfecta, moralizadora, tampoco edificante, donde los protagonistas, sociólogos entusiastas, levantaron un orden de felicidad, liberado de las sujeciones, del dogmatismo, de la servidumbre, fue apenas una voluntad de recuperar un espíritu nacional golpeado por la derrota y entrabado en las tradiciones. Hubo asimismo desengaños, caídas, inconsecuencias, abandonos y también perseverancia. En sus años iniciales con sus escritos y polémicas ayudaron a salir del viejo orden, entrever nuevas promesas que hoy siguen desplegándose, en medio de conflictos y desgarres.



## Metodología de los *Últimos días coloniales en el Alto Perú*<sup>1</sup>

Pero cómo, exclamará sin duda el lector: ¡Otro ensayo sobre una obra de Gabriel René-Moreno! ¿No está acaso todo dicho sobre él? ¿No existe ya una interpretación definitiva de los *Últimos Días Coloniales en el Alto Perú*, en cuanto al tema que pretendía tratar y al fin que perseguía? Señalar que esta investigación histórica constituye la descripción de los sucesos memorables de la llegada del Nuevo Arzobispo y del Rey Nuevo que alteraron la tranquila vida de la capital de la Audiencia de Charcas en la postrimería de la Colonia y condujeron al primer brote revolucionario en estas tierras, resultaría inadecuado para comprender la visión histórica de Moreno.

No porque al destacar estos hechos se empobrezca en exceso un trabajo, cuya variedad y riqueza excede con mucho aquellos temas, sino porque como anota Ortega y Gasset pretender explicar la pintura de Monet refiriéndola a las catedrales o paisajes del Sena que ella representa sería dejar de lado aquello que funda su naturaleza específica, a saber: una

---

1 Publicado en *Signo. Cuadernos Bolivianos de Cultura*, N° 18-19 (Sesquicentenario del nacimiento de Gabriel René-Moreno: 1836 - 1908), La Paz, Ed. "Don Bosco", 1986, Págs. 189-193. Reimpreso por el Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia (ABNB) en *Antología de ensayos sobre los "Últimos días Coloniales en el Alto Perú" de Gabriel René Moreno*, Edición conmemorativa del ABNB en el centenario de la publicación de la obra, 1996 (N. del E.).

cierta manera de aproximarse a la realidad<sup>2</sup>. No es, pues, tanto en el tema cuanto en la manera de tratarlo donde radica la originalidad de una obra.

La crítica a favor o en contra de Moreno, con su parte ineludible de generosidad o mezquindad, no puede decirse que hubiera agotado el análisis de su obra particularmente de los *Últimos Días Coloniales en el Alto Perú*, una de las cumbres más ricas y estimulantes de la historiografía y, en general, de las ciencias sociales bolivianas.

Interesa, pues, conocer la perspectiva metodológica desde la cual se elaboró este libro. Los estudiosos han señalado y discutido sus deudas intelectuales. Tayne, Sybel, Ranke, Toqueville, Bello, son algunos de los nombres más frecuentemente, citados, pero sin llegar a asentar una filiación fuera de toda duda. Por su parte, sus biógrafos han vinculado la vida del hombre con sus preferencias y antipatías. Este corto ensayo difiere de los precedentes en que no busca explorar las raíces intelectuales de Moreno y menos explicar la obra con el recurso a la historia personal del autor. Sólo intenta llamar la atención sobre la plataforma metodológica que sustenta los *Últimos Días Coloniales en el Alto Perú*. El término metodología se refiere aquí menos a la discusión sobre los procedimientos de investigación y de prueba que a la particular manera de reconstituir el pasado, a la mirada cargada de intencionalidad que organiza los hechos confiriéndoles un sentido inteligible.

La tarea de presentar la metodología de Moreno no está exenta de riesgos y dificultades, tanto más que él no fue un metodólogo sistemático. Las reflexiones más articuladas sobre la historia, las formuló en sus *Elementos de Literatura Preceptiva*, pero la práctica real del historiador sobordó con mucho las reglas formales del maestro. En su vasta producción puede hallarse de todo un poco, lo que no impide encontrar en sus escritos históricos y en especial en *Últimos Días Coloniales en el Alto Perú* una perspectiva dominante, cuyo carácter sistemático no debe, sin embargo, sobrevalorarse.

Dada la extensión y variedad de la bibliografía de Moreno, algunos, con razón, consideran una simplificación excesiva interpretar toda una metodología sobre la base únicamente de un texto. Empero, *Últimos Días*

---

2 Citado por A. Maurois en *Études Littéraires*, Inc. N.Y., Ed. De la Maison Française, 1941, Pág. 114.

*Coloniales* tiene, por ser la obra más madura, un valor paradigmático. Por otra parte, Moreno no fue uno de esos autores tornadizos, cuyas concepciones se modificaron constantemente de manera radical o entraron en contradicción de un trabajo a otro. La perseverancia en las preocupaciones, el enriquecimiento progresivo y la maduración, antes que la ruptura dramática o la revisión total, parecen ser las notas características de su evolución intelectual y en este desarrollo *Últimos Días Coloniales en el Alto Perú* ocupa un lugar señero.

¿Cómo elabora Moreno su imagen del pasado? En los *Elementos de Literatura Preceptiva*, ofrece una respuesta explícita a la pregunta. La Historia aparece allí como una ciencia y un arte, dirigida a mostrar la verdad de los hechos reconstruyéndolos o resucitándolos con el auxilio de la imaginación y la sensibilidad<sup>3</sup>. Esta concepción, que recuerda la expresada años después por el gran filósofo inglés de la historia R. G. Collingwood<sup>4</sup>, merece algunos breves comentarios.

El recurso a los términos de reconstrucción y resurrección de los hechos define con claridad el deseo de Moreno de hacer de la historia una evocación verdadera del pasado y no una creación libre de la fantasía. De allí también su infatigable búsqueda de pruebas documentales u orales, extraordinariamente ilustrada en la obra comentada. Cuando señala la necesidad de reconstruir los hechos con el concurso de la imaginación y la sensibilidad, no cae en una contradicción, ni reintroduce la ficción donde exigía la objetividad, pues para él la imaginación y sensibilidad que obran en la historia no son las “inventivas” sino las reproductivas<sup>5</sup>, es decir, estas cualidades cuando están respaldadas por las pruebas de lo ocurrido. Mediante el empleo de ellas el historiador reconstruye el pasado, describe los sucesos, pero si la historia se redujera sólo a esto sería un trabajo de “tijeras y engrudo”, como calificaba Collingwood despreciativamente a las estrechas y anticuadas concepciones del quehacer histórico. Moreno, a pesar de auto llamarse modestamente “papelista”, jamás encuadró su obra en límites tan estrechos, muy al contrario, su origina-

---

3 G. René-Moreno, *Elementos de Literatura Preceptiva*, Santiago de Chile, Librería Central H. Serval, Pág. 400.

4 Cfr. R. G. Collingwood, *Idea de la Historia*, México, F.C.E., 1968, Pág. 225 y ss.

5 G. René-Moreno, Óp. Cit., Pág. 395.

lidad radica en que junto a las descripciones ofreció explicaciones de una naturaleza muy particular. Tiene razón H. Sanabria cuando dice: “Escribir historia, para el maestro boliviano, no es exclusivamente resaltar un acontecimiento con la mayor veracidad y la exactitud más completa posible. El acontecimiento fluye del estado de conciencia individual o colectivo, o por mejor decir, es una resultante de éste manifestada en sus múltiples extraversiones”<sup>6</sup>. En efecto, él no se satisface con describir acontecimientos, paisajes coloniales o instituciones sociales, sino que procura entender los hechos como acciones comprensibles en términos de los pensamientos, motivaciones o ideas de los actores en una determinada situación, es decir, mediante el restablecimiento de las intenciones de los sujetos individuales o multifácicos estudiados, en la ocurrencia de personajes tales como García Pizarro, Moxó, los oidores. Colocándose en el lugar de éstos y viendo el mundo como ellos vieron, Moreno llega a dar cuenta del porqué de los hechos descritos.

El procedimiento explicativo empleado en *Últimos Días Coloniales en el Alto Perú* se aproxima al defendido por F.G. Collingwood en el campo de la historia y por M. Weber en el de la sociología. Para estos autores y para quienes piensan como ellos, conocer la causa de un suceso histórico supone en esencia descubrir el proyecto que lo origina. Esta perspectiva metodológica a la cual se adhirió Moreno, sin teorizar sobre sus alcances, ha dado lugar a amplias controversias en el mundo académico que aún hoy en día no han perdido fuerza. Sin embargo, dar cuenta de ellas excedería los objetivos del presente ensayo.

Moreno podría ser tomado como un “individualista metodológico”, para emplear un término de moda en las ciencias sociales contemporáneas. Con dicha expresión se alude a una regla de metodología según la cual: “Ninguna tendencia social viene impuesta a los hombres “desde arriba” o “desde abajo”, éstas son el producto de características, actitudes y situaciones humanas, de la ignorancia y la pereza de la gente así como de su conocimiento y de su ambición”<sup>7</sup>. En otras palabras, el individualis-

---

6 H. Sanabria Fernández, Prólogo a *Últimos Días Coloniales en el Alto Perú*, La Paz, Ed. Juventud, 1970.

7 J. W. N. Watkins, “Methodological Individualism and Social Tendencies”, en M. Brodbeck, *Readings in Philosophy of Social Sciences*, N. Y, Mc Millan, 1968. Citado por

mo metodológico considera la realidad social como modificable por la acción de los hombres. Esta línea de razonamiento, aunque no de manera exclusiva, prevaleció en la Historia de Moreno. Roberto Prudencio destacó, en un ensayo la diferencia de método y aun de concepto que separaría las *Matanzas de Yáñez* de *Últimos Días Coloniales en el Alto Perú*. El primer trabajo de orientación positivista intentaría dilucidar la verdad de los sucesos de 1861, mientras que el segundo, sin descuidar la veracidad de los hechos, se propondría ante todo reconstruir una época, la que precedió al 25 de mayo de 1809<sup>8</sup>. Sin embargo, de la variedad de propósitos no se desprende necesariamente la diferencia de metodología y, por el contrario, conviene reconocer que la misma visión de la historia animó estas obras y otros ensayos de naturaleza similar.

Reconocer que Moreno siguió implícitamente los preceptos del individualismo metodológico, no significa atribuirle toma de posición alguna en el problema metafísico de la esencia de la realidad, ni en el debate en torno a la superioridad moral del liberalismo o del socialismo, tomados como ilustraciones del individualismo y del colectivismo respectivamente; sino simplemente poner de manifiesto que él recurrió a una regla de método que hace al individuo y su obrar en una situación con sus restricciones y posibilidades, y establecer el marco para la acción sin llegar a producir ningún determinismo. Cada individuo actúa en ella según su ideología, su status, sus intereses o su conocimiento del medio, variables inseparables de una sociedad particular y de la biografía del personaje. Por lo tanto, las presiones de la situación se ejercen en una psique determinada que Moreno reconstituye con el auxilio de una psicología universitaria del obrar humano, compuesta de elementos racionales e irracionales. El análisis se encamina, a menudo, a señalar los ingredientes pasionales que las autoridades de la ciudad cabecera de la Audiencia de Charcas, principales figuras de la obra, pusieron en sus reacciones frente a los sucesos de la metrópoli ¿No explicó acaso la real provisión lanzada por los oidores contra el arzobispo Moxó como un gesto emocional de éstos tanto como una manifestación de su deseo de cuidar del orden colonial,

---

G. A. Mendola en *Método Sociológico e Ideología*, Ed. Barcelona, 1973, Pág. 107.

8 R. Prudencio, "Moreno Crítico Literario e Historiador" en *Ensayos Literarios*, La Paz, Fundación Manuel Vicente Ballivián, 1977, Pág. 148 y ss.

de sus privilegios, o la actuación de Goyeneche como una mezcla inseparable de razones y pasiones? Son estas breves ilustraciones de los análisis de Moreno que procuran dar cuenta de las acciones concretas de los personajes por las complejas intenciones que las guían, no menos que por la falible naturaleza humana que interviene en ellas.

De esta comprensión del actuar de los hombres no se excluye una fuerte dosis de juicios de valor y en algunos casos de ironía. No son exclusivamente conductas individuales las que examina con esta metodología, sino también las colectivas como las de los doctores alto peruanos, pintados como proclives a aceptar las ideas revolucionarias por la falta de oportunidades en el sistema colonial.

Claramente la acción del conjunto deriva, en este ejemplo, de una combinación de estrategias individuales. Tal análisis recuerda *La Democracia en América* donde A. de Tocqueville explica que los juristas tienen tendencia a mostrarse como revolucionarios o conformistas según sus posibilidades de acceso al poder<sup>9</sup>.

Dentro de esta perspectiva de pensamiento, el desarrollo y afianzamiento de la ideología libertaria no será resultado de la dinámica propia de la historia guiada por fuerzas internas irreversibles o por el progresivo advenimiento de la justicia, y en gran medida un producto no querido de acciones de hombres –casi todos ellos celosos monarquistas aunque divididos en facciones por susceptibilidades personales e instituciones– que buscando preservar con tácticas diferentes el orden colonial, terminaron por “depositar en la tierra un elemento o principio de conmoción colectiva”.

Moreno descubre también algunas instituciones sociales de naturaleza formal e informal relacionadas con los fenómenos singulares, que muestra en su dinámica, afectando a los hombres y siendo influidas por ellos, en lugar de acantonarse en la presentación abstracta de las mismas. Así, por ejemplo, se refiere a una de esas instituciones cuando destaca el papel de los vocabularios y caramillos en la sociabilidad colonial que, en algunos pasajes con acierto considera fruto del pueblo pequeño y de la mediterraneidad, pero que en otros atribuye a cualidades innatas de las

---

9 A. de Tocqueville, *De la Démocratie en Amérique*, París, Ed. Gallimard, Pág. 164. V. Abecia llamó la atención sobre la influencia de A. de Tocqueville sobre el autor de *Últimos Días Coloniales*. Cfr. *Historiografía Boliviana*, La Paz, Ed. Juventud, 1973. Pág. 312.

razas componentes de la familia alto peruana, haciendo eco a teorías sociales y geográficas vigentes en la época que, dicho sea de paso, constituye la parte más envejecida de la obra. O cuando presenta el rígido sistema de estratificación, caracterizado como de castas, y cuya vigencia en el orden colonial ayuda a comprender la desmedida importancia en la interacción de los personajes de algunas conductas simbólicas como “las frívolas competencias de etiqueta”, a través de las cuales las castas expresan sus distancias. Otra de esas instituciones es la Audiencia de Charcas, descrita en sus funciones formales, pero con la finalidad de circunscribir un campo de donde surgen conductas significativas, conflictos originados en la voluntad de preservar viejos privilegios.

Fuera de los actores individuales y algunos multifácicos como el caso citado arriba de los doctores alto-peruanos cuya acción, aunque colectiva, resulta de una combinación de acciones individuales. Moreno consideró otros colectivos cuya naturaleza no se ocupó de definir y a los que atribuye algunas cualidades que parecen sustraerse a la dinámica social para manifestarse como realidades inmutables. Los ejemplos son numerosos y se hallan sobre todo en la caracterización de las diferentes castas definidas en términos raciales. Así la duplicidad alto peruana, hecha de disimulo, de fingimiento, situada fuera de la sociedad, reivindica una autonomía propia originada en la herencia biológica. La poquedad de espíritu del indio o la altivez española pertenecen al mismo género de afirmaciones; fetiches explicativos, firmemente anclados en la panoplia de prejuicios bolivianos de ayer y de hoy, que la moderna crítica y la evidencia empírica en contrario no han conseguido desterrar todavía.

Ciertamente, no se podría sostener que Moreno logra escapar a todos los peligros de su metodología. Aunque le da el carácter de un imperativo a la recolección de pruebas, donde se expresaran la intención de los actores, que procura poner de manifiesto, en ocasiones, sin duda las menos frecuentes, su reconstrucción refleja más su propia subjetividad que la de los personajes. Felizmente, en él predomina el rigor científico a la pasión. De esta manera, *Últimos Días Coloniales en el Alto Perú* muestra una combinación juiciosa de imaginación y sensibilidad en la reconstrucción del pasado histórico, además de un interesante y efectivo recurso, aunque no formulado, al individualismo metodológico que contribuye a hacer de este libro un modelo siempre actual para el investigador de la historia.



# Los enredos con la historia de Bautista Saavedra<sup>1</sup>

En 1918, en plena madurez de su vida, Bautista Saavedra, redactó un estudio histórico sobre los sucesos del 16 julio de 1809 en La Paz, titulado *La aurora de la independencia hispanoamericana*.

Posteriormente, volvió en repetidas ocasiones sobre el manuscrito, pues se incorporaron al texto referencias a personas y acontecimientos que ocurrieron después de aquella fecha<sup>2</sup>.

La obra no fue concluida ni impresa durante la vida del autor. La primera publicación se hizo en 1977 por la Fundación Manuel Vicente Ballivián con una introducción de Alberto Crespo Rodas.

El trabajo de Bautista Saavedra merece una lectura atenta, en particular del libro I donde el autor avanzó reflexiones metodológicas sobre la Historia que no fueron frecuentes en los historiadores bolivianos de entonces, tanto por la amplitud como por la profundidad de los planteamientos. Mostrar la importancia actual de esas consideraciones constituye el objetivo de este artículo.

Pero conviene primero presentar la obra que quedó inacabada. Del plan establecido por el autor falta, en el primer libro, el tercer capítulo de-

---

1 Publicado en *Revista Cultural*, N° 27, La Paz, Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia, 2004 (N. del E.).

2 Crespo Rodas, A., "Saavedra y la Historia" en Saavedra, B., *La aurora de la independencia hispanoamericana*, La Paz, Fundación Manuel Vicente Ballivián, 1977.

dicado a “Las causas generales y diminutas y los primeros síntomas de la revolución”. No se sabe si no fue escrito o si se perdió más tarde<sup>3</sup>. En lugar de aquel, se incluyó un apartado dedicado a “El alma hispana” aparentemente distanciado del resto de la obra, aunque como se mostrará adelante, sirvió como un elemento en la explicación de los hechos relatados en las páginas siguientes. El libro II posiblemente no se llegó a elaborar, sólo hay algunos borradores sueltos. Aquí, Saavedra intentaba tratar la revolución del 25 de mayo de 1809 en La Plata, sin duda con un propósito comparativo. En el libro III tampoco se encontraron los tres primeros capítulos, el resto sigue el plan fijado para la investigación.

La aurora de la independencia hispanoamericana presenta algunas analogías formales y de tratamiento que no conviene dejar de señalar con la obra de G. René Moreno, *Últimos días coloniales en el Alto Perú*, que sin duda Saavedra tuvo en mente mientras redactaba la suya. En el título aparece con claridad una referencia invertida, pues mientras el historiador cruceño pone el acento en los últimos días del régimen español, el paceño destaca el inicio del republicano. Ambos autores abren la investigación con el papel jugado por las autoridades religiosas en los acontecimientos revolucionarios. Se trata por una parte, de la entrada en La Plata del Arzobispo Benito María Moxó y de las reacciones que el personaje produjo en el vecindario, ya agitado por las desconfianzas recíprocas entre grupos de gente ubicados en lo alto de la escala social y por las novedades de la metrópoli. Por otra, de la intervención del obispo La Santa en los hechos en La Paz, donde se expresaron tempranamente las antipatías y lealtades que desde antes acompañaban su labor. Los dos escritores buscan esclarecer los sucesos a través de las actitudes y comportamientos de los personajes religiosos y civiles, aunque sus explicaciones no se reducen a aquéllas. Es ahí, en el aspecto metodológico donde Moreno y Saavedra se aproximan más, es decir, en la manera de considerar y explicar los temas, por medio de lo que en el lenguaje de hoy se puede llamar el individualismo metodológico, rompiendo de esta manera con el positivismo más típico de la época.

El acercamiento de los dos historiadores dejaría entrever que Saavedra tenía para su estudio una pretensión mucho mayor, quizá con el áni-

---

3 Crespo Rodas, A., Óp., Cit., Pág. 17.

mo de emular el trabajo de Moreno, que no consiguió ejecutar por los compromisos asumidos en el gobierno, poco después de redactar el borrador original.

A diferencia del positivismo, posición que fue atribuida equivocadamente al uno y al otro por la mayoría de los comentaristas que se ocuparon de sus obras, el individualismo metodológico se centra en las motivaciones y en el comportamiento de los personajes sin pretender dar leyes generales de la evolución histórica y menos atribuir las a desconocidas fuerzas sociales que arrastrarían la sociedad de una etapa a otra, en el estilo del esquema evolutivo de A. Comte o H. Spencer.

El tratamiento del individualismo aparece en forma más explícita en Saavedra que en Moreno. No en vano el primero dedicó casi un tercio de su libro a reflexionar sobre el qué y el cómo de la Historia. Aunque en el plano concreto de la investigación la situación se trocó. *Los últimos días coloniales en el Alto Perú* muestran un trabajo acabado.

Saavedra señaló la importancia de las intenciones y acciones de los actores en el curso de los procesos históricos, pero tal constatación produjo más dudas e inquietudes en su labor de historiador que orientaciones precisas. De manera general, las consideraciones teóricas con las cuales inició *La aurora* están lejos de ser claras, desprovistas de ambigüedad, de contradicciones. En varias oportunidades, comenzó a presentar algún problema que parecía encaminarse en una dirección y tomó otra, de donde surgieron confusiones epistemológicas y filosóficas que reflejan el estado de desarrollo de las ciencias sociales en el país por aquellos tiempos. Su exposición de los problemas de la Historia como ciencia caló hondo. Las soluciones recogieron los estereotipos generalmente admitidos.

Mas en los capítulos históricos del estudio, el enfoque del comportamiento de los actores muestra mayor coherencia con los postulados del individualismo metodológico, en despecho de algunas referencias a la psicología de los individuos y en oportunidades del alma colectiva o del espíritu. El empleo de estas últimas nociones chocó con su intención de basar la Historia en las razones, pasiones, hábitos de hombres concretos, ya que el alma o el espíritu de los pueblos son conjuntos que oscurecen la búsqueda de las causas individuales.

Algunos lectores pensarán que este artículo tiene un escaso interés actual, que su valor es casi arqueológico. *La aurora de la independencia his-*

*panoamericana*, texto inconcluso, presentó documentos relativamente desconocidos en el momento de su elaboración que la historiografía actual ha ampliado de manera considerable, pero el recurso al individualismo metodológico, como en el caso de Moreno, por cierto mucho más amplio y sistemático, es digno de destacarse porque él se encuentra en el corazón de los debates contemporáneos sobre las ciencias sociales y aún de la política y las políticas actuales.

¿Qué es la Historia para Saavedra? La Historia, sostiene de entrada el autor, es una obra humana tanto en su producción cuanto en su descripción e interpretación. Allí se manifiestan el juicio y las decisiones de quienes la hicieron y de quienes la contaron. La mirada del historiador puede en oportunidades adoptar una perspectiva de exagerado optimismo que expresa, según Saavedra, “un instinto de inercia conservadora [que] no es sino un puro dogmatismo y el dogmatismo en política es tiranía.”<sup>4</sup> O de pesimismo que tiene la ventaja de ser “...saludable, depurativa...constante estímulo de nuevas acciones más intensas, más elevadas”<sup>5</sup>. La crítica del optimismo de los historiadores en particular de R. W. Emerson, quien creía en la tendencia de las cosas a enderezarse por sí mismas, le permite volver al tema del individualismo metodológico al sostener que en las ciencias sociales nada es producto de fuerzas ciegas sino de los ideales de hombres y colectividades, de la libertad de la acción humana que opera sin trabas. De paso añadió una apología del sistema político capaz de fomentar la libertad, coincidente con sus ideales políticos. Páginas adelante, en el capítulo acerca de cómo se escribe la Historia, retomó el asunto y expresó sus dudas: “No es, seguramente la Historia un tratado de psicología colectiva; pero sus estudios son esencialmente psicológicos, porque ellos exponen y describen, el drama eterno del choque de pasiones, ideas, sentimientos, intereses de los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares”<sup>6</sup>; hasta aquí el párrafo. En el vocabulario de este artículo, se diría que Saavedra se propone considerar el individualismo metodológico como el fundamento de la explicación en la Historia y en las ciencias socia-

---

4 Saavedra, B., *La aurora de la independencia hispanoamericana*, La Paz, Fundación Manuel Vicente Ballivián, 1977, Pág. 36.

5 Saavedra, B., *Óp.*, Cit., P: 38.

6 *Ibíd.*, Pág. 46.

les. En otras líneas, tal afirmación se desdijo y en lugar de proporcionarle al individualismo un método, le produjo serios cuestionamientos sobre el alcance de las disciplinas humanas y sobre el papel del historiador.

La Historia exhibía sus debilidades, mostraba su imposibilidad de ser ciencia, debido al carácter no visible de las razones, de los propósitos de los actores o, en su propio lenguaje, por el hecho de no poder conocer la sustancia de las cosas, de no lograr descubrir lo que en sí tienen de íntimo, es decir, de no estarnos “permitido desgarrar el velo de los móviles del mundo psicológico, generador de los hechos”, de no desenmarañar a esa misteriosa elaboración humana, la Historia. A lo sumo se trataba de un estudio apoyado en la imaginación, encargada así de llenar los vacíos, los huecos de la Historia<sup>7</sup>. De esta manera, afirmó que “la Historia no es sino un andamiaje de interpretaciones, hipótesis, inducciones, levantado al frente de la realidad de los hechos que no es dado conocer”. En la línea del idealismo alemán interpretó, pues, la masa enrevesada, inagotable de causas históricas, inaprensible e incognoscible por el historiador como el numen kantiano<sup>8</sup>. Muchos historiadores contemporáneos defienden posiciones parecidas.

La admisión de estas limitaciones no empujó a Saavedra al culto del hecho desgajado de las raíces humanas lo que, de acuerdo a su filosofía, hubiese equivalido a convertir la disciplina histórica en “un museo de fósiles... donde no se siente vibración vital alguna” ¿Cuál sería entonces el valor de la Historia si no nos permite averiguar el sentido humano de los hechos?

¿Cómo abordar en estas condiciones el estudio de la Historia? Mediante la elaboración de hipótesis, de interpretaciones imaginativas, responde el autor. Sin embargo, él creyó en la imposibilidad de conseguir a través de este método resultados verdaderos ni siquiera confiables, a pesar de suscribir a una noción pragmática de la verdad, caracterizada como un valor práctico extraído de la experiencia, confirmado por la realidad<sup>9</sup>.

La enorme riqueza del mundo real, como sostiene la ciencia de hoy, no es un obstáculo para el conocimiento científico. Ninguna ciencia pre-

---

7 Ibíd., Pág. 55.

8 Ibíd., Pág. 45.

9 Ibíd., Pág. 47.

tende agotar ese vasto mundo, todas ellas tienen que seleccionar su campo sobre la base de ideas previas.

Por lo tanto, tiene razón Saavedra: la imaginación es un instrumento para plantearse hipótesis de investigación válidas, pues puede ayudar a concebir y seleccionar entre las múltiples causas de un fenómeno aquellas que sean pertinentes para el objeto de estudio. Pero ella sola no basta, como bien mostraron Max Weber o George Simmel, años antes. Con la falta de controles, la imaginación cae en la pura ficción. Es necesario someterla a prueba, examinar si los hechos conocidos son compatibles con las hipótesis que ella amparó, sin olvidar que la imaginación del científico se acompaña siempre de conocimientos previos y hasta de prejuicios. Saavedra vio en éstos únicamente una restricción, no sus posibilidades. Señaló en varias oportunidades que el historiador o cronista es un hombre con su propio temperamento, imbuido de sistemas filosóficos, sociales o políticos, revestido de ideologías, razón por la cual la narración siempre se halla coloreada por la personalidad del investigador. De aquí concluye, equivocadamente creemos, en la imposibilidad de alcanzar un conocimiento científico de la Historia y de conseguir el ideal de neutralidad en el historiador.

Las complejidades de la vida social, la objetividad del narrador, han sido motivo de controversia. Sin embargo, las ciencias sociales han conformado un cuerpo teórico que ha dejado atrás los escollos que de ahí provenían como muestran los resultados obtenidos por muchas décadas de trabajo y reflexión epistemológica que han servido como guía para emprender estudios.

La posición dominante sobre el tema, lejos de ser triunfalista, reconoce los límites que provienen de la cercanía entre el investigador y su objeto, pero que no impiden escribir Historia con cánones exigentes de científicidad.

M. Weber se propuso –con una concepción distinta de las ciencias del hombre, que las colocaba en el mismo plano que las ciencias de la naturaleza, sin perder su especificidad– responder a las objeciones corrientemente formuladas con respecto a ellas, que Saavedra también compartió. Llamó la atención sobre la diferencia entre la referencia a valores y el juicio de valor. La primera se refiere al momento necesario de toda investigación en el cual el científico recorta el abigarrado entramado social

a partir de su ecuación personal, es decir, de sus valores, de sus intereses científicos ordinarios y hasta contingentes, separando temas, nexos causales en función de esas preocupaciones. No hay estudio que no sea producto del interés del autor. ¿Acaso Saavedra no se interesó entre otras razones en el movimiento del 16 de julio de 1809 por sus recuerdos de infancia y por la oportunidad de encontrarse en el Archivo de Sevilla? En las ciencias sociales ese recorte además pretende reconstruir las razones, los odios y amores, las percepciones del actor, a menudo a través de simplificaciones o de la construcción de modelos de conducta que no intentan reflejar en su totalidad la realidad sino los aspectos relevantes para la investigación. No se necesita penetrar detalladamente en el estado de conciencia ni desenredar lo vivido concreto de los primeros protestantes, como mostró Weber, para postular que la predestinación se manifestaría de forma distinta en la conducta de los creyentes que en la de las personas en las cuales esa no se daba. La constatación de tal hecho basta para convencer al lector de la pertinencia del hallazgo.

La naturaleza íntima de las motivaciones, su entreveramiento, no constituyen impedimento para que el historiador, el biólogo o el físico puedan fabricar hipótesis contrastables con aspectos de la realidad e identificar con rigor las concatenaciones causales.

La otra barrera para la Historia como ciencia, según Saavedra, la inevitabilidad de los juicios de valor cuya superación creyó una quimera, ha dado mucha tela para cortar en las ciencias sociales. La solución ofrecida por Weber y muchos otros detrás de él, consiste en invitar al autor a mantener la vigilancia crítica de su obra para no caer en la tentación de mezclar sus entusiasmos o antipatías con la descripción de los fenómenos. Su labor consistiría únicamente en descubrir lo que sucede en función de lo que sucedió y eventualmente a partir de allí anticipar lo que sucederá. No tiene por qué juzgar ni la bondad ni la maldad de los actores, tan sólo comprender lo que éstos hicieron, tomando en cuenta las circunstancias en las cuales se encontraban. Al límite, si no se quiere suspender los juicios habría que intentar, por lo menos, separarlos de los hechos investigados. Ideal difícil de lograr, pero no imposible.

Muchos han confundido la neutralidad valorativa con la indiferencia o desapego del investigador hacia su sociedad y sus problemas. Nunca se trató de eso. El momento en el cual el científico vive puede urgir su con-

sideración, orientar la elección del tema, mostrar su atingencia, exigir penetrar en su génesis, desenvolvimiento y posibles desemboques, pero no aprender a enjuiciarlo sin comprenderlo.

Buenas razones tenía Saavedra para estimar los veredictos de la Historia siempre sospechosos, más todavía para negar a los juicios históricos un valor intrínseco, una permanencia en el tiempo: los autores de la época abusaban de ellos al punto de confundir la labor del historiador con la del moralista, pero extravió el camino y cerró el paso a la Historia científica y de manera general a las ciencias sociales, al creer que la frecuencia de su aparición era una manifestación de la naturaleza misma de la Historia. De igual manera, su penetrante análisis de la importancia de las motivaciones de los personajes en el tratamiento del hecho histórico lo llevó a otro enredo con la Historia-ciencia, si bien en su práctica no dejó de servirse de ellas ¿No buscó comprender los equívocos de Pedro Domingo Murillo señalando la percepción que éste tuvo de los acontecimientos después de la llegada de Goyeneche, cuando se dio cuenta que la chispa revolucionaria no había incendiado el territorio de la Audiencia de Charcas y cambió su actitud rebelde?<sup>10</sup> Va en el mismo sentido la afirmación de que La Santa, animado de un fidelismo monárquico, empleaba su habilidad de psicólogo para enardecer las masas populares agitando sus sentimientos religiosos. O cuando sostiene que “el obispo de La Paz frisaba en los setenta años, y tal fue la exaltación de sus convicciones y la impetuosidad de sus sentimientos, que hízose caudillo de huestes realistas y combatió con ardor... por su rey y su religión”<sup>11</sup>. En situación parecida, el Arzobispo de Charcas, don Benito María Moxó “sufrió vilipendios” que revelaron la flaqueza de su persona, diferencia de carácter que le permitió explicar en parte el curso distinto de las dos revoluciones. En todos estos casos la comprensión del drama de los personajes le ayudó a organizar, a esquematizar y ordenar la complejidad de la realidad. Le brindó, pues una mejor inteligencia de los acontecimientos.

Como se señaló, el autor no se mantuvo en la línea exclusiva del individualismo metodológico; con frecuencia recurrió a explicaciones tomadas de la perspectiva holística no fácil de conciliar con la primera. El ho-

---

10 Ibid., Pág. 24.

11 Ibid., Pág. 73.

lismo atribuye a los conjuntos sociales propiedades con independencia de sus componentes.

El capítulo “El alma hispana”, no incluido en el plan original del estudio, abunda en consideraciones de ese género que rompen con las discusiones previas sobre la Historia. Saavedra quizá tuvo la intención de incorporar entre los factores causales de los sucesos revolucionarios también la raza, aunque prefiere usar un término menos cargado como es el de alma. La raza, el espíritu, el alma tuvieron un papel importante, si bien negativo, en el desarrollo de las ciencias sociales en el país y más allá de ellas en la percepción que los distintos grupos sociales tuvieron unos de otros. También ejerció una influencia en el desarrollo de la educación. Saavedra destacó en el alma hispana, una parte de la herencia del boliviano, con la cual posiblemente se identificaba, características estereotipadas, comúnmente asignadas a ese pueblo y que igualmente se creía pertenecían a los criollos. Una de ellas fue la intolerancia, otras el espíritu de facción, la obstinación que según muchos historiadores nacionales constituían la razón de las revueltas, del caudillaje que asoló la República en sus años formativos. El obispo La Santa encarnó esos vicios y virtudes, si bien esta vez fueron empleadas para acreditar la entereza de su carácter y fustigar “la carencia de convicciones, la debilidad de sentimientos, la versatilidad de opiniones” del temple de los bolivianos.

El individualismo metodológico y sus cuestionamientos a los cuales Saavedra respondió con soluciones débiles, no es compatible con la aproximación holística, predominante desde siempre en los estudios sociales y en el discurso político del país. El holismo igualmente presenta dificultades, sus partidarios con frecuencia no intentan seriamente examinarlas. Las razones personales de la acción quedan escondidas detrás de esos entes colectivos. Saavedra tampoco esquivó la trampa ¿Cómo explicar los temperamentos distintos de los prelados de La Plata y La Paz a partir de la misma alma española?

La idea del estudio nació en Saavedra de sus recuerdos de infancia, pero la intención de escribirlo, además con una introducción metodológica donde la apreciación de la Historia como conocimiento de la realidad resultó disminuida, no surgió allí. La finalidad aparece en el último párrafo del libro, cierto, no publicado en su vida pero preservado tal vez para que algún día vea la luz: evitar que alrededor de las celebraciones lo-

calistas de las insurrecciones de La Plata y La Paz, se ahonden los conflictos departamentales ya seriamente enfrentados por la Revolución Federal. “Las rememoraciones de acontecimientos patrios son nobles, pero por pertenecer a un momento difuso, al despertar de la emancipación, pueden alentar el regionalismo y sus graves daños a la unidad nacional... Nos llevan a una disgregación natural y a una mortal dispersión de los sentimientos del alma boliviana”<sup>12</sup>. El reconocimiento de ese peligro no le impidió al autor afirmar el carácter único, radical e independentista del movimiento de julio en La Paz. Estas cavilaciones, sin duda, traerán a la memoria del lector las recientes polémicas sobre el uso de la revoluciones de La Plata y La Paz en la política nacional. Allí el individualismo metodológico, el holismo, la objetividad del juicio histórico se dieron cita sin nombrarse, tan enredadas y actuales como en la época en que el libro se escribió.

---

12 Ibid., Pág. 154.



Salvador Romero Pittari saludando al Papa Juan Pablo II cuando cumplía funciones como Embajador ante la UNESCO, Roma, 1991.



# Las aristócratas y las de medio pelo en Alcides Arguedas<sup>1</sup>

No es una novedad considerar a Alcides Arguedas como un científico social. Su obra abarcó la Historia, la Sociología, la Psicología social y no como campos separados unos de otros, sino formando una trama entre ellos. *Pueblo enfermo* intentó mostrar el carácter de los pueblos que conforman la sociedad boliviana a partir de sus observaciones y de las teorías psicosociológicas de la época, que arrastraban un marcado determinismo racial y geográfico en las explicaciones de los hechos. Se apoyó también en los prejuicios dominantes en la sociedad, no suficientemente expurgados.

Ese fue el arsenal que se encontró detrás de sus estudios de historia. Su narrativa ha recibido igualmente el calificativo de social, pero el término ha sido rara vez precisado. Lástima, porque allí aparece el autor describiendo sutilmente las formas que revistió la lucha de estamentos, en los inicios del periodo liberal.

No se trató de lucha de clases en el sentido marxista, con el proletariado como vanguardia del conflicto, prácticamente inexistente entonces por estas tierras, sino de las modalidades que aquella tomó en estas tierras entre los colonos y propietarios en el área rural andina, pintada en *Wata-Wara*, en *Raza de Bronce*, entre los estamentos urbanos en *Pisagua* y *Vida*

---

1 Manuscrito cedido por gentileza de la familia de Salvador Romero Pittari para la presente edición (N. del E.)

*criolla*. En esta última obra<sup>2</sup> de la cual se ocupará el artículo, ofrece escenas de la vida mundana en La Paz que permiten comprender las estrategias de ascenso de los grupos recién llegados a la riqueza, en busca de estatus social, poder y las resistencias de los que ya se encontraban arriba colocados. El antagonismo opuso, pues, a segmentos cercanos del mismo estamento, con pretensiones de aristocracia, antes que de burguesía.

Los llamados “cholos” en ascenso fueron alentados por la Revolución Federal; este término probablemente aludía menos a la gente nacida del cruce entre los españoles y los nativos –pues en ese sentido, racial, no eran distintos de sus rivales– y mucho más a personas a quienes se les atribuía comportamientos y maneras de vivir criticables, es decir, que manifestaban hábitos, modales y gustos diferentes a los aceptados por el grupo alto. La crítica del cholaje servía para poner distancias entre el círculo de los que ya gozaban de una elevado prestigio y los que intentaban penetrarlo y conllevaba además un reproche de orden moral hacia a éstos: el de usar todas las mañas y vilezas para alcanzar sus propósitos políticos y sociales. Tal era la mirada que los aristócratas tenían de sus retadores.

La batalla se daba en los salones, reacondicionados con fasto por los recién llegados para exhibir los trajes a la moda de sus mujeres, la abundancia de los platos y servicios, en bailes y saraos, que duraban hasta al amanecer. Aquellos a quienes apuntaba la operación de deslumbramiento y seducción respondían desdeñosamente, evitando prodigar su presencia sobre todo cuando la lista de invitados mostraba personas poco frecuentables.

Todos los golpes eran permisibles entre ambos bandos: los chismes, las intrigas y las murmuraciones. Unos recurrían a ellos para abrir como sea las puertas que les estaban cerradas, los otros para continuar monopolizando los criterios de estatus y sus manifestaciones externas. Los Montenegro, que se enseñoreaban en la cima de la pirámide social, se hacían los ciegos en las estrechas y pedregosas calles de la ciudad a fin de no saludar a quienes consideraban ajenos a su rango. Sin embargo las comidillas, dichas por lo bajo, tampoco los dejaban de lado. Se decía de ellos que sus orígenes eran oscuros y recientes, que los títulos con los cuales se arropaban no existían. “Las Montenegro ¿qué son? –exclama un personaje– Mi primo... me ha dicho que su padre era un minero de Corocoro, que

---

2 A. Arguedas, *Vida Criolla*, La Paz, Ed. Camarlinghi, 1975.

allí hizo fortuna, que vino a la ciudad, compro casas, fincas, dio banquetes, que pasó de un partido a otro y se hizo gente `bien`<sup>3</sup>. El cuento puede parecer una bagatela intrascendente. Sin embargo, se trataba de un arma apropiada en un pueblo pequeño como era La Paz. Pero aún hay más. La observación de Arguedas no es inocente. Ella revelaba el carácter poroso y cambiante de las élites paceñas, que difícilmente podrían considerarse como una aristocracia en el sentido estricto de la palabra. Su base no estaba en la cuna sino en el dinero o en poder político de flamante adquisición, que eran además posesiones lábiles.

En las ciudades del país, donde la dinámica minera y comercial era importante, la situación de los estamentos superiores era parecida. No sucedía lo mismo en los pueblos donde la posesión de la tierra era la base de la estratificación. Ahí los estamentos dominantes tenían una estabilidad mayor y la movilidad social apenas existente. Arguedas en su *Historia Nacional* se refirió a los sucesivos cambios en la composición de las élites de las regiones del país más dinámicas política y económicamente, cambios a los cuales atribuyó la fragilidad del armazón político e institucional boliviano, además de considerar que el empuje hacia arriba favorecía a categorías sociales con pocos principios morales y mucho atrevimiento.

Las escenas de la vida mundana paceña, que permiten comprender la naturaleza del juego de aperturas y cerrazones en la movilidad social, se multiplican desde las primeras páginas de la novela donde aparece doña Juana Peñabrava con el rostro agrío y descompuesto por la culpa de las señoritas Montenegro, quienes habían prometido asistir al *aptapi* campesino y no habían llegado. No podía esconder el disgusto por el gasto y los afanes para quedar bien con aquellas, convencida que eran la flor y nata de la sociedad y que de haber contado con su asistencia las hubiese obligado a corresponder con otra invitación. Nadie comprendía sus esfuerzos. Sobre ella recaía toda la responsabilidad de casar bien a Elenita, su hija, no con un cualquiera, de dar a su familia el lugar que le correspondía en la sociedad, que los demás consideraban modesta, socialmente hablando. Provenía de la capa de propietarios rurales, más o menos recientes, que con esfuerzo habían conseguido hacer una cierta fortuna que aun parecía estar rezagada con relación a su prurito de avance social.

---

3 Arguedas, Óp. Cit., Pág. 84.

El autor subraya con múltiples detalles y un fuerte tono irónico las dificultades de la búsqueda de una posición. Las ausencias al día de campo revelan que la gente no se precipita a las invitaciones del clan Peñabrava. Un puñado de comensales entre parientes, algunas muchachas casaderas, que iniciaban sus carreras y un par de políticos viejos, que no perdían un buen asado, candidatos a apadrinar las ambiciones políticas de don César Peñabrava, constituía la comitiva. Todos comiendo y bebiendo con ganas, vorazmente, ocupados en su plato, sin levantar los ojos, ni prestar atención a modales ni dengues.

Por supuesto que doña Juana no era la única por estos lados metida en los delicados menesteres de planear las fiestas, el menú de decidir los invitados convenientes. Al punto que esa parecía ser una responsabilidad exclusiva otorgada a las mujeres de entonces ¿Acaso no sucedía lo mismo con Madame Verdurin, con su salón literario establecido para competir con el de los Guermantes, que ni siquiera reparan en su existencia?

Así, grande fue el dolor de la dueña de casa cuando Carlota Quiroz, amargada y empobrecida solterona, en trance de desclasarse, sugirió que los deseados convidados no vendrían porque entre los asistentes había varios de “medio pelo”. Y las “copetudas” Montenegro no querían que luego éstos buscaran aprovecharse del convite intentando pasear por el Prado del brazo de ellas ¡Qué horror!

Los invitados se trataban con desconfianza entre sí. “Creíase cada uno superior a los demás en rango y merecimientos...” Las altivas señoritas Orondo, a quienes muchos las llamaban despectivamente las indias, hacían muecas y casi no hablaban a las Encinas, vistas como unas pobre-cillas, apenas intercambiaban con ellas frases frías ceremoniosas y distantes<sup>4</sup>. Los hombres no iban a la zaga, divididos en bandos se miraban con recelo, buscando mostrar el lado flaco de los otros, social y políticamente.

Los de “medio pelo”, percibidos desde arriba como todos iguales, presentaban, pues, a la mirada, a los oídos, a las palabras de sus pares obvias diferencias entre ellos que los marcaban, los categorizaban y los separaban unos de otros, haciendo que las movidas para subir de estatus sean individuales o exclusivamente familiares, aun sí a la larga el resultado beneficiaba a la categoría en conjunto. En medio de esas querellas intestinas

---

4 Ibid., Pág. 23.

resultaba difícil hablar de una condición compartida, en el interior del estamento, si bien la conciencia estamental actuaba con fuerza y uniformidad consistente hacia los segmentos considerados como inferiores, visible, por ejemplo, en el trato con los empleados y la servidumbre.

Carlos Ramírez, pretendiente de Elena Peñabravo, alejado e indiferente del toma y daca de los participantes en la fiesta campestre, provocaba el encono de todos. Le colgaban desdeñosamente, por su interés en los libros, el sambenito de intelectual que él aceptaba sin molestia. La familia no miraba con buenos ojos el romance. Qué podría ofrecer a su hija un “champa tintas”.

Las Montenegro, pagadas de su rango, mantenían un estudiado distanciamiento con los demás, no derrochaban su presencia en cualquier agasajo y tampoco admitían mostrarse en los paseos dominicales con personas de linaje poco claro. Sin embargo, para evitar cualquier desaire que pudiese mellar su rango desplegaba toda su astucia, sus habilidades y engaños hasta los más bajos para salirse con la suya. Como cuando vuelven a prestar una zalamera consideración a las Peñabrava para conseguir una invitación a la fiesta de éstas, que se anunciaba como un acontecimiento.

La casa, el decorado y los muebles era una parte importante en los proyectos de ascenso. Aquí los hombres, entre reticencias y larguezas cedían a los pedidos de la familia para contar con los salones adecuados para recibir a la gente y acordar con sus crecientes devaneos políticos ¿Acaso don Cesar, cuyo entorno familiar le empujaba a fin conseguir el criterio de estatus que aún le faltaba, no soltó pródigamente la bolsa para poder proporcionar el ambiente digno a la gran fiesta que abriría las puertas sociales y políticas a todos?

Carlos Ramírez no compartía ni se interesaba por las conspiraciones de los pequeños clanes, ni por los cuentos que sus enemigos echaban a correr acerca de él, pero su desprecio por las convenciones sociales acarrió su desgracia. El personaje parece un doble del autor, refleja las aversiones de éste por las prácticas cursis, usuales en las reuniones sociales, como los discursos de ofrecimiento de la fiesta y de agradecimiento por la invitación, donde la palabra insustancial, repleta de lugares comunes daba lugar a verdaderas justas entre los asistentes, los vencedores adquirían la reputación de promisorios talentos. Así mientras Guilarte, hijo de una verdulera, ganaba la admiración de la sociedad, Ramírez, arisco, cortaba con

torpeza cualquier pedido de retórica circunstancial y veía cerrarse las entradas al alto mundo. Incapaz de poner coto a las habladurías sobre de su persona, apaciguaba su malestar escribiendo sulfurosos artículos contra los personajes y la política del momento<sup>5</sup>. El carácter hosco de Ramírez, la intransigencia con que delataba los vicios del país terminaron por minar el compromiso con Elena y alejar a los pocos amigos que tuvo.

La novela termina, al cabo de un recorrido lleno de peripecias, de intrigas de salones y de fondas, de exclusiones e inclusiones, de muertes naturales y sociales, las últimas quizá más penosas todavía que las primeras, con el destierro de Ramírez de La Paz. Elena consigue un marido de relumbrón y la familia cumple su anhelada carrera por el reconocimiento social, que no hará su felicidad, como narra el autor en otra novela que quedó inédita.

Cómo no hacer algunas referencias impertinentes a la Novela de Proust, *En busca del tiempo perdido*, que, cierto, en el momento en que apareció *Vida criolla*, esa imponente saga tal vez apenas estaba en gestación. Allí el autor relata en un largo periodo temporal, entre *El camino de Swan*, primera novela de la serie (1919) y *El tiempo recobrado* (1927), la subida de los Verdurin, una desconocida familia burguesa, aunque respetable y enriquecida, que comienza sus maniobras de ascensión social alrededor de 1880 y concluyen cuatro décadas después. Y qué final. El clan ayudado por matrimonios convenientes llega a ocupar la plaza de los Guermantes, la más rancia nobleza de Francia. Nada que ver con las Montenegro o las Orondo. Pero no se trató sólo de complicadas alianzas matrimoniales, sino también de una apuesta hecha por los Verdurin por la inteligencia, la cultura y el arte, contra la sangre y la etiqueta de los Guermantes, que en el largo plazo pagó con creces la inversión (E. Fournier). No todo es lucha por el tamaño del monedero.

Al contrario de lo por acá sucedido, donde los Peñabrava en algunos meses logran su cometido, a fuerza de chismes, habladurías, bailes, vestidos y billetes, pero con desprecio de la cultura, del cultivo de la inteligencia. Un triunfo de la imagen en lugar de la presencia real, en palabras de G. Steiner. Si alguien encarnaba la intelectualidad ese era Ramírez, despreciado por todos, abandonado por sus amigos, sólo la humilde Clota, la empleada de los Peñabrava, parece comprenderlo y quererlo.

---

5 Ibid., Pág. 42.

Los rápidos ascensos también se acompañan de prontas caídas, que caracterizan a los integrantes de los estamentos altos del país. Carentes de asideros firmes para sus pretensiones se tornan proclives a la novelería, social y política. Arguedas, después del panorama a vuelo de pájaro de su novela aquí ofrecido, más allá de la trama, de los personajes ficticios, aunque quizá no tan imaginarios, porque en su *Diario* el autor da la clave de algunos de ellos, descubre mucho de lo que estaba en juego en el conflicto de clases del período liberal, en la pelea entre los vecinos estamentales antes que entre grupos antagónicos, con intereses opuestos, que recién empezaban a salir a la escena por entonces. También muestra la manera cómo los actores se definían unos respecto a otros, las mañas y argucias empleadas para lograr sus propósitos, el manejo del poder y de los símbolos de estatus que en esas luchas de pueblo chico se expresaban. Hay mucho que aprender en *Vida criolla*, novela hoy casi olvidada.



# Nietzsche en Bolivia<sup>1</sup>

Las ideas de F. Nietzsche han contribuido a forjar las sensibilidades contemporáneas aquí y afuera, es decir a organizar nuestras percepciones, juicios y sentimientos acerca del Yo, del Otro, de la sociedad, así como de las relaciones con los dioses. Sin embargo, su contribución en el país ha sido hasta ahora poco estudiada, a pesar de su temprana presencia entre nosotros. Algunos juzgarán todavía el tema como irrelevante o traído de las mechas, porque considerarán esas transformaciones casi como naturales, poco atentos a su génesis y a las posibilidades allí contenidas. Lo que no supone afirmar que los cambios se han gestado directamente del pensamiento de Nietzsche, que autoriza múltiples interpretaciones, más todavía el propio autor no se hubiese reconocido en muchos de los resultados.

La difusión del pensamiento de este autor comenzó a dejarse sentir principalmente a fines del siglo XIX y principios del siguiente, en los grupos intelectuales. Poco a poco y de manera casi inconsciente, no voluntaria ni querida, aun por sus comentaristas iniciales, ciertos de sus planteamientos concernientes a los hombres, la sociedad y sus valores se extendieron a otros sectores de población, muchos de los cuales ignoraban por completo su procedencia cuando los invocaban o argumentaban con ellos. El proceso se ha dado en otras sociedades y con otros pensadores,

---

1 Publicado en *Revista Cultural*, N° 41, La Paz, Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia, 2006 (N. del E.).

si bien lo sorprendente del caso boliviano es que el filósofo hasta no hace mucho ni siquiera era enseñado formalmente en las universidades y cuando los cursos sobre él aparecieron no pocos de los términos ya eran moneda corriente en el pensamiento del país. Tampoco se trató de una lectura entusiasta de las obras de Nietzsche. El influjo provino más bien de fuentes indirectas como la literatura, la apropiación abusiva de parte de su filosofía por algunas ideologías políticas autoritarias, los medios de comunicación masivos o de la autoridad de otros pensadores posteriores inspirados en él como M. Weber, S. Freud, O. Spengler, M. Heidegger o más recientemente J. Derrida y M. Foucault.

Nietzsche mismo tuvo el convencimiento de ser un escritor para la posteridad<sup>2</sup>. Durante su vida sus libros circularon poco y la crítica en general se mostró avara con ellos. Sin embargo, el vaticinio se cumplió. Lo que él no pudo calcular fue la profusión y variedad de su progenie, mucha de la cual tomó parte de la herencia con libertad, inclusive sin conocer al progenitor.

Su obra es oceánica, en opinión de un comentarista actual, y su autor prefirió ponerla en un estilo poético, a seguir una prosa seca, adusta. Asimismo, prefirió el aforismo al encadenamiento sistemático de las ideas. “Tengo una desconfianza grave hacia toda dialéctica para argumentar y demostrar”, escribió en una carta a un amigo<sup>3</sup>. También dijo preferir “los términos raros, exóticos, emotivos a los cotidianos, normales”<sup>4</sup>. Escogió provocar sacudir y aun escandalizar al lector antes que apaciguarlo, reconfortarlo. Todo esto produjo entorno de su obra un halo de misterio, oscuridad, incompreensión y a la vez de seducción, de interés, hasta ahora no disipado. Nietzsche no ignoraba estas apreciaciones y presumiblemente se complacía en alentarlas. En una carta a P. Gast presentaba *Más allá del bien y del mal* “como un libro aterrador, negro como la sepia del jugo de la jibia”<sup>5</sup>, un colorante sacado de un molusco, empleado en los dibu-

2 F. Nietzsche, *Le crépuscule des idoles*, París, G. F. Flammarion, 1985, Pág. 73.

3 Carta a J. Brandes, 2 de diciembre 1887, en J. Brandes, *Nietzsche*, Buenos Aires, Ed. Tor, s.d., Pág. 113.

4 *Ibíd.*

5 Carta a P. Gast de 21 de junio de 1889 en V. Biaggi, *Nietzsche*, París, A. Colin, 1999, Pág. 5. Cfr. F. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, Buenos Aires, Aguilar, 1951.

jos a la aguada. ‘Dónde ha tomado usted el valor para hablar públicamente sobre un vir obscurissimus como yo’, escribió al crítico J. Brandes<sup>6</sup>. C. Medinaceli (1898-1949) quien se ocupó entre nosotros del filósofo también sintió la complejidad de su pensamiento y de su forma de expresión.

Las primeras traducciones de Nietzsche al castellano se hicieron a través de editoriales españolas en la última década del 800. La España Moderna –esa empresa que nació en 1889, a decir de un historiador actual, de un lance de amor entre E. Pardo Bazán y J. Lázaro, su propietario, fue considerada por G. A. Otero en sus memorias como una ventana hacia el mundo para él y los hombres de su generación– ofreció un rico catálogo de autores alemanes, italianos, anglosajones y españoles entre los cuales figuraban al romper el siglo XX unas siete obras de Nietzsche. Sempere y Co. de Valencia, en la misma época, contaba asimismo con un amplio fondo editorial donde se encontraban las obras del filósofo, en ediciones rústicas, baratas, pero en ocasiones poco cuidadas. El repertorio comprendía los libros de mayor relevancia de su producción. Hubo que esperar hasta 1933 para contar con una edición confiable de las obras completas, vertidas cuidadosamente al castellano por E. Ovejero y publicada por Aguilar. C. Medinaceli se sirvió en su ensayo sobre el pensador alemán del *Epistolario* inédito publicado probablemente en esa década por la Biblioteca Nueva de Madrid. El desarrollo de las doctrinas nietzscheanas en Bolivia entre los años 40 y 65, se congeló en la producción editorial de la década anterior, debido a la Guerra Civil Española, después de la cual las editoriales de ese país, una de las fuentes de difusión en castellano del escritor, publicaron poco sobre él. Así muchas de las interpretaciones novedosas de su filosofía, que en ese lapso proliferaron en Europa no fueron traducidas y el acceso resultó difícil para el público boliviano<sup>7</sup>.

---

6 Carta a J. Brandes de 10 de mayo de 1888 en J. Brandes Óp., Cit., Pág. 136.

7 A partir de los años 40 la bibliografía acerca de Nietzsche se hace escasa. E. Trías, F. Savater et al., publican *A favor de Nietzsche* en 1972, Un año más tarde la Revista de Occidente en los números 125-126 difunde artículos sobre él. Están entre los primeros después de un largo silencio. Cfr. J. Ferrater Mora, *Diccionario de grandes filósofos*, Madrid, Ed. Alianza, 1994, Págs., 341-42. J. Ortega y Gasset, en sus artículos entre 1902-1913 hacía frecuentes citas del filósofo. El artículo “El Sobrehombre” fue dedicado a éste en “El Imparcial”, 13 de julio de 1908, incluido en J. Ortega y Gasset, *Obras Completas*, Tomo I, Rev. Occidente, Madrid, 1963, Pág. 91 y ss. El rico y variado

Los primeros lectores nacionales se reclutaron entre los intelectuales de la generación de la Guerra del Pacífico, dolidos por la derrota, por la mediocridad, la hipocresía de la vida social y cultural de entonces. La segunda generación la llamada del Centenario de la República, que vivió los cambios producidos por la Revolución Federal, halló en los textos de Nietzsche un vivero de ideas para dar forma al sentimiento de desarraigo por la desaparición de los valores fuertes de sus antepasados, a su rebeldía contra la chatura de la nueva burguesía, principalmente minera, ciega para la literatura y el arte, contra la vulgaridad de la burocracia, calificados de filisteos, siguiendo al maestro, a su temor por la subversión de rangos sociales y el ascenso del cholaje.

La vasta producción de Nietzsche no pasó en su integridad. Los autores bolivianos seleccionaron temas, aforismos, citas de acuerdo con sus preocupaciones. En 1905, *Vida Criolla* de A. Arguedas hace referencias a Nietzsche y otros filósofos como Schopenhauer, dentro de la visión negativa con la cual las autoridades civiles y religiosas, las familias de importancia social los recibieron inicialmente. El joven periodista Ramírez, protagonista de la novela, fue obligado a exilarse, acusado de propalar por la prensa posturas antirreligiosas, inmorales, corrosivas de los lazos sociales, corrompido intelectualmente por la lectura de aquellos malos maestros.

El diario *La Lucha*, justificaba la expulsión de Ramírez señalando que es “deber oponerse a ese espíritu de destrucción, aunque sea imponiéndonos amputaciones dolorosas y excluyendo de nuestra sociedad a miembros activos y llenos de vigor mental, desgraciadamente contaminados del gangrenoso virus de las ideas disolventes... sustentadas por espíritus antirreligiosos como los Renan, Schopenhauer, Nietzsche y otros”<sup>8</sup>. La acusación prueba que los intelectuales ya habían leído o conocido a estos filósofos.

En la misma narración se hace una mención negativa a P. Bourget, un escritor francés, por su novela *El discípulo* (1889) donde la trama revela una similar desconfianza hacia la filosofía extranjera, sospechosa de socavar la moral de la juventud francesa. Un personaje de *Vida Criolla* críti-

---

fondo editorial de la Colección Austral contó hasta 1972 con un solo libro del autor, se inició en los 40. La Colección Labor, creada en la década del 20, en los años 50 con más de 500 títulos no tenía uno de Nietzsche.

8 A. Arguedas, *Vida Criolla*, La Paz, Ed. Camarlinghi, 1975, Pág. 221.

ca despreciativamente al lector de *El discípulo*: “Un pedante... que todavía cree que puede aprender psicología en las novelas de Bourget, hechas para mujerzuelas de confesonario y de salones”<sup>9</sup>. El escritor gozó entre sus contemporáneos de la fama de tener una prosa delicada, unida al atractivo de presentar una filosofía coloreada de desencanto, sutil pesimismo y una habilidad para el análisis psicológico. Sin duda, *El discípulo* contiene pinturas de la psiquis de los personajes, pero la obra donde Bourget enseñó con mayor amplitud su talento en la materia fue *Ensayos de psicología contemporánea*, texto que el filósofo germano admiró como una prolongación de las reflexiones de Stendhal acerca de los sentimientos humanos, en el período que el espíritu decadente, irónico, erótico y deletéreo de la literatura gala parecía fascinarle<sup>10</sup>.

De ahí provenía también el llamado mal del siglo, ese pesimismo abúlico que disociaba el querer del hacer que tanto atrajo a los novelistas de las primeras décadas del siglo XX: Chirveches, Medinaceli, Canelas, Finot y a sus personajes, prontos a admitir la menguada actividad cultural de sus compatriotas, la estrechez del medio social, la pechoñería de las costumbres. Aunque ellos como intelectuales, por lo menos, eran conscientes de la deprimente situación, a diferencia de los burgueses que vivían satisfechos en la indigencia moral y estética, a los cuales la generación de Gesta Bárbara hizo víctimas de sus pullas.

A. Serrano, el indeciso enamorado de Celeste, heroína de la novela del mismo nombre de A. Chirveches (1905), en medio de su bien provista biblioteca leía para justificar su acromatismo sentimental: *El canto de los sepulcros* de Nietzsche: “Allí está la isla de los sepulcros silenciosos, Allí también están los sepulcros de mi juventud”<sup>11</sup>. A otros personajes del novelista les agrada presumir, para separarse del común, de sus lecturas de los escritores alemanes o de sus libros de la Casa Alcan de Paris, renombrada editorial donde se publicó lo más significativo del pensamiento europeo entre fines del siglo XIX y principios del XX, incluido Nietzsche.

---

9 A. Arguedas, Óp., Cit., Pág. 165.

10 V. Biaggi, Óp., Cit., Pág. 7.

11 A. Chirveches, *Celeste*, La Paz, Tip. Artística, 1905, Pág. 48.

Pero no sólo los intelectuales de ficción leen a este autor, sino también sus creadores y otros jóvenes partidos al asalto de la fortaleza de la rutina pueblerina, a derribar los ídolos del foro y de la tribu, a erradicar la falta de inquietudes intelectuales y artísticas del entorno. Estos virtuosos, pero sólo por su probidad, su coraje y lucidez sin concesiones eran capaces de seguir “la filosofía del porvenir”<sup>12</sup>.

Algunos tocan la melodía de oídas como J. Palma, profesor paceño, quien en su *Historia de la literatura* (1905) dedica unos párrafos repletos de errores a Nietzsche “Por la grande admiración despertada en el mundo civilizado por el eminente filósofo” y como tributo de la veneración universal a su memoria.

I. Prudencio Bustillo (1895-1928) fue uno de sus jóvenes lectores. Apenas salido de la adolescencia, escribió en 1913, un corto ensayo sobre el pensamiento del filósofo, donde recorrió a vuelo de pájaro los principales hitos de la evolución intelectual de aquel, en quien vio no un pensador sistemático sino un poeta que exaltó la fuerza creativa, liberadora, vital de genio de Dionisios, descubierto en la tragedia griega. Prudencio examinó varios escritos de Nietzsche: *El origen de la tragedia*, *Consideraciones inactuales*, *El Caso Wagner*, *Así hablaba Zaratustra*, *La voluntad de poder*. La lista, en despecho de su representatividad, parece responder no tanto a un criterio de selección cuanto a las carencias de la librerías y bibliotecas de la época.

En esos textos no encontró una doctrina precisa a pesar de lo cual reconoció un hilo conductor, una idea fuerza que pasaba a través de todos ellos, más allá de sus diferencias y disparidades: El Símbolo Dionisiaco ¿En qué consistió éste? Dionisios fue el dios griego de la alegría, de la jubilación, de la vida desbordante, plena, próxima de la naturaleza, pero también expresó lo trágico que cada existencia lleva en sí<sup>13</sup>. Por eso la manifestación caótica de Dionisios requirió de la belleza, del orden apaciguador de Apolo, en una combinación que afirma el apego a las fuerzas vitales conquistadoras, a la belleza, sin ignorar la parte de maldad, de crueldad que va con ellas. Así el mito de Dionisios simbolizó: el júbilo eterno

---

12 C. Medinaceli, “Nuestra Generación” (1944) en C. Medinaceli, *Páginas de vida*, Potosí, Ed. Potosí, 1955, Pág. 34.

13 I. Prudencio Bustillos, “Dionisios y Nietzsche” en I. Prudencio Bustillo, *Páginas dispersas*, Sucre, Universidad San Francisco Xavier, 1946, Pág. 110.

de la vida en el esplendor de la fuerza, de la voluntad continuamente aguijoneada por un deseo sin cese renovado.

Nació en el drama griego, en las fiestas orgiásticas de la primavera donde todo el pueblo acudía a honrar al dios de los misterios, de la borrachera sagrada. Al comparar estas acciones con las que propugnaba la moral de Sócrates, Nietzsche afirmó la decadencia de la moral griega.

*Consideraciones inactuales*, según Prudencio, enaltece el arte capaz de educar, denuncia la impostura de una cultura puesta al servicio del Estado, el conformismo de la moralidad pervertida del momento, así como de las visiones intelectuales y artísticas de sus contemporáneos. *El caso Wagner* da cuenta del paso del filósofo del reconocimiento entusiasta del compositor a su rechazo, persuadido que la música de éste y la filosofía de Schopenhauer, a quien también admiró en sus años formativos, eran tan sólo una parodia sentimentaloides del vigoroso drama dionisiaco. En *La Gaya ciencia*, a la cual también hizo referencia, Nietzsche concibe la necesidad de crear una nueva tabla de valores humanos que se coloque más allá del bien y del mal<sup>14</sup>, opuesta a los valores cristianos que los europeos y otros pueblos siguen como rebaños. En *Así hablaba Zaratustra*, el profeta baja al llano para enseñar a los hombres a libertar el espíritu de los prejuicios. Contrapone a la ética de los derrotados y humillados, la moral de Dionisios, amplificación de la vida, valoración del hombre superior de su temple, que se vence a sí mismo, capaz de proponer valores recios a la humanidad. Temas sobre los que vuelve en *La Voluntad de poder*, texto por aquel entonces no expurgado de las falsificaciones de la hermana del autor, que asoció indebidamente el nombre de éste con el mundo de terror del Nacional Socialismo germano.

Ni duda cabe, el joven escritor boliviano se sintió fascinado por el mito de Dionisios que puso la vida por encima de la razón, la exaltación anímica de los griegos, sobre los mandamientos cristianos la autenticidad del ser, sobre las virtudes de los débiles, de los fracasados. La idea de una afirmación de la vida, de una libertad soberana, que el ensayista boliviano presentó esquemáticamente “para sacudir la abulia de sus jóvenes compatriotas” quizá encontró un eco en algunos de ellos, cuando “tantos ca-

---

14 I. Prudencio Bustillo, Óp., Cit., Pág. 112. Cfr. F. Nietzsche “*El gay saber*”, publicado dentro del volumen VI, *El Eterno Retorno*, Aguilar, Buenos Aires, 1947.

racteres se disociaban, se maleaban, se abandonaban a la ola envolvente y arrulladora... del no-ser, no-pensar, no-querer”<sup>15</sup>.

La biblioteca de F. Tamayo (1879-1956) contó con ejemplares de Nietzsche, varios en versiones originales o francesas, adquiridas en los años que vivió en Europa (1899-1904) cuya lectura sacó a relucir en el ríspido folleto *Para siempre* (1942) contra F. Diez de Medina, su biógrafo desautorizado, acusado entre otras cosas de hablar de oídas de la teoría del resentimiento de Nietzsche. En el aluvión de diatribas e insultos que Tamayo propinó a aquel hasta salió a bailar el Emperador Carlos V.

No se equivocó, pues, Medinaceli cuando dijo que: “Hay mucho de ímpetu nietzschano en Creación de la pedagogía nacional (1913) que el boliviano seguramente conoció en el original”<sup>16</sup>. Pero es más, Tamayo tuvo un gusto por la provocación, la mordacidad, por rebajar a los adversarios en la polémica, como se vio, que aproxima su personalidad muy sugestivamente a la del filósofo alemán.

C. Medinaceli tentado, asimismo, por esas cualidades de Nietzsche le consagró un largo ensayo a su vida, en la cual encontró una suerte de santidad laica. Se trató del texto más amplio escrito sobre éste en el país, donde también resaltó su cercanía con la concepción elitista de la cultura, de la sociedad del filósofo, con el desprecio de los filisteos, servilmente inclinados hacia el placer ordinario, empequeñecidos ante el superior, el forjador de valores.

C. Medinaceli y sus amigos conocieron tempranamente la obra de Nietzsche: “Allá, en nuestros años mozos... de juventud que despierta a la esperanza de ardor lírico, de pasión y de tumulto, por imperativo del ambiente serrano de Potosí, la austeridad ascética y de tradicional vuelo místico de la Toledo boliviana, también fueron de inquietudes filosóficas, de agoníales angustias metafísicas... de crisis religiosa”. J. Ortega y Gasset (1883-1955) expresó sentimientos parecidos: “Encontramos en el recuerdo de nuestros dieciocho años una atmósfera caliginosa y como un

---

15 Tomado de *Nietzscheana* de D. Lesueur, s.d., por Prudencio Bustillo, Óp., Cit., Pág. 114.

16 C. Medinaceli, “El misticismo dionisiaco de Federico Nietzsche” en C. Medinaceli, *La reivindicación de la cultura americana*, La Paz-Cochabamba, Ed. Amigos del Libro, 1975, Pág. 126.

sol africano que nos tostó las paredes de la morada interior... nuestra época de nitzscheanos”<sup>17</sup>.

Falto de guías, Medinaceli se extravió en la selva de Nietzsche<sup>18</sup>, al igual que varios de sus camaradas. “Leyeron no al buen escritor del Origen de la tragedia... sino al terrible demoledor de El Anticristo, al volcánico iconoclasta de El crepúsculo de los ídolos, al delirante ególatra de Ecce Homo”<sup>19</sup>. Ese “loco abismático” fue uno de los autores preferidos de Medinaceli, aunque lamentaba no tomarse el tiempo necesario para leerlo. Sus ensayos, artículos de prensa, sus cartas contienen por aquí y por allá referencias a Nietzsche. Calificó a don José María Bozo de un precursor nativo de Zaratustra, ni más ni menos, comentando una biografía que hizo J. R. Gutiérrez del personaje, un cruceño socarrón y burlesco. Como aquél, éste, “pletórico de sabiduría descendió de su montaña y se encontró con el pueblo arguediano... para predicarle la dionisiaca alegría, el mejor remedio para pueblos enfermos...” Hombres tristes, les dijo Bozo, he venido a cantar la alegría. Ceñíos en vuestras sienes esta corona del riente. Yo he santificado la risa. “Zaratustra hablaba muy bien. No era mal hablado como don Alcides”<sup>20</sup>, concluye Medinaceli.

En una carta a un amigo se hizo eco de otras facetas de Nietzsche proclamando un desprecio hacia su sociedad: “... tan falta de espíritu, de solidaridad humana, de aspiración a la grandeza, la grandeza trágica, doliente, desgarrada, desesperada: no la grandeza de la politiquería chola de nuestro pueblo...”. Luego añadía: “Es que esta sociedad está desaristocratizada, porque ya no tiene el culto de la guerra, del heroísmo... sino la cholería del amor al lujo, a las comodidades, a la vanidad de aldea”<sup>21</sup>.

El misticismo dionisiaco de Federico Nietzsche en Medinaceli muestra un buen manejo de la bibliografía sobre filósofo, si bien se refiere me-

---

17 J. Ortega Y Gasset, Óp., Cit., Pág. 91.

18 Cfr. C. Medinaceli, Óp., Cit., Pág. 113.

19 Carta a J. E. Víaña de 10 de diciembre de 1930 en M. Baptista, *Atrevámonos a ser bolivianos*, La Paz, Ultima Hora, 1979, Pág. 247.

20 C. Medinaceli, “La biografía en Bolivia” en C. Medinaceli, *La inactualidad de A. Arguedas*, La Paz-Cochabamba, Ed. Amigos del Libro, 1972, Pág. 263.

21 Carta a J. E. Víaña, en M. Baptista, Óp. Cit., Pág. 247.

nos a la misma obra<sup>22</sup>, que encontró de difícil lectura por el estilo, por el vocabulario además por “las numerosas y radicales contradicciones” entre los textos que crean confusión en el lector<sup>23</sup>. Aunque tampoco el ensayo de Medinaceli ofreció una consistente unidad en sus distintos epígrafes, muchas digresiones cortaron la continuidad del texto. G. Bataille en los mismos años, pensó de manera parecida: “Las doctrinas de Nietzsche no se las puede seguir. Ponen delante nuestro luces imprecisas, a menudo deslumbrantes pero ninguna vía lleva en la dirección indicada”<sup>24</sup>. Sin embargo, otros intérpretes han rescatado los hilos conductores que ordenan la obra nietzscheana, incluido Prudencio Bustillo. Parte de esa obscuridad, de ese torbellino de ideas complejas, contradictorias provenía del carácter provocador de Nietzsche, que Medinaceli también compartió. La provocación tal vez no fue en uno y otro sólo un deseo de sacudir conciencias amodorradas sino una manera de aproximarse al mundo.

Nietzsche fue un héroe intelectual para el boliviano: “Qué humana, qué demasiado humana ha sido la vida del padre de Zaratustra”, exclama el biógrafo, haciendo suya la frase del escritor francés H. Lefebvre quien además sostenía que por una paradoja singular, “el asesino de Dios no es el ateo. El ateo nietzscheano tiene el sentido de lo divino. El verdadero asesino de Dios ¡es cristiano!”<sup>25</sup>. Hay en la vida del filósofo un misticismo de otro género: que se estrella en nombre de otra moral contra la civilización decadente, basada en el engaño, en la falsedad de los valores convencionales, en las caretas<sup>26</sup>. Nietzsche, destacó Medinaceli, aborrecía la mentira, la piedad acomodaticia. Su filosofía no negó la verdad, ni la posibilidad de encontrarla, pero la descubrió en la revelación vertiginosa de la inhumanidad del mundo, que sólo el arte ayuda a aceptarla: “A pesar de

---

22 En todo el texto de Medinaceli sólo hay tres citas directas de libros de Nietzsche. Es cierto se trató de una obra no publicada en vida del autor, tal vez no lista para la imprenta, por eso mismo el armazón de su aparato crítico aparece sin retoques.

23 C. Medinaceli, *Óp. Cit.*, Pág. 112.

24 H. Lefebvre, *Nietzsche*, México, F.C.E., 1940. Pág. 61 y ss., en C. Medinaceli, *Óp. Cit.*, Pág. 148

25 C. Medinaceli, *Óp. Cit.*, Pág. 163.

26 *Ibíd.*, Pág. 165.

todo fue un espíritu claro, afirmativo con la vida, hinchado de un sentimiento religioso del universo”<sup>27</sup>.

El ensayo de Medinaceli, que no se publicó hasta después de su muerte, se escribió en los años postreros de su vida, cuando ya se había inclinado al socialismo, con el cual el autor de *Así hablaba Zaratustra* se mostró severo<sup>28</sup>, porque pretendía dar derechos iguales a individuos desiguales. Una pantalla detrás de la que se ocultaba el resentimiento, la venganza de los mediocres y los débiles. Porque hacía del Estado el instrumento del despotismo nivelador que sólo conduciría a un mayor estatismo y al terror policiaco, sin ningún otro fin.

Medinaceli dejó poco escrito publicado sobre el socialismo, pero reconoció su simpatía con él y admitió la oposición entre los planteamiento marxistas y nietzscheanos con los cuales se comprometió en etapas distintas de su quehacer, siguiendo intereses y preocupaciones espacial y temporalmente separados en su vida. Si bien tal aceptación no alcanzó a borrar del todo la impresión de una contradicción entre el sentido de la mayoría de sus artículos y sus actitudes políticas últimas. Se distanció críticamente de Nietzsche, pero continuó dando cuidadosos retoques al estudio sobre el solitario de Sils-Maria.

Aunque el objetivo de este ensayo no es un examen de la obra de Medinaceli ni de Nietzsche, tampoco de la coherencia de sus planteamientos ni de la relación con sus conductas públicas ¿Acaso Nietzsche antes de caer en la locura tomado de conmiseración no se echó al cuello de un caballo maltratado? enternecimiento que en los momentos de plena lucidez jamás aceptó<sup>29</sup>. Probablemente en el ensayista nacional, como en los biógrafos que inspiraron el trabajo, primó el interés por la ejemplaridad de una vida fuera de lo común en muchos aspectos, por la crítica cultural que él también aplicó al país con la malicia y picardía propias de la cultura sureña. El alemán fue sentencioso y mesiánico. El boliviano siguió los asuntos cotidianos y los extraordinarios con irreverencia, sin desconocer que no pudo ignorar el contenido político del pensamiento de su biografiado.

Algunas apreciaciones contemporáneas sobre el filósofo anteponen el enjuiciamiento del totalitarismo, del autoritarismo, que veía llegar, muy

---

27 Cfr. F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Colombia, Ed. La Oveja Negra, Pág. 85.

28 C. Medinaceli, *Óp.*, Cit., Pág. 165.

29 F. Nietzsche, *Así...*, passim.

por encima del lirismo de Zaratustra. Medio siglo antes de la conformación de los Estados socialistas, que se derrumbaron setenta años más tarde, previó el carácter despótico, cesarista que los marcó. Ahí, sostienen, miró por encima del horizonte de su época<sup>30</sup>.

En el *Epílogo en la aldea* (1938) incluido en *La educación del gusto estético* que se publicó en 1942, Medinaceli renegó de su entusiasmo por Zaratustra. Sintió su estado de ánimo diferente del de hacía cuatro años cuando alentado por el fervor urbano se ocupaba de la enseñanza: “En la ciudad pensaba en la educación de las élites, el campo me mostró la miseria del campesino, la resignación a su anónimo destino... Ya no leí más El origen de la tragedia, ahora (leo) El problema agrario de Lenin” confesó en el *Epílogo*. Allí mismo dijo: “Nietzsche egoístamente enclaustrado dentro de su rabioso aristocraticismo esteticista quedó atrás”. Aunque luego añadió: “Mis observaciones básicas sobre la simulación educacional y el filisteísmo ambiente permanecen en pie”. Tampoco abandonó el manuscrito sobre Nietzsche. En 1944, según el hermano de Medinaceli, retirado a Sapahaqui lo trabajaba con asiduidad<sup>31</sup>.

En los cambios de actitud y de valoraciones respecto a los escritores que apreciaron o influyeron en su pensamiento, puede haber tenido un papel la formación autodidacta de Medinaceli, que aunque no le impidió adquirir una sólida cultura y ejercer un juicio crítico, no proporcionó una matriz intelectual sistemática, con sus ventajas e inconvenientes, dentro de la cual se tamizan las novedades, los entusiasmos. Allí se hubieran atenuado algunas recepciones admirativas, posteriores arrepentimientos, vueltas de opinión. Sin duda, su conversión al socialismo fue sincera, percibió de manera distinta el mundo rural y éste a su vez le cambió el orden de sus lecturas. Mas no se puede restar la importancia de Nietzsche en sus concepciones del hombre y la sociedad boliviana, que asimismo pesó en la generación de Gesta Bárbara, aunque más tarde las evoluciones personales fueron distintas<sup>32</sup>.

En pocas palabras, los autores nacionales destacaron ante todo el esteticismo y la moral aristocratizante, heroica, anti-tradicional del filósofo

30 C. Medinaceli, *La educación del gusto estético*, La Paz, Ed. Murillo, 1978, Pág. 114.

31 W. E. Medinaceli, “Sumario biográfico de C. Medinaceli” en C. Medinaceli, *La educación...*, Pág. 9.

32 C. Medinaceli, “Nuestra...” Óp., Cit., en C. Medinaceli, *Páginas...*, Óp. Cit.

para tomar distancias con el achatado, mezquino y envidioso medio social y cultural de los pueblos del país, en los cuales además la debilidad poblacional, el conocimiento cara a cara de unos y otros, atizaban el resentimiento. Esos fueron algunos de los temas del pensador con los cuales la generación de Gesta Bárbara se sintió más afín.

La acogida de Nietzsche entre los intelectuales de antes de 1952, que en la prensa, en las discusiones de grupo difundían sus doctrinas, manifestó un impulso de rebeldía contra un ambiente demasiado sensato, burgués. Una cierta nostalgia del pasado, una impaciencia con el atraso de la patria y un temor vago por el porvenir<sup>33</sup>. Posteriormente el desarrollo de las ciencias humanas y la apertura de las comunicaciones, acercó a muchos a Nietzsche como Monsieur Jourdain a la prosa: sin saberlo, recogieron de él sobre todo un ansia de autonomía personal, una preocupación por la verdad oculta, una irreverencia hacia los gobernantes. Algunos de estos rasgos también conocieron sus predecesores. A. Céspedes (1904-1997), uno de los ideólogos del M.N.R., solía colocar en el epígrafe de algunas de sus obras citas del escritor de *Más allá del bien y del mal*. Definió su generación antes que como intelectual como política. Su ataque encoñado a “La Rosca” fue sobre todo ideológico. El tono recuerda el picante de Gesta Bárbara pero su contenido provenía del nacionalismo de la posguerra del Chaco. Sin embargo, no dejó de mencionar la vulgaridad del Rey del Estaño, resabio de la crítica cultural anterior, y hasta su físico, tosco: “El cogote negro y cerdoso, característico...(de) una raza naturalmente enteca”. F. Diez de Medina (1908-1990) ensayista, novelista, contemporáneo de Céspedes y animado asimismo por un propósito político, en su respuesta a F. Tamayo, *Para nunca*, se defendió de la acusación de no hablar de Nietzsche sino por referencias señalando que todo el mundo conocía la teoría del resentimiento arquitecturada por éste en su *Genealogía de la moral*, pavoneándose además de tener en su biblioteca los doce tomos de la obra completa del filósofo. Una resonancia de Zaratustra se siente en el ensayo *Thunupa* (1947) donde el escritor nacional, recupera una figura mítica andina, convirtiéndola en un mensajero ambulante entre los pueblos de la puna: “evocador del pasado, superador del presente, augur del porvenir”, sin compartir todos los desafíos lanzados por aquel.

---

33 Ibid., Págs. 30-33.

Pero la influencia de Nietzsche en el pensamiento, en las instituciones contemporáneas fue más allá de esos temas. Su proclamada muerte de los dioses, que socavó la base religiosa de los juicios morales sobre el bien y el mal, retomada y radicalizada por las ciencias sociales, desembocó en algunas sociedades en diversas formas de escepticismo o de nihilismo, en otras en una aceptación del multiculturalismo, pues si todos los valores valen no hay razón de privilegiar algunos en perjuicio de los demás ni de pretender convertirlos en un modelo para los otros. Aunque esta concepción tardó en abrirse paso.

Nietzsche consideró la revisión de los valores como una de sus ideas preñada de futuro, llamada a estremecer, convulsionar el mundo, a producir una debacle de la cual él sería el autor. Su análisis filosófico apuntó a bajar del cielo eterno los valores, poniéndolos en la tierra en las luchas humanas entre voluntades de poder de individuos o grupos distintos. Pero los conflictos mundiales del siglo pasado, los totalitarismos excluyentes, no ajenos a estas ideas curaron a la mayor parte de sociedades de la voluntad de imponer hegemónicamente unos valores sobre otros. Poco a poco se abrió paso una mentalidad diferente, menos cerrada a admitir los valores del Otro.

El aporte de la filosofía nietzschiana al vocabulario y a la percepción del mundo de hoy ha sido fundamental. Como ha señalado A. Bloom, conceptos como carisma, estilo de vida, identidad o perspectivismo valorativo, rechazo del positivismo, de la objetividad de la ciencia, ciega para sus propios presupuestos, incorporados en los lenguajes cotidianos son de raigambre nietzscheana<sup>34</sup>. Al igual que nuestro pluri-multi referido a las culturas o la concepción del valor como imposición del poder, que luego se muta en saber, tan difundida en nuestros ambientes universitarios.

Pero por supuesto desde la llegada de Nietzsche, la sociedad también cambió allá y acá, aunque con diferentes ritmos, se tornó más individualista, de clases medias, centrada en las actividades terciarias. La revolución de la automatización y de los medios de comunicación se extendió por todas partes. Los viejos conceptos provenientes de las doctrinas nietzscheanas recibieron nuevas aplicaciones, reflejo de las modificaciones en la sociabilidad y en las relaciones entre grupos sociales.

---

34 A. Bloom, "Nietzsche in America" en *Facetas*, No. 2, 1988. Págs. 16-23.

Estos conceptos y la visión de la sociedad que muestran hubiesen sido incomprensibles para los padres fundadores de Estados Unidos, cree Bloom. Tampoco lo serían para muchos de los autores de la Revolución de 1952, admiradores de Medinaceli, de Tamayo, que no vivieron lo suficiente para ver los cambios de la sociedad boliviana, la destrucción del ideal de nación que propugnaron, realizada por la percepción posmoderna y quién sabe hubiesen resultado sorprendentes hasta para el autor de la transmutación de los valores.

Nietzsche al concluir su vida se volvió más profeta que filósofo. Saludó la llegada del superhombre que sirvió al encumbramiento del nazismo alemán, si bien el hecho fue ajeno a sus intenciones, su caída arrastró el rechazo actual del planteamiento. Pero también adelantó ideas sobre el psicoanálisis, el arte y la música, la ciencia de hoy, anticipó los excesos de los totalitarismos.

En momentos de desaliento dudó de algunas de sus concepciones, de su alcance, de su recepción futura. No se preocupó de echar puentes entre las diversas vertientes de sus doctrinas. Tenía horror del espíritu de sistema ¿Acaso no radican ahí una parte de la trama escondida de los conflictos que acosan al país entre los defensores del universalismo de los derechos y deberes del hombre y los partidarios de la recuperación de los particularismos comunitarios, no resuelto en la incorporación constitucional de lo pluri-multiple? Descendió los valores al mundo de los humanos, quizá exacerbando las guerras por su control, pero al mismo tiempo quitó el cerrojo para la coexistencia de tablas de ley distintas, que ahora intenta plasmarse en instituciones.

En las sendas abiertas por el filósofo han surgido codos y recodos, que harían con seguridad, difícil el tránsito para él mismo, pues los trazados hechos por su progenie no conducen a su ideal de sociedad por lo menos hasta donde llegó antes de que la enfermedad lo sorprenda. Pero como el propio Nietzsche afirmó, los textos una vez escritos escapan a las intenciones de su autor y cada lector puede retomarlos desde su perspectiva propia.

¿Alguien lo lee todavía? Sin duda, sí. Las reediciones de sus libros, con sendos estudios críticos, se multiplican en las editoriales. Los lectores encuentran muchos de sus planteamientos revolucionarios. Su estilo de hacer filosofía tuvo un halo de esoterismo que no implica códigos o claves

secretas, sino metáforas, percepciones preñadas de posibilidades que unidas a un profundo deseo de relacionarse, no siempre explícito, ni reñido con la idea de la importancia del yo, del individuo, descubrirían un anhelo de aproximarse a los demás, de auténtico intercambio. De esta manera entienden varios de sus actuales comentaristas<sup>35</sup> la salida de Zaratustra de sus cavernas ¿No buscaba el profeta en la gente del llano antes que seguidores compañeros para elaborar las nuevas tablas? ¿No fue su crítica al igualitarismo ante todo valorativa, no política? Las conjeturas permanecen, “pero el profeta vuelto a la planicie invitó a los solitarios, a los apartados a formar un solo pueblo de donde saldría el superhombre”<sup>36</sup>, entendido no como una especie biológica superior de hombre sino como una voluntad de despojarse del espíritu de pesadez, de lastre arrastrado de las viejas instituciones. La comunidad que puede llegar debería, pues, levantarse sin ánimo de venganza, de resentimiento. Esto también se halla en sus páginas. La construcción de lo pluri-múltiple, no fue su propósito probablemente. Qué importa, pero dejó elementos. La tarea queda por delante.

---

35 Cfr. M. Gandillac, “La Société des Surhommes” en *Magazine Littéraire*, No. 298, Pág. 52 y ss.

36 F. Nietzsche, *Así habló...*, Óp., Cit., Pág. 72. Cita referida por M. Gandillac, Óp. Cit., Pág. 53.

# Schopenhauer en los andes

## Tras las huellas del pesimista de Frankfort<sup>1</sup>

### Introducción

La presente ponencia gira al alrededor de la difusión de ideas filosóficas, literarias y artísticas europeas de fines del siglo XIX y principios del XX en Bolivia, buscando responder a las preguntas: ¿Quiénes las acogieron y con qué fines? ¿Qué temas seleccionaron y cómo los presentaron? ¿Cuál fue la lectura que de ellas hicieron y cómo se difundieron?

La imagen de Bolivia como un país separado del mundo por las altas montañas, las selvas y llanuras interminables ha prevalecido entre propios y extraños. Pero su historia revela lo contrario, desde muy temprano fue una arena de disputas intelectuales, cierto restringidas a grupos muy pequeños, pero con ondas expansivas que terminaban por alcanzar a la opinión de sus reducidos centros urbanos, no sin efectos sobre las instituciones políticas y sobre los estilos de vida, en ocasiones con una avidez rayana en la novelería.

La introducción de ideas nuevas constituyó una estrategia de legitimación de las elites nacientes en la búsqueda del poder y el reconocimiento social, que no iba sin encontrar oposiciones. Tal el caso de los liberales

---

1 Discurso de Ingreso a la Academia Boliviana de Historia, La Paz, 2011 (N. del E.).

al despuntar la centuria pasada<sup>2</sup>. Los patrones de fuera circulaban reinterpretados, cambiando de escala y de contenido, como ilustra el caso del ingreso del pensamiento de A. Schopenhauer y de las corrientes literarias finiseculares, teñidas de pesimismo que no tardaron en repicar en estas tierras, facilitada por un estado de ánimo apesadumbrado de la intelectualidad liberal provocado por hechos locales como la derrota de la Guerra del Pacífico con Chile en 1879, el cambio de las elites del Sur por las del Norte con el asentamiento de la Sede de Gobierno en La Paz, así como por la lentitud con la cual avanzaban promesas de transformaciones de fondo prometidas por el liberalismo triunfante, debido a la persistencia obstinada de los obstáculos y a su variedad.

Esta breve presentación sirve para colocar en contexto la llegada al país de Arturo Schopenhauer (1788-1860) y en especial de su obra, *El mundo como voluntad y representación*, publicada en castellano por la Editorial La España Moderna alrededor del año 1902<sup>3</sup>, que se difundieron con otros de sus textos particularmente entre la juventud ilustrada urbana, que se auto llamó “intelectual” y que fue igualmente designada así, en forma peyorativa, por sus adversarios<sup>4</sup>.

La recepción de los textos y del autor muestra el proceso de difusión de ideas venidas del exterior, con sus modalidades de aceptación y resistencia, con sus usos y abusos. No se trató de una transferencia fiel y completa sino de una selección en función de la cultura e intereses de los introductores, en este caso de su filiación liberal y de la condición de intelectuales.

- 
- 2 Lo que no significa sostener que todos los seguidores de las novedades se dices cuenta o razonen acerca de la influencia o dirección que de ahí se ejercía sobre ellos y sus obras, las cuales se atribuían frecuentemente a su inspiración, a la intuición y no menos que al aire de los tiempos. Cfr. M. Menéndez y Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, GLEM, Buenos Aires, 1942, Vol. I.
  - 3 La traducción castellana de 2002, que aún sigue siendo la referencia de la última reimpresión, de 2007, a cargo de J. A. Mestas, Ed., Mestas. La fecha de la primera versión castellana proviene de J. Ferrater Mora, *Diccionario de grandes filósofos*, Alianza Editorial, Madrid, 1994.
  - 4 M. Baptista en “La empresa jacobina en Bolivia” (1900) alude a esos intelectuales liberales opuestos al régimen tradicional que recurren a la autoridad de pensadores franceses e ingleses. Cfr. *La cuestión social*, tomo III, Obra Completa, Renacimiento, La Paz, 1932, Pág. 315.

Para la intelectualidad afectada de cierto pesimismo e insatisfacción, manifiestos en sus escritos antes que en su práctica política, el filósofo representó una expresión vigorosa de la contestación finisecular a los valores tradicionales contra los cuales se levantaron.

### La complejidad del modernismo de los liberales

Del movido campo artístico, literario y filosófico europeo, en especial francés, el intelectual boliviano recogió el tema del rechazo de la sociedad burguesa, estimada como consumida ética y artísticamente, dominada por las convenciones y las apariencias. La crítica, infundida de principios éticos y estético fue común en la filosofía y la narrativa, y marcó los comportamientos de los individuos en la realidad y en la novela. Los comportamientos fluctuaban de la excitación a la apatía, de la duda y la ambigüedad al compromiso. Asimismo recogió en dosis distintas el dandismo, el nihilismo, las actitudes pesimistas, el decadentismo, la famosa neurosis de fin de época.

El fondo común de esas actitudes y poses fue, según P. Bourget (1852-1935), una impresión de mortal cansancio de vivir, una desazonada percepción de la vacuidad de cualquier esfuerzo. Tal como proclama el emblemático personaje de *A contrapelo* (1884) de J. K. Huysmans (1848-1907), el duque Jean des Floresses des Esseintes, víctima del Mal del Siglo, en el diagnóstico de M. Nordau (1849-1923). El propio Huysmans lo presentó como: cristiano y pederasta, impotente e incrédulo, Schopenhauriano por razón, católico por el terruño<sup>5</sup>. Reñido duramente con el filisteísmo de la burguesía dominante. Ni duda cabe el tratado del pensador germano influyó en la atmósfera mórbida en la cual se movía todo ese mundo, pero sus reflexiones eran más sutiles y profundas que el malestar de aquella gente.

Rasgos semejantes aparecieron en la narrativa nacional, salvo las inclinaciones sexuales, tema tabú, en los protagonistas de las novelas del primer cuarto del 900 de A. Arguedas, A. Chirveches, D. Canelas, E. Finot,

---

5 D. Grojnowski, *A rebours de J. K. Huysmans*, Folio-Gallimard, Paris, 1966, Pág.40. Las traducciones al castellano en el Artículo son del autor.

R. Leitón, J. Mendoza, los tiempos no lo permitían<sup>6</sup>. Los personajes fueron una combinación de vivencias lugareñas y aportes de los tipos extranjeros. Si no eran realmente intelectuales, por lo menos lo pretendían, leyendo libros envueltos en los vapores ponzoñosos de la abulia, el pesimismo, molestos por el insulso parloteo de sus coterráneos, en abierta ruptura con las convenciones, con la chabacanería de los ricos locales.

Avenirse con tales actitudes y posiciones, con el desprecio a la burguesía, no deja de resultar curioso entre gente de orientación liberal, como eran sus autores. El hecho tal vez fue causado por el estilo de vida ostentoso, relumbrón, de gusto cursi de los mineros recientemente enriquecidos, y de los flamantes políticos y hacendados.

No todo el pesimismo existencial o artístico provino de afuera, ni de las lecturas del filósofo germano, tuvo fermentos propios entre los cuales se halló, ya se indicó, la pérdida del Litoral Marítimo. La generación nacida alrededor de 1879, fecha de la Guerra, tuvo allí un primer golpe de amargura. Mas la frustración, la desesperanza de la derrota acicateó el ánimo de descubrir las causas humanas e institucionales del fracaso, de corregir, de superar los desaciertos, lo que la volcó hacia las ciencias empíricas para estudiar la historia, el territorio, la sociedad y el hombre boliviano. El resultado fue un movimiento de rebeldía, de cansancio contra el caudillismo, los golpes de Estado y la democracia manipulada, contra los vicios de las ciudades y el campo: el alcoholismo, la empleomanía, el celibato, la falta de instrucción, contra las prácticas oscurantistas, es decir, las tradiciones pacatas, envejecidas y dominantes en las interacciones sociales, pero también surgió una conciencia clara de las barreras, de las severas oposiciones para cambiar la situación, que lastraba su ánimo, otra faceta de su pesimismo.

Otro elemento provino de la ciencia positiva a la que miraban, repleta de promesas para transformar el mundo y a la vez portadora de un determinismo racial y geográfico en las explicaciones, que introducía dudas en el realismo de sus inclinaciones hacia el cambio.

Los mismos sentimientos contrapuestos surgieron respecto al liberalismo en el Gobierno, corriente a la que adhería la mayoría de los miembros de esa generación, distinta de la precedente de raigambre conserva-

---

6 Sobre el tema ver S. Romero Pittari, *Las Claudinas*, Ed., Caraspas, La Paz, 1998.

dora, y con el manejo del poder, asentado formalmente en La Paz, ciudad con una fuerte proporción de población mestiza, chola, que puso su sello con luces y sombras en la vida política y social boliviana. La mayor intervención de políticos y funcionarios considerados como salidos del “cholaje” fue juzgada con severidad por la juventud letrada que atribuyó a los recién llegados todos los defectos físicos y morales, heredados genética e históricamente. Nada bueno podía salir de allí, supusieron los escritores de reluciente pluma.

De esta suerte, su concepción de la historia tomó un tono sombrío, en particular con A. Arguedas que escribió la obra histórica más ambiciosa entre los de su generación, que contó con varios del oficio. Como reacción a las prácticas y pretensiones de los políticos de fresca horneada, algunos de los noveles intelectuales se dieron la vuelta hacia los valores recios del pasado que animaron a sus antecesores. La mezcla de actitudes y posiciones diversas y hasta contradictorias fue su característica.

Sin embargo, sería un error tomar al grupo o a sus principales representantes como pesimistas reaccionarios. Existió en ellos, por convicción y no solo porque el ejercicio del gobierno lo exigía, una genuina voluntad de modernizar la sociedad, de pasar a la acción con políticas que iban en contra del fatalismo de la herencia y el clima, de las limitaciones del medio.

Por supuesto, no toda la generación compartió tales aflicciones tampoco la postura que creía inútil toda acción, ni siquiera la juventud liberal que constituyó la vanguardia del movimiento. F. Vaca Chávez oponía a las elucubraciones dolorosas de Schopenhauer, la luz latina de nuestros pueblos, que es alegría, placer, amor<sup>7</sup>. Por su parte, D. Sánchez Bustamante arremetió, en varios artículos de prensa<sup>8</sup>, contra la estética de las corrientes modernas, tumultuosas y brillantes, insociales “con un refinamiento de aparato, cinceladura de artificio, esmalte recargado”, desbordantes de oscuridad, que han obtenido rápido y pasajero triunfo entre los jóvenes literatos de la región. Pidió reconsiderarlas. I. Prudencio Bustillo, un intelectual chuquisaqueño, creyó dichas actitudes, así como la ad-

---

7 F. Vaca Chávez, “Vivamos otra vida” en *Palabras Libres*, El Diario, La Paz, 3 de Marzo de 1906.

8 D. Sánchez Bustamante, *Opiniones y análisis*, Imp. Velarde, La Paz, 1905, en especial el Art. “La fórmula del arte”, Pág. 75 y ss.

miración por Schopenhauer, fruto de un snobismo intelectual importado, pues quienes las consideran un resultado de las condiciones de nuestro medio social yerran, ya que en estas tierras aún se percibe el olor de la naturaleza y los diabólicos solo conocen al demonio en el catecismo del padre Astete<sup>9</sup>.

El inconformismo, el ansia de ideales, la valoración de la ciencia, el arte eran los elementos compartidos por la juventud local y la de muchos otros países del Continente y Europa. Rubén Darío, el gran poeta nicara-güense y americano canta a la “fragancia de melancolía”, a la “sed de ilusiones infinita”, que inspiró a los de su lechigada, sin ocultar el pesimismo que los dominó, aunque no consiguió desentrañar qué lo producía<sup>10</sup>.

### **La llegada de un pesimista a los Andes**

En un ambiente de efervescencia política, de valores culturales y sociales controvertidos, de expectativas e inquietudes nacientes, de ansiedades teñidas de desaliento respecto a la evolución de la sociedad boliviana, enraizadas en algunas agrupaciones juveniles, para las que la vía a seguir no se ofrecía abierta y sin escollos, se conocieron los textos de Schopenhauer.

Editoriales como *La España moderna*, D. Jorro, la Casa Sempere y Co. de Valencia hicieron posible el ingreso al mundo hispano-americano de ese escritor. No fue el único. Aunque muchas de las ediciones eran descuidadas y a menudo mal traducidas, revelaron en forma llamativa ciertas posiciones polémicas de autores de entonces y en particular las del filósofo, sin duda, cortadas del resto de la obra, pero que se extendieron. La misantropía, el pesimismo, la aversión por las mujeres, la sexualidad ahí contenidos captaron la atención de los primeros lectores iberoamericanos. Si bien muchas de tales reflexiones ya eran corrientes en la prejuiciosa sabiduría popular de aquel momento, otras, extractadas de su filosofía sistemática, no lo eran. Prejuicios viejos revestidos con ropaje nuevo.

---

9 Cfr. I. Prudencio Bustillo, “El snobismo intelectual en Bolivia”, ca. 1915, en I. Prudencio Bustillo, *Páginas dispersas*, Univ., San Francisco Javier, Sucre, 1946. Pág. 166 y ss. En el original la última frase es una cita textual del escritor F. Iraizós, acortada para los fines de este artículo.

10 Cfr., J. Herrero, “Introducción a *A rebours* y la crisis de valores culturales y artísticos de fin de siglo”, en *A contrapelo*, Cátedra, Madrid, 1984, Pág. 13.

El pensamiento de Schopenhauer –más allá de ciertos dichos y aforismos feroces contra sus congéneres, contra las mujeres, populares en estas tierras e indisolubles de su aceptación local– es provocador y de amplio alcance, inspirado en Platón, Kant y las filosofías orientales: el budismo y el hinduismo. Todo su sistema reposa sobre la afirmación de la voluntad cósmica que penetra desde el mundo físico hasta las formas superiores de la conciencia, pero que es siempre una y la misma.

En los hombres la voluntad de vivir constituye la raíz de los actos, aunque ella en esencia es ciega, sin razón, sin objeto particular, en rigor no quiere nada. Es solo un querer por querer, que obra sin rumbo en virtud de excitaciones<sup>11</sup>. La voluntad consiste, pues, en una persecución continúa de algo, jamás acabada, está en todas partes. La montaña, el viento, las tempestades, como el saber, los sentimientos, los caprichos del tirano, la mansedumbre de los pastores, las revoluciones, todo es el *der wille* alemán (la voluntad)<sup>12</sup>.

Ella produce un ansia, un afán de alcanzar cosas pero una vez logradas, la apetencia reaparece, por eso el apaciguamiento es solo pasajero. Como no tiene un fin último sino intereses momentáneos, fijados espacial y temporalmente, se expresa como una aspiración sin término<sup>13</sup>, que pasa de un objetivo conseguido a otro por conseguir, sin paz, sin aplacamiento<sup>14</sup>. De ahí la desgracia, el sufrimiento. De esta manera, los hombres se centran en los medios, y el fin del cual la vida recibe su sentido y significación desaparece.

Es inútil exaltar o condolecerse del inhumano apresamiento al que nos somete la voluntad, solo queda buscar escapar a su dominio, aunque en último análisis esto es imposible. El sabio intenta no dejarse entrampar por los deseos, despertar a la verdad de nuestra condición. La conciencia y el arte permiten entrever la salida y conducir al hombre hacia la negación de las apetencias individuales hasta sumirlo en la unidad del todo, en el Nirvana.

---

11 Cfr., A. Schopenhauer, *El mundo...* Óp., Cit. Pág. 125.

12 Cfr., M. Onfray, "Bouddha, le chien et la flute" en *Magazine Littéraire*, N° 328, 1996, Pág. 18.

13 Cfr., A. Schopenhauer, *El mundo...* Óp., Cit. Pág. 173.

14 El filósofo cree en el valor del infortunio y la miseria para libertarnos, al punto de envidiar al que los padece. A. Schopenhauer, *El amor...* Óp., Cit., Pág. 128.

## La política vs. la filosofía

La vasta concepción del mundo desplegada en la obra de Schopenhauer no fue explorada en su totalidad, ni en los meandros de los planteamientos metafísicos o gnoseológicos ¿Qué penetró entonces entre los intelectuales bolivianos? ¿De qué se apropiaron y qué desecharon? No hay respuesta simple. Las lecturas son personales. Lo que cada uno retiene resulta de un encuentro entre la complejidad de su personalidad y la del texto. La intimidad, conformada por una ligazón de creencias, actitudes, preferencias, intereses, sentimientos es impenetrable.

Pero de las manifestaciones escritas, públicas acerca de la obra se puede inferir que ella no fue abordada en su contenido específicamente filosófico. La formación académica de los receptores bolivianos, en su mayoría aprendices de abogado o de periodistas con pretensiones intelectuales, inclinados hacia la política, fue poco propicia para adentrarse seriamente en el meollo del sistema del que el filósofo se sentía tan orgulloso.

Prudencio Bustillo señaló que la juventud de ese tiempo no había recibido ninguna educación filosófica, falta que buscó compensar con las lecciones de la vida<sup>15</sup>. F. Tamayo, con la gigantesca indignación que sentía por el bovarismo del pensamiento, se preguntó en su *Creación de la pedagogía nacional* "...cuántos profesores de filosofía en toda la república han leído un solo filósofo de veras, antiguo o moderno, en sus mismos textos, y han dejado de contentarse con los extractos imbéciles de editores franceses o españoles".

Pero además, la opción por los principios del liberalismo de la mayoría de los receptores, su cultura católica, más que su práctica, desempeñaron asimismo su parte en la recepción selectiva de los contenidos, conduciéndolos a escoger los temas que iban en el sentido de la modernización de las instituciones sociales, liberadas de los soportes tradicionales, que contribuían a abatir las posiciones del adversario. Los abiertos ataques al convencionalismo encontraron las municiones en los trabajos del filósofo, incluidos los aspectos vigorosamente irracionales de la obra, que se apo-

---

15 I. Prudencio Bustillo, "Al margen del bergsonismo", c.a 1913, en I. Prudencio Bustillo, *Óp. Cit.*, Pág.162.

yaban antes que en la razón en otras zonas del espíritu<sup>16</sup>. Tales orientaciones sin paradoja, favorecían más las lecturas de los aficionados, a veces bordeando el fanatismo, que las de los especialistas.

En general, los jóvenes de los círculos literarios leían mucho, a menudo no de manera metódica, ordenada, de acuerdo a un plan. En ellos, dado el carácter alborotado, rebelde de la juventud se manifestó un enorme interés por las ideas de Schopenhauer, específicamente por las más llamativas, chocantes, citadas en sentencias o formulas casi siempre muy breves que, por otra parte, coincidían con sus propósitos de sacudirse del corsé de la sociedad tradicional, de los discursos de púlpito, de las críticas del bando conservador. Así las menciones al pensador alemán y a otros de igual talante aparecían para el común de la gente y para la Iglesia como escandalosas y subversivas herejías, atacadas con encono en los sermones y en la buena prensa.

No se equivocaron los ofendidos con esos libros en cuanto a su fuerza y su poder antirreligioso, anticonvencional. En suma, los intereses políticos de los lectores de Schopenhauer predominaron sobre los específicamente filosóficos.

En otros países de la región, donde hubo una mayor institucionalización de las disciplinas filosóficas, la obra tuvo una recepción más sistemática<sup>17</sup>, que se plasmó en ensayos<sup>18</sup> donde aparecen claras filiaciones germinales con el pensador de Frankfort.

La doctrina tuvo bases abiertamente ateas e inconformistas, donde no hubo cabida para Dios, para lo sobrenatural, ni para las enseñanzas reli-

---

16 Se debe señalar que en la concepción científica del filósofo hay elementos irracionales poco adecuados a los objetivos de los receptores. Los intérpretes de la obra destacaron ese aspecto tanto en Europa como en América. La categoría suprema de la realidad de Schopenhauer, es la voluntad pero ella no se agota en la realidad física, la trasciende hasta llegar a la ética a través de la cual el sujeto se niega a sí mismo. Cfr., F. Romero, "Sobre los problemas de la razón y la metafísica," en F. Romero, *Papeles para una filosofía*, Losada, Buenos Aires, 1945, Pág. 109.

17 En la argentina el filósofo A. F. Korn mostró en *La libertad creadora*, 1920, la influencia de la gnoseología de Schopenhauer, F. Romero también aprovechó al pensador en su propia filosofía, lo mismo sucedió en México con la obra de J. Vasconcelos y en Perú con González Prada. Cfr., F. Romero et A. F. Korn, Losada, Buenos Aires, 1946. Ver también E. Anderson Imbert, *Historia de la literatura hispanoamericana*, FCE, México, 1947.

18 A. Guy, *Panorame de la Philosophie Ibéro-Américaine*, Ed. Patiño, Geneve, 1989.

giasas. Tampoco para la esperanza. Se complació en destacar con coraje, y fue uno de los primeros, la importancia del sexo en el comportamiento humano. Llegó precedido de la fama de misántropo, misógino, aunque no todas las barbaridades sobre las mujeres que se le atribuyeron se encuentran en sus escritos.

Las ideas acerca del arte, proponían una estética que atajando “el torrente infinito de deseos,” permitía a los hombres tomar conciencia de su valer, y alcanzar el ideal de la muerte como un despertar<sup>19</sup>. Se ocupó menos de proponer cánones artísticos, en despecho del enorme entusiasmo que tuvo por algunos músicos, pintores, escultores.

El pesimismo acompañó su figura desde antes de la aparición castellana de *El mundo como voluntad y representación*, por lo menos así lo presentaron los manuales de historia de la filosofía de la época<sup>20</sup>.

### Variaciones sobre el pesimismo

Pero ¿cuál fue la naturaleza del pesimismo de Schopenhauer? En contraposición a aquellos que consideraban el mundo como un valle de lágrimas, la vida como no digna de ser vivida y la felicidad como un sueño pasajero, vale decir a los seguidores de la concepción cristiana del mundo, así como a los pesimistas circunstanciales que atribuían esta disposición de ánimo a las condiciones restrictiva del medio social donde vivían o a las características de la personalidad, heredadas o adquiridas, el caso de los escritores nacionales, el suyo fue substancial, ligado a la voluntad, siempre insatisfecha que “constituía la raíz misma de la existencia de tal forma que ninguno de sus frutos podía mostrar otra naturaleza que el dolor”<sup>21</sup>. No se trató entonces de un accidente del ser sino del ser mismo.

La vida como apetencia insaciable, en última instancia carece de valor y sentido, pues solo se reduce a un incesante deseo, a una búsqueda afanosa e incierta. De esa manera no existe la felicidad en sí, únicamente hay

---

19 A. Schopenhauer, *El amor...* Óp. Cit., Pág.99 y ss.

20 Cfr. A. Fouillée, *Historia de la filosofía*, La España Moderna, Madrid, s.f., ca. 1901. Ver también H. Hoffding, *Historia de la filosofía moderna*, D. Jorro Ed., Madrid, 1907. A. Weber, *Historia de la filosofía europea*, D. Jorro Ed., Madrid, 1914.

21 G. Simmel, *Schopenhauer y Nietzsche*, Ed. Anaconda, Buenos Aires, 1950, Pág. 73.

una supresión pasajera del dolor<sup>22</sup>. Por otra parte, la falta de un fin en su sistema, que hubiese podido dar un significado a la existencia, torna todo a la monotonía, al aburrimiento de caer de nuevo en lo mismo. ¿Para qué esforzarse en obrar, en actuar? Hay, empero, posibilidades de quiebres en ese círculo, escapes hacia delante, salidas a través del arte, de la ética, del ascetismo de la renuncia.

Entonces, cómo hubiesen podido aceptar los jóvenes introductores tal cual el radical pesimismo, cuyas profundidades entrevieron sin atreverse a bucear en ellas, sobre todo afanados, como estuvieron, por actuar sobre los hombres y su cultura.

### **El influjo del pesimismo en la narrativa del 900**

El pesimismo de Schopenhauer no fue, pues, seguido por los bolivianos en sus abismos metafísicos, substanciales y más bien engarzó con una visión de la sociedad afectada por los atavismos étnicos, por los obstáculos geográficos, culturales, unos concebidos como más deterministas, otros más flexibles.

Por su obra, A. Arguedas fue tildado de pesimista a lo largo de su carrera, pero se trató más bien de una posición referida a lo social antes que a su psique. Por otra parte, su obra fue fuertemente atenuada por su determinación de sacudir a sus compatriotas a fin de forzar su atención sobre los males de la sociedad y sobre la urgencia de combatirlos, en otras palabras sobre la importancia de hacer política, aspecto común a los demás de su generación.

Tal vez fueron A. Chirveches, y C. Medinaceli, lector de Schopenhauer, de Huysmans y Nietzsche, los que padecieron con mayor intensidad de la afección de manera íntima y subjetiva que acabó en el suicidio del primero, y entregó al segundo a una muerte anunciada en chicherías con gramófono.

La exigente negación del querer mundano de *El mundo como voluntad y representación* no tuvo discípulos convencidos, dispuestos a renunciar al voluntarismo característico de la acción política y, de manera general, a la concepción occidental del mundo en el país, por lo menos por parte de

---

22 Cfr., G. Simmel, *Ibíd.*, Pág.74.

los liberales dirigentes, que así prefirieron glosar acerca de temas como el de la vida y el de la muerte, respecto a las cuales el pensador enseñó a contemplarlas evadiendo todo consuelo sobrenatural, ajeno a la amargura, aceptando el dolor y el sufrimiento como parte de la existencia al instar de los sabios de Oriente. Sin negar el beneficio para las masas de la mendicidad de la salvación por medio de la religión.

El mal metafísico con sus secuelas de pesimismo absoluto en el país tomó un cariz circunstancial, no por eso menos difícil de erradicar. Fue puesto en un espacio histórico concreto o en biografías de grupos concretos. Tradujo el sentimiento de impotencia, de futilidad, de cansancio de los escritores y ensayistas, de los políticos para actuar en un ambiente hostil, estrecho, envuelto en una costra de hábitos y disposiciones inmemoriales, pronto para la crítica personalizada, que sembró recelos sobre el apoyo y la receptividad de las propuestas que hacían, que tampoco mostraba resultados rápidos en las masas objeto de su preocupación ni en la forja de nuevas instituciones.

Lo que acabó por ensombrecer su ánimo, si bien en la mayoría de los casos no consiguió, hacerlos levantar las manos. Pues nunca pensaron que el progreso material y moral por el cual se desvelaban estuviese a la vuelta de la esquina.

El espíritu enfermizo, amargado, el desencanto y el rechazo sulfúrico de los dogmas religiosos, de la Iglesia y las tradiciones que acarrearban la literatura y el arte de las últimas décadas del XIX y con otro alcance la filosofía, entroncó con el afán de los jóvenes partidarios del cambio.

Para tal fin, usaron a los personajes de las ficciones nacionales antes que tomar ellos mismos el ejemplo, cierto con alguna salvedades. Con el pasar del tiempo las actitudes pesimistas, de repulsa a la atonía del ambiente se extendieron a las audiencias de capas medias y altas de la población, expresándose en las orientaciones y las conductas especialmente de las vanguardias ilustradas y políticas, tal como temieron algunos de los críticos tempranos de esas posiciones.

Los héroes de algunas de las narraciones del primer cuarto del siglo XX reflejaron el difícil inicio de esas rupturas con el mundo de antes, poniendo en la escena a los intelectuales de reciente aparición. Éstos se inspiraron con notas propias del modelo de hombre, tachado de enfermo por el autor de *El mal del siglo* y con el cual éste creía uno se topaba por todo

el mundo<sup>23</sup>. Schopenhauer, convencido de la inutilidad de la acción tampoco fue ajeno a esa atmósfera depresiva.

La novela de Nordau, pretendió ser una crítica explícita del filósofo de Frankfort y de Nietzsche, así como de los literatos del desgano y desaliento. A todos ellos atribuyó el favorecer el surgimiento de tipos “neurasténicos hereditarios, de espíritu ilustrado, pero sin voluntad, pensadores distinguidos, a veces artistas delicados, pero incapaces para la acción... persuadidos a sí mismos por medio de teorías filosóficas, de que no quieren emplear sus energías en la acción porque nada hay en el mundo que lo merezca...”<sup>24</sup>. El párrafo sintetiza al antihéroe de las historias del final de la centuria, no menos que al de la novela nacional, que no escapó al patrón, haciendo de Schopenhauer el emblema de su postura.

### Las referencias a Schopenhauer entre los escritores de la época

La novela boliviana de la época hizo pues explícitas referencias al filósofo, levantándolo como bandera de combate. C. Ramírez, periodista e intelectual de *Vida criolla* de A. Arguedas (1906) leía y predicaba las ideas del filósofo y de otros pensadores desatando el odio de los conservadores, a pesar de no ser un polemista decidido ni un luchador<sup>25</sup>. En la segunda versión de 1911 aparece menos abúlico y más combativo, al punto de ser exiliado del país acusado de propalar el virus disolvente que lo ha conta-

---

23 M. S. Nordau, un autor prolífico que abarcó la poesía, novela, el ensayo, fue muy leído en el país, en particular por *Degeneración y mentiras convencionales de nuestra civilización*, citado a menudo por los intelectuales bolivianos. A. Arguedas se ocupó en varias ocasiones de él en su Diario.

24 M. Nordau, *El mal del siglo*, M. Fernández y Lasanta Ed., Madrid, s/f., ca. 1892, Pág. I.

25 A. Arguedas, *Vida Criolla*, Córdova Ed., La Paz, 1906, Pág.89. Schopenhauer aparece en la primera edición de la novela, *Vida criolla*, como uno de los autores mencionados en las conversaciones de los grupos juveniles que se desenvolvían en medio de la aridez de la vida pueblerina, pero es en la segunda edición, 1911, con importantes cambios en el argumento y el carácter de los personajes, que Schopenhauer, motivo del exilio a Ramírez, acusado de contribuir a los manejos anarquistas, fundados en el espíritu antirreligioso de sus libros, se convierte en una de las lecturas favoritas de Ramírez (Tal vez del autor) que lo acompañaran en su triste partida del terruño. *Vida criolla*, Ed. Populares Camarlinghi, La Paz, 1975, Pág.220 y Pág.224.

minado, fundado en los principios sustentados por espíritus antirreligiosos como los de Renan, Schopenhauer, Nietzsche y otros. La sombra de esas lecturas malogró sus amores.

Sin embargo, el disgusto de sus coterráneos con los planteamientos subversivos del periodista, no impidió que el propio Arguedas, con ánimo retador, introdujese en la dedicatoria de su *Historia de Bolivia* (1922) una larga citación de reconocimiento “al solitario de Frankfort”, tomada de *El Mundo como voluntad y representación*<sup>26</sup>: Un pueblo que no conoce su historia está limitado al presente, no comprende su carácter ni su propia existencia; solo la historia da al pueblo plena conciencia de sí, para ir más allá del estrecho presente<sup>27</sup>.

La referencia ilustra bien el empleo del texto por los usuarios locales. Cortado de su contexto e incompleto, traiciona la intención del tratado. La inconsistencia parece deber menos a una mala interpretación del historiador que al propósito de respaldar sus ideales de historia como maestra de la vida o como una manifestación de la moral en acción, forzando la citación e ignorando muchas de sus propias páginas donde el peso de los determinismos raciales y geográficos ponían nubarrones oscuros a las aspiraciones de crear un mañana distinto al ayer. Cómo olvidar que Arguedas fue un moralista, las fisuras de su historiografía nunca socavaron la profunda creencia que las enfermedades de su pueblo no eran mortales. Eso sí, exigían mucho de todos, de ahí que su obra mantuvo una distancia combativa con el optimismo iluso.

La novelística de A. Chirveches también abunda en referencia al filósofo alemán. Las alusiones de los personajes desatan reacciones en su entorno y con frecuencia hacen la desgracia de quienes lo leen. A. Serrano,

---

26 A. Arguedas, *Historia general de Bolivia*, Arnó Hnos., La Paz, 1922.

27 A. Arguedas, *Historia...* Óp. Cit., Pág. V y VI. La cita no encaja en la filosofía de Schopenhauer. No que éste no hable de historia. Pero su concepción es distinta a la de la cita. La historia sigue el hilo de los acontecimientos, pero no es cambio ni evolución, es invariable, el presente y el futuro son idénticos al pasado, repiten lo mismo, el drama de la voluntad atenazada entre el querer y el dolor. Pero también ofrecía una ventana al pragmatismo al hacer de la voluntad conocimiento (*El mundo...* Óp. Cit., Pág. 191) que servía bien a la concepción de Arguedas. Ocuparse de ella es prudencia pero no genialidad. (*El mundo...* Óp. Cit., Pág. 197) Si bien en general el sistema es ajeno a la cita. Las supresiones en la cita del filósofo son nuestras, no de A. A.

enamorado de Celeste, termina por perderla, ya que no acabó nunca de empeñarse para conseguirla. Inspirado por Schopenhauer pensaba que “la mujer es una imperfección estética, que debe ser contemplada desde lejos; es pura forma y fragilidad”, entonces para qué enredarse en idilios<sup>28</sup>. G. Silva de *La casa solariega* se enorgullecía de haber leído todo el catálogo de la casa editorial francesa F. Alcan, donde figuraban todos los pensadores positivistas y los adversarios de los dogmas, entre los cuales figuraba Schopenhauer con varias obras, produciendo las iras de la Iglesia. En *La Virgen del Lago*, otra novela de Chirveches, C. Martens mostraba similar interés por los libros de aquella librería.

R. Salinas joven abogado de *Aguas estancadas* (1911), pronto abatido por la inmoralidad de sus colegas y desencantado del pueblo donde vivía, examinando la páginas estropeadas de un viejo ejemplar de *La moral* de Schopenhauer que llevaban impresas las huellas de las lecturas nerviosas de su padre que debió buscar allí la paz del final de sus días<sup>29</sup>, sentía con amargura el aburrimiento y la apatía que lo dominaban.

Todos ellos experimentaron sentimientos parecidos, resultado de una combinación de vivencias pueblerinas y de aportes de la literatura de afuera. Altivos, opuestos a los poderes religiosos y políticos, desdeñosos de las comparsas que los rodeaban, excesivamente engréidas y dadas a la fanfarronería, adictas a una sociabilidad de clubes y cantinas, prontas a despellejarlos por cualquier nimiedad, aunque ellos ingenuamente se sintieron preocupados por transformarlas. Firmes en sus convicciones novedosas y noveleras, pero de carácter dubitativo, aparecieron poco propensos a la acción. Muchos jóvenes tomaron ahí sus modelos, más cercanos a su idiosincrasia que al sistema de Schopenhauer o al esnobismo desencantado de *A Contrapelo*.

Tampoco las heroínas como la de *La Virgen del lago*, la de *El Cholo Portales* o *Celeste* quedaron muy rezagadas respecto a los varones, hicieron gala de manifestaciones inconformistas, de desplantes, si bien fueron más sociables, menos solitarias que ellos.

Reacciones opuestas a estas conductas y de manera general a los planteamientos del filósofo, se expresaron en los medios conservadores y has-

---

28 A. Chirveches, *Celeste*, Ed. Isla, La Paz, 1973, Pág.10. 1° Ed., 1905.

29 D. Canelas, *Aguas estancadas*, Imprenta Victoria, Santiago de Chile, 1911, Pág. 30.

ta en el mismo círculo donde otros lo acogieron con fervor, aunque promotores y adversarios recogieron réditos políticos e intelectuales de la transmisión de la obra. El ensayo puso otra tonalidad a las referencias, más reservadas, más distanciadas con el maestro alemán. A. Alarcón, novelista y periodista de la época, miembro del grupo “Palabras Libres” de orientación liberal, al cual también pertenecieron Arguedas y Chirveches, en un artículo, “El feminismo en la estética”, aparecido en las columnas periódicas que el grupo publicaba regularmente en *El Diario* de La Paz (1905) mencionó a Schopenhauer que, al lado de otros escritores modernos, consideraba a la mujer como pequeña en la esfera del pensamiento, llamándolo un “hombre taciturno y huraño que parece no haber sentido las fruiciones del amor, en el que (la mujer) es tan artera y amañada... (y para quien ésta) era un ser de cabellos largos y entendimiento corto”<sup>30</sup>. Afirmaciones que Alarcón rechazó por completo.

El humor de los columnistas de prensa era poco afín a Schopenhauer. Proclives a compartir la vida con amigos, a la bohemia, entusiastas de las virtudes del vino y la poesía de Baudelaire, de la alegría y la salud de J. Lubbock<sup>31</sup>, aparecieron reacios a las elucubraciones dolorosas, persuadidos que a la tristeza de nuestro pueblo hay que recordarle la luna latina, repleta de alegría, que es igualmente la nuestra<sup>32</sup>.

D. Sánchez Bustamante dedicó un ensayo al escritor F. Iraizos cuyo psiquismo creyó producto de un complejo de influencias fuertes: “Schopenhauer por la indomable culminación de su inteligencia en el nirvana... Nietzsche por sus trágicos e inactuales golpes contra todo el sistema y las cristalizaciones de la tradición, y Federico Amiel por su inexorable renuncia al éxito y al renombre”. De ahí el ensayista caracterizó la personalidad del escritor como la de un hombre mutilado, capaz de especulaciones atrevidas, pero inútil para el esfuerzo cotidiano, enfermo como Hamlet de irresolución, “es (dijo) uno de los muchos casos de duelo de la inteligencia y la voluntad”<sup>33</sup>.

---

30 Cfr., *El Diario*, La Paz, 15 de febrero de 1906.

31 J. Lubbock, *La dicha de vivir*, Sempere y Co., Valencia, ca. 1900.

32 Cfr., *El Diario*, La Paz, 3 de marzo de 1906.

33 D. Sánchez Bustamante, “Francisco Iraizos. A propósito de su libro *El sudeste de Bolivia*” en *Opiniones...* Op., Cit., Pág.168.

Las opiniones de Sánchez Bustamante sobre Iraizos descubren hasta qué punto “el desengaño contemporáneo”, el pesimismo, la impotencia para obrar se había apoderado no solo de los héroes de la ficción sino de los intelectuales bolivianos de carne y hueso. Sánchez Bustamante juzgó necesario erradicar tales actitudes antes de que sigan propagándose. Su oposición abarcó también a las corrientes modernistas en sus expresiones poéticas. I. Prudencio Bustillo de talante más tradicionalista tuvo hacia las nuevas posiciones reservas provenientes ante todo del campo moral.

F. Tamayo, no participó de la sensibilidad decadente, leyó y citó al filósofo alemán en una perspectiva diferente. En su *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia* de 1924, dijo de él que tenía de un asceta ateo y de un metafísico místico; el soplo religioso que emana de su obra se ha traducido en la obra de grandes artistas: Wagner, Leconte de Lisle, Puvis de Chavanne. Señaló que su espíritu organizador, como el de Nietzsche, fue destructivo y turbador.

El complejo de actitudes traído por los héroes de la novela hizo, pues, temer a los pedagogos de la época que muchos jóvenes por copiar se aparten del propósito “de mover el país hacia el progreso”<sup>34</sup> replegados sobre ellos mismos, se desinteresen de los problemas colectivos, cayendo en las actitudes enfermizas. Temerosos del mal ejemplo fustigaron a los escritores, imitadores de los maestros de afuera, “que han corrompido la atmósfera intelectual de Hispanoamérica contagiando la morbidez de sus obras hasta ocasionar un estado de esterilidad moral”<sup>35</sup>.

La alarma respecto a las vanguardias artísticas, a la filosofía de autores como Schopenhauer, Nietzsche sonó igualmente aquí y en los países centrales. Así en Francia, P. Bourget, un ensayista reconocido, escribió una novela, *El discípulo* (1889), narró afligido el daño que el pensamiento alemán ocasionaba entre la juventud francesa. La denuncia llamó la atención sobre la intoxicación literaria que tuvo una generación por los maestros que tomaron, interpretados a su manera<sup>36</sup>. Arguedas hizo, a través de Ramírez, una crítica en la segunda edición de *Vida criolla* de *El discípulo*

---

34 D. Sánchez Bustamante, “La fórmula del arte” en *Opiniones...*, Óp., Cit., Pág. 80.

35 I. Prudencio Bustillo, “El snobismo...”, Art. Cit., Pág. 168 y ss.

36 M. Winock, *Les voix de la liberté*, Ed. Du Seuil, Paris, 2001, Pág. 581.

y del autor<sup>37</sup>, indicando que conoció el contenido y la polémica desatada del otro lado del Atlántico y que él y Ramírez, se sentían en la mira por el propósito de aquella novela.

El escritor alemán se reflejó asimismo en el contenido de los trabajos de otros autores no siempre explícitamente. Acaso F. Tamayo, poco afecto a revelar sus fuentes, en su ensayo *Creación de la pedagogía nacional* (1911) donde hizo del indio el depositario de la energía y de la fuerza nacional, no recuerda ciertas especulaciones de aquel cuando afirma que la primera tarea del pedagogo es comprender la materia misma de la vida, de la energía hecha hombre, es decir el *substratum* de todo el edificio individual o colectivo, o sea la voluntad, que se refleja en las costumbres, antes de ornarla o armarla con la educación<sup>38</sup>.

La actitud intencionalmente provocadora, descomunal que tuvo Tamayo probablemente debió no poco a los ejemplos de Schopenhauer y de Nietzsche, autores que se difundieron simultáneamente en Bolivia, tanto por el contenido desafiante de sus libros como por las poses y desplantes que afectaban.

Sin pasar por alto, los versos *Nuevos Rubáyát* de Tamayo, que evocan la luz de la sabiduría oriental, de la que Schopenhauer se proclamaba deudor, en la cual se juzga la existencia como una ilusión pasajera, cargada de dolor y sufrimiento. La poesía del boliviano también expresó la futilidad de la vida y de la voluntad, con inflexiones existenciales: “En el sepulcro no hay bastante olvido/Para aquesta injusticia sin sentido:/Penar por una deuda no debida/ ¡Y por la vida que no se ha perdido!”<sup>39</sup>.

C. Medinaceli, escritor de la generación posterior de “Gesta Bárbara”, descubrió más tardíamente la veta intelectual del pensador germano: “Creyeras que también estoy leyendo *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer (sic) tres tomos de 500 páginas cada uno. Puede que su concepción integral del universo sea falsa, como la de otros pensadores, pero... en las ejemplificaciones, en las observaciones parciales, en la crítica de detalles, son arrebatadores, geniales. Su concepción del arte es de las

---

37 S. Romero Pittari, *Revista Cultural*, B. C. B., La Paz.

38 Cfr., F. Tamayo, *Creación de la pedagogía nacional*, Min., de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas, La Paz, 1944, Pág.131, 1° Ed. 1910.

39 F. Tamayo, *Nuevos Rubáyáts*, Imp. Artística, La Paz, 1927.

más hermosas que he leído, especialmente en los capítulos que dedica a la tragedia y los referentes a la música”<sup>40</sup>. Quién dijo mejor. No escatimó referencias al filósofo, por lo menos hasta su conversión hacia el marxismo.

### Las lecturas de Schopenhauer aquí y allá

Las citas de los autores bolivianos dicen poco sobre qué y cómo lo leyeron. Tampoco descubren mucho acerca de la profundidad con la que cada cual hizo la lectura ni de las influencias que dejó en su vida. Revelan únicamente el interés selectivo y las controversias con las que el “filósofo del pesimismo” se introdujo por acá.

Sólo un joven escribió un ensayo escolar dedicado “al pensador tedesco, paradójal corifeo del pesimismo, a cuya singular filosofía debe el mundo científico ciertas transformaciones”, que cubrió el conjunto de la obra, posiblemente tomado de fuentes secundarias antes que de los escritos del filósofo, J. A. Arze quién más tarde lideraría el Partido de Izquierda Revolucionario (PIR). Por aquel entonces tenía 22 años<sup>41</sup>. Destacó además del pesimismo y el sincretismo del autor, tan comunes a la cultura moderna, su prosa diáfana y la sencillez que vuelven los textos, en despecho del contenido metafísico omnipresente, atractivos, legibles.

En Europa, las ideas de Schopenhauer atrajeron, fuera de los especialistas a algunos fervorosos aficionados que hallaron allí orientaciones de vida, entre nosotros tal estilo de apropiación ocurrió en mucho menor grado o no fue revelado en memorias y biografías.

En los años en que Arguedas, Chirveches, Canelas, Arze y otros lo hacían conocer al público nacional, un oscuro caporal que combatió en las trincheras de la Primera Guerra Mundial, A. Hitler, con un exiguo moral donde cargó con los tomos de *El mundo como voluntad y representación*, hizo una lectura del libro que lo llevaría lejos. Emborrachado con la con-

---

40 Carta a Enrique Viaña, La Paz, 26 de febrero de 1932. Cit. por M. Baptista, *Atrevámonos a ser bolivianos, Vida y epistolario de C. Medinaceli*, Biblioteca Popular, Última Hora, La Paz, 1979, Pág.277.

41 J. A. Arze, “Arturo Schopenhauer” en J. A. Arze, *Escritos literarios*, Ed. Roalva, 1981, Págs., 11-19. Edición preparada por J.R. Arze. 1ª publicación del artículo Canata , N° 5, Cochabamba, 1963.

cepción de la voluntad, consideró el mundo como latido de ésta y aspiró “más allá del bien y del mal” a plegar hombres y Estados a la suya.

Otro lector de la época, también en tierra alemana, consideró la obra como una meditación sobre la disolución del ser, la muerte, que reflejó en sus novelas. “Se trató de T.Mann (1875-1955). El escritor fue seducido por la tema de las pulsiones mortales y su origen tenebroso, que valen más que una vida que transcurre en la permanente cobardía, lo repitió en varía de sus narraciones<sup>42</sup>. La lectura hecha alrededor de los veinte años significó para Mann la revelación deslumbrante del pesimismo de un filósofo que, extasiado por las melodías wagnerianas de muerte y fascinado por la nada, juzga la vida cruel, el mundo malo, negando la presencia real de la justicia y la claridad. En esa doctrina de renunciamiento a la existencia y a la acción, Mann discernió “una atmósfera de rigor moral, un tufillo fáustico, un gusto de cruz, de tumba”<sup>43</sup>, muy germano.

Los textos no forjaron acá discípulos cuya existencia lleve la marca de la obra, como la de los ejemplos citados. Si hubo algunas experiencias apenas estuvieron documentadas, como la corta alusión de Canelas en *Aguas estancadas*, donde R. Salinas, el protagonista de la historia, recuerda a su padre en sus días postreros leyendo *La Moral* de Schopenhauer.

Las narraciones presentaron a los personajes novelescos bolivianos como lectores del filósofo de quien tomaron algunas perspectivas filosóficas que los llevaron al convencimiento de la inutilidad del agitarse por las ambiciones mundanas. Irresolutos daban vueltas revueltas antes de decidir cualquier asunto, cavilando sobre el sentido de sus actos, paralizados en sus hesitaciones personales y políticas, aunque evidentemente debían otros rasgos a la literatura mórbida de la época. Sin duda, el medio donde actuaban, pequeño, amante de las intrigas pueblerinas, no les era propicio, tampoco lo era el ascenso del cholaje urbano que les arrebató sus mujeres y sus ambiciones, retratado sin complacencia.

---

42 Con este sugestivo contraste entre A. Hitler y T. Mann, G. Steiner inicia su bello texto “Une lecture bien faite”.

43 Cit. por G. Bianquis, T. Mann “Romancier de la bourgeoisie allemande” en T. Mann, Óp. Cit., Pág. 9.

## La misoginia de la época

Los hombres de ánimo abatido no acapararon las narraciones y escritos de la época, la mujer también desempeñó allí un papel protagónico donde cuajó la ambigüedad del espíritu de los tiempos. Schopenhauer no tuvo una idea alta de ella. Infeliz en sus amores, sufrió con el comportamiento desapegado de su madre hacia él, viuda que gozó de una fama pasajera como escritora. Afecto a los amores ancilares o con prostitutas tuvo rasgos patológicos en sus relaciones sexuales que probablemente dejaron su marca en las ideas. Sin duda, el antifeminismo no fue un rasgo suyo en exclusividad, caracterizó a los novelistas nacionales quienes describieron a la mujer como lectoras de novelitas fáciles, amorosas o moralizadoras, a la ocasión escritoras de versos románticos o pintoras de cuadros de paisajes amenos, intérpretes ligeras de piano. Superficiales.

Mas la realidad ya era otra, por lo menos para una avanzada femenina que marchaba a contracorriente de esas imágenes. Las mujeres de clases superiores y medias estaban leyendo de más en más las novelas, los ensayos y poesías de los mejores autores del momento, como aparece en varias de las historias de entonces y haciendo poesía y prosa de gran valor.

No obstante y a pesar de las dudas de los varones sobre la capacidad femenina, de las descripciones prejuiciosas de la conducta social del otro sexo, percibidas como frívolas, emperifolladas, amante de las apariencias, chismosas como las vizcachas, eso sí no afectadas por el mal del siglo ni el pesimismo, la juventud letrada se comprometió en experiencias que tendían a empujar y mejorar la formación del sexo opuesto. Las universidades libres, los cursos sueltos de arte, letras, historia universal fueron parte de los esfuerzos.

La apreciación decimonónica negativa de la mujer no tuvieron que importarla los bolivianos para hacerla parte de sí. Los libros llegados del extranjero rebarnizaron la posición, creyéndolos a menudo una expresión de la nueva biología y psicología.

## La ideología y el oficio en la historia de la matriz de recepción

La orientación política, liberal, y la condición de intelectuales públicos de varios de los introductores del pensador alemán, que los hicieron

intervenir en los debates de su sociedad, canalizaron en gran medida el estilo de la recepción, proclive a servirse de él para horadar con frases aparatosas la posición ideológica de sus contrarios o para criticar consternados los vicios y defectos que creyeron hallar en el pueblo, antes que a aceptar una forma de vida ascética, objetivo final de Schopenhauer. El pesimismo, pasado por el tamiz de aquellas orientaciones, se precisó en percepciones de orden sociológico, alejadas de la mirada cósmica del filósofo, mientras los protagonistas de las narraciones mostraron mayor cercanía con éste. Así, tanto el liberalismo como la tarea de intelectual formaron la matriz de la introducción de Schopenhauer, donde no se puede pasar por alto un trasfondo católico, cristiano.

Tal vez los jóvenes escritores no dudaron de la existencia de poderes sobrenaturales y de algo diferente al cuerpo que sobrevive a los humanos, pero sí censuraron las prácticas abusivas del clero que pesaban sobre todo en los segmentos populares y campesinos, su casi monopolio en la educación espiritual y erótica en particular de la mujer, el dogmatismo incompatible con las posiciones científicas contemporáneas. Habían heredado de sus padres las concepciones intrínsecas al catolicismo de la necesidad de fines últimos, de una inteligencia superior ordenadora del universo, de una vida eterna, que no las olvidaron por completo. Aunque su fe en la Iglesia ya se había resquebrajado, el bagaje cultural esperanzador de la salvación, recibido de sus mayores, aun resonaba<sup>44</sup>.

Por eso el pesimismo de Schopenhauer y su escape ascético era difícil de seguir para ellos y tampoco les ayudaba a aligerar el fardo real de su involucramiento político. La pregunta de por qué –a diferencia de sus personajes a quienes las lecturas del pensador alemán, condujeron al abandono de la política– sus autores optaron por el camino contrario, quizá no tenga respuesta final, pero pide alguna consideración.

El pesimismo trascendental los hubiese conducido a un callejón sin salida, equivalente a la pérdida de todo sentido para el obrar. Así el pesimismo mitigado resultado de una solución práctica no lógica, no les vedaba incursionar en el ámbito de los partidos, a los cuales entraron, por sus ideales éticos, por su disgusto con el pasado, que encontraron en el liberalismo una vía de realización. Tales compromisos antecedieron las lecturas de Schopenhauer y las encuadraron.

---

44 I. Prudencio Bustillo, *Al margen...* Óp. Cit., Pág.163 y ss.

La mezcla de intelectualismo idealista y practicidad, de intentar combinar la moral con la imagen ideal de la sociedad, la crítica con la tarea de cambiar las instituciones a través de la política fue común a esa generación de bolivianos cumplida no sin desgarres y con éxito desigual. Los ensayistas de “Palabras libres” alabaron las virtudes de la convivencia social y denunciaron los vicios de la conducción política, nepotismo, empleomanía. El lector emprendería una ruta equivocada si con estas afirmaciones sobre la intelectualidad boliviana la concibiese como una imagen de estampa de primera comunión. Algunos de los integrantes de esa generación cayeron en las tentaciones más oscuras del ejercicio del poder. Sus pares europeos contemporáneos no mezclaron las tareas del intelecto con la política partidaria.

Las generaciones bolivianas posteriores, siguiendo el estilo que se impuso en el mundo con el advenimiento de los regímenes autoritarios fascistas, socialistas de los años 20, plegaron la actividad intelectual al compromiso político ideológico, militante, muy desligado de la moral y no sin ironía criticaron a predecesores de insuficiencia de compromiso con su sociedad.

La sucesión no supo apreciar el influjo que los literatos y filósofos extranjeros ejercieron en el país especialmente en el ensayo, la novela y en los personajes, pintados como indignados por la insignificancia de su entorno, de la gente y de las ideas que de ella recibían, pesimistas, solitarios, moral y físicamente dolidos<sup>45</sup>.

El modelo de la literatura pasó los sectores medios de la sociedad, donde muchas personas con calificaciones superiores se sintieron afines a los Ramírez o Salinas, tema de trabajos en los que apareció el desasosiego de los educadores por la propalación de dichas posturas.

El hecho continuó provocando, años más tarde, las reacciones de políticos, sindicalistas, de inclinación socialista o nacionalista, formados en el periodo del conflicto con el Paraguay, contra los individuos que, arrasados por las sensibilidades de afuera, evidenciaban tristemente, según sus detractores, la falta de los dos resortes sociales del espíritu, el deseo y las creencias. Queja dirigida a las ideas esenciales de Schopenhauer. El ataque alcanzó igualmente a la importación de ideas extranjeras culpadas

---

45 J. K. Huysmas, *A contrapelo*, Óp. Cit.

de marchitar la simiente propia, cuando los calcos, no se hacían a costa del olvido y el desprecio de los temas y asuntos de la patria<sup>46</sup>. Las recientes posiciones convirtieron a los integrantes de la tanda intelectual anterior en su blanco favorito. Si bien la crítica no supo aquilatar las circunstancias ni las motivaciones del momento de la recepción de filósofos como Schopenhauer, ésta resultó durable y aún perdura, ignorando las deudas que ella misma tenía con el exterior.

### **El papel de las agrupaciones en la recepción de las novedades literarias**

El ingreso de Schopenhauer, así como el de otros autores, pasó por las agrupaciones literarias establecidas en las principales ciudades del país: La Paz, Sucre, Cochabamba, Santa Cruz. Unas más inclinadas hacia la bohemia literaria, al cultivo de la poesía, otras a la discusión de las ciencias nuevas, de la política<sup>47</sup>.

En La Paz, por ejemplo, se formó entre la muchachada liberal el grupo “Palabras Libres” que escribió, bajo ese título, artículos de temas de actualidad en la prensa. Entre 1905 y 1906, antes de dispersarse “para cobrar nuevas fuerzas” en el Viejo Continente sacaron cerca de 250 notas, “No con la pretensión de orientar a nadie sino por amor a lo bello, al arte, a lo verdadero que es la filosofía científica y lo bueno que es lo honrado”<sup>48</sup>. El propósito, según dijeron los columnistas, atrajo resistencias y enojos, dada la seriedad con la que procedieron. Las repulsas, según ellos, no fueron otra cosa que el grito de costumbres heredadas en defensa de la conservación de las ideas añejas en las cuales se apoyaban sus críticos. Firmaron el artículo de despedida B. Lara, J. L. Tejada Sorzano, A. Alarcón, R. Zapata, F. Vaca Chávez. En Sucre, alrededor de 1913, I. Prudencio Bustillo, A. Gehain, J. Espada Aguirre, Emilio Finot se agruparon para publicar la revista *Páginas Escogidas*, con una carga eminentemente literaria.

Los cenáculos literario-políticos operaban de manera informal. El nú-

---

46 C. Medinaceli, “Los grandes hombres que caen” en C. Medinaceli, *La alegría de ayer*, Imp. Artística, La Paz, 1988, Pág.87.

47 Sobre el tema, S. Romero Pittari, *El nacimiento del intelectual en Bolivia*, Ed. Caraspas, La Paz, 2009.

48 Palabras Libres, “Último artículo”, *El diario*, La Paz, 4 de Marzo 1906.

mero de integrantes era variable. Aunque, nunca muy numeroso. La amistad, los ideales artísticos e ideológicos compartidos, constituía el cimiento de la asociación. A menudo los vínculos se iniciaban en la escuela, el barrio la parroquia y continuaban en los años formativos de la universidad.

La informalidad de las relaciones escondía apenas una cierta estratificación de la membresía. En el centro se encontraban los socios más firmes con los propósitos del grupo, que contaban con más publicaciones e información. Eran ellos los que solían imponer las orientaciones de lecturas, los autores y los juicios críticos tanto como los temas del debate. Suerte de radares grupales, seguían de cerca las novedades culturales del mundo. El entorno mostraba una geometría variable en cuanto al número y la fuerza de los nexos, era asimismo más pasivo. Publicaba casualmente. El compromiso con las posiciones del grupo era más laxo<sup>49</sup>.

Las publicaciones describieron tales agrupaciones en sus coincidencias, afectos, como en sus celos rivalidades y enemistades. No fueron distintas a la caracterización que hicieron los novelistas, con excepción de la dosis de ironía añadida por ellos. Con tono satírico Arguedas en *Vida criolla* pinta esas tenidas alrededor de la mesa de un local de moda donde se sentaba diariamente la camarilla de poetas, filósofos, compositores aficionados, periodistas y políticos para tomar unas copas, conversar y discutir sobre escritores y pensadores en boga, europeos, latinoamericanos e igualmente sobre sus propios ensayos, poesías que de esa manera se ponían a prueba, no sin una buena dosis de narcisismo.

En los grupos de pares se forjaban reputaciones y se deshacían otras. Los contertulios, diletantes de la cultura, “literatos del sport”, como los llamó Medinaceli<sup>50</sup>, eran aficionados a dar largas peroratas sobre sus trabajos y los ajenos, salpicadas de maledicencias y argumentos *ad hominem*. Los juegos de palabra, los retruécanos daban brillantez a las intervenciones a falta de profundidad, que imponían a la discusión un tono ligero con el cual se tomaron a menudo los libros y los autores nuevos, que, por otra parte, ayuda a dar cuenta de la selección de los asuntos que se difundieron.

---

49 Acerca de los grupos intelectuales y su papel ver R. Collins, *The sociology of philosophies. A Global theory of intellectual change*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, 2000.

50 C. Medinaceli, “Los grandes hombres que caen...”, Art., Cit. Pág.86.

Los interlocutores cosechaban enemistades en todos los rangos y posiciones de la sociedad. A veces les bastaba mencionar los temas heterodoxos para atraerse las iras de la Iglesia, del gobierno y de la sociedad. G. de Silva, de *La casa solariega*, vio cerrarse las puertas de la casa de su amada por hablar de herejes, libre pensadores y liberales. El filósofo de Frankfort era uno de los aludidos.

No se puede olvidar en la acogida del liberalismo, de la filosofía alemana, del espíritu anti-religioso el papel de las editoriales españolas, motivo de charla entre los contertulios. Armando Donoso señaló algunas deficiencias de las editoriales y sus corrientes “malhadadas traducciones”, que empobrecían la calidad de las producciones locales y facilitaban la imitación grosera<sup>51</sup>.

Probablemente, ningún lector accedió, salvo quizá Tamayo, a los trabajos de Schopenhauer en el idioma original, solo lo conocieron por las traducciones. Consta que Arguedas, Medinaceli y Tamayo leyeron el *Mundo como voluntad y representación*, al menos en parte. Los demás se contentaron probablemente con otros textos, donde aparecieron fragmentos de sus concepciones.

Las asociaciones literarias y sus componentes hicieron del filósofo una bandera de su modernidad con la cual se arroparon y discutieron los planteamientos de aquel. Sucedió lo propio con otros autores de moda por entonces. La operación contribuía a divulgar y conceder notoriedad al escritor escogido y a la obra, no menos que a quienes lo mentaban y a las agrupaciones o círculos que integraban. Ahí se forjaban entre éstos lazos de complicidad y de marcas del oficio.

La trama de referencias a los autores extranjeros notorios, fuera de emplearse en los enredos políticos domésticos, cumplió en la movida una función menos evidente y comúnmente descuidada, la de mostrar la pertenencia al segmento ilustrado de quienes la utilizaron. Sería un error confundir las múltiples citas únicamente con una manifestación de erudición banal, pues, por medio de ellas los escritores se hacían guiños de ojos unos a otros revelando una connivencia entre los de la camada, entre los que conocían a las mismas personalidades y leían lo mismo, sin juz-

---

51 Citado por C. Medinaceli, “Los grandes hombres...”, Art. Cit., Pág.87.

garlas, por lo tanto, con igual rasero. Citar constituía un símbolo que patentizaba la membresía en el grupo de intelectuales.

Schopenhauer y Nietzsche alcanzaron ese valor emblemático, que no significó una adhesión íntegra a las proposiciones o a la personalidad de aquellos. No todos los autores aludidos alcanzaban ese estatus.

El hablar y discutir sobre libros e ideas cosmopolitas entusiasmaba a la intelectualidad que de esta suerte descubría su “capital cultural”, con las ventajas consiguientes en el ámbito literario, político y social. Las reuniones grupales eran una oportunidad para exhibirlo, no menos que las publicaciones.

La escritura, los libros, las menciones de los maestros consagrados, el debate, la confrontación ideológica conformaban un todo, que expresaba lo propio de la comunidad intelectual, sin tales elementos hubiese sido casi imposible hablar de ésta y menos de procesos de apropiación de las corrientes artísticas y filosóficas.

Igualmente vale la pena anotar que en las pequeñas sociedades locales de inicios del siglo apenas letradas, el impreso y el libro, constituían un suceso simbólico, llamativo y prestigioso, tanto más cuando ahí se ofrecía el saber y la imaginación de la época, las ideas de las personalidades de renombre internacional. La sola alusión a estos a veces bastaba para conferir a la discusión a sus participantes un halo de seriedad, de autoridad moral. Muchas de las citas de Schopenhauer, por ejemplo, añadían poco a lo dicho, es decir, los publicistas hubieran podido pasarse de ellas, pero su interés radicaba en lograr ese “más” para el escrito.

Así, las numerosas noticias en las novelas, artículos de prensa y ensayos de Schopenhauer se emplearon tanto con un propósito político, cuanto para redondear; para profundizar los argumentos y como medio de reconocimiento recíproco de la calidad de autores que pertenecían al mismo círculo, manifiesto en comunes lecturas.

Las citas operaron internamente, entonces, como un santo y seña y, en el exterior, como medio para construir la reputación de los escritores. El público los señalaba por las citas como parte de la gente capaz de leer y hablar de libros y de autores elevados, con una mezcla de admiración, de celos, no exento en ocasiones de un cierto desdén, pues eran personas que no se ocupaban de cosas prácticas.

La imagen de los que exponían los puntos de vista de un pensador de calibre se construía en torno a cualidades como el cosmopolitismo, la cultura, la novedad de las informaciones que traía. Tal percepción difería de la elaborada por los adversarios que señalaba ante todo defectos: el desarraigo, la inclinación extranjerizante, la influencia disociadora en la sociedad causada por la novelería que negaba los principios evidentes –aceptados por siglos– e incluso los calcos.

Medinaceli denunció con dureza la promoción del escritor por esta vía, en la cual vio únicamente un afán de imitación, causa de la aparición de “obras mediocres...pálidos reflejos de los maestros europeos” que un público adocenado, poco exigente, acepta y aplaude: “Así vemos glorificar a lamentables gacetilleros o poetas de cartulina postal”<sup>52</sup>. A veces la irritación llegó a sugerir lisa y llanamente plagio por parte de los introductores de textos de fuera. Tamayo no paró de ventear esta acusación.

### **El sacudón de las ideas novadoras**

La llegada de las corrientes renovadoras encendió oposiciones y fuertes enfrentamientos que iban más allá del campo especializado de las letras, como dejaron constancia las obras señaladas y la prensa. Las modas afectaban los hábitos y las formas de vida tradicionales desde los “presterios”, las fiestas patronales, hasta la religiosidad de las mayorías. Las prácticas de la religión, tejidas de miedos e ignorancias, fueron puestas en la mira de la crítica y se debilitaron en los segmentos altos y cultivados de la población.

Los saraos y los bailes se acomodaron a los tiempos, al igual que las residencias que renovaron las fachadas, los muebles y los decorados, ahora más en el estilo del fasto francés que de la austeridad castellana. El enamoramiento en las personas de clases altas y medias comenzó a tomar caminos distintos a los del pasado, ellos y ellas desarrollaron otras expectativas respecto a la pareja, imbuidas por sus lecturas, que sus padres y tutores juzgaron, a menudo, inmorales.

---

52 C. Medinaceli, “Los grandes hombres...”, Art. Cit., Pág.86. Cfr. asimismo, “Imitemos menos” en C. Medinaceli, *La alegría de ayer...*, Óp. Cit., Pág.105 y ss.

Celeste comprendió el absurdo de las leyes impuestas por sus mayores en las novelitas que descubrió por sus amigas. Los héroes audaces y brutales le encantaron “El mundo de las mujeres histéricas y de struggler for life es... tentador”. La aventura suena muy bien y el adulterio un tecnicismo jurídico que no vale la pena mencionar en sociedad<sup>53</sup>. A Margarita Luna, de *La Virgen del Lago*, una mujer moderna, le agradaba tomar el pelo a sus bisoños interlocutores. Era el terror de los jovencitos enamoradizos. Los hombres también exhibían otras sensibilidades, en la novela y en la realidad.

El comienzo del siglo adquirió un valor simbólico. Fue tomado como la expresión de un quiebre con el pasado, al que los planteamientos de los autores especialmente europeos aportaban los instrumentos conceptuales para representarlo y aprehenderlo, para ver la realidad desde otro ángulo. Algunos, ya se vio, censuraron agriamente las importaciones, calificadas de imitación fácil, recogida de traducciones pobres, mal digeridas<sup>54</sup>. Animadversión, sin duda, contra los que cosechaban en “los jardines ajenos,” aunque poco severa con su propia práctica.

Visto el asunto a distancia, el cargo fue una verdad a medias, pues ni los conceptos ni temas se tomaron tal cual. Los receptores los reinterpretaron y les dieron acentuaciones distintas a fin de aplicarlos a un medio cultural y social diferente al de origen. La chola, en el entrevero estamental y racial de acá, en despecho del antifeminismo, adquirió otros colores y significados. Tuvo para varios de los escritores de la generación un carácter que no lo atribuían ni a la señorita de lo alto de la escala, ni a la india de lo bajo. Ella apareció dotada de una fortaleza de carne y espíritu, capaz de regenerar las especies entecas de las cimas andinas<sup>55</sup>.

El pesimismo de Schopenhauer pasó por el molino local con elementos que venían tanto de las civilizaciones andinas como del mundo hispano, tal el fatalismo, la suerte. No hubo entonces razones entre los lectores del pensador germano para atemorizarse ni para lamentar la coacción impuesta por la Voluntad. Pero sí límites para su aceptación.

---

53 A. Chirveches, *Celeste*, Óp., Cit. Págs.58-59.

54 C. Medinaceli, “Los grandes hombres que caen...”, *Art. Cit.*, Pág. 86.

55 Cfr., S. Romero Pittari, *Las Claudinas*, Óp. Cit.

A pesar de la percepción de la realidad de los autores nacionales que incluía atavismos raciales, prejuicios sobre el espacio considerado como inhóspito, no cayeron aquellos, por lo general, en la paradoja del pesimismo radical, si nada puede cambiar para qué actuar o aún escribir.

Las grandes edificaciones de pensamiento, como la obra de Schopenhauer o de Nietzsche, contenían, “síntesis dinámicas” de la filosofía, la estética, la moral y la ciencia, proponían modelos cognoscitivos y existenciales y, así no hubiesen sido exploradas ni seguidos completamente, al difundirlas echaron unas semillas de larga germinación<sup>56</sup>. El nuevo siglo fue en Bolivia un momento de enorme creatividad, de tomas de posición frente al pasado, de miradas amplias hacia el porvenir, intentado transformarlo, en despecho de los obstáculos.

La cultura, los intereses partidarios y materiales de las elites nacionales establecieron una suerte de afinidades electivas entre sus propósitos y las ideas de afuera que impulsaron la entrada de éstas. Al enfoque del mundo como voluntad, se acopló a la mirada del intelectual local quien lo destiló quitándole sus arreos más severos.

## Conclusiones

Schopenhauer no asentó en el país su filosofía en bloque ni tuvo discípulos estrictamente hablando. Su extraordinaria producción fue seguida en temas puntuales sobre todo en aquellos de contenido inconformista para minar las posiciones de los adversarios políticos, sin entrar en el fondo epistemológico y metafísico en el cual se concibieron. El estilo del autor encolerizado, sulfuroso, apasionado, repleto de fulgurantes metáforas probablemente aportó significativamente a la manera de ser de las personalidades de acá, afectos a la polémica y no cortos de epítetos.

El pesimismo ya se encontraba en el equipaje de los escritores nacionales de principios de la centuria antes del arribo de *El mundo como voluntad y representación*, texto que apuntaló las ideas en curso con la nomenclatura del pensador, sin sellarlas con el radicalismo inapelable de *der wille*, ni conducir las a plasmar en conductas reales las consecuencias existenciales allí contenidas. La cultura de los receptores, su ideología liberal y sus tra-

---

56 Sobre los estilos de creatividad ver R. Collins, Óp. Cit., Pág. 131 y ss.

diciones cristianas, acuñaron el pesimismo de los bolivianos que se echó a andar por sendas propias, prácticas y teóricas, acompañando el particular acercamiento de la cohorte del 900 a su sociedad, a sus componentes y conflictos.

La postura pesimista pasó a otros grupos y generaciones, y aún constituye un rasgo típico de una buena parte de la intelectualidad boliviana, de las clases medias urbanas. Las tandas de gente salidas de la Guerra del Chaco, se apartaron de la tendencia, subyugadas ampliamente por la magia de la Revolución, creyeron capaces por medio de ella de cambiar de cuajo al hombre y a la sociedad, escapando así al peso de la geografía y de los genes.

Las reflexiones del filósofo sobre la vida, la muerte, el arte, el amor y el sexo, como se propagaron no cayeron, por acá, en saco roto. Unas se enraizaron mas otras sonaron como estridentes camaretazos en una sociedad conservadora y beata. Pero hasta sus enseñanzas más apartadas de los usos locales inveterados tuvo algunos cultores como el ideal de sabiduría que busca zafarse de los afanes mundanos conscientes de que el dolor y el sufrimiento son realidades ineludibles. Un hálito de esas reflexiones recorrió la lírica, el arte de la época, como la de Tamayo, sin referencias explícitas.

La selección de temas de las obras de Schopenhauer en la historia de la recepción se encuadró en los principios y estrategias del liberalismo, en los valores del oficio de los miembros del grupo de acogida, a los cuales sirvió como seña de identidad común. El proceso no fue lineal ni continuo. Aunque las vueltas al filósofo de ahora no se hacen más con los criterios ni intereses de antaño.

Si bien los debates sobre la ética contemporánea hacen eco de aquel primer llamado ya han tomado otro giro. Algunas de las corrientes en liza, consideran la esperanza como una máscara<sup>57</sup>. No muy lejos de Schopenhauer, pero invocan otros santos, que proclaman una sabiduría para nuestro tiempo que nos desaprenda a esperar, único medio efectivo de desear un poco menos, de aceptar la realidad, sin maquillaje, apreciando los riesgos con lucidez y temple para mirar los sucesos cuyo desenlace no de-

---

57 Cfr., L. Ferry y A. Comte-Sponville, *La sagesse des modernes*, R. Laffont, S.A., Paris, 1998.

penden de nosotros<sup>58</sup>. Los temas como la sexualidad, el amor, confundidos con la revolución sexual de nuestra época y con las sensibilidades actuales, no pueden negar su filiación filosófica, ni olvidar su lejano origen.

Sucede lo mismo con el interés por la espiritualidad y prácticas venidas de China, de la India. *El mundo como voluntad y representación* constituyó un intento inicial por incorporar a la visión occidental las concepciones del mundo orientales. Junto a Nietzsche, que entró por los mismos años en estas tierras y se ocupó igualmente en algunos textos de la herencia oriental, en el largo plazo, preparó el terreno a la sensibilidad multicultural de hoy, influencia apenas conocida. Pero, las grandes síntesis no se agotan en una jornada, suelen reaparecer aliadas a otras a otras inquietudes.

Fue en parte en contra de las corrosivas ideas filosóficas, artísticas y literarias que “sugerían un mundo a la deriva”<sup>59</sup>, producto de inquietantes visiones del universo, como la aquí presentada, que se produjo el advenimiento en el mundo de los regímenes políticos autoritarios, que conquistaron el poder, con otros dioses y valores. La inestabilidad y los errores de la democracia parlamentaria fue otra de las razones del afán popular por dotarse de un orden paternalista, severo, fuerte de estilo socialista o fascista. Cada uno de ellos creyó encarnar la Revolución que se saldó en el terror y el dolor si bien todavía no termina de suceder, pues muchos siguen en su espera.

En Bolivia, los partidos políticos tradicionales no salieron indemnes de los remezones de adentro y de afuera, descubrieron sus enormes limitaciones para enfrentar la urgencia de cambios que la guerra con el Paraguay puso en evidencia. El nacionalismo revolucionario llegó con sus intelectuales, militantes y referencias propios. Luego después de algunos intervalos militares reapareció la democracia de mercado y hoy la de la descolonización.

Con el tiempo Schopenhauer retornó con fuerza aquí y en el mundo, y se reveló como una explicación de la conducta humana tan contundente como la de Marx o Freud, o tal vez más, en opinión del historiador con-

---

58 Cfr., A. Conte Sponville, *Traité du désespoir et de la béatitude*, Vol. I –II, P.U.F., Paris, 1984-1988.

59 P. Johnson, *Tiempos modernos, Historia del siglo XX desde 1917 hasta la década de los 90*, J. Vergara Ed. Buenos Aires, 1993, Págs. 58-59.

temporáneo P. Johnson<sup>60</sup>, sin mella por haber constituido, en una interpretación unilateral de Hitler, una inspiración del liderazgo autocrático del nazismo. Los totalitarismos no lo tuvieron en sus altares. La moderna democracia multicultural encontró en él elementos claves de su aproximación a lo social.

La expansión mundial de las democracias, la institucionalización de los derechos humanos, la aceptación de valores provenientes de horizontes culturales diversos ha dificultado el retorno de los regímenes totalitarios, sin eliminarlos del todo. La tolerancia, el respeto por las concepciones del Otro se han extendido por todas los continentes y hasta aparecen como uno de los reclamos de los revolucionarios de los países árabes.

El filósofo que hizo del pesimismo el foco de atención de su doctrina no alcanzó en el país nunca la popularidad que gozaron Marx o de Freud, no pasó tampoco sin consecuencias. La riqueza de la cantera que abrió y que él mismo con clarividencia anticipó sería imperecedera, no fue completamente explotada en los años de su entrada inicial, vuelve ahora a trabajarse. Las aproximaciones son todavía muy incipientes, pero están ahí. Si bien desvinculadas de las expectativas que tuvieron sus tempranos comentaristas.

El pesimismo, el ascetismo de *El mundo como voluntad y representación* hoy calza otros zapatos con los amenazantes desequilibrios de la naturaleza, el recalentamiento de la tierra, que les devuelven actualidad en la agenda mundial., al igual que la revalorización de las concepciones de vida de las éticas orientales, que inició el acercamiento a lo distante, a lo diferente.

Ni duda cabe, la levadura de la obra de Schopenhauer sigue actuando. Tal como los intelectuales nacionales de la entrada del siglo XX que tejieron su reflexión social y personal con sus experiencias y con los materiales del filósofo, que enlazaron las teorías de la época, con la historia boliviana, los hombres del nuevo milenio la hacen crecer con sus propias ópticas e intereses, con la “conciencia aglutinante” de las generaciones actuales, inclinada hacia lo diferente, menos permeables a las querellas de antaño. Schopenhauer, en este sentido, permanece.

Muchos de sus rivales han quedado atrás. Su percepción vigorosamente irracional del universo y del hombre, su pesimismo trascendental que no se limitó a una mirada negra de los afanes humanos, avanzó so-

---

60 P. Johnson, Óp. Cit., Pág.59.

luciones para no desesperar. Está presente en las reflexiones de nuestros días. Pues el filósofo poco entusiasta con el pensamiento puramente especulativo de la tradición occidental, habló a los hombres de ellos mismos, de la manera concreta de vivir, de cómo enfrentar los problemas y sufrimientos de la existencia<sup>61</sup>.

Para muchos representantes del pensamiento boliviano hoy, incluso para no pocos de los especialistas en filosofía, Schopenhauer se perdió y hasta creen que nunca entró, sonrían cuando oyen hablar de él como si se tratara de una antigualla con una actitud de colonizadores de territorios intelectuales que suponen no hollados, ignorando las huellas viejas que aún aclaran su avance. Ganarían mucho echando una mirada desprejuiciada a esa historia.

---

61 Una novela moderna que hace de Schopenhauer un auténtico terapeuta –un guía espiritual para los problemas del hombre y la mujer de hoy– es un ejemplo de su actualidad: I. D. Yalom, *Un año con Schopenhauer*, Booket, Buenos Aires, 2008.



Salvador Romero Pittari durante la entrega de la Declaración de Patrimonio de la Humanidad de las Misiones de Chiquitos, gestionada en su misión como Embajador ante la UNESCO, Santa Cruz de la Sierra, 1991.



# Debates sobre la democracia contemporánea<sup>1</sup>

## Introducción

La democracia retornó al país en 1982, con el reconocimiento de la victoria en las elecciones de 1980 de la alianza política encabezada por Hernán Siles Zuazo; reconocimiento hecho por el último régimen militar del general Vildoso. Desde entonces las instituciones democráticas han sido profundamente modificadas en sus orientaciones y procedimientos. Se ha pasado, para decirlo en términos simples, de una democracia centrada en la consulta en las urnas a otra de tipo pluralista que busca sus mecanismos de desenvolvimiento.

Los nuevos cambios se anuncian en el actual debate sobre las reformas constitucionales. Algunos consideran estas propuestas como una prueba no sólo del funcionamiento inadecuado de la democracia sino también de su fracaso. Pero ¿alguien pensó seriamente que el modelo democrático era algo acabado, dado de una vez para siempre? La conocida expresión “la transición democrática” se presta a equívocos.

Deja entrever la existencia de un único modelo, idéntico en todas las latitudes. No hay nada parecido en la realidad donde sólo se hallan democracias enraizadas en sociedades concretas, animadas por hombres guía-

---

1 Publicado en *Opiniones y Análisis*, N° 54, La Paz, Hanns Seidel Stiftung y Fundación Boliviana para la Capacitación Democrática y la Investigación, 2001 (N. del E.).

dos por intereses específicos. La posibilidad de continuar con ese proceso de transformaciones obliga a examinar, así sea de manera sucinta, los logros y los errores, la coherencia o inconsistencia de las soluciones, de los principios y los hechos acarreados por las precedentes innovaciones, al igual que los obstáculos que entraban aún el desenvolvimiento de la vida pública boliviana.

La democracia, se afirma con frecuencia, no ha sido capaz de cumplir sus promesas sobre todo en el campo económico y más grave todavía en materia de la igualdad ciudadana, de desarrollo de oportunidades similares para todos. La mayoría de estas críticas son pertinentes. Sin embargo, no todas son imputables al funcionamiento de la democracia como tal. Algunos de los problemas provienen del cambio del ambiente internacional, de la ruptura del equilibrio entre las dos grandes potencias en beneficio de los Estados Unidos, que intenta seguir sus objetivos y estrategias en el marco de los organismos multilaterales. Las democracias resurgieron en el Continente poco antes de que el proceso de globalización y de extensión de las comunicaciones se acentúe, adquiriendo una extensión y un ritmo nunca antes conocido.

El Estado tradicional representado por Hobbes como el mítico Leviatán, por su pretensión al ejercicio pleno de la soberanía, ha visto su capacidad de tomar decisiones autónomas considerablemente reducida por los procesos de expansión de las comunicaciones, la transnacionalización de las empresas y la globalización, acompañadas de un desarrollo científico y tecnológico inédito, que crea extraordinarias ocasiones de enriquecimiento para las sociedades que lo controlan, paralelamente a la pobreza y marginalidad que aparece en los Estados poco avanzados. La producción mundial ahora insume pocas materias primas que constituyen los bienes tradicionalmente exportados por los países del Tercer Mundo. Estos fenómenos conjugados crean en el mundo productor de materias primas desempleo, informalidad, exclusión social. Sin olvidar que la globalización no se reduce a la apertura de mercados sino también conlleva la necesidad de coordinar internacionalmente, dando capacidad de intervención a los organismos multilaterales cuyas resoluciones, muchas veces, toman un carácter vinculante para los Estados miembros. La situación afecta a lo político como a las maneras de hacer política en un país, para retomar una distinción difundida por los críticos del totalitarismo, en par-

ticular C. Lefort<sup>2</sup>. De ahí que un nuevo papel de los Estados con soberanía reducida sea la de hacer pasar en sus sociedades estas determinaciones asumidas internacionalmente.

Sin embargo, no se puede poner del lado de la “globalización” todos los errores de política interna, en efecto, dentro de las limitaciones creadas por la nueva situación queda un margen para decisiones que permiten elegir entre opciones distintas, que no son necesariamente más de lo mismo. Hubo un margen y lo hay en lo que se refiere, por ejemplo, a las llamadas capitalizaciones de las antiguas empresas del Estado boliviano.

Otras fallas tienen su origen en el propio sistema político que no pudo desterrar completamente sus viejas prácticas como el nepotismo, el clientelismo, la corrupción, el predominio de intereses particulares, egoístas sobre los del conjunto, aunque estos sean cada vez más difíciles de definir. Por su parte la administración estatal, aunque reducida en número y en el ámbito de su intervención, guarda igualmente la pretensión de monopolizar la racionalidad y hasta de substituir a los responsables constitucionales de la política, unida a un tradicional paternalismo y desconfianza hacia el ciudadano que debilitan la democracia.

Tales hechos y prácticas han desgastado el orden democrático, que ha perdido parte de la fuerza moral que respaldó su reinstalación, creando un ambiente de pesimismo en la población, una visión cerrada del porvenir. Este panorama no debe oscurecer las modificaciones en el orden democrático, en los fundamentos de lo político que han traído contradicciones que enriquecen y a la vez amenazan la continuidad de la democracia.

### **Las transformaciones de la democracia boliviana**

Entre los cambios producidos en los últimos veinte años de ejercicio democrático se puede señalar ante todo la aceptación constitucional de una sociedad vista como multicultural, multiétnica que se ha substituido a la visión de la nación unitaria avanzando, por encima de sus diferencias geográficas e históricas, hacia objetivos comunes, ideal forjado por la Revolución Nacional de 1952<sup>3</sup>. Los revolucionarios de aquella época insta-

---

2 Cfr. Dick Howard, *Pour une critique du jugement politique*, Paris, Ed. CERF, 1998.

3 Romero Ballivián, *Reformas, consensos y conflictos*, La Paz, Fundemos, 1999.

laron una democracia populista estrechamente encuadrada por el partido en el gobierno. En lo que se refiere al tratamiento reservado al Estado, al régimen jurídico y a las organizaciones de la sociedad civil, la Revolución permitió el ingreso de las masas postergadas al sistema electoral y, de manera controlada, a los centros de decisión nacional, pero se mostró poco liberal sobre todo en el campo de las libertades individuales y aún de las asociaciones y partidos políticos de oposición. El poder se concentró en el partido que encarnó el Estado, el pueblo y la capacidad de definir las imágenes del futuro nacional, condiciones consideradas indispensables para la construcción de la unidad nacional. Este estilo de ejercicio del poder debilitó el tejido organizativo de la sociedad civil, salvo las asociaciones sindicales que tuvieron vara alta, a pesar de sus conflictos internos, durante el período. Las otras asociaciones fueron sistemáticamente debilitadas, cuando no infiltradas para ser manejadas desde dentro. Contra ese poder fuertemente centralizado reaccionaron las regiones del país preparando el zócalo para una organización política más descentralizada, si bien las actuales instituciones no corresponden a sus aspiraciones originales.

Después del inicio democrático que privilegió la elección mayoritaria del Presidente de la República, la aceptación de lo “plurimulti” está forzando la apertura de la política más allá de los partidos y sindicatos, criticados igualmente por sus defectos intrínsecos y modificando otras instituciones de la democracia. Si se pretende indicar el sentido de los cambios institucionales de los últimos lustros en su dirección predominante se debe señalar la ampliación, en el marco de la sociedad plural, de la participación, como tendencia central y aglutinante de las políticas, buscada por medio de proyectos de diferente alcance y contenido de las agencias de la sociedad civil y de los gobiernos, más que a través de un propósito claro del poder central. Medidas como la Ley de Participación Popular, que ha contribuido a reorganizar espacialmente el territorio nacional, a redistribuir los recursos del poder político y económico, a recuperar formas de organización tradicionales cualesquiera sean los defectos que la acompañan, la creación de los diputados uninominales o la Ley de Partidos que los obliga a adoptar principios democráticos y transparentes de manejo interno, constituyen una prueba de la afirmación y una ilustración del sentido que se construye por diferentes caminos.

Cierto, no han faltado otras importantes disposiciones como la Defensoría del pueblo, las transformaciones del sistema jurídico nacional, la

conformación bajo el principio de consenso de las cortes electorales para asegurar elecciones limpias, que están configurando la democracia boliviana contemporánea.

### **La democracia plural: promesas y rompecabezas**

Todo ese conjunto de transformaciones legales crean el marco de una democracia pluralista, recuperando la idea de John Rawls<sup>4</sup>. Este régimen político, sin embargo, está lejos de constituir un todo armónico, lo que tal vez es mucho exigir, sobre todo si se toma en cuenta que la democracia es un juego constante entre fuerzas que enarbolan principios y, ahora, valores diferentes.

La época de la Revolución Nacional y los gobiernos posteriores, una vez eliminados los actores, llamados por los ideólogos del M.N.R. “antinacionales”, vio enfrentarse en el terreno del Estado ampliado a actores sociales que pugnaban más por la dirección de los cambios que por los valores en que éstos se fundaban, ampliamente aceptados. La democracia plural que reemplazó al autoritarismo revolucionario, a las dictaduras militares de los años 70, a la democracia electoral posterior, ha traído un debilitamiento de “los valores nacionales” y una multiplicación de conflictos particularizados que a veces por motivos tácticos consiguen ensanchar su base.

Una vez señalado este hecho, no puede pasarse por alto que en Bolivia, las disposiciones tomadas no han conseguido conformar las instituciones de la multiculturalidad. Si bien las normas legales, han procurado atenuar las contradicciones y conflictos entre intereses y principios diversos, estos no han dejado de manifestarse con violencia, poniendo en entre dicho el régimen legal. Se trata pues de una transformación que ha afectado lo político en el país. ¿Qué se entiende por este término? Aquí se acepta una concepción tomada del pensamiento crítico que hace de lo político “la manera por medio de la cual una sociedad y sus miembros se comprenden, establecen sus metas y por ello van más allá de una simple coexistencia accidental de actores y actos atómicos, indeterminados”; ese es el marco que posibilita la realización de las políticas<sup>5</sup>. La democracia plural in-

---

4 John Rawls, *Liberalismo político*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

5 D. Howard, *Óp. Cit.*, Pág. 20 y ss.

tenta construirlo aceptando la pluralidad de intereses, evitando caer en una definición autoritaria de las metas o negando la legitimidad de los intereses particulares. Bolivia ha avanzado en el reconocimiento de los pueblos originarios, en la disminución de las desigualdades de género, en la prioridad concedida en lucha contra la pobreza crítica. Pero las promesas contenidas en esas y otras disposiciones no han satisfecho y al contrario han contribuido a desatar una contestación casi permanente, frente a la cual los poderes públicos han oscilado entre el laxismo y el control de las protestas, colocando de esta suerte las políticas supeditadas a soluciones urgentes y a postergar la construcción de lo político.

Tampoco el ciudadano ha podido liberarse de la desconfianza de los poderes públicos y desempeñar el papel en la formación de normas públicas en la sociedad pluralista, entender lo político como un espacio de sentido para sus demandas y las de otros.

El paso progresivo de una democracia electoral hacia una pluralista se ha efectuado ante todo en el plano de la norma constitucional y en menor grado en el de las instituciones y prácticas. La sensibilidad moderna, como en otras partes del mundo, se ha construido alrededor del respeto de los derechos humanos. La difusión de estos valores permitió romper con la tradición autoritaria en la mayor parte del continente y en el país. De esta manera el orden político dejó de legitimarse en sus logros instrumentales, para hacerlo a través del respeto de esos principios y no sólo en el plano doméstico sino en el internacional.

Los derechos humanos como fundamento de la organización democrática trajeron la contestación étnica y cultural, que cierto no era nueva en el país, pero encontró en la difusión y ampliación de los derechos humanos los fundamentos para su reaparición en la escena política, dando a la democracia moderna la marca de una determinación contradictoria de normas provenientes de la presencia de ideas e intereses en competencia, cuando no en conflicto. En las palabras de Rawls ella proviene de “la existencia necesaria de concepciones del bien en lucha e inconmensurables”<sup>6</sup>.

El tema de la articulación y oposición entre la unidad y la diversidad ha dado lugar a un importante debate contemporáneo entre los partidarios de “lo justo” y del “bien”, considerados imposibles de enlazar en las socie-

---

6 J. Rawls, *Óp. Cit.*

dades modernas, regidas por el principio de la multiculturalidad ¿Cómo conciliar las diferentes concepciones del bien, propias de cada grupo? Ningún bien puede en esas condiciones imponerse sobre los otros, sin caer en el autoritarismo del pasado. Mientras la justicia podría según muchos pensadores conseguir un consenso mayor, porque se apoya en un *ethos* forjado en una tradición decantada que impregna toda la sociedad.

Rawls ha buscado una solución ingeniosa, aunque no menos criticada, al problema de perpetuar una sociedad justa y estable basada en ciudadanos libres e iguales, pero divididos entre ellos por visiones del mundo incompatibles las unas con las otras. Su planteamiento de consenso por superposición implica que los diferentes puntos de vista aceptan una concepción de la justicia, como lo harían unos hombres colocados en una situación original y cubiertos por un velo de ignorancia respecto a los bienes, la posición que les reserva la sociedad. Despojados de sus características fundamentales, procederían a una elección racional e imparcial del orden justo. De igual manera, la democracia plural establecida alrededor de la justicia da a los ciudadanos una finalidad común por encima de sus metas personales. Esta condición mínima de cooperación preserva la libertad y la existencia de las diferencias.

Las imágenes tónicas de Rawls, en el doble sentido del término, permiten plantear algunas de las dificultades de una democracia multicultural. El velo de la ignorancia como el estado de naturaleza de los filósofos del Contrato revelan los problemas ligados al nacimiento del Estado Moderno y de la democracia plural, respectivamente. El planteamiento asienta la primacía de la justicia. Cada persona o grupo puede elegir su concepción del bien, es decir su cultura, pero ello sólo es aceptable si no contradice el principio de justicia que funda la vida colectiva. Pero justamente la disociación de la justicia y la moral lleva al corazón del tema de la gobernabilidad, como mostró temprano la gran tradición sociológica: una sociedad incapaz de generar un mínimo de orden valorativo, compartido sin el cual la vida del individuo pierde su sentido, se degrada en anomia, en fractura de la personalidad.

Las ideas de Rawls, marcadas por un liberalismo individualista, conceden a la libertad de cada uno el primer lugar en la jerarquía de valores, imponiendo al Estado la obligación de garantizarlos y a la democracia de protegerlos formalmente. De esta manera, se cae en la paradoja de que

la democracia resulta limitada para asegurar la igualdad. Su concepción se basa solamente, como advierten sus críticos, en una concepción “flaca”, formal de la moral y la justicia, no “densa”, “cálida”, enriquecida de una historia. Ch. Taylor ha rechazado su atomismo radical, despreciativo del papel de la comunidad en la elaboración de los derechos de los individuos. M. Walzer ha señalado, por su parte, la imposibilidad para la Justicia de garantizar un principio distributivo que dé los criterios de repartición, es decir, el substrato moral de la igualdad. En ausencia de una conciencia colectiva, de una cultura que unifique, la comunidad política se debilita<sup>7</sup>. Mas los críticos tampoco han superado del todo las antinomias de lo uno y lo múltiple.

Estas tensiones no son exclusivas de la teoría. Aparecen también en los hechos. El país las ha sufrido con evidencia en los últimos conflictos sociales, marcados por una distancia cada vez creciente entre el Estado como entidad moral, la cobertura legal que lo recubre y los desbordes de los actores sociales preocupados por sus problemas cotidianos. La gran pregunta es saber si en ausencia de un horizonte común los derechos humanos pueden realmente ejercerse, ser respetados por la ley y por la decisión personal.

La introducción teórica de estos temas dejan entrever la insuficiencia de proclamar los principios de lo “pluri-multi”, dejando de lado el desarrollo de las instituciones en las cuales se desenvuelve la vida. Pero los problemas aparecen no sólo en el plano de las relaciones entre Estado y sociedad civil, se expresan igualmente en el espacio local, étnico, reivindicado y reconocido por la Constitución. En efecto, ¿cómo las viejas tradiciones vigentes o en recuperación en las comunidades pueden generar una validez normativa sin poner en peligro los derechos de los individuos, su libertad? ¿Cómo eludir la pregunta hasta dónde puede llegar el ejercicio de la justicia comunal, sin entrar en coalición con las prescripciones constitucionales, por ejemplo, en actos considerados como delitos en el plano local, no así en el nacional? ¿Sobre qué fundamento se aplica al individuo el nacimiento, la residencia? ¿Cuál es el ámbito de la tolerancia que impulsa lo “pluri-multi”? ¿Sólo lo nacional o también lo comunal? Estas preguntas comunes entre los teóricos de la política no son sin con-

---

7 M. Walzer, *Sphères de justice*, París, Le Seuil, 1997.

secuencias prácticas, empujan la construcción de la democracia plural hacia nuevas definiciones, prácticas e instituciones.

Sin embargo, las dificultades que una democracia pluralista debe enfrentar convergen en lo político, antes definido por una solidaridad capaz de exigir sacrificios, ahora fraccionado por el pluralismo y las contradicciones que el Estado no puede ya reabsorber porque no sólo las ha reconocido sino porque también el desarrollo de las comunicaciones, la multiplicación de las O.N.G, de visiones diferentes de los actores, de los medios para actuar y expresarse les otorga una presencia ubicua. Razón por la cual la democracia pluralista borra las fronteras entre la esfera de lo privado y lo público que caracterizó la esfera política en el pasado. Por esas mismas circunstancias se acentúa la responsabilidad del ciudadano. Pero el país está mal equipado para lo “pluri-multi”, unido al ejercicio responsable de la ciudadanía. En el primer aspecto, se ha avanzado más, sin por supuesto alcanzar las expectativas. En el segundo, es decir, en la esfera del ciudadano, base de los derechos humanos, que es el otro componente de la ecuación democrática moderna, los cambios han ido con mayor lentitud.

### **La resistencia de los hechos**

A la insuficiencia institucional se unen las fallas de hecho que limitan la democracia pluralista y quitan transparencia a su imagen y eficacia a su desempeño. La corrupción, las renovadas formas de clientelismo o el nepotismo constituyen algunos de los vicios más frecuentes, que acarrear la insatisfacción y el malestar ciudadano. Estos también están ligados, por supuesto a factores externos, a las transformaciones del mercado y las técnicas productivas de las organizaciones que han debilitado el empleo formal y la seguridad social. Finalmente, el Estado afectado en el ejercicio de su soberanía y reducido en sus funciones no ha conseguido desarrollar al mismo ritmo de las transformaciones otros órganos jurisdiccionales que deberían contribuir a la solución de conflictos, allí donde el Estado sólo tendría que desempeñar el papel de última instancia de solución. Esta ausencia lo deja enfrentar las demandas y protestas ampliadas de la sociedad civil, a poner en el tapete de discusión las modalidades de representación.

Las demandas de participación han recibido respuestas legales y procedimientos *ad-hoc* de parte de los gobiernos. Dos medidas son de parti-

cular interés, por una parte, la Participación Popular que concierne el plano local y que ha recibido una acogida favorable de parte de la población sobre todo campesina. Sin embargo, en la ejecución los municipios principalmente rurales han tropezado con obstáculos que provienen de la falta de preparación tanto del ciudadano como de las autoridades municipales, sin dejar de lado que viejas rivalidades comunales ahora han adquirido un nuevo terreno de combate: los recursos y la planificación de las actividades municipales. Una segunda disposición, también legal, ha transformado el sistema electoral con la introducción de los diputados uninominales elegidos por mayoría y los de plancha que se rigen por la proporcionalidad. Se busca de esta manera aumentar el control ciudadano sobre sus representantes. Si bien las encuestas indican una mayor satisfacción ciudadana en la elección de diputados uninominales una fracción cercana al tercio de los entrevistados señaló que ni el sistema de lista completa ni el uninominal los representaba bien<sup>8</sup>. Todos estos factores contribuyen a frenar la participación por las vías establecidas y dejan un amplio espacio al recurso a la violencia de importantes sectores de población.

### **La representatividad en debate**

La multiplicidad de acciones que salen del campo de la esfera privada y que adquieren un sentido político legitimado por la práctica moderna de la democracia, pone en entredicho la representatividad electoral y los partidos políticos, canales tradicionales de la política. El monopolio de la representación da muestras de cierta incompatibilidad con el ejercicio más disperso, más cercano a lo vívido de los actores de la sociedad civil. Justamente uno de los problemas actualmente en discusión, además del referido al establecimiento de jurisdicciones para la solución de conflictos, es el de definir formas de intervención ciudadana J. Habermas ve la democracia moderna como una especie de bisagra articuladora entre los imperativos del sistema y las necesidades impostergables de la gente que terminan por sitiar el sistema<sup>9</sup>.

---

8 Mitchel Seligson, *La cultura política de la democracia en Bolivia*, La Paz, U. C. B., 2001, Pág. 168.

9 Jürgen Habermas, *Théorie de l'agir communicationnel*, París, Fayard, 1987.

A pesar de las opiniones corrientemente expresadas sobre una democracia que está produciendo la apatía del ciudadano, cuando no su retiro, de la esfera de la política, los hechos muestran una creciente participación, aunque el propio actor con frecuencia señala sus críticas al sistema. Sin duda, el problema radica en la definición del alcance de la participación y de los medios adecuados, sin cargar exclusivamente la responsabilidad a los partidos, que por otra parte, no pueden negar la parte de culpa que recae en ellos por el sentimiento subjetivo de insatisfacción del ciudadano.

Señalar la aparición de acciones competitivas con los partidos y con el poder legislativo no implica desconocer su legitimidad, sino buscar conciliar su papel con una democracia plural, mirando las responsabilidades del ciudadano respecto a los mecanismos tradicionales de la política y también con relación a nuevas modalidades de representación que van desde las O. N. G., hasta comités de notables para solucionar los problemas con un fuerte contenido técnico.

### **Las desilusiones de la democracia plural**

Un desencanto acompañado de temores y de una buena dosis de pesimismo se ha apoderado del ánimo de los bolivianos. El mismo estado de desaliento se manifiesta en otros países de la región, aunque el mal de muchos sólo sirve de consuelo a los tontos. Ciertamente, las encuestas muestran una preferencia mayoritaria de la población por el régimen democrático (68.9%). En el plano comparativo esa cifra ubica a Bolivia en el pelotón del medio. Por encima se encuentran los países con porcentajes superiores al 80%: Costa Rica y Uruguay y por debajo los de porcentajes inferiores a 60%: Brasil, México, Guatemala, Paraguay y Ecuador, nombrados en orden de apoyo decreciente<sup>10</sup>. Sin embargo, las acciones de hecho han aumentado en número y en extensión, combinando intereses y actores sociales diversos, reflejando una oposición que no se limita al régimen en plaza sino a la democracia en cuanto tal.

Nuevamente conviene señalar que en el estudio citado antes, la inclinación al empleo de medios de hecho para resolver las demandas aparece como un elemento importante de la cultura política boliviana, y más grave to-

---

10 Mitchel A. Seligson, *Óp. Cit.*, Pág. 53 y ss.

davía la combinación de los indicadores de tolerancia con los de apoyo al sistema político coloca una proporción muy baja de ciudadanos del lado de las actitudes favorables a la democracia estable (13%) mientras casi una mitad de los bolivianos se encuentran del lado del rompimiento democrático<sup>11</sup>.

La democracia volvió en los años 80 encarnando la esperanza de las sociedades cansadas de los abusos, de la violencia, de las experiencias de mano dura, que impedían madurar a las instituciones y a los hombres. Hoy día la democracia se encuentra sometida a severos juicios y a acciones que la ponen en entredicho. Un espíritu de revuelta, de búsqueda de nuevas aventuras reaparece con expresiones diversas en las cuales los demonios del pasado bailan con entusiasmo apenas disimulado.

Las distintas maneras de enfrentar los problemas que nos aquejan – económicos, políticos, sociales y morales– comparten entre ellas una desconfianza hacia el ciudadano, hacia sus capacidades de juicio y de elección que corroen los valores básicos de la convivencia democrática. Unas pretenden volver a la construcción de identidades excluyentes. Nacidas del clima de respeto hacia el otro, pero contrarias a él, fomentan la violencia, la convicción que del derrumbe del sistema nacerá la sociedad nueva. La creencia no es original. Nutrió desde mediados del siglo XIX y hasta las últimas décadas de la centuria que se fue, la acción de los revolucionarios y de los Estados totalitarios, unas veces para destruir al adversario de clase, otras al de raza, a veces a ambos simultáneamente. Jamás toleró la disidencia de ideas o de prácticas.

Tampoco es una buena vía la que, siguiendo a Alain-Gerard Slama, se podría llamar el “angelismo exterminador”<sup>12</sup>. Aquí se pretende construir un régimen moral para las instituciones políticas, para el ciudadano basado en la opinión de los expertos, de los notables, de las comisiones. El estilo no es nuevo. Los regímenes autoritarios faltos de legitimidad social intentaron justificarse en la capacidad técnica. Ahora el Estado democrático multiplica en su política y en sus relaciones con la sociedad civil el mecanismo de la consulta al perito en lugar de apoyarse en el ciudadano, que permanece así en calidad de protegido forzoso. Se trata de un estilo de vida política que causó daño en el pasado.

---

11 Seligson, Óp. Cit., Pág. 81.

12 Alain-Gerard Slama, *L'angélisme exterminateur*, París, Grasset, 1993.

En el campo de la acción estatal y en otros, la competencia profesional y el prestigio han sido un medio para combatir las influencias de los políticos, de los partidos y, no en menor grado, de la familia. A través de ella se han introducido valores más universales, menos particularistas sin lograr alejar a estos últimos completamente ni del campo de la política ni del privado. Empero la tendencia de ampliar el ámbito de competencia del notable, por el sólo hecho de haber conseguido éxitos profesionales, dirigiéndolo hacia la política, introduce criterios ajenos al sistema representativo. Por otra parte, con frecuencia la acción de aquel en la definición de las políticas ha producido resultados poco satisfactorios. Aquí comienza a manifestarse con rapidez que la polivalencia del notable además de degenerar en un desprecio por el costo social de las medidas, en una arrogancia y una ingenuidad no balanceada por la responsabilidad electoral, es un factor que contribuye a desgastar el sistema democrático, difundiendo una imagen negativa del compromiso partidario, no ajena al debilitamiento de los partidos en su acción y en sus mecanismos de reclutamiento. Tomar decisiones técnicas, purgadas de la política es un viejo mito. Desarrollado por Platón en la Grecia Clásica se convirtió en la época de la Revolución Francesa en el estilo de hacer política que eliminaba los particularismos de las jerarquías sociales, las diferencias de tradiciones, de historias y geografías para alcanzar el universalismo. Tal pretensión se fundó en la presunción de que conocer el bien equivale a poder realizarlo. En las democracias plurales, la afirmación choca con el sentimiento arraigado de la legitimidad de las diferencias valorativas y de intereses.

El país, en un momento en que se abre a la competencia internacional, se introduciría por una vía errónea si pretendiera volver al exclusivismo partidario en el establecimiento de políticas prescindiendo del componente profesional y técnico, sin el cual no se concibe política moderna. La democracia plural puede ampliar su legitimidad por la confrontación y control recíproco de dos órdenes distintos de legitimidad, cada uno en su lugar, con sus competencias delimitadas. En el caso contrario cuando el notable profesional o de cualquier otra naturaleza predomina sobre el político o éste sobre aquel, como señala Laruent Cohen-Tanugi, la eficacia de la política, de la economía, de la justicia social sufren daño<sup>13</sup>. El ciudadano de a pie resulta al final disminuido.

---

13 L.Cohen-Tanugi, Óp. Cit., Pág. 183.

## Sociedad civil, pluralismo y representación

Otros riesgos provienen de la legitimidad que la sociedad civil pretende arrogarse al margen de los mecanismos constitucionales. Frente a ese empuje los gobiernos ceden, asumiendo a menudo compromisos más allá de todas sus posibilidades reales de cumplimiento. Sin duda, pocas veces en la historia la “sociedad civil” ha sido consultada como ahora. Pero ¿de qué sociedad civil se trata? De los sectores organizados y activos alrededor de intereses compartidos. No será indispensable recordar que ellos no son necesariamente los de las mayorías. Así se cede a una ilusión de transparencia, detrás de la cual se esconden muchas opacidades. Tampoco por ese camino se amplía democráticamente la participación y quizá el efecto resulta más bien el contrario. La legitimidad se traslada de los políticos, de los partidos, de los elegidos que han cometido suficientes torpezas, antepuesto su egoísmo al bien común, como para merecer esta suerte, hacia los sabios autoproclamados, a los grupos de intereses. Sin embargo, éstos tampoco se hallan al abrigo de tales defectos, aunque sus modalidades de trabajo, su condición privada evita con mayor éxito la mirada del público y el consiguiente control social.

Sería leer equivocadamente estas líneas, prestarles un propósito contrario al desarrollo de la ampliación de la democracia. Sin embargo, admitir el principio no equivale a aceptar los procedimientos que benefician a actores no exentos de los principales pecados de la política partidaria y cuyo derecho a participar proviene de su auto-presentación y no de la voluntad ciudadana. Está más allá de toda duda que la democracia pluralista se alimenta de la rica actividad y de la fructificación de intereses distintos de la sociedad civil. Pero hay dudas que surgen. La de mayor envergadura ¿cómo una sociedad con voluntad de “abrir el paraguas valorativo” puede desarrollar normas sin poner en peligro los derechos de las diferentes culturas y éstas los de los individuos cuya voluntad libre, como reclama D. Howard, debe realizarse en esa sociedad y no de manera puramente accidental? Luego, se presentan otras cuestiones como ¿qué pasa con los derechos de los sectores carentes de organizaciones emblemáticas? ¿cuál es el alcance y los límites del mandato que organizaciones no elegidas por sistemas representativos pueden tener? Peor aún ¿cómo evitar que estas prácticas lleven a alejar cada vez más al ciudadano del ejerci-

cio de sus derechos constitucionales, a negarle su responsabilidad de optar, de decidir, de contribuir a resolver los problemas que afectan su vida y su convivencia social?

La falta de adecuación institucional y la persistencia del enfrentamiento político producto de la irresolución de esas cuestiones, fuerza a reconocer que los caminos de la apertura hasta ahora practicados no han dado los frutos esperados. No hay posiblemente soluciones milagrosas en especial en un ambiente de dura competencia internacional y cuando el Estado que en el pasado proporcionó “el paraguas valorativo” para las políticas sociales amplias se ha visto recortado en su soberanía, en su función de crear imágenes del futuro, fundamento de la nación, en sus mecanismos de acción.

Ninguna de las vías formales e informales para elaborar políticas consensuales en la democracia boliviana de hoy, que se trate del recurso a los notables, de la participación en diálogos nacionales, de organizaciones que hablan en nombre de una base social amplia o, simplemente, de la participación popular, ha conseguido, pues, su objetivo. Quizá porque el problema no es principalmente el de la participación, que nadie puede desconocer que ha avanzado de manera significativa desde el retorno del sistema democrático y es uno de los ingredientes de su definición. Tampoco lo es la falta de instancias jurídicas para resolver los problemas de manera pacífica. El malestar que refleja la conflictividad de la vida política del país va más allá. Pone en juego una vieja preocupación, debatida ya por los sociólogos cuando la disciplina nacía, que no es otra que el de los aspectos precontractuales del contrato, para emplear el lenguaje de Durkheim, o del mínimo consenso valorativo de la tradición funcionalista posterior, modernamente enfocado como el tema de la ciudadanía.

La Revolución Nacional, como se señaló, unificó la sociedad en torno a la superación de la dependencia del extranjero, a la auto capacidad de la sociedad para manejar sus recursos. El proyecto revolucionario, que unió ingredientes populistas en el marco de un régimen fuerte de partido, no sobrevivió al cambio de sensibilidades con las cuales se acompañó la vuelta de la democracia pluralista, de competencia abierta de intereses diversos. Las soluciones planteadas en el ámbito teórico por Rawls, de una parte y Walzer, por otra, si bien no son del todo excluyentes entre ambas, cada una se inclina con mayor fuerza por un polo distinto: individualista,

la primera, comunitaria, la segunda. Los desafíos de la democracia actual que se dejan ver en actitudes de descontento, de retiro o periódicamente en acciones colectivas anti-sistema, buscan una salida más de fondo. Las decisiones políticas empíricas producidas para resolver conflictos específicos descuidan los aspectos normativos y de valores a través de los cuales lo político, en el sentido de Howard, vincula a los individuos a un conjunto mayor que no se reduce a un accidente de cohabitación, a una sociedad generadora de sentidos, donde la participación no se busca como un fin en sí mismo, sino como un medio para establecer solidaridades normativas más amplias. Afirmación que no pone en peligro los derechos humanos llamados a realizarse en la sociedad que, como reconoce Howard, no constituye una reunión accidental, ni el resultado de la conveniencia circunstancial alrededor de medidas prácticas nacidas de respuestas concretas a problemas de la misma naturaleza, es decir, para salir del paso. Como reclamó Durkheim el contrato vale sólo si las partes concuerdan anteladamente en los aspectos previos a aquel, de donde sale su fuerza vinculante.

Así las soluciones pragmáticas y los planteamientos teóricos con los cuales se intenta conciliar las contradicciones de una democracia pluralista, animada por la presencia de dioses diferentes, han fallado hasta ahora en el establecimiento de una intersubjetividad compartida, sin volver al autoritarismo, evitando a la vez el egoísmo del cada uno para sí. Sin aceptar tampoco la destrucción de los mecanismos de la política como los partidos, los sindicatos, aunque su pretensión a monopolizar de manera exclusiva la representación política no tiene más cabida en un sistema donde la esfera pública está penetrada por las preocupaciones e intereses de ámbito privado.

### **La vuelta del ciudadano**

Tal vez hay que darse la vuelta hacia el ciudadano, el actor más mencionado del discurso político e igualmente el más olvidado en la construcción institucional de la democracia pluralista, todavía tratado dentro de una concepción paternalista heredada del pasado. Explorar las responsabilidades y derechos del ciudadano quizá permitan encontrar las bases para construir una democracia con solidaridades normativas compartidas, igualmente distante del individualismo egoísta o del repliegue comunitario, no menos egoísta.

Habermas ha avanzado una respuesta en su concepción del “patriotismo constitucional”. Las condiciones de participación en un común conjunto social o en una ciudadanía compartida no imponen la existencia de una cultura e historia homogénea, ni la obligación de compartir las tradiciones traídas del remoto pasado, basta con adherir con convencimiento al principio de la igualdad y libertad de todos los hombres. La identidad posnacional apunta, más que a una totalidad cerrada de creencias, a principios abstractos manifiestos en la ley.

Las democracias modernas, pluralistas reposan en una intersubjetividad enraizada en la posibilidad del diálogo entre ciudadanos, exento de dominación y de distorsiones ideológicas. La ética de la discusión surge de la confrontación de los discursos y opiniones que dependen sólo de la lógica del argumento y no de la imposición de cualquier interés particularista<sup>14</sup>. El planteamiento atrae la atención sobre las capacidades de diálogo del ciudadano, pero pasa muy laxamente sobre el problema de la constitución de lo político, como algo distinto de las políticas, como destaca Howard, es decir sobre la capacidad de reflexionar sobre una sociedad y sus orientaciones comunes no salidas de ninguna imposición.

C. Pocock, en reacción contra el liberalismo puro que quema en el altar del mercado al Estado y al ciudadano, e igualmente desconfía de la multiplicidad de identidades, busca en un humanismo cívico una fórmula para ir más allá de la contraposición entre unidad y diferenciación.

La constitución de una esfera política requiere de una vuelta a la responsabilidad del ciudadano capaz de desarrollar las condiciones necesarias para asentar las reformas institucionales, las modalidades de participación que amplíen el horizonte de la democracia plural. La cultura política hacia la cual se apunta depende del ejercicio de una ciudadanía responsable, conformada por ciudadanos ya no más considerados bajo la tutela de notables, del Estado o de la sociedad civil, con capacidad de elaborar juicios sobre su situación presente y futura.

Howard reconoce en el acto de juicio reflexivo la marca del ciudadano en una sociedad heterogénea, donde el Otro está presente. El juicio reposa en la conciencia personal pero toma en consideración a los demás a los cuales intenta convencer de lo apropiado de su toma de posición. To-

---

14 Jürgen Habermas, *L'integration républicaine*, París, Fayard, 1996.

mar en cuenta al Otro es reconocer su autonomía y a la vez expresar el sentido de su propia responsabilidad frente a él<sup>15</sup>. Lo que no implica negar su autonomía o buscar convertirlo en doble de lo que uno mismo es. Cada cual debe ejercer su juicio crítico y responsable de donde surge un sentido común, creador de un lazo político fundado en el reconocimiento mutuo. Nadie se encuentra de esta manera sometido a la tutela del otro, partido, asociación o sindicato. Según Howard el juicio constituye la precondition de la voluntad individual o colectiva. Aquel da lugar a la aparición legítima del interés particular en la política y al mismo tiempo la búsqueda de identidades sin dejarse atrapar por el exclusivismo del vínculo étnico.

Los intereses de los miembros de la sociedad civil no producen de manera automática acciones políticas, requieren de un público receptivo que si no ejerce su facultad de juicio puede entregarse a populismos o autoritarismos, uno y otro, contrarios a la democracia.

El ciudadano ha sido en el país víctima de la desconfianza de sus facultades de reflexión, de honestidad. Esta desconfianza no sólo vuelve tortuosa la relación con la Administración Pública, sino que impide conformar una sociedad civil fuerte con capacidad de escoger entre distintas opciones, de desarrollar una solidaridad de la cual todos se sienten responsables. Allí puede anclarse lo político que abre las posibilidades a distintas formas de participación, de arreglos institucionales, abierto a los desafíos de un mundo de competencia.

La democracia ha probado su capacidad de corregir sus propios errores y sus extravíos. Su realización no se da de una vez y para siempre, pero su apertura conduce a caminos sin salida cuando en la hora actual, ganada a otras sensibilidades más cercanas a las experiencias cotidianas del ciudadano, se deja a éste al margen de la posibilidad de hacer política en forma crítica, cuando se prescinde de su juicio.

La democracia hay que defenderla, a pesar de las expectativas que no realizó, porque es el régimen donde la libertad, la equidad, la justicia gozan de la mayor garantía. La situación actual, como en los viejos y seguros castillos, se desenvuelve en el ala de las contradicciones. El ala de la reconciliación está al lado pero pasa por la devolución de la confianza al ciudadano, base de toda reforma útil, de una nueva cultura política.

---

15 D. Howard, Óp. Cit., Pág. 39.

# La sociología: Una visión actual<sup>1</sup>

La sociología se constituyó como disciplina científica en las primeras décadas del siglo XIX, a partir del momento en que los hombres concibieron la sociedad como un producto de su propia creación. La ciencia apareció con un programa fuerte de explicación mediante leyes de los hechos sociales y luego de comprensión del sentido de las acciones del hombre en sociedad.

En ambas vertientes la prueba empírica de las afirmaciones referida a lo social se basó en una cuidadosa observación y, cuando fue posible, en la experimentación de los acontecimientos examinados. Se desaprobó todo recurso a explicar en términos de fuerzas metafísicas o sobrenaturales. Curiosamente, el fin del siglo XIX vio la vuelta de explicaciones de lo social por la raza o la geografía. La sociología que nació en el país, tanto en la Universidad como en los trabajos de investigación, se sirvió de ese tipo de explicaciones.

El mundo contemporáneo globalizado parece someter a los hombres y sociedades a fuerzas que escapan a su control; de allí la reacción contra la disciplina por parte de algunos de sus más destacados practicantes. Peter Berger cree que ésta ciencia, que tuvo sus momentos estelares, hoy se halla agotada. Wolfgang Ienken sostiene que ella no ha producido jamás saber. Daniel Bell la ve como un “arte imperfecto”. Otros sociólogos sos-

---

1 Publicado en *Aleph: Memoria Académica del Encuentro de Ciencias Humanas y Sociales entre dos milenios*. Universidad Privada de Santa Cruz de la Sierra, 2001 (N. del E.).

tienen que la sociología, a pesar de sus esfuerzos, no llegó a gestar un programa efectivo de investigación<sup>2</sup>.

La reacción contra el pesimismo que reina en las ciencias sociales proviene de una variedad de enfoques vigentes en esta disciplina, los cuales han intentado construir –desde diferentes posiciones– una aproximación nueva que trate de superar las viejas oposiciones que dificultaban una comprensión adecuada de lo social. La amplitud con la cual se abordan los temas ha permitido una clarificación de problemas, antes considerados como irresolubles<sup>3</sup>. Estos intentos se conocen con el nombre de constructivismo<sup>4</sup>.

### Los viejos dilemas

El constructivismo que sostiene el carácter construido de la realidad social, es decir, visto como una producción histórica hecha por actores individuales y colectivos, rechaza las dualidades conceptuales cargadas de filosofía, que ocuparon a los sociólogos hasta no hace mucho tiempo. La oposición entre materialismo e idealismo es una de ellas. Algunas de las versiones del marxismo que encontraban la razón última de la organización social en la economía, ilustran la primera posición; en tanto que los autores que veían en las ideas el motor del cambio, ilustran la segunda. La oposición también tomó la forma de la antilogía espíritu/cuerpo, ideal/real<sup>5</sup>.

De naturaleza parecida es la distinción entre objetivo y subjetivo. Aquél designa un objeto, una realidad consistente en ella misma, independiente de cualquier percepción que se contrapone a lo subjetivo, entendido como lo que ocurre en la mente, en la conciencia del individuo. El objetivismo intentó descubrir leyes como las de la naturaleza en el campo de lo social. E. Durkheim definió la sociología como el estudio de los hechos sociales como cosas, es decir, ajenos a lo subjetivo. Sus definiciones las acuñó, de la misma manera, alejadas de lo individual.

---

2 Cfr. M. Hollis, *Filosofía de las ciencias sociales*, Barcelona, Ariel, 1998.

3 Cfr. A. Giddens y J. H. Turner, “Introducción” en A. Giddens, J. H. Turner et al., *La teoría social, hoy*, México, Ed. Alianza, 1990.

4 Ph. Corcuff, *Les nouvelles sociologies*, París, Nathan, 1995.

5 Ph. Corcuff, *Óp. Cit.*, Pág. 9.

En los años 60 del siglo que termina, el estructuralismo –como lo concibió Levi Strauss– es un ejemplo de objetivismo. Su célebre frase: “no pretendo mostrar cómo piensan los hombres en los mitos, sino cómo los mitos actúan en la mente de los hombres, sin que éstos sean conscientes de ello”, concentra el interés en la estructura cultural, en el mito, que informa sobre la acción humana, más que en las propiedades de esta última. El estructuralismo tuvo una fuerte influencia de la lingüística de F. Saussure que pensó la lengua como una estructura basada en las diferencias. El planteamiento sigue vigente en la corriente post-estructuralista que ha dado mayor autonomía al texto que a su autor. De manera general, en esta escuela se ha colocado al actor social en un lugar subordinado.

Pertenece al mismo orden de problemas la clásica contraposición entre lo colectivo y lo individual. E. Durkheim, en su teoría del suicidio, considerado como un resultado de las características del grupo, pertenece a la primera posición. Por su lado, M. Weber y su sociología comprensiva que mira hacia el actor y los significados de su acción, encaja en el marco del individualismo. Modernamente este par de conceptos se tradujo en las sociologías de la interacción social frente a las sociologías de la cultura y las instituciones.

Los planteamientos actuales no sólo buscan ir más allá de estas oposiciones, sino que además pretenden dejar atrás el viejo positivismo fuertemente influido, por las ciencias naturales y desconfiado de la metafísica. A. Giddens, por ejemplo, da un giro ontológico a su teoría. Reconoce como una propiedad del actor su capacidad para separarse de las normas y recursos sociales dominantes. J. Alexander defiende la importancia de los clásicos de la sociología tanto en la manera de concebir la disciplina cuanto en la práctica, en abierta oposición al positivismo, que desdeña el aporte de aquellos. R.K. Merton hacía suya una frase de A.N. Whitehead: “La ciencia que duda en olvidar a sus fundadores está perdida”. Para Merton, los planteamientos de los autores clásicos o se encontraban confirmados por la investigación o no tenían cabida en la teoría. Alexander sostiene la importancia y riqueza de esas concepciones clásicas como una manera de aproximarse a la realidad social y humana, sin negar el meollo filosófico que se encuentra en ellas y en toda teoría empleándolo de manera crítica.

Hoy, la posición con respecto a la verdad es, asimismo, diferente de la del positivismo tradicional que creía que ella constituía la línea diviso-

ria entre la ciencia y la no-ciencia. Los sociólogos actuales mantienen la importancia de la verdad, pero sobre todo, como una búsqueda, antes que como la certeza de haberla encontrado. Finalmente, el peso de las acciones humanas productoras y reproductoras de lo social es también mayor que el de sus determinaciones objetivas, provenientes del entramado institucional y de la cultura.

### **Algunas teorías actuales**

Los diversos autores que caen bajo la etiqueta de constructivistas tienen diferencias específicas y algunos elementos comunes abajo detallados:

Las realidades sociales son construcciones históricas de actores individuales y colectivos. Algunos hablan de historicidad para referirse a esta cualidad, aunque para A. Touraine, uno de los sistematizadores del citado término se refiere al conflicto que desgarras las sociedades entre la producción y la reproducción, es decir, entre el cambio y la continuidad por los cuales luchan los movimientos sociales.

El mundo social se construye sobre la base de las pre-construcciones del pasado que son reproducidas, apropiadas, desplazadas y transformadas por las prácticas e intervenciones de los agentes.

Uno de los primeros libros que llamó la atención sobre este enfoque fue *La construcción social de la realidad* de P. Berger y T. Luckman. El constructivismo ve el pasado como una herencia social que mediante el trabajo diario se abre hacia el avenir<sup>6</sup>.

### **Ejemplos de autores contemporáneos**

Jeffrey C. Alexander, profesor en la Universidad de California, ha desarrollado su pensamiento en un diálogo con los autores de la tradición clásica y en particular con Talcott Parsons. La teoría de éste ocupó un lugar destacado en la formación de sociólogos en las universidades anglosajonas. Aunque en un contexto diferente, Alexander ha retomado el tema parsoniano de los diferentes sub-sistemas de acción y sus funciones. Tema que despertó las oposiciones de los sociólogos de la década de los 70

---

6 Ph. Corcuff, Óp. Cit.

y 80, y que ahora ha vuelto a recobrar la atención de los teóricos sociales, por supuesto, considerando las críticas que recibió. Las nuevas posiciones se erigen recuperando el voluntarismo subjetivo y las limitaciones objetivas de la acción. Las ideas de Parsons, que acordaban un papel central a la intencionalidad del actor, se han enlazado con orientaciones más macro. Las teorías del interaccionalismo simbólico y, en especial, la etno-metodología –ambas reacciones con respecto a Parsons, que examinan cómo los individuos edifican en sus prácticas cotidianas la realidad social– pertenecen más al campo de lo micro. El funcionalismo que Parsons acomodó a sus planteamientos sobre la acción y las teorías del conflicto, en cambio, son macro, pues tienen por objeto las instituciones o el todo social.

Alexander es uno de los teóricos que se ha esforzado por cerrar la brecha entre lo micro y lo macro. La intención no fue extraña a Parsons, si bien no consiguió articularlas sin fisuras. Alexander sostiene que ha desarrollado una “pauta que [...] es francamente ecuménica, y deriva del espíritu, y en parte de la letra de los primeros trabajos de Parsons. Creo [dice] que la multidimensionalidad es la única posición que puede explicar el mundo social de manera total, coherente y satisfactoria”<sup>7</sup>.

Anthony Giddens es otro autor actual que pretende elaborar una teoría social capaz de superar los antiguos dualismos. Su posición se refiere a las potencialidades constructivas de la vida social. Aunque acepta que la conversación y la negociación del significado son elementos inherentes a la interacción social, considera que la agencia humana tiene el poder de intervenir en el desenvolvimiento de los acontecimientos. Su obra intenta integrar la acción y la estructura. Ésta última es tomada a la vez como el medio, el instrumento y el resultado de las prácticas sociales. Se trata de una visión circular en la cual las dimensiones estructurantes de la cultura aparecen adelante como una condición de la acción y después como un producto de ésta<sup>8</sup>. Para él, los actores sociales son competentes, vale decir que todo lo que conocen o creen de manera tácita o discursiva sobre su acción y la de los otros lo emplean para producir o reproducir acciones, de una manera más práctica que reflexiva.

---

7 J. C. Alexander, *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Gedisa, 1989, Pág. 299.

8 A. Giddens, *The Constitution of Society*, Cambridge, Polity Press, 1989, Pág. 25.

Las propiedades realizadas por la acción se extienden, en el espacio, más allá del control que cada actor pueda ejercitar, lo que produce las consecuencias no intencionales de la acción, que conjuntamente con el inconsciente constituyen sus límites. Esta teoría y la anterior aún son poco conocidas y, sobre todo, poco aplicadas a la investigación social en el país.

Alain Touraine, cuya obra está centrada en el análisis de datos de movimientos sociales en conflicto por las orientaciones de la sociedad, coloca al actor frente al sistema, allí donde el planteamiento clásico los fusionaba. Su obra ha tenido mayor influencia en la enseñanza y en las investigaciones que en el caso precedente.

Touraine reflexiona sobre la capacidad de una sociedad para autoproducirse. Antes que al reconocimiento de la naturaleza histórica de la vida social o al análisis histórico de los hechos sociales –sin desconocer la importancia de ellos en la sociología– llama historicidad al conjunto de modelos cognoscitivos, económicos y éticos con los cuales una sociedad construye su cultura, es decir, una relación dinámica con el medio.

La cultura resulta así, no un conjunto de valores compartidos o una Ideología dominante, sino un bien que los actores tratan de controlar, de apropiarse o negociar su transformación en formas de organización social. La historicidad, vale decir, en el conjunto de modelos señalado está determinada por el trabajador colectivo y el control que éste ejerce sobre los frutos de su labor.

La gestión de la historicidad divide a los actores sociales, entre aquellos que buscan apropiarse de ella y se constituyen en sus agentes, y quienes participan allí de manera dependiente e intentan arrebatar a los primeros el poder social que detentan. Cada actor es, pues, al mismo tiempo conservador y revolucionario, luchan entre ellos, enfrentados por relaciones de dominación y conflicto, en la búsqueda del control de la historicidad, de las orientaciones sociales<sup>9</sup>.

Touraine ha desarrollado una teoría de valor heurístico para comprender los conflictos y el desarrollo de las sociedades, aportando también con un método propio de intervención sociológica, capaz de dar a los actores conciencia del nivel del conflicto en el cual se hallan inmersos.

---

9 A. Touraine. *Production de la société*, París, Editions du Seuil, 1973.

## El individualismo metodológico

Esta corriente no es nueva, sus orígenes se hallan en el debate de la universidad alemana entre ciencias de la cultura y ciencias de la naturaleza. Se trata de un planteamiento lógico y no representan un juicio axiológico o de una afirmación de un hecho. Raymond Boudon y F. Bourricaud plantean que el actor social adopta los papeles sociales no como camisas de fuerza, sino como posibilidades de orientación, arbitrio entre ellos y evaluación de las consecuencias de su conducta. Sin embargo, no siempre se puede prever los resultados, de ahí la aparición de efectos no buscados de la acción que por otra parte, conviene señalarlo, se desarrolla en condiciones de racionalidad limitada, es decir, que ningún actor puede controlar todas las condiciones ni resultados de su actuar. Boudon ha examinado las situaciones de aparición de los resultados no previstos como consecuencia de actos individuales, cada uno con su propia racionalidad, pero que agregados unos con otros producen un fenómeno no esperado. Por ejemplo, el surgimiento del capitalismo, en la obra clásica de Weber sobre la ética protestante, se debe, en parte, a los comportamientos religiosos de hombres que creían en la predestinación, practicaban el ascetismo mundano y la búsqueda de la ganancia como señal de elección.

Asimismo, Boudon ha criticado la búsqueda de leyes generales y ha resaltado el interés de los modelos de tipo ideal en el sentido weberiano, que acentúan rasgos de la realidad para hacerla más comprensible.

Jon Elster, sociólogo noruego que sigue las orientaciones generales del individualismo metodológico, ha mostrado con agudeza, en diferentes estudios, los límites de la acción racional originados en preferencias inconsistentes, en contradicciones, en cambios de orientación. *Ulises y las sirenas*, una de sus obras más llamativa, constituye una metáfora de las conductas en las cuales los hombres eligen sus propias limitaciones. Destaca el autor además, la dificultad de planificar el propio carácter. En *Uvas Amargas* desenvuelve la idea de que la utilidad y las creencias no son independientes y están influidas por las situaciones concretas donde se manifiestan. *Juicios salomónicos* aborda otros aspectos de la subversión contra la racionalidad.

En definitiva, el individualismo metodológico plantea serios problemas éticos a la pretensión de llevar a cabo reformas políticas de manera racional que es uno de los temas del debate contemporáneo.

## Conclusiones

Vale la pena señalar algunas conclusiones de esta esquemática presentación en torno a varias teorías sociológicas actuales. Ni duda cabe que importantes posiciones y autores no han sido considerados, hecho que muestra las limitaciones del autor de la charla. En relación a las teorías de la línea constructivista, puede decirse que todas las aquí examinadas de una u otra forma pueden ser adscritas a ella, empero no constituyen un conjunto homogéneo. El intento dominante en ellas es, sin embargo, superar las viejas oposiciones apareadas que dividieron el pensamiento sociológico, así como el rechazo a la filosofía, lo que no quiere decir que en todos los casos el proyecto haya sido de éxito.

El hecho de destacar las limitaciones de la acción social ha devuelto un lugar central en la reflexión contemporánea a la ética. Asimismo, el relativismo, no siempre admitido en las ciencias, ha abierto un espacio a las discusiones sobre la verdad y su papel en la construcción científica. K. Popper fue un ejemplo temprano de estas posiciones. Cabe mencionar que el conflicto entre partidarios de la sociología, como búsqueda de leyes generales y los de la comprensión, se ha atenuado considerablemente.

La sociología en Bolivia se ha institucionalizado tanto en la Universidad con programas de grado y de post-grado como en la elaboración, ejecución y evaluación de políticas sociales, en el sector privado y público. La mirada que ella ha permitido de la realidad social se ha enriquecido con perspectivas novedosas y críticas. La concepción que la sociedad boliviana tiene de sí misma como multicultural y multiétnica no es ajena al desarrollo de las ciencias sociales.

Sin embargo, subsisten en la enseñanza y práctica de la sociología algunos problemas que vienen de lejos. Un acusado divorcio entre teoría e investigación, quita a la primera la base empírica y a la segunda la posibilidad de trascender las descripciones concretas. Parte del problema se debe a la orientación de la investigación, destinada en gran medida a aplicaciones de programas concretos de política social.

En muchos casos, el instrumental conceptual y metodológico no se ha renovado. El empleo de técnicas informáticas ha conducido, en los informes de investigación, a la proliferación de cuadros con poco valor analítico.

Afortunadamente, en este campo, los esfuerzos de varios post-gradados y programas de investigación estratégica comienzan a mostrar perspectivas promisorias.

El desarrollo de la teoría en el país exige una mayor independencia del científico social de las fuentes de financiamiento políticas e instrumentales. El esfuerzo debe ser asumido por la Universidad y los centros académicos independientes, pero esta necesidad no parece que será satisfecha para mañana.



# Notas sobre el paradigma sociológico de A. Touraine<sup>1</sup>

Es ya un lugar común señalar que la noción de teoría tiene en la sociología contemporánea una multiplicidad de significados. En un conocido pasaje de *Social Theory and Social Structure*<sup>2</sup>, R. K. Merton en 1949 llamó pronto la atención sobre el uso poco sistemático de este término, al cual se recurría para designar una variedad de actividades en la tarea del sociólogo que comprendían la metodología, las ideas rectoras, el análisis de conceptos, las interpretaciones *post-factum*, las generalizaciones empíricas, la derivación y codificación y, finalmente, la teoría propiamente dicha.

¿Qué rasgos caracterizan a dicha teoría? Siguiendo a R. K. Merton éstas son:

- 1) La presencia de conceptos lógicamente conectados y con suficiente especificidad para que se apliquen a una gama determinada de fenómenos y admitan verificación empírica.
- 2) Un principio racional de explicación que permita predecir y no sólo extrapolar empíricamente.
- 3) Una precisión adecuada para ser definitiva y verificable.
- 4) La coherencia interna.

---

1 Publicado en *Estado y Sociedad*, N° 2, La Paz, ILDIS-FLACSO, 1986 (N. del E.).

2 R.K. Merton, *Teoría y Estructura Social*, México, F.C.E., 1964, Pág. 95 y ss.

- 5) La fertilidad para derivar leyes científicas que sean formulaciones de invariancia<sup>3</sup>.

En resumen, R.K. Merton reserva este término para referirse a un conjunto de proposiciones lógicamente interrelacionadas y concordantes con observaciones empíricas.

Si se adopta esta definición estricta de teoría, pasando por alto la dificultad de fijar con precisión las distinciones que establece R.K. Merton, es evidente que muy pocas construcciones sociológicas responden a estos criterios.

La mayoría de lo que circula bajo el nombre de teoría introduce parte de aquellos requerimientos, unidos a descripciones más ilustrativas que verificativas, con escaso alcance predictivo y juicios de distinta naturaleza.

El problema se complica por la popularización de los términos de “modelo” y “paradigma” que ciertos autores no diferencian de la teoría. En cambio, para otros como D. Willer, el modelo teórico constituye un estadio de ideas previo para llegar a la teoría estricta y se define, de acuerdo a dicho autor, como un conjunto de conceptos explicativos de la naturaleza de un fenómeno en base a la similaridad, cuyo fin es el de proporcionar los términos y relaciones para captar el fenómeno que, una vez depurados y validados se transformarían en un cuerpo teórico en el sentido estricto<sup>4</sup>.

El modelo, funcionalmente próximo a la teoría, se diferenciaría de ésta tanto por su débil apoyo empírico cuanto por la menor coherencia lógica e imprecisión de sus elementos constituyentes.

R. Boudon recurre a la palabra de “paradigma” en una acepción que ofrece cierta similitud con el concepto de modelo como ha sido caracterizado antes, y lo define como un conjunto de proposiciones primarias de donde derivan las proposiciones que someterán a la prueba de los hechos, sin que esta “extracción” siga un patrón deductivo<sup>5</sup>.

---

3 Basado en D. Willer, *La Sociología Científica. Técnica y Métodos*, Buenos Aires, Amorrortu, 1963, Pág. 16.

4 Cfr. D. Willer, *Óp. Cit.*, Pág. 44-47.

5 R. Boudon, “Teorías, teoría y teoría” en *La crisis de la Sociología*. Barcelona, Ed. Laia, 1974, Pág. 199.

De manera más general, T.S. Kuhn llama un “paradigma” a una estructura mental consciente o preconsciente que posibilita aproximarse a la realidad antes que estudiarla a fondo<sup>6</sup>. En ausencia de una organización de la percepción no se podría distinguir en la infinita riqueza de la realidad aquello que tiene interés de lo que está desprovisto de él. El paradigma no es en sí verdadero ni falso y tal vez esta cuestión carezca de importancia, pues su función radica en suministrar elementos para el planteamiento del problema, en guiar la selección de hechos relevantes. El paradigma precede a la teoría, pero algunos de sus elementos constituyentes pueden dar origen a ella mediante el proceso de precisar y sistematizar los conceptos, a fin de permitir su contrastación empírica.

El paradigma o el modelo, al igual que la teoría, permite una aprehensión de la realidad en base a un punto de vista o estructura de conceptos que, a diferencia de la teoría estricta, no tiene una organización explícita y que, por lo tanto, no ha sufrido la prueba de los hechos, incapaz de proporcionar hipótesis claras y falsables en el sentido de K. Popper.

La mayoría de las denominadas teorías sociológicas constituyen en realidad paradigmas o modelos en el sentido aquí señalado, aunque no sería correcto reducirlas todas a un solo paradigma. Ellas corresponden a varios tipos. Clasificarlas y descubrir sus funciones excedería los límites de este trabajo<sup>7</sup>.

La literatura sociológica contemporánea no abunda ni en teorías ni en paradigmas destinados a la comprensión de las sociedades globales. Al contrario, la práctica actual de la sociología sigue otros rumbos más cerca de C.W. Mills y su invitación al uso imaginativo de las ideas sociales, al desarrollo de la artesanía intelectual que de T. Parson y su Sistema Social. Los paradigmas dominantes que los podríamos reducir, de manera muy grosera, a las dos corrientes conocidas como la estructural-funcionalista y la marxista han sido objeto de severas críticas y en la actualidad es un tema socorrido referirse a su crisis. Sin embargo, no han faltado intentos de definir nuevas aproximaciones a los fenómenos sociales en su globalidad que, conscientes tanto de los obstáculos que enfrenta la praxis del sociólogo cuan-

---

6 T.S. Kuhn, *La Estructura de las Revoluciones Científicas*, México, F.C.E., 1971.

7 Ver una clasificación de paradigmas en R. Boudon, *Óp. Cit.* Asimismo, D. Willer cita modelos analógicos, icónicos y formales, *Óp. Cit.*

to de los límites de las categorías del pensamiento social dominante, intentan redefinir la acción de aquel, no menos que “el objeto real de su conocimiento”. Uno de estos ensayos del cual vamos a ocuparnos en las páginas que siguen es el del profesor A. Touraine. Su obra inicial y reciente se encuadra en los esfuerzos de elaboración intelectual, ya visibles a principios de los años sesenta<sup>8</sup>, que han pretendido superar las insuficiencias y aún contradicciones de las “teorías” de la primera mitad del siglo, en particular del funcionalismo y del marxismo, para mencionar sólo las dos escuelas arriba citadas y de mayor influencia en la sociología contemporánea, con respecto a las cuales este autor mostrará la originalidad de su propósito.

Para comprender la obra de A. Touraine conviene situarla, así sea brevemente, con relación a los planteamientos que intenta dejar atrás. La crítica tourainiana del estructuro-funcionalismo, enfoque centrado alrededor de la explicación del problema del orden en la sociedad, se encamina a mostrar su insuficiencia teórica para responder por el surgimiento de los valores que fundan la legitimidad del orden social. Los valores aparecen en el estructuro-funcionalismo como principio de legitimidad, de orientación del sistema social y como motivación de los actores. De esta manera se explica la reproducción de la sociedad, pero ¿cómo se explica el cambio? ¿acaso se reduce aquella sólo a repetir lo establecido, a afirmar los mismos valores y normas en las cuales éstos se encarnan? Ciertamente no. La sociedad es capaz de transformarse, de innovar, de crear nuevas orientaciones para las prácticas sociales.

La tesis de A. Touraine sostiene que la sociología debe ir más allá del estudio del funcionamiento de la sociedad, de sus condiciones de existencia y equilibrio, procurando responder por la razón de ser del sistema social.

No hay duda que existen diferencias entre los primeros trabajos de A. Touraine y los últimos. Sin embargo, en este ensayo vamos a insistir más en la continuidad que en la ruptura. Idéntica intención de aprehender los fenómenos sociales en su totalidad, de descubrir la dinámica de la transformación subyace en su primera obra sistemática *Sociología de la Acción*<sup>9</sup>

---

8 Cfr. N. Pizarro Ponce, “El sujeto y los valores: La Sociología de la Acción de A. Touraine” en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, No. 5, 1979, Pág. 37.

9 A. Touraine, *Sociologie de l'action*, París, Ed. du Seuil, 1965. Todas las citas de esta obra pertenecen a esta edición.

y en la última *Producción de la Sociedad*<sup>10</sup>. El tema dominante de la primera obra es el trabajo, acción teóricamente privilegiada en el sentido de K. Marx; capaz de transformar a la naturaleza y al propio hombre. El trabajo, responsabilidad más colectiva que individual, por su doble exigencia de creación de obras y control de lo producido no remite a nada fuera de sí. A través de él se crea el sentido, motivo por el cual constituye la verdadera acción social, aquella que no responde exclusivamente a los valores e instituciones existentes y más bien encarna las fuerzas productoras de historia, generadoras de ruptura, en especial cuando constituyen un movimiento social. La doble exigencia del trabajo trasciende a las sociedades concretas, aunque él se realiza históricamente y varía socialmente de acuerdo al grado de dependencia del hombre respecto a la naturaleza. Igualmente las mediaciones institucionales que se establecen entre el acto de creación y el de control difieren siguiendo la complejidad de las organizaciones concretas. El “Movimiento Social”, uno de los conceptos de la sociología de A. Touraine que ha orientado numerosos estudios empíricos, representa el agente de las transformaciones y permite explicar el paso de un ordenamiento institucional a otro. No como fruto de una evolución natural de la sociedad sino como resultado de una acción colectiva, de un movimiento que se opone a las alienaciones de una situación, a los obstáculos de la organización que privan al trabajador de su calidad de creador, es decir, un proyecto de reivindicación social orientado por la doble exigencia de creación y control. Un movimiento social parte de una sociedad concreta para recaer sobre ella misma modificándola, como efecto de su acción.

La obra posterior de A. Touraine, no licencia el tema del trabajo, de la acción social, pero se centra más en las relaciones y tensiones del sistema de acción histórica. Este término abre un campo teórico para comprender cómo las sociedades globales se forman y se transforman, pero además ambiciona definir una nueva metodología para el sociólogo en el mundo actual: la intervención sociológica<sup>11</sup> que intenta descubrir las relaciones sociales, los antagonismos entre actores detrás de las prácticas organizadas, de la opacidad de las ideologías, incitando al grupo-actor a un

---

10 A. Touraine, *Production de la Société*, París, Ed. du Seuil, 1973. Todas las citas de esta obra pertenecen a esta edición.

11 Cfr. A. Touraine, *La Voix et le Regard*, París, Ed. du Seuil, 1978.

autoanálisis revelador del sentido de su lucha<sup>12</sup>. Hallar el proyecto del actor detrás del disfraz del discurso y del poder, devolviéndolo a la praxis con una conciencia más clara de su posibilidad.

El interés de estos planteamientos no podría desviarnos de nuestra intención de presentar aquí la teoría de A. Touraine tal como aparece en sus obras recientes y, en especial, en la "Production de la Société". Allí los conceptos y la reflexión se ordenan alrededor de las sociedades globales, sus diversos niveles y jerarquías, considerándolos no como un sistema de equilibrio, menos aún como una situación o una intención, antes bien "como un drama en el cual los conflictos por la historicidad penetran el poder y la organización, definiendo para los actores un campo de relaciones que los constituye en tales y da sentido a sus actos". Esta concepción se nutre de la experiencia del surgimiento de las sociedades industriales y más tarde post-industriales en las cuales aparece con claridad la capacidad interna de alterar las normas y los valores, para adaptarse a cambios de dentro y de fuera, más aún de producir los principios rectores para sus prácticas.

El examen de la crítica que A. Touraine hace del estructuro-funcionalismo nos ha conducido, más allá de la intención original, a destacar algunos de los temas centrales de su sociología; conviene volver al propósito primero y señalar algunas de las críticas que este autor dirige a las corrientes marxistas para completar de esta suerte la introducción al pensamiento tourainiano.

La sociología apareció en el momento en que la Revolución Francesa y la industrialización hacían retroceder los privilegios del orden tradicional, como un intento por comprender las formas de alienación que las transformaciones imponían a los hombres. Opuesto a ese tipo de análisis, el marxismo desarrolló una concepción de la sociología para una sociedad, que si bien había liberado las fuerzas productivas de las tradiciones del antiguo régimen, no se concebía aún como fruto exclusivo de su propio esfuerzo y aparecía todavía bajo el control de los garantes meta sociales del orden que en este caso eran la evolución y el progreso. K. Marx estableció categorías para la comprensión del régimen capitalista, separando el

---

12 A. Touraine, "Note sur l'intervention sociologique" en A. Touraine, *Mouvements Sociaux d'aujourd'hui. Acteurs et Analysis*, París, Ed. Ouvrieres, 1982, Págs. 14 y 15.

análisis del sistema económico del de los movimientos sociales<sup>13</sup>. La separación de la esfera económica de la de los actores impide explicar las conductas colectivas de cambio, pues o se vuelve a una vaga filosofía de corte idealista donde los hombres buscan valores pre-existentes (la justicia, la libertad, la felicidad) o “no se reconoce en los conductos más que el efecto de la crisis, de las contradicciones, del crecimiento del sistema”<sup>14</sup>. En ambos casos el sentido de la acción viene dado desde el exterior, con independencia de sus protagonistas. Igualmente reprocha a ciertas versiones del marxismo cargar el peso de la explicación del cambio en las fuerzas productivas, en el desarrollo de la tecnología. Pero ¿Qué son estas fuerzas? Según A. Touraine en algunos casos se las concibe como un mundo autónomo, como un conjunto de presiones al cual la sociedad, tenida como un actor más, se adapta o sucumbe. En otros, ellas expresan la voluntad prometéica de los hombres. En la primera concepción, la técnica aparece como una fuerza constitutiva de la realidad social, aunque incapaz de dar razón de la variedad de formas de organización histórica que corresponden a un momento de la tecnología. En la segunda, concebida la técnica como un medio poderoso al servicio de intenciones, resulta inadecuada para cumplir su función en el análisis, puesto que ella pertenece al orden de los medios y, en consecuencia, no puede determinar las decisiones y, con mayor razón, la organización social<sup>15</sup>.

En esta toma de posición respecto a los paradigmas vigentes en Sociología, A. Touraine no desconoce el aporte de ellos al conocimiento de los fenómenos sociales, más tampoco disimula sus límites. Una vez circunscrito el campo de aplicación de aquellos, desarrolla sus propias ideas para las cuales reserva el lugar central en el análisis sociológico.

¿Cuál es el objeto de la Sociología? La respuesta que proporciona A. Touraine a esta pregunta es simplemente: “Comprender cómo opera la acción de la sociedad sobre sí misma”. La originalidad de la empresa aparece cierta cuando se recuerda que dos ideas fuerza, heredadas del paradigma de conocimiento del Siglo XIX, dominaron los enfoques sociales

---

13 A. Touraine, *Pour la Sociologie*, París, Ed. du Seuil, 1979, Pág. 214.

14 *Ibíd.*, Pág. 33.

15 *Ibíd.*, Pág. 94.

aún vigentes: el evolucionismo y el organicismo. Ambas se fundieron en la sociología denominada funcionalista pero a las cuales el marxismo tampoco escapó. Hasta ahora las representaciones de la sociedad, sin separar con claridad la metáfora de la realidad óptica, aceptaron la idea de que los hechos sociales están gobernados por un orden superior, que los trasciende y que los explica llamado por A. Touraine “el garante meta-social del orden”. Este revistió distintas modalidades como la religión, la política, lo económico o la idea de progreso.

La sociología no puede subordinarse al conocimiento de un orden supra-social o de la naturaleza de lo social<sup>16</sup>. Su interrogación debe referirse principalmente a su funcionamiento, formas de organización y cambio. El punto de partida está dado por el reconocimiento de que la sociedad no se reduce a un conjunto de mecanismos de equilibrio y control, que no es equiparable con un organismo que preserva un orden. Es más bien un sistema capaz de transformar su funcionamiento, de crear sus propias orientaciones a partir de su actividad<sup>17</sup>. La sociología resulta así una teoría acerca de la capacidad de la sociedad para actuar sobre sí misma, de la acción que ejerce ella sobre sí a través de las relaciones sociales<sup>18</sup>.

Aquí aparece la idea clave del enfoque de A. Touraine, la sociedad es producto de su propia acción, ella se crea, no por obra de una divinidad o de leyes inmanentes de la naturaleza o, como quisieran otros, de la historia, sino por sí misma, es decir, por medio de las relaciones sociales. De allí que el objeto final de la reflexión sociológica sean estas relaciones sociales; objeto evasivo, sin embargo, ya que él no constituye un dato inmediato de observación, aparece al analista recubierto por la regla, el discurso, la ideología<sup>19</sup>. Hay pues que romper las categorías de la interpretación que hacen parte de las categorías de la práctica social, “arrancar los hechos sociológicos de los hechos sociales en los cuales se encuentran encerrados”<sup>20</sup>. En efecto, el sentido de una conducta no puede confundir-

---

16 A. Touraine, *Production...*, Pág. 8.

17 *Ibíd.* Pág. 55.

18 A. Touraine, *Un Deseo de Historia*, Madrid, Edit. Zero, 1978.

19 A. Touraine, *Pour...*, Pág. 21.

20 *Ibíd.* Pág. 26.

se con la convicción ideológica del actor, ni con el determinismo de la situación. Tampoco consiste en explicar lo subjetivo por lo objetivo o viceversa. El sentido de una conducta está determinado por la naturaleza de las relaciones sociales en los cuales se encuentra situado el actor. Se trata menos de una “definición positiva que de una afirmación crítica”, ella recuerda que el actor no pre-existe a la relación, pues ésta instituye al actor en cuanto tal. Personajes y Acciones no pueden ser comprendidos fuera del sistema del que hacen parte.

A. Touraine reconoce tres grandes categorías de relaciones sociales: de clase, de influencia o poder, y de diferenciación funcional. Cada una de ellas funda una forma de interacción determinada por un cierto tipo de intervención de la sociedad sobre sí misma, es decir, establece un campo. No todos los campos son de la misma naturaleza. Así la sociedad aparece como un conjunto jerarquizado de sistemas de acción, de relaciones sociales entre actores con intereses contrapuestos, pero incluidos en el mismo campo, ya que comparten las mismas orientaciones y luchan por controlar el mismo objeto en disputa<sup>21</sup>.

El primer sistema corresponde a la organización, allí los actores se definen por un conjunto de normas y de principios de estratificación. El segundo, a lo político e institucional, en él los actores se constituyen por su posición y papel respecto a la elaboración de decisiones. Por último, el sistema más elevado pertenece a la historicidad. Los actores son las clases en lucha por la apropiación de las orientaciones de la sociedad, por el sentido que ella da a sus prácticas<sup>22</sup>. El resultado de las relaciones de clase es una forma de dominio que circunscribe y penetra el campo político e institucional y separa a los actores en novadores y opositores, asimismo se manifiesta en leyes, reglamentos, etc., que determinan las modalidades de la organización y, en consecuencia, los papeles y status sociales.

El análisis apunta a descubrir, por una parte, cómo la historicidad ejerce una toma (*emprise*) sobre el funcionamiento de la sociedad definiendo diferentes estados de los sistemas de relaciones sociales y, por otro, cómo a éstos corresponden conductas que crean una historicidad diferente. La relación entre la acción social y la historicidad se expresa como una

---

21 A. Touraine, *La Voix...*, Pág. 38.

22 A. Touraine, *Pour...*, Pág. 32.

circularidad. Imagen clara, salvo que pueda esconder las tensiones y rupturas involucradas en el proceso. La historicidad se forma a partir de un estado de la actividad social que a su vez resulta de la penetración de los conflictos de clase y de las orientaciones socio-culturales regidas por la historicidad en los recursos y medios de la colectividad<sup>23</sup>. El intento de explicar por separado el movimiento, es decir, el surgimiento de sistemas sociales diferentes, y el funcionamiento de ellos, vale decir, el orden, llevó a la sociología a introducir en el análisis las ideologías, los garantes meta-sociales. El concepto de historicidad responde a la necesidad de expulsar de la sociología todo recurso a factores explicativos extra-sociales. “La sociedad es lo que ella se hace a partir de lo que ella es”<sup>24</sup>.

La circularidad es, pues, el precio a pagar para evitar caer en las trampas del idealismo. La sociedad aparece así dividida entre las fuerzas que la arrastran a la transformación, al cambio y aquellas que aseguran su funcionamiento, su reproducción. Las conductas sincrónicas son aquellas que la hacen funcionar recreando un estado de la historicidad. Las conductas diacrónicas, al contrario, son las que explican el paso de un sistema de historicidad a otro<sup>25</sup>.

La concepción que A. Touraine ofrece de la sociedad afirma que ésta produce las categorías de su práctica, su ser, su funcionamiento, pero a la vez se divide de ella misma, se distancia de sí. Una parte de la sociedad actúa sobre el conjunto del sistema ¿Cómo se produce tal transformación? La respuesta viene dada por la historicidad que no es una idea, ni un mecanismo sino una acción social creadora, definida por la interacción de tres componentes:

- 1) Un modo de acumulación. Toda colectividad humana produce un excedente económico, es decir, toma una parte del producto consumible y lo invierte en obras que reflejan la idea que la sociedad se hace de su capacidad de operar<sup>26</sup>.

---

23 A. Touraine, *Production...*, Pág. 36.

24 *Ibíd.*, Pág. 35.

25 Cfr. G. Bajoit, *La Nouvelle Sociologie Actionnaliste*, Louvain, Université Catholique de Louvain, 1974, Pág. 5 (Copia mimeografiada).

26 A. Touraine, *Production...*, Pág. 29.

La presencia de ese excedente da a la historicidad sus medios de acción a la vez que obliga al conjunto social a administrarlo, de donde surge un conflicto de clase. Toda sociedad que acumula una parte de su producción económica está dividida por un antagonismo de clase, sólo existen sociedades sin clase allí donde la producción y el consumo se igualan completamente.

Hay una sucesión de formas de acumulación en las sociedades desde aquellas que acumulan los productos de la tierra o la fuerza de trabajo, pasando por las que acumulan medios de cambio, luego capital en la organización del trabajo, como sucede en las fábricas del período capitalista, hasta llegar, en las sociedades más avanzadas, a la acumulación de la capacidad de crear, es decir de conocimientos científicos y tecnología. Las modalidades de acumulación determinan el tipo de relación entre las clases.

- 2) Un modo de conocimiento definido como la construcción cultural del vínculo entre el hombre y la naturaleza que permite a la sociedad tomar una distancia respecto al medio físico en el cual se encuentra, desarrollando maneras de obrar y técnicas, o dicho en los términos de S. Moscovici, que A. Touraine gusta citar, haciendo de la naturaleza una definición cultural de la materia<sup>27</sup>. El conocimiento trasciende la actividad económica, resulta indispensable a todo sistema de trabajo que implica una aprehensión cultural-práctica de las relaciones entre la sociedad y su medio material.
- 3) El modelo cultural. La acumulación y el conocimiento generan una creatividad que es captada culturalmente por la sociedad. A esta idea de la creatividad humana que cada colectividad se forma, A. Touraine denomina el modelo cultural o, a veces, modelo ético. Este comprende, por una parte, la imagen de la capacidad de acumulación, por tanto, de las relaciones de clases sociales y, por otra, la imagen del conocimiento, es decir de la definición cultural de la materia. La capacidad de crear de una sociedad carecería de eficacia social, de posibilidad de orientar las prácticas sociales si no fuera aprehendida culturalmente por una colectividad. Por este motivo, el modelo cultural constituye el campo de práctica social, denominado sistema de acción histórica.

---

27 S. Moscovici, *Essai sur l'Histoire humaine de la nature*, París, Flammarion, 1968, citado por A. Touraine en *Production...*, Pág. 28.

El modelo cultural no se confunde con la ideología, ésta pertenece a los actores particulares, a las clases, aquél corresponde a una sociedad global. Los actores se enfrentan en el interior de un modelo cultural, que no se equipara con un sistema axiológico, con los juicios de valor sobre lo bueno y lo malo. El modelo cultural produce un campo de intervención de la sociedad sobre sí, disputado por los actores.

Las tres dimensiones de la historicidad definen lo propio de una sociedad que desborda su funcionamiento para producir las orientaciones de sus prácticas, para crear un sentido social. Pero al mismo tiempo la historicidad constituye a los actores en clases o, más claramente, la distancia que la sociedad toma respecto a su funcionamiento hace que una parte de ella se identifique con la historicidad, la tome a su cargo basando en ella el poder y el privilegio, y la otra parte reaccione contra la dominación buscando retomar el control de la historicidad. Así el actuar de la sociedad sobre sí misma y la división en clases aparecen como las dos caras de una misma moneda.

Los actores se enfrentan por controlar uno u otro campo de relaciones sociales. Aquellos conflictos que corresponden a la pretensión de dirigir la historicidad comandan los otros campos de relaciones sociales o niveles de la realidad, lo que permite afirmar a A. Touraine que los antagonismos de clase no derivan únicamente de las relaciones sociales de producción, sino y principalmente de la producción de la sociedad por sí misma, del control de la historicidad. La sociedad se muestra de esta manera como una red de relaciones sociales organizadas alrededor de las oposiciones por la apropiación de la historicidad, del sistema político e institucional, y del organizacional.

Todo conjunto humano dotado de historicidad genera orientaciones de la acción que son asumidas por las clases, aún más produce la división de clases, es decir, un sistema de acción histórica. Este puede ser caracterizado en términos simples como un sistema de enlace entre orientaciones complementarias y opuestas que vinculan la historicidad y el funcionamiento de la sociedad.

Relación y contraposición, en primer lugar, entre un movimiento por el cambio de un sistema y su establecimiento en un orden, superación del funcionamiento social y fundación de categorías de la práctica social; luego entre los fines que los actores-pretendan alcanzar y los medios adapta-

dos a ellos y finalmente entre los principios de organización social (determinación de las relaciones sociales) y los principios de orientación cultural (aprehensión cultural del medio material).

El sistema de acción histórico introduce la historicidad en el funcionamiento de la sociedad, evitando, de esta suerte, reducir la historicidad a una mera reflexión de la sociedad sobre sí, de allí las tensiones que desgarran a esta última. El produce los elementos que orientan las prácticas sociales y permite comprender que dichas prácticas se determinan menos por leyes internas o por las exigencias naturales de la vida social que por los recursos movilizados al servicio de un modelo cultural<sup>28</sup>. El conjunto de oposiciones y complementariedades que lo constituye define un modo de penetración de la historicidad en las prácticas sociales o, más precisamente, un conjunto de orientaciones socioculturales rigiendo las formas de trabajo, la actividad económica.

La combinación de esas orientaciones conforma el sistema de acción histórica y precisa sus elementos que son los siguientes:

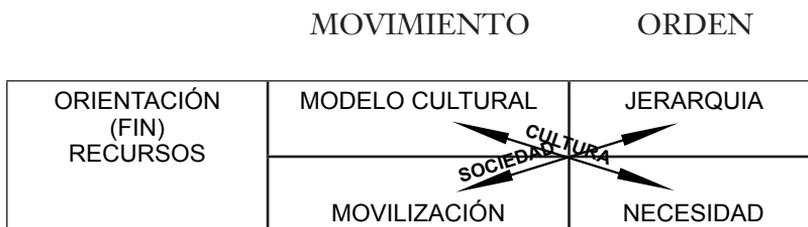
- a) El modelo cultural, definido en el nivel de la historicidad, reaparece en el sistema de acción histórica porque como imagen de la creatividad arrastra a la sociedad hacia el movimiento y al empleo de los recursos acumulados, pero él es una orientación, una finalidad y no un recurso, movimiento no orden, cultura no sociedad. El modelo cultural hace posible que la acumulación y el conocimiento (la creatividad) orienten la acción histórica.
- b) La movilización completa el modelo cultural, al permitir colocar los recursos al servicio de los fines propuestos por el modelo, otorga un contenido a la transformación de la sociedad.
- c) La jerarquía social. La existencia de un excedente económico se traduce en toda sociedad en la aparición de la desigualdad que distribuye a los actores en una escala de jerarquía. Esta se coloca al lado del orden, opuesto al movimiento. Principio de distribución antes que recurso. A cada modelo cultural corresponde un tipo de jerarquía.
- d) Las necesidades. La historicidad determina, junto al principio de repartición y la escala de desigualdades, el modelo de consumo, es de-

---

28 A. Touraine, *Production...*, Pág. 82.

cir, la definición de la necesidad cultural y no social, perteneciente al campo de los recursos y no de los fines u orientaciones y, en consecuencia, complemento de la jerarquía en el lado del orden.

Un sencillo cuadro permitirá visualizar mejor las orientaciones y elementos del sistema de acción histórico.



No se trata de una descripción del funcionamiento de una sociedad sino de orientaciones socio-culturales a través de las cuales la historicidad dirige y controla la práctica social y que constituyen un sistema en el cual la naturaleza de cada uno de los elementos se define por el lugar que ocupa en el conjunto, a la vez complementario y opuesto.

Los elementos del sistema de acción histórica son de naturaleza analítica pero corresponden a elementos de la actividad económica. El modelo cultural corresponde a la producción, la movilización a la organización del trabajo, la jerarquía al reparto y las necesidades al consumo. Unos y otros elementos no se recubren completamente, pues vale la pena destacar que el sistema de acción histórica constituye las orientaciones que arrastran la sociedad más allá de su funcionamiento y no se confunden con esta última en su realidad concreta<sup>29</sup>.

A. Touraine reconoce cuatro tipos principales de sistemas de acción histórica nombrados de acuerdo a las características de la actividad predominante. Cada sistema da lugar a diferentes relaciones sociales que concluyen por transformarlo en su sentido y en sus prácticas. Dichos sistemas son los de la sociedad agraria, mercantil, industrial y programada.

29 Ibid., Pág. 117.

Describamos brevemente cada una de ellas:

1. El Sistema de acción histórica agraria, donde la religión funda el modelo cultural, se caracteriza por tener una acumulación débil en la cual se reserva una parte del producto para semillas y para reproducir la fuerza de trabajo. La jerarquía se establece en tomo a la función desempeñada por los grupos étnicos, de edad y sexo; la movilización se efectúa en base a criterios de status. Finalmente, las necesidades están regidas por los recursos naturales que se pueden desarrollar.
2. El Sistema de acción histórico mercantil se organiza alrededor de la acumulación de medios de cambio, vale decir del dinero. El modelo cultural se relaciona con el aumento del intercambio y se otorga al Estado el fin esencial de orientar la sociedad hacia el Progreso, concebido como el desarrollo de la circulación y el reparto del dinero. La jerarquía se apoya sobre la propiedad y la movilización se centra en el establecimiento de mercados. Las necesidades se definen siguiendo las exigencias de grupos de status formados por el lugar relativo que se ocupa en el proceso de intercambio.
3. El Sistema de acción histórica industrial aparece con la penetración de las inversiones en la organización del trabajo, en medios de producción. El modelo cultural reposa en una concepción del crecimiento constante de las fuerzas productivas, de donde resulta una movilización fundada en la capacidad de racionalizar la producción. Por su parte, la jerarquía se liga a la organización del trabajo: es el nivel de autoridad, ejecutante o mando medio que define la posición social. De esta modalidad de jerarquizar deriva la definición de necesidad dominada por la idea de ahorro que obliga a los integrantes de cada nivel a no consumir para invertir, a no estudiar para trabajar, evitar todo lo que es juego o sexo. La diversión aparece como reprehensible, peligrosa<sup>30</sup>.
4. El Sistema de acción histórica programado (Post-industrial) en el que la acumulación se basa en la capacidad de producir trabajo, es decir en el conocimiento científico y tecnológico. El modelo cultural, por pri-

---

30 A. Touraine, *L'après...*, Pág. 107.

mera vez liberado de los garantes meta-sociales, se refiere a la creatividad misma, a la capacidad de la sociedad de actuar sobre sí, gracias al conocimiento y a la técnica. La movilización, en consecuencia, se funda en una organización del trabajo por objetivos que no busca establecer el orden sino favorecer el cambio. La jerarquía deriva de la capacidad de controlar la información, de allí el triunfo del mérito. La necesidad es un consumo que apunta a satisfacer el gozo del cuerpo, a ampliar la participación en la cultura, en el conocimiento, en la vida del trabajo y de la colectividad.

El sistema de acción histórica produce por sus tensiones y en especial por la dinámica de la acumulación, el surgimiento de actores sociales escindidos en clases. Ni la acumulación ni el modelo cultural pueden ser manejados por la totalidad de los componentes de la sociedad. Un conflicto alrededor del excedente económico y de las orientaciones del Sistema de acción histórica divide las clases que se vuelven portadoras de la historicidad.

La clase superior es el “agente del Modelo cultural y de la inversión”. Clase dirigente por su impulso transformador, clase dominadora porque confunde las orientaciones propias a la totalidad con sus intereses y pretende dominar al resto de la sociedad. Frente a ella la clase inferior opone sus intereses particulares, en búsqueda de una mejora relativa en el orden vigente, a una dominación que se manifiesta como general, en ese sentido se define como defensiva, pero en cuanto invoca el modelo cultural, la acumulación y el conocimiento contra las pretensiones de la clase dominante, se pone como ofensiva.

Las dos clases expresan una doble dialéctica porque una y otra presentan al mismo tiempo orientaciones hacia el cambio, hacia los elementos de movimiento del Sistema de acción histórica y hacia el orden, hacia la preservación de lo establecido. El conflicto enfrenta directamente una clase a la otra y, a la vez, está mediado por el intento de apoderarse del Sistema de acción histórica que constituye el objeto mismo del conflicto, razón por la cual, como se señaló, la relación de clase trasciende el campo económico, la acumulación, para poner en juego la totalidad de la historicidad. El Sistema de acción histórica impulsado por las clases, rige y penetra la sociedad histórica constituida por un sistema político e institucio-

nal y otro organizacional.

El primero, como se dijo, se establece alrededor de las relaciones de actores que participan en la elaboración de decisiones. Es autónomo respecto al Sistema de acción histórica porque la riqueza concreta de sus componentes, no corresponde plenamente a las orientaciones de la historicidad, pero está subordinado a ellas y al estado de dominación impuesto por la clase dirigente. El Sistema de organización social, por su parte, constituye con cierta autonomía relaciones de rol y posición, aunque ellas están sometidas al poder político del cual deriva la autoridad y las normas que las rigen.

Los sistemas conforman en la sociedad una jerarquía comandada de arriba a abajo por las presiones que el nivel superior impone al inferior<sup>31</sup>. Dicho en otros términos, las orientaciones del Sistema de acción histórica, asumidos por el conflicto de clases, encuentran manifestación histórica concreta en la medida en que se institucionalizan en mecanismos específicos de funcionamiento social: formas de poder y de organización en las cuales se materializa el antagonismo de clases. Conviene añadir que una sociedad particular en la cual los actores en pugna buscan plasmar la historicidad arrastra un pasado que pone su sello específico al pasaje de la historicidad a lo histórico “forzando a las clases sociales a actuar en un campo ocupado por la historia”<sup>32</sup>.

La presencia de una mayor o menor heterogeneidad social resultado de la impronta dejada en las instituciones políticas, en la organización y en los actores de una sociedad por el paso de diversos sistemas de acción histórica no del todo desaparecidos, al igual que la dinámica de relaciones internacionales que circunscriben un campo de dominación o de dependencia, son circunstancias que explican la manera cómo la historicidad ejercerá concretamente su influencia sobre el orden político, institucional y organizacional.

El Sistema político e institucional constituye el lugar donde las orientaciones del Sistema de acción histórica se transforman en decisiones, donde las oposiciones de los actores se canalizan en mecanismos de negociación, en el cuadro de una dominación social dotada de aparatos coerci-

---

31 A. Touraine, *Pour...*, Pág. 118.

32 G. Bajoit, *Óp. Cit.*, Pág. 18.

tivos y de integración. En él las clases se convierten en fuerzas políticas en competencia por influir en las decisiones políticas que se materializan en leyes legítimas y aplicables dentro de una unidad social concreta.

El funcionamiento de este sistema pone en marcha otro actor social: el Estado, visible especialmente en el gobierno, que en ciertas ocasiones puede jugar el papel central en la transformación. El Sistema Político e Institucional define la razón de ser de las relaciones de influencia política cuya variedad abarca de la competencia abierta a la hegemonía secante.

Por debajo del anterior sistema, aparece la organización social, unidad concreta, caracterizada por una heterogeneidad interna e intercambios con el medio circundante. En ella las decisiones del sistema anterior se trocan en normas legítimas. Los actores interactúan aquí siguiendo los roles y status buscando manejar a su favor la autoridad funcional. El Poder enfrenta en el sistema organizacional las restricciones internas de la naturaleza de los recursos, del estado de las técnicas y conocimientos, de las formas de organización pasadas, y de las restricciones externas derivadas de la posición relativa de la organización en sus intercambios con otras sociedades.

La historicidad penetra en el funcionamiento de la sociedad definiendo campos de relación social. Cada estado de funcionamiento de esos campos permite el surgimiento de conductas que reproducen la historicidad existente o producen un nuevo tipo de historicidad, es decir, conductas sincrónicas o diacrónicas.

El pasaje de la historicidad en los conjuntos concretos constituye una suerte de institucionalización, pero que no es jamás completa, siempre subsisten áreas de ilegalidad atacadas por los mecanismos de control social propios de cada nivel y del estado de los sistemas, sin llegar a eliminarlos completamente, produciendo conductas ilegales con relación al orden dominante, pero que pueden ser novedosas en el sentido en que anticipan una nueva historia. La conducta social no queda definida sólo por su referencia a una norma, a un poder, ella también apunta a controlar un campo de relaciones, a un conflicto de intereses. Hay una lucha por dominar los distintos niveles de sistemas o campos de relaciones, siendo el más importante de los conflictos el que se da alrededor de la producción de la sociedad por sí misma.

Ahora aparece con claridad la razón de definir la sociología como el

estudio de las relaciones sociales que ponen en juego directamente la historicidad, de las oposiciones entre actores por el cambio social, particularmente visible en los movimientos sociales. Estas acciones colectivas se dan en un campo que, las constituye como actores al mismo tiempo que circunscribe la naturaleza del conflicto que, en las luchas del nivel más elevado, es la historicidad, las decisiones políticas en el intermedio y, en fin, la autoridad funcional en la organización. En ausencia de ese campo, los adversarios no podrían reconocerse como tales, no hablarían el mismo lenguaje, no podrían debatir ni combatir<sup>33</sup>.

Un movimiento social resulta de la combinación de tres principios de identidad, oposición y totalidad. El primero define al actor mismo, en qué términos se percibe, a nombre de quiénes se realiza la movilización. Con frecuencia los actores reclutan sus integrantes entre los que se sienten perjudicados por la organización, por el sistema político, por las jerarquías, etc. Así, un movimiento social puede hablar por los pobres, es decir, de una posición económica; otro por los dependientes, es decir, de aquellos que están excluidos de la toma de decisiones; un tercero por los que afirman su identidad cultural o social. De todas maneras el conflicto mismo no es ajeno a la definición del actor.

El segundo, el principio de oposición es la caracterización del adversario: el conflicto hace surgir el contendiente y las modalidades de como se lo aprehende, forma también identidad de los actores en presencia.

El movimiento social, va más allá del enfrentamiento con el adversario, posee un principio de totalidad que es la referencia al Sistema de acción histórica, sin la cual el motivo del enfrentamiento caería en la esfera de lo privado, carente de importancia social. Si bien la totalidad hace que el movimiento comprometa el destino de la sociedad, no quiere decir que sea necesariamente global, puede apuntar a sólo una de las orientaciones de la historicidad. También su naturaleza será diferente según que ponga en cuestión el orden o el cambio, según se combinen sus tres principios constitutivos. Brevemente, un movimiento social supone conflicto con un adversario dentro de un campo cultural común.

La tarea del sociólogo consiste en descubrir un objeto que no se ma-

---

33 A. Touraine, *Production...*, Pág. 331.

nifiesta inmediatamente a la observación, que se halla recubierto por el ropaje de las categorías dominantes de los intereses. Los actores no son conscientes de lo que está en juego, por este motivo el sociólogo debe ser un instrumento crítico para que aquellos recuperen el sentido de su acción, lo que supone a la vez un compromiso y un distanciamiento. Llamada al sociólogo a abandonar la posición de observador puro de la realidad para aceptar un compromiso con el actor, seguido de un alejamiento cuando la acción se vuelve transparente para los interesados. De aquí deriva el método de la intervención sociológica que engarza con los elementos teóricos arriba indicados. Los movimientos sociales no pueden considerarse como una respuesta a la situación de donde salen, sino como una puesta en debate de la misma. Los actores se centran sobre su acción y el papel del analista consiste en considerarla menos como objeto de estudio, que como vehículo de un proyecto cuyo sentido escondido en el lenguaje de la práctica conviene revelar, enriqueciendo la praxis del actor. Las hipótesis presentadas por el analista sobre el nivel del proyecto contribuyen a descubrir aquello que está en disputa y permiten al actor volver a la acción con mayor claridad. A su vez, las hipótesis del sociólogo encuentran la prueba de los hechos<sup>34</sup>.

Ciertamente, los elementos teóricos aquí esbozados no constituyen una teoría en el sentido fuerte dado a este término por R.K. Merton. Se aproximan mucho más al paradigma, como lo caracterizó R. Boudon. Lo que no significa, sin duda, como algunos pretenden, que la obra de A. Touraine, en especial la *Sociología de la Acción*, sea “oscura y estéril, redundante e inútilmente larga”<sup>35</sup>. El paradigma de A. Touraine no carece del “poder heurístico” del que hablaba Lakatos y ha desbordado el campo de las sociedades altamente desarrolladas cuya dinámica intenta preferentemente comprender.

Un número importante de investigadores, especialmente de América Latina, se inspira de los conceptos de esta sociología para examinar la disolución del orden tradicional y el surgimiento de nuevas formas de convivencia social. El sociólogo arranca a los hechos sociales su objeto de es-

---

34 A. Touraine, *Mouvements...*, Pág. 15.

35 N. Pizarro Ponce, *Óp. Cit.*, Pág. 37.

tudio, señala A. Touraine, rescatándolos de la ganga ideológica en la que se hallan mezclados. Obligado a ser observador y crítico, debe concebir su tarea al servicio de dos disciplinas exigentes: la ciencia y la ética.

En A. Touraine estas exigencias están siempre presentes. En el empleo de su paradigma no van sin problemas. A veces los conceptos parecen ser más adecuados para combatir ideologías que para permitir una clara referencia empírica. A veces la tentación de traducirlos rápidamente en términos operativos lleva a descuidar la referencia al resto del marco conceptual, como ha sucedido en algunas oportunidades con el concepto de Movimiento Social utilizado con frecuencia en un papel principalmente crítico, separado de contexto o como instrumento puramente operacional. De una y otra forma pierde su valor analítico capaz de proporcionar una aproximación diferente de la dinámica del cambio, no reducida a la representación de actores señalados por el destino, con un libreto escrito por adelantado en todos sus detalles, relegando a la sombra teórica la acción de los personajes sin papel, a los cuales el concepto de Movimiento Social devuelve una función y la posibilidad de crear su propio drama.

La vigorosa crítica tourainiana de los paradigmas contemporáneos, no resuelve la tarea de una construcción teórica con relevancia empírica, pero genera, a pesar de sus debilidades con respecto a un ideal exigente de teoría, preguntas de valor heurístico y orientaciones para el pensamiento y la acción, y ¿no es acaso ese uno de los objetivos del quehacer sociológico?



# Parte III

## Contribuciones a la historia intelectual boliviana



Salvador Romero Pittari, recibiendo el diploma de la Academia Nacional de Ciencia, La Paz, 1988.



# **El juego de las influencias, recepciones y sensibilidades**

## **La contribución de Salvador Romero Pittari a la historia intelectual en Bolivia**

**Luis Claros<sup>1</sup>**

Los intelectuales circulan en nuestras sociedades produciendo análisis, reflexiones, interpretaciones, etc. Nosotros los escuchamos, leemos y, en algunos casos, seguimos para adquirir alguna representación o sensación acerca de una realidad que creemos compartir plenamente con los intelectuales. Los enunciados de los intelectuales son producidos, puestos en circulación y consumidos sin que nos interroguemos sobre esta especie de economía política de la enunciación. Pocas son las ocasiones en que sospechamos de los intelectuales. Si bien es cierto que los intelectuales divierten con sus alabanzas o recriminaciones recíprocas, éstas suelen dirigirse a una singularidad, a un sujeto en particular y no al intelectual en cuanto tal: cuando se crítica a un intelectual habitualmente se está criticando determinadas enunciaciones con las que no se está de acuerdo o que se consideran falsas, no a la figura del intelectual en tanto pro-

---

1 Economista y filósofo. Coordinador y docente investigador de la Maestría en Filosofía y Ciencia Política del Postgrado en Ciencias del Desarrollo (CIDES) de la Universidad Mayor de San Andrés.

ductor legítimo de representaciones. Evitar la atracción o repulsión que suele provocar el intelectual para así poder aproximarse y observarlo, sin comprar todas sus mercancías y sin expulsarlo del templo donde las vende, es sin duda una tarea arriesgada; quizá desde un principio esta aproximación implique tal mimetismo que la confusión entre el observador y el observado no tenga retorno. Sin embargo, este peligro no torna inocua la tarea y, por el contrario, nos invita a realizarla en la medida en que exista un deseo de prevención ante todo discurso que se nos pretenda imponer, ya sea mediante la violencia del hierro o la lógica del argumento. Es a esta tarea a la que, quizá sin saberlo y sin sacar todas sus consecuencias, nos invitan los trabajos de Salvador Romero Pittari.

Este trabajo no pretende introducir al lector a una obra o a un pensamiento, sino a una problemática. El diálogo con las contribuciones de Romero nos permitirá abordar los dilemas propios del estudio sobre los intelectuales. Estamos convencidos que la fecundidad de una reflexión no se mide por las certezas que ofrece sino por los dilemas que permite visibilizar y abrir; en este sentido, nuestro propósito es nutrirnos de la fecundidad de los trabajos de Romero. La lectura que aquí proponemos –una lectura entre tantas posibles– va más allá de una alabanza complaciente y pretende acercarse a una crítica meditada. Nuestra lectura procura invitar a otras lecturas, a incursionar en el debate teórico-metodológico de la historia intelectual, a sumarse a la tarea de Romero, a tomar en serio proposiciones que en más de una ocasión causaron la molestia de historiadores, sociólogos y economistas, y que quizá hubieran incomodado al propio Romero.

### **Los intelectuales bajo sospecha**

Lo que está en juego en el estudio de los intelectuales no es la revelación de un área más del conocimiento brindado por las ciencias sociales, sino la forma misma en que todo conocimiento es producido dentro de ellas. En este sentido, podríamos animarnos a decir que este estudio es *fundamental*, arriesgándonos a arrastrar con este término todas las connotaciones metafísicas que lleva en sí. Sin embargo, el estudio de los intelectuales es fundamental en un sentido que somete a crítica la concepción metafísica de la verdad que suele regular la práctica cotidiana de los

cientistas sociales. A continuación, argumentaremos sobre este valor que le asignamos al estudio de los intelectuales, lo cual nos dará una justa medida de la valía de los trabajos de Romero.

Los lugares y formas en los que se produce un conocimiento de la realidad con pretensiones de universalidad no están distribuidos homogéneamente en el conjunto de la sociedad; existen ámbitos delimitados donde se constituyen actores específicos encargados de brindar imágenes de la realidad que son asumidas como válidas o verdaderas. En el caso de las sociedades contemporáneas, este lugar de producción de conocimiento es monopolizado en gran medida por las instituciones académicas. Los centros de estudios con sus diferentes gradaciones son el espacio al cual se acude para constituirse en intérprete y administrador privilegiado de la realidad. Desde dichos centros se irradian significaciones que pasan a regular la vida no sólo de los actores constituidos en tales centros, sino de aquellos que no pertenecen al ámbito académico. Un ejemplo de ello es el accionar de los economistas, los cuales monopolizan las formas de interpretar y regular los mecanismos de producción y circulación de bienes. Ligados históricamente al Estado, sus prescripciones discursivas cumplen un rol cada vez más importante en las políticas públicas, las cuales se ejercen en el marco de la legalidad de determinado territorio. En este sentido, es evidente que las imágenes constituidas en el ámbito de la llamada ciencia económica tienen pretensiones de universalidad, las cuales pasan de la potencia al acto gracias a su vinculación histórica con el Estado. Otro ejemplo es el de la historia académica, la cual monopoliza la interpretación legítima del pasado y la administración de la memoria histórica. También se encuentra ligada al Estado mediante los aparatos educativos que éste impulsa. La ciencia económica y la historia académica han asumido como morada natural los centros de formación superior recién a finales del siglo XIX<sup>2</sup>, a esto hay que añadir el hecho de que la forma disciplinar que revisten estas áreas del conocimiento con sus respectivos actores es un producto reciente e históricamente constituido en este proceso

---

2 Para el caso de la economía ver: Joseph Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona, Ariel, 1971. Para el caso de la historia ver: Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992; y Georg Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX*, Barcelona, Idea Books, 1998.

de inserción y monopolización de las disciplinas de la economía y la historia por parte de las universidades. La economía y la historia se consolidaron como conocimientos disciplinarios en el ámbito académico.

Los primeros usos del término “intelectual” en tanto designación de un grupo de actores específicos son contemporáneos a los procesos de constitución disciplinaria de la historia y la economía. Este uso del término “intelectual” no se remontaría más allá de fines del siglo XIX y apuntaría a designar a un conjunto de escritores, científicos y artistas que consideraban como una de sus responsabilidades influir directamente en la regulación del accionar político<sup>3</sup>. Esta figura del intelectual ha sufrido modificaciones a lo largo del siglo XX pero conserva lo que podría denominarse un núcleo invariante: el hecho de que una autoridad construida en un campo específico (el artístico o el académico) es empleada para intervenir en la lucha política<sup>4</sup>. Consideramos que esta intromisión en la lucha política no sólo esta revestida de una autoridad moral sino, sobre todo, de una autoridad cognitiva. En el caso del campo académico, como hemos mostrado, las significaciones construidas en él tienen una pretensión de universalidad, en este sentido, la intervención en las luchas políticas es vista como una continuación natural de su actividad. Esta pretensión de universalidad se basa en el estatuto cognitivo asumido por el campo académico, el cual consiste en considerar que las significaciones que producen sus actores corresponden a algún ámbito de la realidad tal cual ésta es, por tanto, que lo que dicen sobre el ámbito de la realidad a la cual se refieren es válido para todo aquel que este inmerso en dicho ámbito de realidad. Así, las imágenes de lo social generadas por científicos sociales suelen ser asumidas como representaciones válidas para todos los actores sociales. De ahí que dichos científicos se sustraigan del nivel de las luchas mundanas y se sitúen a sí mismos en una posición privilegiada desde la cual estarían libres de toda interferencia subjetiva pudiendo hacer que la realidad se pronuncie transparentemente.

---

3 Zygmunt Bauman, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997, Págs. 9-36.

4 Esta es la imagen de intelectual sobre la cual trabaja Pierre Bourdieu. Ver de este autor: *Campo de poder, campo intelectual*, Buenos Aires, Montessor, 2002; y *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 1995.

Este posicionamiento de los intelectuales los convierte en un punto ciego ante su propia mirada crítica, la cual ejercitan muy bien ante todo aquello que tiene condición de extraterritorialidad respecto del campo académico. No obviamos el hecho que gran parte de la actividad académica se despliega mediante la crítica de las producciones intelectuales de colegas amigos o adversarios contemporáneos o pretéritos, sin embargo, como ya dijimos, dichos trabajos toman como objeto de crítica enunciaciones específicas evaluadas en función de las significaciones asumidas como válidas en determinado momento, es decir, que asumen la función de distribuir las producciones académicas según su cercanía a lo que es considerado como correcto o verdadero. Lo que no suele ser objeto de un examen crítico son las condiciones por las cuales ciertas enunciaciones se posicionan como válidas y otras como proscritas; lo que no suele analizarse son las modalidades concretas que posibilitan a algunos de los intelectuales tener pretensiones de universalidad. En otras palabras, lo que no atrae una atención privilegiada son las formas mediante las cuales se producen, circulan y consumen los bienes elaborados por los intelectuales. Esta desatención se debe, como ya vimos, a la certeza que impulsa a la actividad de los intelectuales, quienes creen poder acceder a un conocimiento de la realidad vedado a los no participantes del campo académico a quienes, sin embargo, les atañería. En la medida en que sienten que su disciplina académica los sitúa por encima de los objetos que estudian, ellos mismos –en su función de encargados de dar la intelección objetiva de la realidad– no pueden ser objeto de análisis. De ahí que en el campo de las ciencias sociales predominen los estudios sobre actores que no pertenecen al ámbito académico o, también, intentos de mostrar a las ciencias sociales como productoras de un conocimiento útil al desarrollo de los hombres. En el primer caso, los científicos sociales creen poder revelar y transmitir la forma de ser de actores con los cuales guardan relaciones circunstanciales; en el segundo caso, se vuelven instituciones serviles de las burocracias administradoras del desarrollo. Ambas actitudes, sin duda, pueden calificarse como sospechosas.

A esta altura ya se evidencia por qué el estudio de los intelectuales es una labor fundamental al mismo tiempo que problematizadora de la concepción de conocimiento que rige los anhelos de los científicos sociales. Es fundamental porque se dirige a estudiar las formas en que los intelectua-

les producen sus intelecciones, las maneras en las que las validan, cómo ciertas enunciaciones asumen el rol de reguladoras de lo enunciable, en fin, cómo los intelectuales fundan su posición en tanto intelectuales. Esta labor problematiza la concepción del conocimiento que rige la práctica intelectual porque tiende a mostrar que la instauración de ciertas modalidades de enunciación como verdaderas es fruto de circunstancias históricas, es decir, cambiantes y que, por tanto, la validez de ciertas producciones intelectuales no se basa en su mayor correspondencia con una supuesta realidad extralingüística, sino que encuentra su secreto en un complejo juego de circunstancias, de fuerzas, de luchas. Ninguna providencia asegura la corrección de lo que se dice en el ámbito intelectual, sólo el encuentro contingente de diversas situaciones hace de un conjunto de enunciaciones algo producible, circulable y consumible. El estudio de los intelectuales se dirige hacia tales encuentros, hacia tales condiciones. Los trabajos realizados por Romero son parte de esta tarea fundamental y que ha sido singularmente desatendida en nuestro país<sup>5</sup>.

### **Un programa de investigación para el estudio de los intelectuales**

Ahora abordaremos los problemas específicos que Romero se planteó como tarea de investigación. Su principal propósito era estudiar “por qué se siguieron ciertas corrientes literarias, artísticas y científicas, en especial en las ciencias sociales, en lugar de otras igualmente posibles”<sup>6</sup>. La forma misma en que está planteado el problema revela que el curso del desarrollo intelectual no se encuentra linealmente trazado hacia un fin pre-

---

5 Que dicha tarea haya sido desatendida no significa que no se le haya prestado atención alguna, sino que no forma parte de las áreas de discusión más desarrolladas o a las cuales se le dedica más tiempo y recursos. En los últimos años se han publicado pocas obras destinadas a analizar sistemáticamente a los intelectuales en Bolivia; las obras de Romero se encuentran dentro de las pocas existentes, a las cuales debe sumarse, aunque aún inédito, el trabajo de Mauricio Gil sobre las luchas intelectuales en Bolivia entre los años 1985 y 2005. Dos autoras que han escrito varios artículos breves sobre la temática son Silvia Rivera y Alison Spedding, sin embargo, no manifiestan la intención de realizar una obra sistemática de reflexión sobre el campo intelectual boliviano.

6 Salvador Romero, *El nacimiento del intelectual*, La Paz, Caraspas, 2009, Pág. 7.

visto, sino que existen diferentes opciones de desarrollo y la elección de alguna de ellas esta motivada por factores que no pueden reducirse a un simple juego de errores y aciertos. Preguntarse por qué ciertas corrientes no fueron asumidas implica que las vías no seguidas eran igualmente desarrollables. Preguntarse por qué se asumen ciertas corrientes y no otras igualmente disponibles conduce a la investigación hacia una serie de circunstancias que se hace imperioso indagar para examinar las configuraciones de lo enunciable en el campo intelectual. De esta forma, la pregunta planteada por Romero nos sitúa en un amplio programa de investigación. Romero pluraliza las situaciones que determinan la elección, sin embargo, enfatiza en dos circunstancias específicas: las políticas editoriales y la formación de círculos de influencias. Aquí subyace todo un programa de investigación que sugiere que la formación de lo enunciable en el campo intelectual está sujeto a una serie de contingencias que nos obligan a trascender el simple análisis de contenidos e ideas para avanzar hacia el estudio de las múltiples relaciones que trazan los intelectuales entre sí, con las casas editoriales, con sus potenciales lectores, sus maestros, sus escritores admirados, etc. En fin, los trabajos de Romero apuntan a visibilizar un conjunto de situaciones que configuran el campo donde emergen ciertos enunciados.

El programa de investigación puesto en marcha en las obras de Romero muestra la insuficiencia de las clásicas historias del pensamiento, las cuales priorizaban la exposición de los contenidos de las obras de los autores tomados de forma individual y con una ordenación cronológica<sup>7</sup>. El objetivo de este tipo de obras era brindar un panorama –en algunos casos muy ricos en sutilezas analíticas– de los principales planteamientos presentes en la obra de las grandes figuras del pensamiento boliviano. La concatenación entre los contenidos presentados solía encuadrarse en el

---

7 Las obras más importantes dentro de este tipo de trabajos son las de Guillermo Farnovich, *La filosofía en Bolivia*, La Paz, Juventud, 1966; *El pensamiento boliviano en el siglo XX*, La Paz, Los Amigos del Libro, 1984; y los cinco volúmenes de *Sociología boliviana contemporánea*, La Paz, 1976-1978 de Juan Albarracín. Una obra más reciente que reviste una forma similar a las anteriormente citadas es la de Carlos Piñeiro, *Desde el corazón de América. El pensamiento boliviano en el siglo XX*, La Paz, Plural, 2004.

esquema de una “evolución de ideas”<sup>8</sup>. Romero da un giro a este tipo de trabajos al no centrarse en los contenidos manifiestos en las obras y, en lugar de ello, indagar sobre las relaciones que los intelectuales trazaron con su mundo circundante. A Romero no le basta con describir las obras literarias de principios del siglo XX, sino que se preocupa por las formas en que llegaron y se asumieron las ideas de la modernidad<sup>9</sup>. Si se dirige al texto de las novelas de Mendoza, Arguedas, Chirveches, Canelas, Finot, Costa Du Rels y Medinacelli es para indagar a través de ellas las formas concretas que revisten las recepciones y las selecciones de determinadas ideas. Si Romero rastrea minuciosamente en las citas y referencias bibliográficas contenidas en los primeros manuales de sociología producidos en Bolivia es para indagar sobre “el complicado juego de las influencias intelectuales... descubrir, al menos en parte, los mecanismos de selección de autores guías o de corrientes de pensamiento y las condiciones que favorecieron o dificultaron dichas selecciones”<sup>10</sup>. Como ya dijimos, sería la indagación de estos complejos juegos de influencias y mecanismos de selección la que nos ayudaría a explicar los caminos efectivamente seguidos en la producción intelectual. Ninguna teleología del saber cierra de antemano los destinos del desarrollo intelectual; el programa de investigación seguido por Romero deja abierta la puerta a la contingencia y nos propone una tarea rica en líneas de análisis para dar cuenta de los desarrollos, de los vaivenes y de los caminos no transitados en el devenir de la producción intelectual.

Como se puede apreciar, lo que se perfila aquí es una historia intelectual que configura un objeto de estudio que no es equivalente a las ideas intelectuales; es la figura del intelectual en tanto actor y productor de ideas lo que pasa a ser el centro de atención. Por ello este programa de in-

---

8 Este era el objetivo manifestado por Francovich: brindar un esbozo de la evolución de las ideas. Ver Guillermo Francovich, *La filosofía en Bolivia*, Óp. Cit. Pág. 9. Este tipo de objetivos, centrados en la presentación del contenido de las obras, su agrupación en escuelas o corrientes de pensamiento (por ejemplo, el positivismo, el modernismo, el nacionalismo, el indigenismo) y su respectiva sucesión cronológica, se presentan como parte sustancial del estudio, Óp. Cit., Págs. 210-219.

9 Salvador Romero, *Las Claudinas*, La Paz, Caraspas, 1998, Pág. 7.

10 Salvador Romero, *La recepción académica de la sociología en Bolivia*, La Paz, Facultad de Ciencias Sociales-UMSA, 1997, Pág. 7.

investigación puede asumir el estudio de los grupos intelectuales y sus formas de sociabilidad como algo no reducible a la simple anécdota, sino como parte de las múltiples circunstancias que delimitan los horizontes de lo enunciable. Por ejemplo, la formación del grupo “Gesta Bárbara” –al cual pertenecían Medinaceli y Churata– habría puesto en juego una red de influencias e ideales distintos a los del grupo “Palabras Libres” –al cual pertenecían Arguedas y Chirveches; las diferencias entre estas redes explicarían, en parte, las diferencias entre las formas de intervención en el campo político asumidas por los autores mencionados. Estos grupos también tenían diferentes formas de sociabilidad: “Gesta Bárbara” actualizaba sus vínculos e influencias en conversaciones al calor de la chicha y el té con té, en picanterías y tabernas, sociabilizando con las cholitas que administraban esos ambientes y sincerando la crítica bajo el influjo del alcohol, en cambio, “Palabras Libres” prefería la crítica cortes y refinada, las lecturas cultas acompañadas de música clásica en salones elegantes<sup>11</sup>. Diferentes estilos de sociabilidad, distintas influencias en circulación y disímiles actores en interacción se concretizan en las producciones intelectuales de los integrantes de los grupos. En este sentido, trazar los perfiles diferenciados de los intelectuales, sus valores y formas de sociabilidad se convierte en una parte primordial en la investigación de la historia intelectual.

Hemos mostrado como Romero propone y desarrolla un programa de investigación; hemos dado indicios de la complejidad, riqueza y potencialidad de dicho programa. A continuación, ahondaremos en estos temas mostrando cómo la visión de Romero no puede reducirse a otros programas igualmente disponibles para hacer historia intelectual –que también sobrepasan el predominio de la exposición doxográfica. No estamos diciendo que el programa de Romero sea absolutamente original y novedoso (la originalidad y novedad no valen por sí mismas) simplemente queremos mostrar que Romero tomó en cuenta vías alternativas de realizar el estudio de los intelectuales, las evaluó en sus potencialidades y limitaciones, y dicha evaluación nutrió sus investigaciones.

---

11 Salvador Romero, *Las Claudinas*, Óp. Cit., Págs. 102-103.

## Ni contextualismo, ni textualismo

En el terreno de la historia intelectual existe una polémica que puede ser esquematizada señalando que hay enfoques contextualistas y textualistas en la realización de la historia intelectual. Esta discusión no se reduce a problemas metodológicos sino que concierne a las explicaciones sobre la forma misma en que se producen las significaciones propuestas como intelección de la realidad. El contextualismo propone que para explicar el contenido de las producciones intelectuales es indispensable conocer el contexto en el cual fueron producidas. Ciertos marxistas como Bujarín y Riazánof, así como toda la tradición de los manuales de las academias soviéticas, son un claro ejemplo del extremo al cual pueden llegar las concepciones contextualistas<sup>12</sup>. En el caso de Bujarín se pone en marcha un método que sigue un encadenamiento causal muy definido de acción mecánica: las enunciaciones son determinadas por los rasgos psicológicos del que las produjo y, a su vez, los rasgos psicológicos están determinados por la posición socioeconómica. Las teorías de determinado autor se entienden de esta forma como simples traducciones de la posición en la lucha de clases de aquel que produjo dicha teoría<sup>13</sup>. La postulación de este tipo de reduccionismos como método marxista de historia intelectual se explicita en la afirmación de Riazánof donde se señala que “para comprender a Marx –y aplicaremos aquí prácticamente su propio método– será necesario considerar la influencia del medio histórico sobre él y Engels”<sup>14</sup>. Lo que está en juego en estas concepciones no es sólo la comprensión de los motivos o causas por las cuales determinados autores dijeron ciertas cosas, sino que la comprensión correcta de determinado texto sólo sería posible

---

12 Para un análisis de las diferentes formas de realizar historia intelectual en el caso de los historiadores del pensamiento económico, incluidas las vertientes marxistas, ver la primera parte de Luis Claros, *Los historiadores del pensamiento económico y el surgimiento de la teoría de la utilidad marginal*, Tesis de licenciatura en economía, La Paz, UMSA, 2009, Págs. 31-123.

13 Por ejemplo, la teoría de la utilidad marginal sólo “traduce la ideología del burgués ya eliminado del proceso de producción”; ver Nicolai Bujarín, *La economía política del rentista: crítica a la teoría marginalista*, México, Ediciones de cultura popular, 1975, Pág. 32.

14 David Riazánof, *Marx y Engels*, Buenos Aires, Claridad, 1946, Pág. 10.

si se conoce el medio histórico en el cual vivían los autores cuyas obras se pretende comprender. Este es el caso paradigmático del contextualismo, el cual reduce la comprensión del sentido de las ideas a las características históricas y a las posiciones socioeconómicas de los intelectuales<sup>15</sup>.

El programa de investigación seguido por Romero toma distancia de estas formas de contextualismo y denuncia el predominio de estos enfoques, los cuales tienden a explicar las influencias asumidas y las selecciones realizadas por los autores “casi en exclusividad, desde el punto de vista del origen socio-económico del escritor”<sup>16</sup>. Este tipo de explicaciones habrían vaciado en cierta forma la especificidad misma de la historia intelectual al reducirla a algo que es exterior a ella:

La historia y sociología de las ideas han sido frecuentemente consideradas como un resultado de la acción exclusiva de fuerzas externas a ellas, provenientes para algunos de la base material de la sociedad y para otros del “espíritu del pueblo”, según las opciones extremas<sup>17</sup>

Romero muestra claramente como se ha tendido a operar una reducción que termina explicando el despliegue de la producción intelectual mediante la descripción de factores externos. Bajo estos enfoques, la investigación se detiene y extiende en el estudio de las condiciones materiales de existencia o bien en las características englobantes de una nación. En ambos casos, una entidad específica es postulada como explicación absoluta de lo producido por los intelectuales a tal punto que dicha producción pasa a ser secundaria en relación al estudio de la base material, del espíritu del pueblo o de la matriz cultural. Bajo estos enfoques, la clave del sentido de la producción intelectual esta siempre en otro lado, en un lugar esencialmente ajeno a la producción intelectual. De esta forma, la histo-

---

15 Para ser justos con el marxismo se debe mencionar que estas concepciones han sido duramente criticadas por autores que también se adscriben al marxismo. Por ejemplo, Kosic indica: “La inconsistencia del reduccionismo, al ser aplicado a la realidad social, se pone de manifiesto en estas dos famosas frases: Franz Kafka es un intelectual pequeñoburgués, pero no todo intelectual pequeñoburgués es Franz Kafka” en Karel Kosic, *Dialéctica de lo concreto*, México, Grijalbo, 1976, Pág. 45.

16 Salvador Romero, *La recepción académica de la sociología en Bolivia*, Óp. Cit., Pág. 7.

17 Salvador Romero, *Las Claudinas*, Óp. Cit., Pág. 107.

ria intelectual queda reducida a trazar sus relaciones causales con una realidad externa que se asume como fundamental y determinante, una realidad cuya influencia totalizaría el conjunto de las producciones intelectuales, es decir, una realidad en relación a la cual las producciones intelectuales no son más que pálido reflejo. El programa de Romero se distancia de estos enfoques que nos conducen a una disimulada eliminación del rol específico de la historia intelectual. Una de las mejores exposiciones de esta problemática es la realizada por Hayden White cuando muestra que:

Si la historia intelectual, que toma como su objeto especial las ideas, *mentalités*, los sistemas de pensamiento, los sistemas de valores e ideales de las sociedades particulares del pasado, simplemente trata a éstos como datos que reflejan procesos de algún modo más «básicos» (como procesos económicos, sociales, políticos o incluso psicológicos), entonces la historia intelectual es supererogatoria en relación con la reconstrucción histórica de estos otros procesos, pues en este caso solo puede duplicar los relatos proporcionados por los especialistas de estos otros campos de estudio, contar la misma historia, con un material ligeramente diferente y un registro ligeramente diferente, a los de la historia contada sobre estos otros campos<sup>18</sup>

Este contextualismo que termina diluyendo la potencialidad de la historia intelectual ha sido atacado desde diversos flancos<sup>19</sup>. Se ha mostrado la inconsistencia de los contextualismos extremos señalando que estos olvidan que nuestra forma de acceso a la realidad contextual suele estar mediada por textos (archivos, entrevistas, narrativas históricas, etc.). Si la comprensión de un texto sólo es determinable a la luz del conocimiento del contexto cultural, y si dicho conocimiento sólo es posible a través de otros textos, entonces tendríamos que aceptar que los textos que nos permiten conocer determinado contexto cultural sólo podrían ser conocidos

---

18 Hayden White, *El contenido de la forma: Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992, Pág. 216.

19 Planteamos un esbozo preliminar y parcial de estos ataques en Luis Claros, “Texto sin contexto. Elementos para una teoría de la historia del pensamiento” en: *Anales de la XXII Reunión Anual de Etnología*, La Paz, MUSEF, 2009. Una versión más desarrollada se encuentra en la primera parte de Luis Claros, *Subsunción de la insurgencia en la narrativa histórica*, Tesis de Maestría en filosofía y ciencia política, La Paz, CIDES-UMSA, 2011, Págs. 12-72.

realmente si accedemos a sus respectivos contextos culturales. Esto nos conduce a una especie de círculo vicioso que evidencia un primer problema en la idea que presupone que la determinación del contexto cultural es una condición necesaria para la cabal comprensión de un texto. Otra crítica señala que la idea que nos conduce a buscar en el contexto la clarificación del sentido del texto supone irreflexivamente que el contexto es más accesible y conocible que el texto, es decir, supone que conocer en sus determinaciones una realidad histórica pasada –reunida a partir de miles de documentos históricos– es más fácil que conocer el texto legible que uno tiene en sus manos<sup>20</sup>. Otro tipo de críticas apuntan a mostrar el carácter específico de la textualidad consistente en que un texto es legible incluso si desconocemos absolutamente su contexto, su momento de producción, el autor que lo escribió; el anonimato, la ausencia de firma no entorpecen la legibilidad del texto<sup>21</sup>. Estas observaciones problematizan la obviedad de la exigencia de abordar previamente el contexto para comprender el sentido de las producciones intelectuales y abren la puerta al textualismo.

El textualismo, en su forma extrema, concibe que la tarea de la historia intelectual debe basarse absolutamente en el estudio metódico de los textos y debe abstenerse de interpretar lo dicho en determinado texto a la luz de circunstancias extratextuales. Este tipo de enfoques privilegia el uso de las herramientas provenientes de la semiótica de textos desarrollada por los seguidores del análisis estructural de Greimas. Como ya vimos párrafos arriba, el programa de investigación de Romero no es afín a este tipo de textualismos ya que se preocupa menos por los contenidos de las obras que por las redes de influencias en las cuales se mueven los intelectuales. Su “interés se dirige hacia la acción de los intelectuales... hacia su confrontación con las realizaciones de los otros, hacia las selecciones que aquella envuelve. Ya que en toda creación intelectual las ideas aparecen

---

20 Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós, 2003, Pág. 121.

21 Jacques Derrida, *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra, 1998, Pág. 358. Véase también el siguiente pasaje: “la escritura es la destrucción de toda voz, de todo origen... el blanco-y-negro en donde acaba por perderse toda identidad, comenzando por la propia identidad del cuerpo que escribe” en Roland Barthes, *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós, 1994, Pág. 65.

en oposición a las ideas”<sup>22</sup>. El textualismo cerrado deja paso a un análisis intertextual que complejiza y enriquece la comprensión de los textos. En el trabajo de Romero la pregunta por la génesis de los textos es encarada pero sin caer en los reduccionismos propios del contextualismo. El juego de las influencias, de las oposiciones, en fin, de la intertextualidad no tiene su secreto en alguna fuerza externa al quehacer intelectual y, de hecho, puede rastrearse al nivel de los textos, por ejemplo:

La bibliografía empleada en los textos de derecho, de ciencia política y sociales escritos en los años de madurez por Saavedra, Sánchez Bustamante o Gutiérrez, muestran un panorama más firme que permite inferir algunos autores y libros que influyeron en los liberales del país<sup>23</sup>

Esta tarea, como hemos visto, se complementa con el estudio de las formas de sociabilidad, de la conformación de grupos intelectuales y de las relaciones con el público lector. Lo interesante de la propuesta de Romero es que un medio para conocer las formas de relacionarse de los intelectuales consiste en el estudio textual de las ficciones que estos produjeron. Se cree que existe un vínculo directo entre la realidad extra-textual del intelectual y los textos que produce, sin embargo, la develación sigue un camino inverso al dogma contextualista: en lugar de describir el contexto para conocer la obra, se estudia la obra para conocer el contexto. Este giro dado por Romero es aún más provocador porque ve en la literatura ficcional una de las mejores puertas para indagar sobre la realidad social del intelectual, sería en la literatura donde “se refleja gran parte de la experiencia de los creadores y que la conducta del héroe novelesco, que hace eco de la realidad, la expresa con mayor claridad, depurada de la ganga cotidiana”<sup>24</sup>. La literatura sería un espacio donde se abren sin tapujos las vivencias que se interiorizan en el intelectual. La literatura es la manifestación que habría que indagar para dar cuenta del movimiento real del intelectual. La conformación creciente de grupos intelectuales y sus modos de funcionamiento pueden leerse en *La casa solariega* de Chirveches

---

22 Salvador Romero, *Las Claudinas*, Óp. Cit., Pág. 108.

23 Salvador Romero, *El nacimiento del intelectual*, Óp. Cit., Pág. 31.

24 *Ibíd.*, Pág. 102.

o en *Vida criolla* de Arguedas. El sentir de los intelectuales ante el ascenso social de los sectores medios puede percibirse en *El cholo Portales* de Finot o en *La candidatura de Rojas* de Chiverches. Para Romero, las novelas “ofrecen una rica descripción de los hechos, de los valores en juego y de las estructuras sociales en las cuales se dieron”<sup>25</sup>. Las diversas influencias intelectuales también se pueden conocer a través de los personajes de ficción que habitan estas novelas: los personajes novelescos creados por Arguedas y Chiverches muestran su afición por Schopenhauer y el modo en que se recibió a este pensador alemán, poniendo en evidencia el tipo específico de lectura de Schopenhauer que circulaba en los medios intelectuales del momento<sup>26</sup>.

Pero una vez más, el trabajo de Romero escapa a todo reduccionismo y no se circunscribe exclusivamente al análisis de las producciones intelectuales. Propone complementar estos análisis con la indagación sobre instituciones propias del campo intelectual, por ejemplo, las editoriales y librerías. El juego de las influencias dependía en principio de la disponibilidad de las obras en el medio intelectual nacional, la cual estaba dada por las ofertas de las editoriales y las librerías. Por ejemplo, la fuerte influencia de ciertos autores franceses estaría motivada por la gran oferta de la obra de tales autores por editoriales como “La España Moderna” o “Daniel Jorro”; en contraposición, la poca influencia en las primeras décadas del siglo XX de autores que luego adquirirían gran renombre en el medio nacional como Marx y Weber se debería a la ausencia de difusión por parte de las editoriales que copaban el mercado nacional<sup>27</sup>. De esta forma, el criterio de las editoriales para armar sus catálogos determinaba en gran medida qué influencias podían actuar en el campo intelectual. Como se puede apreciar, son circunstancias que no tienen la ampulosidad de

---

25 Salvador Romero, *Las Claudinas*, Óp. Cit., Pág. 59.

26 Salvador Romero, “Schopenhauer en los andes” (trabajo inédito). Otro trabajo que sigue un estilo similar es su análisis sobre la influencia y recepción de Nietzsche por parte de autores como Medinaceli; ver Salvador Romero, “Nietzsche en Bolivia” en *Revista Cultural*, N° 41, La Paz, Fundación Cultural del BCB, 2006; y “Nietzsche en Bolivia (segunda parte)” en *Revista Cultural*, N° 42, La Paz, Fundación Cultural del BCB, 2006.

27 Salvador Romero, *El nacimiento del intelectual*, Óp. Cit., Pág. 127; y *La recepción académica de la sociología en Bolivia*, Óp. Cit., Pág. 83.

designaciones como “contexto económico-social” o “espíritu del pueblo” las que cumplen roles muy importantes y que al mismo tiempo son fáciles de determinar con concreción mediante la investigación.

A estas determinantes pueden y deben sumarse otro conjunto de relaciones que también pertenecen por derecho propio al campo intelectual: las influencias del lector nacional, las expectativas del escritor en relación a dicho lector como a los lectores extranjeros, los códigos de expresión compartidos entre intelectuales y público, por ejemplo, el uso a principios del siglo XX de alusiones a la Grecia y Roma clásicas que los lectores encontraban familiares descifrando su simbolismo con naturalidad<sup>28</sup>. A estos elementos que sirven para mostrar un ambiente compartido en el cual circulan y se consumen influencias intelectuales, deben añadirse elementos de diferenciación como el énfasis puesto en determinadas influencias las cuales solían depender de los diversos círculos intelectuales que se iban conformando y los cuales, precisamente, afirmaban su identidad propia asumiendo como modelos ciertas influencias en oposición a las asumidas por otros grupos. Este fenómeno se reproducía también al interior de los grupos para dotar a cada miembro de una identidad diferenciada. Al indagar sobre estas redes de influencias, Romero nos brinda un conocimiento de la cantidad de lectores críticos los cuales no pasaban de medio centenar en La Paz, nos presenta sus oficios de periodistas, profesores, escritores y editores; nos describe las aventuras editoriales de los intelectuales nacionales con tirajes de 300 ejemplares, arriesgándose en algunos casos –Arguedas por ejemplo– al fracaso con tirajes de 1000 ejemplares; nos muestra la cantidad de obras bolivianas disponibles hacia 1918, algo más de 120, y nos da una idea de la frecuencia de edición de dichas obras, aproximadamente 50 títulos por año<sup>29</sup>. Estos datos no son anécdotas inconexas, sino que en su articulación brindan una medida de las dimensiones del campo en el cual se desenvuelven los intelectuales. Como se puede apreciar, la labor de Romero tampoco se encuadra en un simple textualismo y avanza hacia la construcción de un mapa rico en detalles del ámbito intelectual boliviano de principios del siglo XX.

---

28 Salvador Romero, *El nacimiento del intelectual*, Óp. Cit., Pág. 65.

29 *Ibíd.*, Págs. 132-141.

## En busca de las sensibilidades

El programa de investigación de Romero, que como vimos no se reduce ni a un contextualismo mecánico ni a un textualismo cerrado, propone que para hacer historia intelectual además de distinguir múltiples elementos en relación, se debe contemplar varios planos de análisis en los cuales una producción intelectual puede ser abordada. Un primer plano estaría referido al análisis de las teorías e influencias estrictamente intelectuales que se plasman en las obras; un segundo plano consistiría en las percepciones y valores comunes de los autores y su medio, el cual posibilita el manejo de códigos compartidos; finalmente está el plano de las intenciones y deseos de los autores, de las formas en que configuran sus propios fines por oposición o asociación con otros sectores sociales e intelectuales<sup>30</sup>. Si se examinan los análisis realizados por Romero en sus distintas obras se puede advertir que estos tres planos se encuentran interrelacionados, por ejemplo, el poco influjo de la teoría de Durkheim en Sanchez Bustamante, estaría motivado por el predominio de valores que ensalzaban el individualismo y veían en la teoría de Durkheim una primacía de lo colectivo que consideraban contraria a sus valores y fines<sup>31</sup>. La selección de las teorías y sus formas de recepción están mediadas por los valores morales, por los fines políticos, por las afiliaciones partidarias e intelectuales. Estos diversos niveles se impregnan mutuamente de tal manera que el uso de determinada teoría pasa por el filtro de ciertos valores predominantes o, a la inversa, ciertos valores van siendo trastocados por la circulación de nuevas influencias intelectuales.

La permeabilidad de cada uno de los planos depende de la solidez que posean en un determinado momento. Cuando existe “debilidad de los productores de ideologías entre los grupos dominantes y de los mismos grupos, carentes de hegemonía para imponer sus sistemas interpretativos de la realidad”<sup>32</sup>, los valores y percepciones vigentes son mucho más abiertos a las nuevas influencias intelectuales. En el diagnóstico de Rome-

---

30 *Ibíd.*, Pág. 39.

31 Salvador Romero, *La recepción académica de la sociología*, Óp. Cit., Pág. 58.

32 Salvador Romero, “Los debates finiseculares por la sociología académica en Bolivia” (Inédito).

ro, Bolivia sería un ejemplo de esta debilidad, lo cual explicaría la constante búsqueda de novedades teóricas ajenas a las tradiciones internas y el constante entusiasmo por las modas intelectuales. Sin embargo, esto no quiere decir que no existan componentes ampliamente compartidos que muestren la presencia de valores predominantes, por ejemplo, Romero señala que el “antimestizaje”<sup>33</sup> tenía una omnipresencia en los discursos de los diversos autores que estudió. De forma similar, ciertos conceptos – por ejemplo, a fines del siglo XIX los de “pueblo” y “república”<sup>34</sup>– empiezan a transmitirse y asentarse de tal manera que pasan a formar parte sustancial de las representaciones globales, los gestos colectivos y la cultura política que se establece como forma comúnmente aceptada en determinado momento.

Los diversos planos de análisis convergen en una categoría central en las investigaciones de Romero. Las relaciones entre influencias intelectuales, valores morales, fines políticos, etc. configuran visiones de mundo específicas, esto es, formas en las que los individuos perciben su mundo y actúan en él. A dichas formas Romero denomina “sensibilidades”, término que englobaría a:

las orientaciones de los hombres para la acción, el pensamiento, los juicios y los sentimientos con los cuales se organizan las imágenes del yo, del otro, del amigo y el enemigo, de las jerarquías sociales, de la sociedad buena, las ideas de lo apreciable y lo despreciable, así como las relaciones con los dioses. Ellas se manifiestan en todas las actividades de la vida: el sexo, el amor, la socialización, el control social, la moda, las fiestas o la lectura<sup>35</sup>

Las producciones intelectuales están habitadas por estas sensibilidades. Los problemas que angustian a los héroes de las novelas y los anhelos que los impulsan son manifestaciones de determinada sensibilidad, la cual no debe entenderse como un sustrato profundo, una esencia de la cual las producciones intelectuales son fenómenos de superficie: las sensibilidades son un conjunto de manifestaciones en el cual se expresa una forma

---

33 Salvador Romero, *Las Claudinas*, Óp. Cit., Pág. 37.

34 Salvador Romero, “Pueblo y cultura en el siglo XIX” (inédito).

35 Salvador Romero, *Las Claudinas*, Óp. Cit., Pág. 29.

de percibir el mundo y posicionarse en él; esta percepción del mundo no existe al margen de sus manifestaciones, por ello, no implica el riesgo de un nuevo reduccionismo.

Esta categoría nos permite indagar en los compromisos y creencias más estables que unen y hacen habitar un mismo mundo a autores que una lectura inicial podría mostrarnos como muy diferentes. Más allá de las diferencias de estilo, de influencias privilegiadas, de trayectorias intelectuales, de objetivos políticos y de planteamientos teóricos que enfrentan a distintos autores, se puede ver un suelo común compartido que posibilita que estos autores puedan entrar en polémica. Autores como Arguedas, Tamayo, Chirveches y Medinaceli, que trazan trayectorias distintas y hasta opuestas, compartirían una misma sensibilidad –la moderna– que les sitúa ante un conjunto de problemas y búsquedas comunes sobre las cuales pueden emerger posiciones y soluciones divergentes. Ahora bien, las sensibilidades no son bloques monolíticos, sino que se van transformando, desplazando unas a otras y, en esos desplazamientos, se entrecruzan y sobreponen. Una vez más, Romero nos propone una tarea desafiante consistente en hallar a las sensibilidades y sus desplazamientos, ordenar sus sucesiones y determinar sus componentes a través del examen de sus manifestaciones. Para hallar las sensibilidades, la textualidad debe ser aceptada como un lugar de realización, es decir, debe estudiarse considerándola al mismo tiempo como lugar de producción y producto.

Hasta aquí nuestra aproximación a algunas problemáticas presentes en los trabajos de Romero. Quedará para otro trabajo analizar las insistencias de Romero en las teleologías del saber o en versiones de la ideología. Aquí nos concentramos en lo que consideramos es lo más valioso: la propuesta de un ámbito de problemas y líneas de investigación.

## **Bibliografía**

BARTHES, Roland,

*El susurro del lenguaje*. Barcelona, Paidós, 1994.

BAUMAN, Zygmunt,

*Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

- BOURDIEU, Pierre,  
*Campo de poder, campo intelectual*, Buenos Aires, Montessor, 2002.
- BOURDIEU, Pierre,  
*Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 1995.
- BUJARIN, Nicolai,  
*La economía política del rentista: crítica a la teoría marginalista*, México, Ediciones de cultura popular, 1975.
- CLAROS, Luis,  
“Texto sin contexto. Elementos para una teoría de la historia del pensamiento” en *Anales de la XXII Reunión Anual de Etnología*, La Paz, MUSEF, 2009.
- CLAROS, Luis,  
*Los historiadores del pensamiento económico y el surgimiento de la teoría de la utilidad marginal*, Tesis de licenciatura en economía, La Paz, UMSA, 2009.
- CLAROS, Luis,  
*Subsunción de la insurgencia en la narrativa histórica*, Tesis de Maestría en filosofía y ciencia política, La Paz, CIDES-UMSA, 2011.
- DERRIDA, Jacques,  
*Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra, 1998.
- DERRIDA, Jacques,  
*De la gramatología*, México, Siglo XXI, 2000.
- FRANCOVICH, Guillermo,  
*El pensamiento boliviano en el siglo XX*, La Paz, Los Amigos del Libro, 1984.
- FRANCOVICH, Guillermo,  
*La filosofía en Bolivia*, La Paz, Juventud, 1966.
- GIL, Mauricio,  
“Sociología de los intelectuales y teoría de la ideología” en Tapia, Luis (coord.), *Pluralismo epistemológico*, La Paz, CIDES/CLACSO, 2009.

- GIL, Mauricio,  
*Hegemonía, campo intelectual e inconsciente político. Las luchas intelectuales en la Bolivia contemporánea, 1985-2005*, Tesis de doctorado en estudios latinoamericanos, México, UNAM, 2011.
- IGGERS, Georg,  
*La ciencia histórica en el siglo XX*, Barcelona, Idea Books, 1998.
- KOSIC, Karel,  
*Dialéctica de lo concreto*, México, Grijalbo, 1976.
- RIAZÁNOF, David,  
*Marx y Engels*, Buenos Aires, Claridad, 1946.
- ROMERO, Salvador,  
*Las Claudinas. Libros y sensibilidades a principios de siglo en Bolivia*, La Paz: Caraspas, 1998.
- ROMERO, Salvador,  
*El nacimiento del intelectual*, La Paz, Caraspas, 2009.
- ROMERO, Salvador,  
*La recepción académica de la sociología en Bolivia*, La Paz, Facultad de Ciencias Sociales-UMSA, 1997.
- ROMERO, Salvador,  
“Pueblo y cultura en el siglo XIX”, inédito.
- ROMERO, Salvador,  
“Los debates finiseculares por la sociología académica en Bolivia”, inédito.
- ROMERO, Salvador,  
“Nietzsche en Bolivia” en *Revista Cultural*, N° 41, La Paz, Fundación Cultural del BCB, 2006.
- ROMERO, Salvador,  
“Nietzsche en Bolivia (segunda parte)” en *Revista Cultural*, N° 42, La Paz, Fundación Cultural del BCB, 2006.
- ROMERO, Salvador,  
“Schopenhauer en los andes”, inédito.
- SCHUMPETER, Joseph,  
*Historia del análisis económico*, Barcelona, Ariel, 1971.
- WHITE, Hayden,  
*El contenido de la forma: Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992.

WHITE, Hayden,

*El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós,  
2003.

WHITE, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

